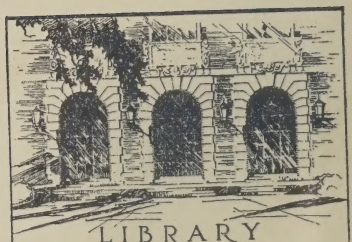

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
331.87
B86m

CENTRAL CIRCULATION AND BOOKSTACKS

The person borrowing this material is responsible for its renewal or return before the **Latest Date** stamped below. **You may be charged a minimum fee of $75.00 for each non-returned or lost item.**

Theft, mutilation, or defacement of library materials can be causes for student disciplinary action. All materials owned by the University of Illinois Library are the property of the State of Illinois and are protected by Article 16B of *Illinois Criminal Law and Procedure*.

TO RENEW, CALL (217) 333-8400.

University of Illinois Library at Urbana-Champaign

JUL 0 9 2004

When renewing by phone, write new due date below previous due date. L162

Digitized by the Internet Archive
in 2026 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/elmovimientoobre00buen

MANUEL BUENACASA

EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL 1886-1926

(Historia y crítica)

Prólogo de MAX NETTLAU

IMPRESOS COSTA : Conde del Asalto, 45
BARCELONA
1928

EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL. 1886-1926

MANUEL BUENACASA

EL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL. 1886 - 1926

(Historia y crítica)

Prólogo de MAX NETTLAU

IMPRESOS COSTA : Conde del Asalto, 45
BARCELONA, 1928

33/87
B86m

DEDICATORIA

A la "Asociación Internacional de los Trabajadores".

PROLOGO

A pesar de las negras nubes que suelen aún ocultar la luz deslumbrante del día, es muy agradable contemplar la eclosión del esfuerzo emancipador de los desheredados, de los obreros de campos y fábricas, que tanto producen y tan poco recogen para sí mismos, realizada desde hace más de un siglo en todos los países.

Su éxito implicaría la redención de la Humanidad entera, extraviada antaño por la funesta intrusión del monopolio y de la autoridad de una evolución verdaderamente progresiva.

Ninguna otra fuerza más que la de los productores sería capaz de destruir esos obstáculos; la energía de los trabajadores, que hacen todo y que pueden también deshacer todo, negando su concurso a un sistema del cual son víctimas directas. Pero para esto es preciso que, como corresponde a la gran finalidad, su esfuerzo tienda a la plena emancipación moral e intelectual, política y económica del hombre.

Tanto los movimientos obreros como los movimientos socialistas y, a veces, los anarquistas inclusive, han comprendido muy raramente todo esto; y

así ha sido posible ver grandes masas de obreros organizados, sin voluntad decidida de luchar verdaderamente por esa emancipación integral; y así vemos igualmente a hombres demasiado absorbidos por las ideas y aislados por la misma razón, siéndonos dable contemplar también, aun más frecuentemente, cómo los movimientos obreros y un socialismo más o menos pervertido, es decir, reformistas y políticos, conciertan alianzas inevitablemente estériles.

Con mayor motivo causa satisfacción ver algunos amplios movimientos obreros completamente penetrados del socialismo integral, el único efectivamente liberador: tales fueron, sobre todo en la época de la Internacional, *las Federaciones Belga, Jurasiana, Española e Italiana; tal fué, hace treinta años, el sindicalismo revolucionario en Francia, tales son hoy algunos movimientos llamados anarco-sindicalistas en Alemania, los países escandinavos, etc.; tal fué siempre el movimiento de la Federación Obrera Regional Argentina.*

Pero el período más prolongado de semejante movimiento, organizado e inspirado por las ideas de emancipación libertaria más completa, se halla seguramente representado por el movimiento obrero español, desde sus modernos orígenes, en el invierno de 1868-69 *hasta hoy, cerca de sesenta años de esfuerzo continuo, rico en trabajo asiduo, fuerte en voluntad, generoso en sacrificios y merecedor del respeto general del mundo libertario y humanitario.*

La historia de esos años del movimiento español forma, pues, una parte importante del movimiento obrero internacional y es digna de ser examinada lo más atentamente posible.

El recuerdo de tantas acciones desinteresadas merece ser conservado; la actitud adoptada ante tantos problemas punzantes requiere el estudio, la crítica y, llegado el caso, añadiría algo nuevo al fondo general

de experiencia de las luchas obreras, y los militantes de nuestra época hallarán su camino abreviado y sus pasos alumbrados cuando, por las enseñanzas de ese pasado, aprendan a juzgar con mayor certidumbre y rapidez las nuevas dificultades que se les presenten.

Por consiguiente, es un objeto digno de estudio esa historia desde 1868; pero, ¡cuán difícil ha sido y es poderla conservar! Se militaba siempre y los momentos de descanso han faltado necesariamente. La lucha absorbió a los más activos, frecuentemente hasta el último instante de su vida, y la historia íntima ha perecido con ellos o no se ha conservado más que en tradición oral.

Apenas si Anselmo Lorenzo pudo componer sus dos volúmenes de «El proletariado militante», *que contienen muchos detalles de su experiencia personal y una cantidad de documentos contemporáneos, de los cuales los del primer volumen eran generalmente accesibles y los del segundo nada fáciles de alcanzar o muy poco conocidos.*

Pero Lorenzo fué, ante todo, un propagandista militante, un hombre de discreción modelo, de reticencias con un fin conciliador y deseoso de cicatrizar las viejas heridas, de tal manera que, en su segundo volumen, más bien plantea problemas y nos presenta cuestiones a aclarar que nos da una respuesta o una solución de esos problemas.

Aunque no poseo un conocimiento directo y personal de España, conozco un poco el modo de ser de Lorenzo por su correspondencia con James Guillaume, el cual me ha leído a menudo sus cartas en contestación a preguntas incisivas de Guillaume, quien intentaba profundizar alguna parte de la historia, sobre todo la de los años hasta 1872.

Guillaume fué, antes que nadie, el que incitó a Lorenzo a componer su segundo volumen, que debía

ser una historia, nunca escrita hasta el presente, de aquellos años de vida subterránea de la Internacional *en España, de* 1874 *a* 1881, *y que habría debido aclarar lo sucedido en aquel año agitado de* 1873, *año de la República española, del cantonalismo y de la acción, muy poco estudiada, de la* Internacional *y la* Alianza *durante ese tiempo.*

El segundo tomo del libro de Lorenzo no llena todos los vacíos de nuestros conocimientos relativos a ese período, ni contiene tampoco, en sus últimas páginas, rápidas, toda la historia de la Federación de Trabajadores desde el 1881 *hasta* 1886 *en que el volumen termina.*

Así, pues, me parece que aun queda mucho, casi todo, por hacer en lo que concierne a los años 1873 *a* 1886, *y si los testimonios directos han desaparecido casi en su totalidad por la muerte; si las cartas conservadas son indudablemente rarísimas, cuando menos las circulares y periódicos frecuentemente clandestinos de esa época deberían ser recopilados, en parte reimprimidos, en parte, al menos, cuidadosamente analizados, y de este modo sería todavía posible restablecer los nombres de muchos militantes, de numerosos presos y víctimas, de episodios de luchas locales, de discusiones de ideas y tácticas, etc.*

En cuanto al período anterior, el que va de fines de 1868 *a* 1872, *yo he reunido, de lo que los documentos conservados permiten saber, sobre las relaciones de Miguel Bakounin con la* Alianza *en España y espero poder agregar aún, conforme a otros documentos, detalles sobre las relaciones de la Internacional Española de entonces con el Consejo General de Londres en* 1871-1872.

Pero para los años siguientes a 1873 *no hay materiales más que en España.*

Bienvenidos sean los trabajos de «La Revista

Blanca» *en que Adrián del Valle nos habla de los militantes de Barcelona hacia el* 1887, *tal como él los conoció entonces.*

No menos bienvenido sea el «Idearío» *de Ricardo Mella, publicado en Gijón, con el cual ha sido inaugurado el estudio de este hombre, en ideas quizá el más notable de todos en España; pero aun queda mucho por hacer. ¿Quién, por ejemplo, nos dará a conocer más íntimamente a Tomás González Morago, de Madrid, y a otros muchos de esos militantes de primera hora?*

En tales condiciones se comprende cuánto celebro el trabajo del camarada Manuel Buenacasa sobre los años 1886-1926 *del movimiento obrero español y cuán grande es mi deseo de conocerlo cuando se publique, ya que diversas razones me lo han impedido hacer ahora pues, de lo contrario, me hubiese agradado examinarlo previamente.*

Pero no obstante, he averiguado tantos detalles sobre la disposición y el objetivo de la obra, sobre los medios que el autor posee — copioso material impreso y tradiciones orales de los años 1886 *a* 1906, *y la experiencia personal de un militante modesto y perseverante desde* 1906 *hasta el presente — y, sobre su buena voluntad de producir un buen libro que podría ser, por así decirlo, la continuación de la obra de Lorenzo hasta nuestros días, que estoy convencido de que, en semejantes circunstancias, puede ser compuesto un trabajo excelente y deseo que este sea el caso de la presente obra.*

Pues, a decir verdad, durante esos cuarenta años no ha faltado una abundancia de hechos relativos a las luchas obreras y a la acción libertaria, tan variada en general, de hechos concernientes a luchas de ideas principalmente, a cuestiones de principios, de táctica y de aplicación práctica, de manera que el libro, en sus dimensiones actuales, será ante todo

como un guía a través de una gran masa de hechos e ideas.

Y así se podrá ver en qué grado algunas de esas materias están suficientemente aclaradas, y que otros temas requieren nuevas investigaciones.

Para un hombre solo, es imposible hallarse a sí mismo bien informado sobre todas las múltiples partes de este tema tan vasto; será, pues, preciso ayudarle y contribuir con nuevos materiales a completar ediciones futuras, que podrían adquirir dimensiones mucho mayores que esta primera edición.

Es también inevitable que un hombre que milita desde hace más de veinte años tenga sus juicios personales sobre buen número de cuestiones y personas y sobre la razón o sinrazón de muchas decisiones tomadas. Por consiguiente, si el autor explica su punto de vista a este repecto nadie deberá reprochárselo, ya que procede mejor que si ahogara toda divergencia de apreciación y de opinión con una benevolencia vaga y anodina, que no serviría más que para obscurecer los hechos y enterrar la verdadera historia en el olvido.

Se le podrán oponer relatos corteses, hechos desde un punto de vista diferente — si en realidad las diferencias son serias — y entonces si él lo cree útil, en una edición futura presentará esos relatos contradictorios y los discutirá con una cortesía igual: así, poco a poco, de esta obra individual podría salir una obra colectiva, que iría aumentando, mejorando y haciéndose más definitiva con cada edición siguiente.

O bien los contradictores escribirían libros o folletos para exponer sus puntos de vista.

De tal modo, este libro, que provocará indudablemente muchas discusiones, llegará a ser útil, no solamente por que nos dará a conocer el pasado, sino porque indicará para el presente y el porvenir a qué

altura nos hallamos, lo que ha sido liquidado, lo que queda del viejo juego, lo que todavía no está claro, cómo se ha intentado resolver ciertas cuestiones; y de todo eso pueden salir deducciones provechosas, que nos enseñen a obrar mejor y más rápidamente para hoy y en lo futuro, a cortar las viejas querellas, a comprender mejor lo que debemos hacer etc. etc.

Finalmente, me parece que el plan del autor sobre la descripción de las regiones de España en pequeñas monografías es excelente y, debería estimular a los camaradas de tales comarcas a hacer más amplias esas monografías con nuevos materiales, o a componer ellos mismos historias mucho más completas.

¡Cuánto merecen desde hace mucho tiempo Cataluña, Andalucía, Valencia y otras regiones esas historias locales, esos libros de oro del sacrificio y la solidaridad en nuestra gran lucha!

Es mi deseo más ferviente de que este libro de Buenacasa corresponda a la idea que de el me hago antes de su lectura y contribuya a ampliar el interés por nuestra hermosa idea, el amor al más grande esfuerzo y abnegación por ella, amor que ha impulsado a tantos excelentes camaradas a sacrificios innumerables por nuestra bella anarquía.

MAX NETTLAU

Viena, agosto de 1927.

PRIMERA PARTE

Explicaciones preliminares. — El por qué de este libro. — Quiénes han colaborado en él. — Notas, consideraciones y advertencias necesarias.

He dicho y escrito, en más de una ocasión, que, la Confederación Nacional del Trabajo de España ha tenido épocas cuya ejemplaridad ha logrado casi obscurecer las mejores gestas de la vieja sección española de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Indudable también que el mencionado organismo, en los años que transcurren desde el 1919 hasta hoy, ha sufrido los más lamentables errores y las más funestas desviaciones.

Y si ello es así ¿por qué no historiar la vida de nuestro movimiento, tan intenso casi siempre? ¿Por qué no hablar de lo bueno para que sirva de estímulo y de lo malo para anatematizarlo?

He aquí uno de los principales motivos de nuestro presente trabajo.

Cuantos generalmente hablaron o escribieron del movimiento obrero español, aun aquellos que no comparten nuestras ideas de emancipación integral,

hubieron de referirse en todo instante, simultáneamente con aquél, al movimiento anarquista, íntimamente ligado de consuno a la acción subversiva, viril y honesta de nuestras clases laboriosas.

Y lo hicieron así los historiadores de todas las tendencias, porque las agrupaciones obreras existentes en España, si se descuentan las que se hallan imbuídas del espíritu y la idea libertaria, carecen en absoluto de nervio y de influencia en las esferas sociales de nuestro país.

A pesar de la ejemplaridad de la mayor parte de nuestras acciones colectivas e individuales, lo que debió relatarse para conocimiento y estímulo de las generaciones venideras y, a pesar de los errores sufridos, que también debieron divulgarse para que se pudiera buscar la manera de evitarlos en lo sucesivo, hemos de confesar que bien poco se ha hecho en tal sentido.

Nuestra historia sigue enterrada en el limbo del olvido. ¿Motivos? Desde la muerte de Lorenzo, parece ser que nadie se haya cuidado de asunto tan importante; la eterna pereza para realizar esta misión, de nuestros camaradas más autorizados y capaces—si bien en descargo de los más de ellos, debemos decir que toda su vida se vieron exclusivamente absorbidos por la acción de los grupos y Sindicatos—siempre militando, sin una hora disponible para el estudio, en constante persecución capitalista y autoritaria, etc., etc.

¿Es qué se fundió y murió nuestro movimiento con la muerte alevosa de la Internacional y la desaparición de su continuadora la Federación Regional Española?

Nada de esto ha ocurrido, sino que, por el contrario, la acción de nuestras organizaciones de hoy, siguiendo las huellas de sus predecesoras, ha sido

progresivamente cada vez más intensa, extensa y profunda.

Mas, a pesar de ello, casi nadie se ha preocupado — o no se ha podido —, de historiar nuestras luchas de los últimos cuarenta años, ni se habló apenas — si no de forma demasiado episódica — de nuestros hombres y sus más bellas acciones.

Con la publicación del segundo volumen de «El Proletariado Militante» — que Lorenzo pudo escribir, en las para él tristes épocas de obligado apartamiento de la organización —, termina la historia de todas las actividades obreras y libertarias como si desde el 1886, en que el viejo camarada termina su obra, que por cierto no ve la luz pública hasta el 1923, no hubiese nada digno de contar.

Tal se desprende del hecho de que nadie haya continuado aquella labor.

José Prat, ha escrito no poco sobre la Federación Regional Catalana *Solidaridad Obrera*; Ricardo Mella publicó en *El Libertario* (1911) unas bellas monografías regionales, aparte otros preciosos trabajos de aportación a nuestra historia en diferentes publicaciones; otros camaradas también han contribuído en este aspecto, pero nuestra historia general, por así decirlo, de los años 1886 hasta el presente, está aún por escribir, y esto contando con que, en estos últimos cuarenta años nuestro movimiento en conjunto ha superado en mucho al de los años anteriores.

Podemos, pues, constatar que sólo Anselmo Lorenzo ha realizado una obra, sino completa, lo suficiente extensa y documentada — en algunas de las épocas que se refiere —, para que nos demos cuenta de la evolución ascensional, en el sentido general, del pensamiento y la acción obrera y anarquista desde 1868 a 1881-1886 en que termina su libro ya mencionado.

En las últimas páginas, el autor manifiesta que va a dar comienzo a la confección de un tercer volumen. Yo he sabido del alcance que Lorenzo intentaba dar a su nueva producción que comprendería desde el Congreso de la Federación Regional (1881) hasta la constitución de la Confederación Nacional del Trabajo (septiempre de 1911). Es más; cuando Lorenzo murió, a fines de noviembre de 1914, tenía ya terminada la mayor parte de su tarea; en las nuevas cuartillas debe constar todo lo que la excesiva delicadeza del autor dejó por decir en los volúmenes anteriores. ¡Quién sabe si el nuevo volumen no nos hubiera deparado la satisfacción de conocer lo que antes se callara por exceso de prudencia!

Las relaciones entre nuestros militantes de ayer, la inquina del inquieto batallador y hombre de ciencia Viñas — persona de gran prestigio entre los obreros barceloneses—, contra el austero y apocado Lorenzo.

Nadie más que el doctor Viñas puede ser *el anarquista autócrata* que Lorenzo menciona en «El Proletariado Militante» lleno de amargura.

Pero, las cuartillas del maestro, han desaparecido. No hubiera ocurrido tal desgracia, si la idea de escribir este libro la hubiese yo concebido quince años antes.

Pero lás cosas son como son y no como nosotros quisiéramos que fueran. Figúrese el lector la emoción con que yo hubiera seleccionado y ofrecido en este libro la preciosa colaboración del *abuelo*. ¡Y en qué gran proporción se hubiese enriquecido esta modesta obra con aquellas valiosas aportaciones hijas de una larga y grande experiencia y un no menos conocimiento de nuestras luchas!

Desde noviembre de 1914, hasta el 1924 que yo concibo la idea de escribir este libro, ha transcu-

rrido demasiado tiempo para que los originales de Lorenzo no fuesen afanosamente solicitados por cuantos tenían interés de poseerlos. Así pues, unos tras otros, los periódicos, los folletos, los manifiestos y los escritos inéditos del bondadoso internacionalista, se han ido desparramando por esos mundos sin que a la hora actual sea materialmente factible hacerse con ellos.

El más calificado miembro de la familia de Lorenzo, Francisco Miranda, militante obrero y anarquista desde los últimos tiempos de la Federación Regional, a quien visité poco ha con objeto de solicitarle algunos materiales del *abuelo* para este libro, díjome que se veía imposibilitado de complacerme puesto que todo lo había entregado a diferentes camaradas que antes que yo se lo habían solicitado. Díjome también que, el mejor y más voluminoso bagaje intelectual de Lorenzo, lo había remitido a Buenos Aires a nombre de Amadeo Lluán (Enrique Nido) el cual se proponía hacer, poco más o menos, lo mismo que yo, esto es: escribir la historia del movimiento obrero español desde el 1886 hasta el presente.

Con la muerte de «Enrique Nido», ocurrida hace un año, sin haber podido lograr por tal causa su buen propósito, los materiales en cuestión es de suponer que han desaparecido o bien que los guardan los amigos de *La Protesta,* de cuyo diario era aquél redactor.

Por las causas mencionadas, me veo falto de aquellos impresos y manuscritos; así pues, mi trabajo, al historiar los años 1881-1886 hasta 1906, no tendrá el valor que debiera. De ello se darán cuenta los lectores y me dispensarán una falta que contra mi deseo habré cometido

Por otra parte debo confesar que la idea primitiva de este trabajo se circunscribía solamente a una

breve reseña de nuestro movimiento desde los comienzos de la gran guerra, en el verano de 1914, hasta el 1924, que me proponía editar en un folleto de cien páginas.

Algo más tarde, Diego Abad de Santillán, al corriente de mis propósitos, me instó a escribir un volumen de doscientas páginas que la editorial de «La Protesta» de Buenos Aires, se cuidaría de publicar.

En este volumen debería hablar solamente de La Confederación Nacional del Trabajo y su movimiento obrero libertario. (1911-1924.)

Pero Max Nettlau, el primer historiador del socialismo actualmente, al pedirle el prólogo para esta obra, me ha hecho insinuaciones que rebasan, no sólo mis primitivos planes sino los del mismo Santillán.

En una de las cartas que el gran erudito me escribiera, se lamentaba — y con razón — de que la obra de Lorenzo no hubiese sido continuada por alguien; en el prólogo de este libro Nettlau señala la gran laguna que existe en «El Proletariado Militante» entre los años 1881-1886, en donde se echan de menos muchas cosas que el autor debió creer prudente silenciar, con lo que queda enterrada nuestra historia íntima de aquellos años.

Mis cordiales relaciones con el sabio historiador, al respecto enunciado, hanme obligado a organizar mi trabajo, no ya a base de los diez o quince años últimos, sino a partir del momento en que Lorenzo termina su obra conocida públicamente.

Con lo expuesto no quiero decir que yo llene *las lagunas* existentes en las épocas que personalmente me son desconocidas. Sobre dichas épocas poseo muy escasa documentación por lo cual el *grueso* de este volumen comenzará en 1906 para ascensionalmente intensificarse en los años 1911-1915-17-19-y 22.

Para los años anteriores a 1906 me valgo de las publicaciones existentes en la Biblioteca Arús de Barcelona y que son entre otras las siguientes, desconocidas casi todas para la actual generación de militantes:

La Federación, órgano del Centro Federal de Sociedades obreras de Barcelona, 1869-1874.

Crónica de los Trabajadores de la Región Española, libro I. 1882-1883.

La Revista Social. Madrid, 1881.

La Tramontana. Barcelona, 1881-1893. (En catalán.)

Eco del Proletariado. Sans, 1885.

Los Desheredados. Sabadell, 1884-1886.

La Luz. Barcelona, 1885-1886.

El Productor. Barcelona, 1887-1893.

La Asociación. Barcelona, 1883-1888.

El Neógrafo. Barcelona, 1882.

La Bandera Social. Madrid, 1885-1887.

La Anarquía. Madrid, 1882-1885.

Las huelgas en Barcelona y sus resultados en 1903.

La Revista Jurídica de Cataluña. Ensayo sobre algunos episodios históricos de los movimientos sociales en Barcelona en el siglo XIX. (En catalán.)

A base de las mencionadas publicaciones y otras más, cuya enumeración sería prolija, escribiré brevemente sobre los años que se citan.

Algunos viejos camaradas a quienes he recurrido en demanda de notas, datos, apuntes o recuerdos referentes a nuestras organizaciones de la Federación Regional Española, de sus ideas, sus hombres y sus luchas, se han excusado, por atendibles motivos, de prestarme su concurso valioso. José Prat, el primer teórico en España de nuestra organización, me comunica atentamente que se halla demasiado viejo y achacoso para tomar la pluma; López Rodrigo, de Valencia, aduce hallarse indo-

cumentado sobre aquella época (1881-1887) por haber marchado entonces al extranjero y estar ausente de la lucha, y la organización en aquellos años.

Teresa Claramunt — nuestra gran heroína — a quien he visitado hace unos meses con el propósito expuesto, se halla físicamente postrada y, a pesar de sus grandes deseos, en la imposibilidad de recordarse de nada de cuanto le pregunté. Su cuaderno de notas, apuntes y recuerdos personales, los periódicos y manifiestos y todos los preciosos documentos que tan útiles podían serme en este trabajo, guardados por ella religiosamente, se los tomó la policía a raíz de su detención en Zaragoza en septiembre de 1911.

¡Cuánto siento verme privado de su valiosa ayuda, ella, que tan buenos deseos mostró en complacerme!

* * *

Otros, sin embargo, se han apresurado a colaborar con el mayor entusiasmo. Entre estos se cuentan camaradas de gran prestigio y amigos anónimos; sus nombres serán aquí estampados, pese a su gran modestia y a sus deseos manifestados de no figurar en letras de molde.

A unos y otros — y en primer término a la noble y gran figura del sabio y paciente historiador Max Nettlau—, quiero testimoniar mi más profundo agradecimiento y el de los lectores de este libro, cuyo valor hubiese sido bien escaso sin las aportaciones de aquéllos.

De entre todos mis colaboradores se ha destacado por su entusiasmo y actividad, Tomás Cano Ruiz, preso en Valencia, desde hace cinco años cuando estas notas son escritas.

Con admirable y tenaz diligencia — a pesar de su difícil situación — se ha cuidado de buscar colaboradores que le ayudasen a redactar las monografías de la región Levantina y de Andalucía.

Por lo que se refiere a los camaradas de Levante han sido pocos y muy remisos los que han sabido comprender el enorme interés y el gran propósito de Cano. Solamente los amigos Torres y Poymereu han concurrido a salvar, en parte, el esfuerzo del camarada preso. Pero en cambio, los compañeros de Alcoy y de Alicante, de cuyas ciudades vale la pena historiar sus gestas de ayer y hoy, nada han hecho por enriquecer la monografía general de Levante.

No obstante las contrariedades expresadas, Cano me ha remitido una bella monografía que yo he tenido que mutilar y afear, referente a las luchas de nuestros días en dicha hermosa región.

Será aquélla todo lo incompleta que se quiera, pero a nadie puede pedírsele que haga lo imposible.

Por lo que se refiere a Andalucía ya la cosa cambia de aspecto. Cano ha sabido dirigirse certeramente a quienes sabía con capacidad, prestigio y voluntad en aquella tierra. Y dos hombres de excepcional valía, se han aprestado, sin rodeos, a remitir al camarada mencionado más de cien cuartillas, plenas de preciosos apuntes para componer la historia del proletariado andaluz. Son ellos José Sánchez Rosa, de Sevilla, y Sebastián Oliva, de Jerez de la Frontera, personas cuyo prestigio en la extensa zona andaluza, desde hace más de cuarenta años, no tiene par actualmente. Ambos son conocidísimos en los medios obreros de España e hijos mayores ya de la Federación Regional Española. Ellos dos y Cano han confeccionado con sin igual competencia la historia social de Andalucía.

También las provincias del Norte han contribuído a formar su monografía por conducto del hombre

de más prestigio allí residente: Galo Díez. Este camarada aporta a nuestro libro su buena voluntad y su experiencia indiscutibles.

Aragón me ha ofrecido igualmente su concurso, Los datos solicitados por mí a Zenón Canudo y Juan Beraza, aunque escasos, me fueron servidos a vuelta de correo.

La región Galaica y el Noroeste algo nos dice también por la pluma de Manuel Fandiño, de Santiago de Compostela.

Al gran yermo Castellano dedica unas cuartillas «Antonio Reniego».

Extremadura y las Baleares no cuentan con informadores directos, que no hemos podido hallar.

Tampoco en Cataluña, ¡y quién lo diría!, hemos encontrado, para cumplir nuestra misión, las facilidades necesarias, a fin de escribir sobre la gran región la monografía que su bello historial merece.

De entre los viejos amigos aquí residentes, sólo uno encontré bien dispuesto, pero al igual que Teresa Claramunt, enfermo e imposibilitado de servirme según su deseo. Me refiero a Juan Bautista Ollé, el cual, no obstante su estado, me ha proporcionado algunas de las notas que le pedí.

Sin embargo, no son pocos los datos y materiales aportados por elementos más jóvenes. Angel Pestaña — que opinaba, en carta que me dirigió hace tres años y medio—que yo no era el hombre más indicado para escribir la historia del Movimiento obrero español, no ha tenido inconveniente alguno en proporcionarme los datos que no ha mucho le solicité. De mis conversaciones con Teresa Claramunt y Tomás Herreros, algo saqué también.

Este último camarada y «Mateo Soriano» me entregaron abundante material escrito sobre los años 1906-1923.

Con todas las aportaciones referidas y contando con mi experiencia personal como militante obrero y anarquista desde hace veinte haños, doce de los cuales los he pasado en Cataluña, algo podré decir sobre esta región, que no será poco, y sobre la historia general de España.

Quiero asimismo hacer pública mi gratitud a los camaradas Pablo Herrera y Alejandro Gilabert, ratas de bibioteca, que diría Urales, los cuales se han dedicado, robando horas al descanso, a desempolvar viejos volúmenes y a tomar los apuntes por mí requeridos.

Tampoco quiero dejar de estampar algunos nombre de los redactores y colaboradores más próximos de *El Productor,* periódico que hicimos aparecer en Blanes (Gerona) el 7 de noviembre de 1925. Son aquéllos: Ramón Suñé, Miguel Gibert, Ramón Domínguez y el profesor José Alberola; Patricio Navarro, Miguel Giménez, Teófilo Labrador, Jaime Rosquillas, Antonio Sesé, José Vázquez Piedra, Miguel Chueca, Patricio Ruiz de Galarreta, León Peñacorada, (Cantaclaro) Antonio Blas y Macario Royo, entre otros. Ellos fueron en realidad los que primero me inspiraron la idea de escribir este libro, si bien otras circunstancias y otros camaradas concurrieron, también, al logro del propósito.

Y ya que hablo de los colaboradores que más cerca estaban de *El Productor,* ¿por qué no mencionar los nombres del viejo malatesta, Abad de Santillán, Hugo Treni, Alberto Ghiraldo, Matchruy y Nestor Macno que tan bien supieron honrar las columnas del periódico?

Aunque lo que hace referencia a *El Productor* pueda parecer una digresión aquí, he creído del caso hacerla por cuanto la aparición de aquel periódico señala una efeméride de nuestro movimiento

digna de ser estudiada. He aquí por qué hago mención de aquél en estas notas preliminares.

Vaya por fin mi saludo y mi fraternal gratitud al buen traductor de Nettlau en el prólogo de este libro; a mi entrañable camarada V. Orobón Fernández.

* * *

Y ahora algo más a confesión de parte: la historia que ofrezco a los camaradas y lectores es una sarta de generalidades.

Podemos decir sin temor a equivocarnos, qué nuestra historia íntima de algunas época es difícil ya que pueda ser escrita; se ha dejado transcurrir demasiado tiempo por desgracia.

Los viejos y jóvenes camaradas se hallan indocumentados acerca de estas materias; los periódicos, los folletos, los manifiestos, toda nuestra literatura de ayer ha sufrido los rigores del moderno Santo Oficio.

Los vendavales de la reacción han aventado en toda España cuantos papeles de valor histórico contenían los estantes de nuestras bibliotecas colectivas e individuales. Algo ha debido ser conservado entre los estudiosos, que han sabido vivir sin significarse en las contiendas sociales, pero ese algo resulta inhallable en estos tiempos.

Gran parte de culpa por esta gran desgracia corresponde a los camaradas y grupos editores en general.

En los tiempos de la Internacional y de la Federación Regional Española hasta fines del siglo XIX, nuestros compañeros tuvieron más cuidado que nosotros de resguardarse contra posibles contratiempos. Muchas de las publicaciones que veían la luz eran

enviadas a las bibliotecas públicas en donde se conservan, por nuestra suerte aún, como ya he demostrado. Por otra parte, muchas de aquellas bibliotecas eran regidas por simpatizantes de nuestro ideal o por hombres declaradamente anarquistas. El viejo Canivell, gran amigo de Lorenzo, dirigió la Biblioteca Arús hasta hace pocos años.

El mismo Nettlau, si no estoy mal informado, estuvo al frente de la sección de literatura social de una biblioteca de Londres hasta la declaración de la gran guerra, en que debió ser expulsado de Inglaterra por su condición de súbdito austriaco. En tales condiciones y gracias a tan feliz circunstancia—supongo que Nettlau debía tener correspondencia con los camaradas más inteligentes, y enterados del problema social en Europa y América — ha podido enriquecerse nuestro acervo histórico con numerosas monografías, estudios bibliográficos y biografías suyas, sobre nuestro movimiento y nuestros hombres en varios países. Hoy las cosas han cambiado.

Ni este gran historiador, ni Rodolfo Roker, otro sabio eminente de nuestro campo, ni la misma Asociación Internacional de Trabajadores con sede en Alemania, han podido reconstruir, según su deseo, la historia moderna de nuestras luchas a pesar de sus continuos llamamientos a los camaradas españoles pidiéndoles materiales con tal propósito.

Digámoslo de una vez: hemos sido tan poco cuidadosos, que ha sido facilísimo el que la borrasca se lo haya llevado todo.

Sólo así puede explicarse el triste hecho de que la mayoría de datos aportados a esta obra por los diferentes colaboradores hayan tenido que extraerlos de sus memorias personales, igual que los que yo aduzco en muchos casos.

Y menos mal que ha podido lograrse esto, pues, de otro modo, si dejamos transcurrir algunos años

más, nos hubiésemos visto totalmente imposibilitados de poder reconstruir nada — en lo que va de siglo — de lo que en el presente volumen ofrecemos.

Así, pues, mi mayor interés consiste en relatar y hacer la crítica de lo ocurrido en los últimos veinte años, ya que lo que hace referencia a los veinte años precedentes podemos reconstruirlo en otra ocasión con mayores aportaciones, por contar con materiales para ello. Por lo tanto, la parte más extensa de nuestro trabajo la dedicaremos a narrar lo ocurrido desde la constitución de *Solidaridad Obrera* (1906) hasta nuestros días; no podemos, por otra parte, conducirnos de manera diferente, habiéndonos de atener al espacio, ya de por sí reducido, con que aquí disponemos.

Abrigamos, sin embargo, la esperanza de que el presente estudio histórico, breve y rápido por fuerza de las circunstancias, constituirá un estimulante que podrá servir más tarde para que otros camaradas, más preparados y capaces que yo en estos menesteres, se decidan un día a escribir nuevos volúmenes ampliando o rectificando la modesta labor que hoy ofrecemos.

De los camaradas a que aludo, hay algunos en condiciones de acometer tan necesaria labor. Son éstos Max Nettlau — vergüenza nuestra que un escritor que no conoce España más que por sus estudios y ajenas referencias sea por mí designado — y Soledad Gustavo. También Abad de Santillán puede hacer mucho en el caso de que haya podido encontrar los materiales que Miranda prestó a «Nido».

* * *

Y ahora unas palabras más para terminar estas notas: contra lo que debe ser de rigor en toda obra histórica, en la presente concedo tanto o más valor a los juicios críticos de los hechos que se narran como a los hechos mismos.

Eso sí; para la ingrata tarea de opinar, criticar o censurar — que confieso está inspirada en las más puras y honestas intenciones — reclamo exclusivamente para mí toda la responsabilidad que proceda.

Me conduzco según mi temperamento apasionado y sincero, confiando que nadie por ello ha de tacharme de ególatra ni sectario, aun en los casos — los menos posibles — en que por haber sido actor o espectador de muchas cosas me vea obligado a hablar de mí mismo.

Téngase en cuenta que cada cual es como es y que en la vida de los hombres, el culto a la verdad debe ser la norma común.

Una mentira en serio no debe pronunciarse jamás ni aun para lograr los fines más altruístas.

Aristóteles dijo que «las ciencias, cuyos frutos son tan dulces y sabrosos, tienen las raíces amargas». También podemos decir con La Bruyére, «que la razón, como la verdad, es una a la que no se llega sino por un solo camino».

Seamos, pues, veraces con la convicción de que las amarguras de las verdades de hoy serán las dulzuras del próximo futuro.

¡Cuántos errores, cuántas desviaciones, cuántas catástrofes no hemos sufrido, cuando las pudimos evitar con sólo exponer las causas que las generaron!

* * *

La parte crítica de este libro tal vez sea considerada por algunos como excesivamente tendenciosa; pero no importa; yo defiendo ciertos puntos de vista tácticos y doctrinales en la creencia de que, haciéndolo así, sirvo mejor el interés de las clases laboriosas y las nobles ideas de emancipación integral, por cuya implantación práctica sobre la tierra tenemos todos el deber de luchar sin descanso.

Así, pues, quien no esté conforme con mis ideas, con mis juicios, con mis opiniones, con mis *tendencias*, en fin, no tiene más que coger la pluma y refutarlas. Nadie, y menos yo, puede a los demás negar el derecho y la libertad de la controversia. Y por fin: aunque de manera desordenada y arbitraria, he dicho ya cuanto tenía que decir en este comienzo; sólo me resta manifestar que un obrero manual que soy no puede producir una obra bella según el concepto que tengo de la belleza. El trabajo cotidiano, demasiado brutal y extenuador, en el orden físico, no es cosa que convide a las excelencias de la literatura para escribir, y nada menos que un libro.

Que todos, pues, dispensen las faltas que encontraren, ya que la obra, por las dichas y otras circunstancias, ha de ser forzosamente incompleta y defectuosa.

Los eruditos — sobre todo los que debieron colaborar aquí y no lo han hecho — encontrarán, tal vez, en el decurso de los relatos, errores de fechas, faltas de coordinación o juicios equivocados al intentar reconstruir ciertos hechos de nuestra vida individual o colectiva.

Que me adviertan, pues, del error que, gustoso y complacido, procuraré rectificarlo cuando la ocasión se presente — por mí mismo o por parte de otros camaradas cualesquiera — de ampliar, mejorar o

completar — si alguien cree esto posible — la edición presente.

Lo interesante y necesario a mi juicio — y al de muchos otros hombres de buena voluntad — era escribir, de alguna manera, la historia moderna de nuestras luchas, cosa que aquí intento, aun sabiendo con certeza que carezco de aptitudes y condiciones para llevar a término feliz empresa tan difícil.

Después de todo, a quien hace lo que puede y del modo que sabe, poco más se le podrá exigir.

M. B.

Barcelona, Blanes, Calella. 1924-1925-1927.

CAPITULO PRIMERO

Breves notas sobre la Federación Regional de Trabajadores. — El «Pacto de Solidaridad y Asistencia.—«Solidaridad Obrera».—Certámenes, Asambleas, Congresos, Prensa y campañas de propaganda y agitación 1881-1909.

En su breve «Reseña histórica del movimiento obrero español» (1) Federico Urales dice lo siguiente: «La Federación de los Trabajadores de la Región Española», unas veces suprimida y otras muerta, subsistió en espíritu o en materia hasta pocos años antes de constituirse la «Confederación Nacional del Trabajo».

«Fué siempre aquélla la continuación de «La Internacional», que en España no dejó de funcionar, a pesar del voto de las Cortes españolas, disolviéndola y a pesar de las persecuciones de la Restauración, durante las cuales los trabajadores fueron deportados a las islas Marianas, sólo por suponerse que podían ser internacionalistas, como años después, en los de más pujante idealidad, fueron presos... y ex-

(1) *La Revista Blanca* y *El Escándalo*. — Barcelona, 1925.

pulsados del país, trabajadores que no habían cometido otro delito que el de sustentar ideas anarquistas».

Podemos repetir de la «Confederación Nacional del Trabajo», lo mismo que dejamos dicho de la vieja «Federación Regional», continuadoras, una y otra, de la Sección española de la «Asociación Internacional de los Trabajadores».

Un escritor inglés, cuyas ideas nada tienen de común con las nuestras, S. H. B. Ward, en su libro «La Verdad acerca de España» (1,) ha dicho, refiriéndose a las organizaciones obreras españolas de tendencia libertaria, lo siguiente:

«El anarquismo en España, no es una enfermedad nacional como han dicho algunos, ni la manifestación exterior de las morbosidades de la clase obrera, sino producto de la incapacidad de los gobiernos para llevar a cabo el mejoramiento social.

»Por esta misma y otras razones, la fabril provincia de Barcelona llegó a contar (2) con un núcleo de más de 50,000 hombres que abrazaron el comunismo anárquico.

»Las enseñanzas de hombres como Ricardo Mella, José Prat, Fermín Salvochea, Anselmo Lorenzo y otros muchos talentosos escritores y oradores han sido un verdadero evangelio para los obreros. Consciente o inconscientemente (?) los anarquistas, en proporción a su número e influencia, han hecho más que ninguna otra organización del país por el mejoramiento intelectual de las masas.

»Es indudable que ningún partido en España ha podido contar desde la «Internacional» con tanta influencia en el pueblo como los anarquistas».

---

(1) 400 páginas; ediciones de la Liga Hispano Americana de Lectores. — Londres, Madrid, 1911.

(2) Debe referirse al llamado período heróico del anarquismo. — (*N. del A.*)

Las opiniones que acabamos de transcribir, formuladas en tiempos en que los partidos políticos no se habían deshonrado aún por las traiciones de sus jefes, serían de cierto rectificadas al ser emitidas hoy, en el sentido de que la influencia anárquica se ha hecho más extensa e intensa de lo que antes era entre las masas trabajadoras.

El que tenga la paciencia de leernos hasta el final se convencerá de la certeza de nuestras afirmaciones, sobre todo al llegar a la época más moderna de nuestra historia.

Por ahora nos vamos a circunscribir a un breve relato de las actividades obreras y libertarias en los años que transcurren desde el 1881 hasta que se lanza la idea de constituir la Confederación Nacional del Trabajo. (C. N. del T.). (1909.).

Disuelta la «Internacional» y subsistente su idearío emancipador entre las masas trabajadoras, *cincuenta militantes* de Barcelona convocan a un Congreso al resto de los obreros del país.

La magna Asamblea constitutiva, de la que luego había de ser Federación Regional de Trabajadores, tiene lugar en la capital de Cataluña, los días 23, 24 y 25 de septiembre de 1881, asistiendo a la misma gran número de representantes.

Si el voto de unas Cortes decretaba la muerte de la Internacional, la voluntad de los trabajadores reconstituía el disuelto organismo acogiéndose a él todos los elementos dispersados por la reacción.

El Congreso de 1881 tuvo el empeño principal de acrecentar la fuerza de la nueva organización, continuadora de la Internacional.

De cómo son logrados tales propósitos, da fe la Federación Regional al reunir su segundo Congreso justamente un año más tarde — 24, 25 y 26 de septiembre de 1882 — en Sevilla.

El Consejo federal da cuenta de los resultados ob-

tenidos en orden a la organización, que distribuída por comarcas arroja las siguientes cifras de asociados: en primer lugar va Andalucía (Este y Oeste) que cuenta con 30,047 federados; Cataluña con 13,181; Valencia con 2,355; Galicia con 847; Vizcaya con 710; Murcia 266; Aragón 689; las Castillas 515; y otras comarcas 952; los que hacen un total de 49,561 federados distribuídos en diez organismos comarcales, 209 Federaciones locales y 632 secciones de oficio.

El año anterior, 11 de junio 1881, había aparecido en Madrid *La Revista Social* de la que fué alma principal un gran pensador y escritor, Serrano Oteiza; colaboraron en dicha publicación, abierta a todos los avances ideales del proletariado emancipador, N. Palacio, «Hope» A. Orcal, M. Arroyo, S. Espí, Vanoncí, José García y otros.

Mella nos cuenta que se convirtió al anarquismo por lo que leyó en «La Revista Social». Este es el mejor elogio que podemos hacer de la notable publicación cuyo tiraje rebasó la cifra de 20,000 ejemplares. Dejó de existir en octubre de 1885.

El tercer Congreso de la Federación tiene lugar en Valencia del 4 al 8 de octubre de 1883; pero advertimos en baja el poderío de la organización obrera a causa de las persecuciones de Andalucía con motivo de los sucesos llamados de «La Mano Negra».

A partir del Congreso de Valencia, no encuentro la manera de historiar correlativamente las actividades de la «Federación», en cuyo seno empieza a debatirse la nueva teoría del comunismo anárquico en oposición al colectivismo anarquista.

Solamente recuerdo haber leído que en un Congreso posterior la Federación desautoriza a los innovadores o sea a los comunistas libertarios.

Lo que no deja lugar a dudas es que la actividad

organizadora decrece sensiblemente en los años 1883-1886.

Sin embargo, se manifiesta — como ya decimos en otro lugar — con gran fuerza y esplendor la propaganda por medio de la prensa, siendo muy numerosos los periódicos que en dichos años ven la luz, pero en cambio son muy escasos los conocimientos que poseo acerca del órgano central de relaciones de la Federación.

En 1887 febrero — leo en *El Productor* — : «Madrid 31 de enero. Ayer a las diez de la mañana tuvo lugar en el salón Romea, la anunciada reunión de La Federación Regional de Trabajadores en la que se han pronunciado diferentes discursos defendiendo la anarquía, la libertad individual y la emancipación del proletariado».

Deduzco de todo lo que encuentro en los periódicos de aquella época, que los anarquistas desgajados del colectivismo — llamados ya comunistas — se manifiestan más idealistas, pero menos partidarios de la organización. En un manifiesto publicado a primeros de 1885 por los grupos comunistas libertarios de la capital de Cataluña se ataca si no directamente a la Federación Regional, sí a su engranaje orgánico *por considerarlo demasiado lento* y poco propicio a la actividad. En realidad esta clase de propaganda resta muchas fuerzas al organismo de los trabajadores que, por lo que deduzco, vive ya muy de precario en los años 1884 a 1889.

En este último año, la Comisión Federal — que por lo que se ve, aun existía de algún modo —, publica una especie de memoria reseñando su labor de los tres años últimos (1887-1889).

Este acto de la Comisión Federal, es el último que conozco como dando fe de existencia la Federación, ya que en el mismo año de 1889 a iniciativa de los camaradas catalanes, que son los que

más contribuyeron a la muerte del antes temido organismo obrero, se celebra un Congreso en Valencia. En dicho Congreso se pretende sustituir a la Federación por un nuevo organismo titulado «Pacto de Solidaridad y Asistencia», acordándose que «serán excluídos de la organización nacional, las entidades o individuos que no acepten el principio de que: «Siendo la anarquía negación de todo gobierno, el asociado debe gozar de completa libertad por lo que ninguna sociedad con autoridad será reconocida».

En el caso concreto de la muerte de la «Federación», no puedo negar razón a Mella cuando habla del exclusivismo de los catalanes, pues ellos fueron la causa principal de que el gran organismo obrero llegase a desaparecer.

Y si el intento de resucitarlo, al formar el «Pacto de Solidaridad y Asistencia» fracasa, es más que nada debido a ciertos exclusivismos ideales que pretenden ser impuestos a una organización que aun está por constituirse. En una palabra: para los camaradas de Cataluña, está ante todo la idea y luego la organización — me refiero a los anarquistas —, cuando tratan de imponer una y otra al resto de las Regiones. Sin embargo, en su propia casa, los núcleos obreros catalanes, forman grandes asociaciones de clase, sin atenerse con demasiada meticulosidad a ciertos postulados teóricos. Para la masa del pueblo catalán, idealista y rebelde, pero que no pierde casi nunca el espíritu práctico, la organización está por encima de todo. Esto basta para demostrar que entre los militantes del obrerismo barcelonés que quieren imponer determinadas formas ideológicas y tácticas al resto de los españoles, y las masas obreras de Cataluña, organizadas por sí mismas y con arreglo a su peculiar idiosincrasia, existe un divorcio.

De todas las maneras, yo me inclino a conside-

rar que aquellos afanes de hegemonía idealista demostrados durante muchos años por los compañeros catalanes, han llegado a producir buenos frutos con el tiempo. Los exclusivismos, en cuanto mejoran la ideología de una colectividad cualquiera y sus modalidades tácticas, son siempre un estímulo que repercute por actos de imitación en otras partes; que es lo que ha ocurrido en España, después de estudiar las gestas de Cataluña.

En cuanto las demás regiones de la Península han sabido colocarse a la misma, y algunas a superior altura que Cataluña, ésta, no solamente no ha desdeñado unirse a ellas, sino que se ha compenetrado de pleno con todas y cada una.

De las luchas intestinas, personales, desarrolladas en el seno de la «Federación Regional» nada sé, pero, creo curioso anotar un caso que Lorenzo insinúa repetidas veces en el segundo volumen de «El Proletariado Militante».

«El joven estudiante de medicina, licenciado ya doctor, que dedica sus actividades y su entusiasmo a la causa de los trabajadores«, es el notable médico malagueño Viñas.

Viñas resulta ser, según la expresión del mismo Lorenzo, el *anarquista autócrata* que tantos daños causara a la organización.

Expliquemos esto que, aunque sea de importancia secundaria, puede aclarar aquella cuestión personal que tanto llegó a apasionar antes ya — un año antes — de constituirse la Federación.

Es innegable que Lorenzo contaba con un gran prestigio en los medios obreros de la nación; era ya de los veteranos y su experiencia de las luchas era muy tenida en cuenta por todos los militantes.

Fué, pues, en aquellos momentos que aparece la figura del estudiante Viñas.

Según me cuenta Teresa Claramunt, Viñas era,

por su carácter dinámico y apasionado, la antítesis de Lorenzo.

La influencia de Viñas, por su natural abierto, sincero y lleno de desinterés, ganó rápidamente la simpatía de los obreros catalanes.

«Siendo ya doctor — dice Teresa —, visitaba gratuitamente a los enfermos pobres, a los que proporcionaba, además, medios económicos de su bolsillo particular, para que pudiesen combatir sus dolencias, y cubrir sus más apremiantes necesidades».

Sin embargo, la actitud, tal vez algo desordenada de Viñas en las cuestiones sociales, encontró un opositor razonado y serio en Lorenzo. Y surgió la cuestión personal, cuestión que hubo de debatirse en reuniones de la organización Barcelonesa y en el seno mismo de las Conferencias regionales. Viñas llegó a llamar hipócrita y cobarde a Lorenzo; éste, herido por aquellas injusticias que la misma organización refrendara de modo arbitrario, se vió forzado a separarse de aquel núcleo que con tanto cariño y abnegación había contribuído a crear.

* * *

Entre los actos de mayor transcendencia celebrados por el anarquismo español, en la época que estamos historiando, vamos a hacer mención de los dos certámenes socialistas, manifestaciones culturales de nuestra ideología que aun no han sido superadas hasta el momento presente.

El primero de dichos notables concursos tiene lugar en Reus el 14 de julio de 1885.

«Este certamen — explica José Llunas y Pujals, su primer organizador —, fué convocado por «El Centro de amigos», de Reus, como contestación me-

recida a la injusticia de no haberse premiado un trabajo presentado por el «Centro» a otro concurso local organizado anteriormente por los socialistas autoritarios».

Presentaron temas al certamen, entre otras entidades, el propio «Centro de amigos», el Consejo local de las Sociedades Obreras, de Igualada; el Ateneo Obrero, de Sabadell; el Consejo Local y la Sección Varia, de Barcelona y la Redacción de *El Cosmopolita,* de Valladolid, etc...

Las cuestiones de mayor interés entonces, de las que fueron presentadas al concurso para su deliberación, eran las referentes a la «organización y aspiraciones de la Federación Regional de los Trabajadores y a «las diferencias entre comunismo y colectivismo».

Sobre el primero de dichos temas emitió un hermoso dictamen José Llunas, concurriendo, también, con preciosos trabajos de aportación, al esclarecimiento de las demás cuestiones, hombres como Ricardo Mella, Fernando Tárrida del Mármol, Ramón Constantí y otros.

«El Centro de amigos» publicó poco después, un volumen de 600 páginas en el que constan todos los trabajos dignos de mención presentados al Primer Certamen Socialista. La primera edición de este libro se agotó rápidamente, imprimiéndose una segunda en 1887.

En 1885 aparece en Madrid *La Bandera Social* dirigida por Alvarez, y un año más tarde en Barcelona *La Justicia Humana.*

El Segundo Certamen tiene lugar en el Palacio de Bellas Artes, de Barcelona, en noviembre de 1889, superando en importancia al primero.

No tengo noticia de que el anarquismo mundial haya realizado hasta hoy acto tan memorable e interesante desde el punto de vista teórico y doctrinal.

También para dar cuenta del mismo se publicó *in extenso* un volumen de 400 páginas que al igual que el anterior fué agotada la edición rápidamente.

En la actualidad se conservan muy pocos ejemplares de tan preciosa obra, que muchos camaradas han intentado reimprimir, sin lograrlo, por falta de ambiente, de medios económicos y de otras diversas causas y circunstancias.

Me entero, al entregar en la imprenta estas cuartillas, que hace cosa de un mes, un grupo de amigos de Barcelona ha logrado el buen propósito de reeditar la bella memoria de el Segundo Certamen Socialista.

* * *

En abril de 1887, Llunas y Lorenzo delegados por la Federación Barcelonesa, toman parte en la discusión sobre socialismo, promovida por la sección de ciencias sociales del «Ateneo Barcelonés»

El 22 de febrero de 1886 «El Productor», de Barcelona, publica el manifiesto a que alude Lorenzo al final de «El Proletariado Militante». El documento, firmado por las sociedades de la capital, y por otras muchas integrantes de la «Federación Regional», termina así: «El objetivo final de la Revolución abarca estos tres extremos: primero, Disolución del Estado; segundo, Expropiación de los detentadores del patrimonio universal; y tercero, Organización de la Sociedad, sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción».

No creo aventurada la afirmación de que el manifiesto que se menciona es obra de Lorenzo mismo y que fué redactado por él.

A pesar de las ideas que se exponen en dicho documento y en otros publicados por la Federación Re-

gional, las prácticas de organización, resistencia y solidaridad de los trabajadores federados, estaban plagadas de defectos; la *legalización* de las huelgas, condicionándolas de manera absurda para conceder a los huelguistas ciertos derechos de ayuda moral y financiera, decían muy poco a favor del organismo que sancionaba tales cosas; encuentro una gran contradicción entre los postulados ideales — puramente teóricos — y las prácticas de la lucha cotidiana; existían las cajas de resistencia y otros formulismos convencionales que más tarde el mismo Lorenzo combate, siendo finalmente abolidos. Hallo al respecto, algunas opiniones suyas en el libro «Evolución proletaria» en donde indica que «las organizaciones obreras inspiradas en los principios de la «Internacional», deben ponerse de acuerdo con las demás que no se han dejado malear por influencias burguesas, e ir a la conquista de los medios de producción y consumo detentados por la burguesía»; pero añade en otro lugar: «para el combate diario de los asalariados contra sus explotadores, deben ser ya desterradas las viejas cajas de resistencia, sustituyéndolas por el estímulo constante, solidario, libre y espontáneo, en cada caso necesario, de todos los asociados».

* * *

Hasta 1892 pocas cosas hay dignas de mención si descontamos las huelgas corporativas muy numerosas siempre, el cólera y la crisis de trabajo, que causan grandes estragos en toda España. (1885 y 1890.) Desde que se conoce la tragedia de Chicago, son, también, grandes y provechosas las campañas de agitación en favor de las víctimas.

Cuanto decimos acerca de estas campañas en la

monografía de la región catalana, puede hacerse extensivo al resto de las comarcas españolas.

Otro tanto debemos decir de las grandes manifestaciones obreras, realizadas en todo el país en favor de las víctimas de «La Mano Negra», del alzamiento de Jerez y más tarde en favor de los mártires de Montjuich.

Los atentados contra Martínez Campos, el del Gran Teatro del Liceo y el de Cambios Nuevos, que fué el que promovió la tragedia del Castillo Maldito, tuvieron una gran repercusión en todo el mundo.

En 1893 el Congreso anarquista universal de Chicago terminó con una manifestación de simpatía hacia los anarquistas españoles y aprobando el acto de Pallás.

Es curioso saber de que modo escapó Tárrida del Mármol de las torturas de Montjuich. Tárrida fué detenido porque un testigo falso, declaró que el citado profesor le había instigado a cometer atentados por medio de la dinamita. A pesar de las contradicciones en que incurrió el testigo y los testimonios favorables de un honrado jefe de policía, se concedieron a Tárrida veinticuatro horas para confesarse autor o ser llevado al calabozo de tortura. Felizmente, custodiaba la prisión un joven oficial a quien Mármol, había enseñado matemáticas. Fingiéndose enfermo, el oficial se trasladó a la ciudad y envió telegramas a un medio hermano del prisionero, rico comerciante cubano, a la sazón en España, y a su sobrino el Marqués de Mont-Roig, senador conservador, avisándole del peligro. Se envió un telegrama a un influyente general, amigo de la familia, que no dejó en paz al ministro de la Guerra, general Azcárraga, hasta que éste telegrafió personalmente al general Foresté, gobernador de Montjuich, ordenándole la libertad y el destierro de Tárrida.

Ya en París, el libertado escribió su grave acusa-

ción («Les Inquisiteurs d' Espagne») y por mediación de «*L' instransigeant,* de la capital francesa y del *Daily Cronicle*» de Londres, desafió al gobierno español a negar sus asertos ante un tribunal internacional. El gobierno no aceptó el reto. (1.)

En 1889 en la conferencia celebrada en París durante la Exposición, los anarquistas españoles estuvieron representados por Tárrida del Mármol.

En 1900 fué Mella el que también representó en París a varios grupos libertarios de España, presentando una memoria notabilísima sobre, «La cooperación Libre y los sistemas de comunidad».

Los diez últimos años de nuestro movimiento en el siglo XIX, forman la época que se ha dado en llamar heroica del anarquismo.

A las represiones de esta época sucede un nuevo y alentador resurgir de las actividades propagandistas y organizadoras como ya demostramos en otro lugar.

Los periódicos y revistas que aparecen en los comienzos del presente siglo, son numerosos en toda España. Los Congresos obreros se suceden, tambien de manera halagadora. Las huelgas generales cuya iniciación comienza con la de 1890 en Barcelona, se repiten ya en la capital de Cataluña en 1902 y luego en otras Regiones, Zaragoza, Valencia, Vizcaya, etc.

En junio de 1903, celébrase en Barcelona un Congreso de los metalúrgios españoles.

El 6, 7 y 8 de septiembre, el Congreso Nacional de Campesinos.

Y del 5 al 12 de diciembre del mismo año, también en Barcelona, el cuarto Congreso Internacional de los Empleados de ferrocarriles.

De los años 1905 a 1908 podemos citar igual-

(1) Del libro *La verdad acerca de España,* pág. 165.

mente la celebración de otros varios Congresos entre ellos el trigésimo quinto de los toneleros de España en Valencia; el quinto de los Vidrieros y el cuarto de la Federación de Dependientes, los dos últimos en Barcelona, a más de los de Metalúrgicos, Obreros en Madera y Curtidores.

Ven la luz *Salud y Fuerza, Tierra y Libertad*— que desaparecida en Madrid, por los embates y las persecuciones de la reacción, reaparece en Barcelona— y *Solidaridad Obrera*; las tres publicaciones en la capital de Cataluña; y *Nueva Humanidad,* en Valencia; *La voz del Cantero,* en Madrid—a más de la *Revista Blanca,* cuyas colecciones de los años 1902 a 1904 conservo—; *Juventud Libertaria,* en Zaragoza; *Verdad,* en Sevilla; *Tribuna Libre* en Gijón; *El Trabajo,* en Sabadell; *La voz del Pueblo,* en Tarrasa; *La voz del Obrero* y *El Corsario,* en Coruña y Villafranca; y *Luz y Vida, Acción, Cultura, El Rebelde y Progreso y Cultura* en otras localidades.

En tal ambiente de doctrina y organización se intenta de plano constituir un organismo nacional que responda a las ideas sustentadas por la «Internacional de Trabajadores».

II

La «Confederación Nacional del Trabajo». — La Semana trágica. — El Congreso de Bellas Artes. — La huelga nacional (septiembre de 1911). — La represión y la muerte de Canalejas. — La Guerra.

Por fin surge la idea de crear el organismo obrero revolucionario español.

No fueron los catalanes los que lanzan la iniciativa sino los que se ven forzados a darle cuerpo, por la adhesión que manifiestan hacia Solidaridad Obrera—la Federación Regional Catalana—numerosas organizaciones de todo el país.

Existe un acuerdo de la Federación Extremeña por el que se nombra su órgano en la prensa, al de los trabajadores de Cataluña.

En igual sentido se manifiestan los obreros agrícolas de la Región Valenciana reunidos en septiembre de 1908 en la ciudad de Alcira.

En la Conferencia de Alcira hubo representación de veintiocho pueblos.

En la de Azuaga—Badajoz—estaban presentes así mismo las sociedades Obreras de Mérida, Fregenal, Zahínos, Fuentes de León, Montijo, Higuera la Real,

Jerez de los Caballeros, Llerena, Azuaga, Arroyo de San Serván, almendral, Torre de Miguel Sesmero, Encinasola, Don Benito y Barcarrota.

También las Federaciones de Coruña, Zaragoza, Gijón, Granada, y los agricultores de las comarcas de Cádiz, Jaén y Córdoba, entre otras, se manifiestan partidarias de la creación de un organismo que responda a las necesidades espirituales del proletariado.

En tal sentido, se dirigen a Barcelona sendas comunicaciones de toda España.

Terminada la campaña de agitación promovida en favor de los presos de Alcalá de Valle, y conseguida su liberación en junio de 1909, unos días después la Federación Catalana acuerda redactar la convocatoria del Congreso Nacional.

Anterior a la campaña en pro de los presos mencionados, tuvo lugar otra que alcanzó proporciones gigantescas en toda la nación; nos referimos a la campaña contra el famoso proyecto de ley contra el terrorismo.

Si la protesta universal logró imponer al gobierno español la revisión del Proceso de Montjuich, la reacción española supo luego inventar un nuevo plan terrorista como único procedimiento para impedir el avance anárquico.

Policías como Tresols y «Memento» y gobernadores civiles como el duque de Bivona, en la capital catalana, organizaron su sistema de represión por una serie prolongada de atentados terroristas. Las bombas, colocadas en los sitios públicos, por cuatro desgraciados a sueldo de aquéllos—la familia Rull—explotaban en la capital diariamente, causando numerosas víctimas.

¿Ignoraba el gobierno Maura los manejos de sus subordinados de Barcelona? No nos entretendremos en afirmar ni en negar semejante hipótesis. Lo que está fuera de toda duda es que el poder público se

decidió a suprimir el terrorismo suprimiendo precisamente los órganos más enemigos del terror: los sindicatos obreros. Véase un esquema breve del famoso proyecto Maura: «Una junta que se formará en cada provincia, integrada por el gobernador civil, la autoridad militar, el presidente de la Audiencia y el alcalde, *podrá suprimir periódicos y Centros y cerrar los establecimientos y lugares de reunión en los que se concierten planes terroristas o se verifique su propaganda. Igualmente podrá dicha junta, fijar residencia obligatoria dentro del Reino, y, caso necesario, hacer salir de él a las personas contra las cuales, sin haber motivos para someterlos a la acción de los tribunales, existan sospechas de participación en la propaganda y en los planes terrorista.*»

Ya insinuamos en otro lugar con qué gallardía y entereza supieron las organizaciones obreras enterrar para siempre el desgraciado proyecto de Maura.

* * *

Las circunstancias creadas por las dichas agitaciones populares no pudieron ser más propicias a la creación del organismo confederal nacional.

La Confederación existía ya, como un hecho elocuente; sólo faltaba el asenso de un Congreso general, que formulase las normas por que había de regirse aquélla.

Pero el Congreso en cuestión no es posible celebrarlo en septiembre, según reza la convocatoria redactada por la organización catalana con fecha de junio de 1909. Hubo, pues, que aplazar aquél, y creemos obvio reseñor extensamente los motivos.

El 26 de julio del mismo año, *Solidaridad Obre-*

ra por medio de todos sus delegados de la Región, acuerda la huelga general contra la guerra de marruecos.

Sería necesario escribir varios y voluminosos tomos para reflejar, no más que pálidamente, la importancia adquirida por aquella huelga que alcanzó caracteres de verdadera revolución.

Los muertos habidos sólo en Barcelona se hacen ascender a la cifra de más 600; los condenados a muerte fueron varios, siendo ejecutados en los fosos de Montjuich, Francisco Ferrer Guardia (el apóstol de la enseñanza racional), Clemente García, Hoyos, Malet, etc.

Las condenas a prisión perpetua, a largos años de presidio y a la deportación, se contaron por centenares. La crueldad del gabinete Maura-Cierva, concitó el clamor universal. El fusilamiento de Ferrer colmó toda medida y el proletariado de las principales ciudades del mundo—Buenos-Aires, París, Roma, Milán, Lyón, Bruselas, etc—hizo sentir violentamente su protesta asaltando las embajadas españolas de dichos países y ultrajando, no a España, sino a sus sanguinarios gobernantes.

De muchas de las cosas ocurridas en Barcelona durante la «Semana trágica», como se ha designado aquella gesta del proletariado catalán, fuí testigo presencial por prestar entonces el servicio militar en la ciudad condal.

Es del dominio público, que la guarnición de Barcelona fraternizó con el pueblo y que fueron los regimientos de las demás Regiones, enviados a Cataluña para sofocar la sublevación, los que sometieron a los sublevados.

La represión del gabinete Maura, cesó ante el clamoreo universal, sucediéndole en el gobierno Segismundo Moret, que decretó una amnistía general en el otoño de 1910.

Con dicho motivo las organizaciones obreras vuelven a la actuación pública.

Digamos de paso que si las otras regiones de España no secundaron el movimiento de Cataluña, fué ante todo por su desconocimiento real de lo que en dicha región ocurría. El gobierno Maura tuvo buen cuidado y empeño en ilustrar a su manera al pueblo español, haciéndole creer que lo ocurrido en Cataluña era un movimiento separatista y criminal. No dejaremos de manifestar también que los trabajadores del resto de España—muchos enterados de la verdadera realidad—no tenían los arrestos, el empuje y el influjo de sus hermanos catalanes.

La lección fué dura para éstos, pero supieron demostrar que no guardaban rencor alguno a sus otros compañeros de allende el Ebro, cuando los dejaron solos en los mayores y más dolorosos trances.

* * *

El Congreso de Bellas Artes se constituyó los días 8, 9 y 10 de septiembre de 1911.

Nada podemos decir, documentalmente, de aquella memorable Asamblea constitutiva de la «Confederación Nacional del Trabajo».

De las explicaciones que dieron los delegados de la Federación zaragozana, a su regreso de Barcelona—Lacort, Guallarte, Aguado, Gracia Mora y Zuferri—, puedo colegir que la Asamblea de Barcelona fué, más que un Congreso, un simple cambio de impresiones entre los delegados de las diferentes comarcas españolas.

No dejó de discutirse y dictaminarse ampliamente sobre principios, ideas, tácticas y finalidades, pero,

lo más esencial fué dejar constituída la Confederación, según las normas trazadas por la «Internacional» primero y después por la Federación Regional.

Pero aquellos dictámenes, sobre no haber sido publicados a causa de la suspensión de los órganos federativos horas después del Congreso, debieron extraviarse. De los secretarios Bueso, Avila, Permanyer y Negre que podían haber conservado algunos de aquellos documentos sólo sé que el primero, muerto el año pasado, había evolucionado hacia el socialismo autoritario y los otros dos salieron por entonces ya de España. Sólo José Negre, el elemento organizador más activo y capaz de la Confederación, podía haberme informado ampliamente. Militó sin descanso en las filas obreras hasta agosto de 1917 en que, por discrepancias de apreciación al declararse el famoso movimiento de dicho año, se separó de nosotros convirtiéndose—puede decirse—en un adversario. No ha querido saber más nada de nuestro movimiento y ha procurado alejarse de todas nuestras relaciones.

En tales circunstancias no he creído prudente ni digno recurrir a él por estar seguro de que no me hubiese atendido.

Lo interesante de todos modos—por lo que se refiere al Congreso de Bellas Artes—no me es desconocido:

En oposición al organismo legalitario Unión General de Trabajadores, entidad eminentemente amarilla, porque se constituye aprovechándose de los ataques del poder público contra la vieja Federación Regional se funda la Confederación Nacional del Trabajo. Y esto era lo importante y lo esencial: que los trabajadores españoles, la inmensa mayoría que simpatizan con nuestras ideas y nuestras normas de acción, tuvieran el órgano propio que los uniese

en estrecho haz y estableciera, sin más intermitencias que las que imponen las circunstancias de verdadera fuerza mayor, el nexo de relación y de cordialidad necesarios a todos.

* * *

El primer paso de la Confederación, cuya extraordinaria gravedad no puede escapar a la consideración de nadie, se realiza al final de las sesiones de su Congreso Constitutivo.

Los delegados de todas las regiones reunidas en sesión secreta para cambiar impresiones sobre las huelgas en curso y la guerra de Marruecos, deciden la huelga general nacional contra aquélla y para protestar de los atropellos cometidos por las autoridades de Bilbao con los carreteros en lucha.

Ya vemos, pues, de qué modo se conduce *para empezar* el nuevo organismo de la clase obrera española.

Se me olvidaba decir que los representados en el Congreso de Bellas Artes, no llegaban a 30,000

Cuando pienso que la Confederación ha llegado a contar con cerca de 800,000 afiliados unos años más tarde, me veo obligado a reconocer que no es siempre la cantidad la que debe privar, sino más bien la calidad si es buena.

Y que aquel puñado de hombres eran de buena calidad, que contaban con una gran influencia entre las masas, lo demuestra el hecho del movimiento acordado por los representantes del Congreso de Bellas Artes y llevado a término cinco días más tarde.

Yo mismo fuí testigo y actor de los graves sucesos desarrollados en Aragón de donde logré huir a

Francia pasando por Valencia y Barcelona. De no mediar esta circunstancia hubiese sido condenado, como mis otros compañeros encarcelados en Zaragoza, Teresa Claramunt, Angel Lacort, José Echegoyen, Antonia Trigo y veinticinco más a muchos años de presidio. A la vez que yo, aunque por distintas fronteras, lograron también escapar de la *razia*, Guallarte, Antonia Maymón, su compañero Lorenzo Laguna y otros camaradas más.

Aragón hizo honor a su historial declarando el movimiento en primer lugar. Hubo en la capital numerosas víctimas entre ellos dos muertos: Francisco Alvarez, cantero, y Valero Salas, tornero en madera. A ambos me unió estrecha amistad y creo un deber dedicarles aquí mi modesto recuerdo.

También presencié el movimiento en Valencia. Recuerdo que al descender del tren en la estación del Central de Aragón las tropas de todas las armas ocupaban los lugares más estratégicos de la población en donde ocurrieron serios disturbios.

Los sucesos en la región valenciana adquirieron la máxima gravedad en Cullera, hermosa ciudad que he visitado más tarde, en donde los amotinados mataron al juez y al alguacil, adueñándose de la población por unas horas. A consecuencia de estos hechos fueron condenados a muerte seis hombres, de los cuales cinco fueron indultados de la última pena, conmutándosela por la de cadena perpetua, y el otro — Ferrer, llamado el «Chato de Cuqueta»— hubiese sido ejecutado de no mediar una rápida y seria protesta del pueblo español, que logró también el indulto para él. Otro de los condenados a presidio, como inductor, fué el camarada Crespo, según creo uno de los delegados al Congreso de Bellas Artes, a quien conocí en Santoña, y luego de su liberación lo he visto y tratado algunas veces en diferentes sitios.

Es hombre muy serio y amante de la organización.

También en otras regiones adquirió la huelga general su importancia. Incluso en Madrid hubo un serio conato que los socialistas se encargaron de que abortara.

El movimiento, que Canalejas sofocó con inusitada crueldad y energía declarando el estado de guerra en toda España, sirvió para demostrar la pujanza de nuestro movimiento y el influjo que ejercen sobre el pueblo español las organizaciones de tendencia antipolítica.

En Barcelona la huelga no llegó a declararse por cuanto las autoridades, advertidas de lo ocurrido ya en Zaragoza, la misma noche del 16 de septiembre detuvieron y encarcelaron en masa a más de quinientos militantes, cuyos nombres señaló al gobernador civil un tal Sánchez Moreno, individuo muy influyente entonces en los medios obreros de Barcelona. Sánchez Moreno, si no ha muerto, debe hallarse actualmente en la Argentina.

Un año más tarde, un muchacho aragonés, a quien había yo conocido en Zaragoza y al que nunca creí capaz de cometer un acto violento, vino a España desde Panamá, donde trabajaba en su oficio de pintor, y mató a Canalejas en plena Puerta del Sol de Madrid a las diez de la mañana, suicidándose él después para evitar el ser detenido por la policía, que lo acorralaba. Se llamó aquel joven Miguel Pardiñas.

Al año siguiente (abril), otro joven, José Sancho Alegre, residente en Barcelona a la sazón, fué también a Madrid, atentando contra el rey Alfonso XIII en una parada militar. Detenido sin haber logrado herir al rey con los disparos de su revólver, fué condenado a muerte e indultado luego por iniciativa del propio monarca.

También he conocido a Sancho Alegre con ocasión de una visita que hice al penal de Santoña en compañía de Bajatierra en la primavera del año 1920.

* * *

El Congreso de Bellas Artes había decidido que el Comité Nacional de la Confederación se constituyera en Zaragoza; pero los sucesos referidos que motivaron el enjuiciamiento del organismo mencionado y la dispersión de la mayoría de sus elementos más activos, impidió la constitución y funcionamiento de aquel órgano de relación.

A mediados de 1913, Romanones, que sucede en el Poder a Canalejas, concede una nueva amnistía para todos los encartados en los sucesos del 1911.

Pero los jueces de Barcelona se niegan a levantar la orden de suspensión que pesa sobre la C. N. del T., por lo que el Comité Nacional tiene que ser constituído en Cataluña con carácter provisional y clandestino.

Hasta el verano de 1914, poco antes de estallar la guerra europea, no se logra poder legalizar la constitución del mencionado Comité, al frente del cual es nombrado José Negre, como secretario general, más tarde Miranda y luego Francisco Jordán, asesinado en 1920 por las bandas de pistoleros a sueldo de la burguesía catalana.

De todas las maneras, los respectivos Comités Nacionales que se suceden hasta los primeros meses de 1918 no llegan casi nunca, por causa de las continuas persecuciones del Poder público, a poder restablecer la relación constante y necesaria con las organizaciones adheridas. Por otra parte, esto se hacía muy difícil debido a la constitución arbitraria

de los organismos secundarios de relaciones. A excepción de la Confederación Catalana, que tiene constituído su Comité regularmente, las demás regiones no están constituídas como tales.

La adhesión a la Confederación la realizan los Sindicatos y Sociedades aisladamente, y como el número de éstos depasa en aquellos años la cifra de 350, no es posible materialmente que el órgano nacional de relaciones pueda cumplir a conciencia su cometido. Sólo a fines de 1917 comienza a regularizarse la base orgánica de la Confederación al constituirse la «Federación Obrera Regional Andaluza», región en donde más numerosos eran los Sindicatos adheridos a la Confederación aisladamente; luego ya la formación de los Sindicatos Unicos, que engloban en una sola Sociedad a todos los trabajadores de un mismo ramo y sus anexos y afines, se logra simplificar grandemente la relación entre el órgano superior federativo y el resto de los afiliados.

* * *

Se me olvidaba hacer mención de algunas publicaciones que aparecieron a los comienzos de este siglo; una de ellas fué la revista *Natura,* de Barcelona, en la que colaboró asiduamente Ricardo Mella; *El Corsario,* de Coruña; antes había visto la luz otra notable publicación, también en Barcelona, que más tarde reapareció en Buenos Aires: *Ciencia Social.*

A la muerte de la revista *Natura,* producida por la división de importantes núcleos anarquistas, Mella y un grupo de sus amigos fundaron *Acción Libertaria,* que apareció sucesivamente en Vigo y Gijón, y luego substituída por *El Libertario* (Gijón,

Madrid), y, por fin, otra vez *Acción Libertaria,* en la mentada ciudad asturiana. Todas estas publicaciones—aunque apareciendo en distintas épocas (1910-1914), en diferentes localidades y con diverso nombre—tuvieron siempre una buena y única orientación, como correspondía al talento y seriedad de sus más asiduos colaboradores, tales como José Rovira (Galfe), Ricardo Mella, José Chueca, Eleuterio Quintanilla, Marcelino Suárez y Pedro Sierra, entre otros. El único error cometido, a mi juicio, por los inspiradores de tan notable publicación, en el cual tuvo mucha participación también Juan Grave, fué el de tomar partido por uno de los bandos beligerantes en la gran guerra.

El punto de vista aliadófilo sostenido por *Acción Libertaria* y por *Cultura y Acción,* de Zaragoza, nos enzarzó en una gran polémica de la que forzosamente teníamos que salir triunfantes los enemigos *a outrance* de la guerra. La campaña contra la matanza y contra las filias y fobias de la época la sostuvo, en primer término *Tierra y Libertad,* de Barcelona, secundada por el Ateneo Sindicalista de la misma población, alrededor del cual se puso toda la organización obrera española, salvo muy raras excepciones, y por *Regeneración,* de Sabadell, periódico combativo, de extremada violencia en sus ataques, que inspiraba y dirigía Eusebio Carbó. El resto de las publicaciones libertarias del país siguieron también las inspiraciones de *Tierra y Libertad.*

Aquella discusión — como cabía suponer — acabó con la noble vida de *Acción Libertaria.*

Y, caso ejemplar aquél: En la polémica sostenida por ambos bandos pudimos apreciar de qué manera, amigos personalmente tan íntimos como Ricardo Mella y José Prat, sostuvieron dignamente criterios opuestos. Todo aquello fué, sin embargo, la-

mentable, pues se llegó al insulto por parte de algunos. Anselmo Lorenzo, tan pacifista y enemigo de la hecatombe guerrera, sufrió horriblemente al notar la defección de sus buenos amigos de *Acción Libertaria* y de sus otros camaradas residentes en Francia e Inglaterra — los diez y seis firmantes del célebre manifiesto internacional—, Kropotkin, Malato, Grave, etc., etc.

Los compañeros más íntimos de Lorenzo afirman que los sufrimientos que le ocasionaron aquellas defecciones aceleraron el fin de su vida. Yo creo que así fuese, por cuanto me fué dable comprender la extrema sensibilidad del buen internacionalista, a cuyo entierro asistimos en una tarde gris del último día de noviembre de 1914.

* * *

¡La guerra! Este magno acontecimiento sirvió al pueblo español para señalar una vez más su odio profundo contra el criminal azote de la Humanidad.

Nos consta que los países comprometidos en la horrorosa contienda hicieron no pocas gestiones para lograr que España entrase en la liza.

Germanófilos y aliadófilos desparramaron por España a sus agentes; se compraron periódicos, hombres, conciencias, que el dinero todo lo puede; pero los trabajadores españoles, que ya en 1909 y 1911 se habían sabido mostrar prácticamente enemigos de la aventura marroquí, renovaron su posición resuelta y serena: «Contra todas las guerras».

«¡Antes que la guerra la revolución!», gritaba el manifiesto nacional publicado por el Ateneo Sindicalista de Barcelona y suscrito por centenares de organizaciones.

Aquel manifiesto fué obra de Antonio Loredo, lo mejor que yo he visto publicado en una síntesis para condenar documentalmente la guerra.

La crisis de trabajo, agudizada enormemente a los comienzos de la hecatombe, y la miseria consiguiente, eran resueltas a su manera por «los sin trabajo», ocupando los restaurantes, las fondas, los figones, las tiendas de ultramarinos, etc., en donde se tomaba lo que hacía falta para vivir; pero la actitud más decidida de las masas se dirigía contra la guerra; la guerra era el objetivo criminal cuyo logro había que impedir a todo trance; la guerra, que era la causa de la miseria reinante en España, había que evitarla por todos los medios para impedir que aquella miseria fuese aún mayor y, sobre todo, por espíritu de humanidad y de altruísmo.

Cuando los diputados Emiliano Iglesias, en el teatro Nuevo, y Lerroux, en el Soriano, quisieron dirigirse al Pueblo hablándole del progreso y la libertad que los aliados defendían, la masa les increpó duramente y les impuso el silencio, llamándoles «vendidos» y «traidores».

En el mitin del teatro Nuevo (febrero de 1915), el señor Iglesias, demostrando una supina ignorancia al englobar a Malatesta entre los firmantes del manifiesto de los *diez y seis* internacionales del anarquismo, el público le objetó a coro con un «¡Malatesta, no!», que le obligó a rectificar corrido y avergonzado.

Pero los elementos lerrouxistas no cejaban en su empeño. Sabiendo que los anarquistas y los obreros antipolíticos concurrían a todos los actos guerristas que aquéllos celebraban, organizaron un mitin en la mal llamada «Casa del Pueblo». Allí fueron algunos de los nuestros aun adivinando la tragedia que sobre ellos se cernía. Antes de dar co-

mienzo al acto, y cuando todo lo consideraban bien preparado «para dar el golpe», cerraron las puertas del local y la emprendieron a tiros contra aquellos pocos camaradas indefensos. Hubo algunos heridos, de entre los que recuerdo el nombre de Pedro Júl, militante anarquista y obrero muy activo.

Al día siguiente, al conocerse los sucesos ocurridos en la calle de Aragón, la Confederación llamó a conferencia urgente a los delegados de la región catalana, pronunciando la Asamblea su inquebrantable divisa: «Hoy más que nunca ¡contra la guerra!, y para los guerreístas asesinos el consabido ojo por ojo...»

De este modo enérgico y resuelto, adoptado por todas nuestras organizaciones obreras y libertarias de la península la idea de hacer la guerra fué desapareciendo.

En la primavera de 1915 (31 de mayo) fué convocado en el Ferrol por los camaradas Vieytes y Bouzá y el Ateneo Sindicalista de la mencionada población gallega, un Congreso internacional contra la guerra que se constituyó como pudo, a pesar de la orden del Gobierno español suspendiéndolo.

Asistieron delegados de muchas comarcas españolas y de Cataluña Francisco Miranda, Tomás Herreros, Antonio Loredo y Eusebio Carbó. También asistieron representantes de algunos países suramericanos.

Sebastián Faure, Malatesta y algunos otros delegados de las naciones europeas en guerra convocados al Congreso no pudieron desplazarse a España por motivos que el lecttor debe fácilmente adivinar.

Resuelta la crisis de trabajo por la gran demanda de brazos resultante de las necesidades de la guerra misma, y resuelta la cuestión de la guerra por lo que a la intervención en ella de España se refería,

las organizaciones obreras promovieron en todo el país una nueva agitación, ésta contra el alza de las subsistencias.

La «Confederación» establece, al efecto, un pacto con «La Unión». La campaña general culmina con el paro nacional de diciembre de 1916, sin que el alza de los artículos necesarios a la vida decrezca.

Sufriendo los efectos de la carestía todas las clases humildes, cunde en ellas el espíritu de organización, organizándose, por tanto, al efecto de imponer sus condiciones a los privilegiados.

Los empleados y obreros del Estado y de las grandes compañías nacionales de servicios públicos forman sus Sindicatos respectivos; otro tanto hacen los elementos intelectuales, los curas, los técnicos.

Hasta los militares forman su organización de clase con el nombre de «Juntas de Defensa», presididas por el coronel Márquez, hombre justo, pero de carácter poco a propósito para la misión que él creía debían realizar las «Juntas».

Márquez, que, dicho sea de paso, murió hace cosa de un mes en Barcelona, llegó a ser el ídolo popular. Según creo, era republicano y pretendía servirse de las «Juntas» y de algunos parlamentarios para derribar el régimen monárquico.

Fué un error de dicho hombre el concebir tan siquiera como posible ni probable llevar a cabo sus propósitos de «saneamiento» nacional. El debió de advertir que entre los políticos que le halagaban eran muy pocos los que sinceramente compartían sus opiniones y ellos con muy escaso prestigio entre el pueblo; me refiero a los republicanos; y los demás eran más amigos de la monarquía que de la República; en cuanto al ejército, la inmensa mayoría de fejes y oficiales, agrupados en las «Juntas de Defensa», eran también partidarios del rey y de la monarquía, y si se habían organizado era con el

sólo fin de combatir ciertos privilegios de casta y defender sus intereses materiales.

Si el obrero manual tenía el derecho — y se hacía fuerte para conseguirlo — de reclamar un mayor respeto y mejores condiciones económicas de vida, aumentando sus salarios, ¿por qué — se decían los militares — nosotros no hemos de hacer igual, ya que con los sueldos actuales no podemos vivir, tal como están los precios de la vida?

El que haya creído ver en las célebres «Juntas de Defensa» otra cosa que lo que dejamos dicho, está en un error. La prueba más palpable de cuanto decimos está en el mismo movimiento general de agosto de 1917.

Sea porque los políticos iniciadores de aquél considerasen que el pueblo estaba dispuesto a ir más allá de la República o sea por lo que fuese, es lo cierto que la masas fueron traicionadas por ellos y las fuerzas militares sofocaron la sublevación *según las instrucciones del Gobierno y del régimen que Márquez pretendía derribar.*

III

La Asamblea de parlamentarios. — la huelga general de agosto de 1917. — La represión Dato-Sánchez Guerra. — La Revolución Rusa. — La Conferencia nacional anarquista. — La reconstitución de la C. N. del T. — La excursión nacional de propaganda. — «La Comisión Mixta» y el gran locaut catalán (noviembre 1919).

Voy a decir muy poco — aunque mucho decir pudiera — sobre los dos episodios primeramente enunciados. Acerca de las famosas «Cortes facciosas», como calificó el gobierno a la Asamblea de parlamentarios celebrada en Barcelona en julio de 1917 y, a propósito de la huelga general de agosto del mismo año se ha escrito mucho, tanto, que nadie que sienta un poco de curiosidad o interés por conocer las cosas, ignora nada de lo ocurrido al respecto.

Un gran escritor, cuya filiación como anarquista en la Argentina, no excluye en él el espíritu de imparcialidad — Alberto Ghiraldo — ha publicado sus impresiones en un libro, sobre las luchas sociales y políticas en España en lo que va de siglo.

En dicho libro (1) podrá ya el lector encontrar todo cuanto se refiere a la gestación de los dos episodios mencionados. Ghiraldo observa los acontecimientos con una visión clara de las realidades de cada hora, profetizando, también, algo de lo que luego ha de ocurrir y que ocurre.

Cuando aparecieron las «Juntas de Defensa» veíase ya claro todo el proceso político que las cosas habían de seguir.

A la organización obrera y anarquista, fogueada y muy entrenada por sus contiendas permanentes contra el poder y la burguesía en los últimos tres años, no se le escapaba la importancia de cuanto venía ocurriendo.

De tal manera, la C. N. del T. tomó posición expectante; no podía obrar de otro modo, contando como contaba en su haber con varias tristes experiencias en las cuales los políticos profesionales habían hecho traición al proletariado.

Pero este proletariado que no sabe guardar grandes y eternos rencores, se dejó enrolar en el movimiento de agosto. Los políticos, republicanos y socialistas, que en teoría se mostraban los más ultrarrevolucionarios, conquistaron en seguida la adhesión de nuestras masas trabajadoras.

—¡Vamos a la revolución! — gritaban los políticos; y nosotros, hombres de fe, les hacíamos coro.

¿Quién no recuerda las campañas violentas contra el Régimen, sostenidas por Marcelino Domingo, en su órgano *La Lucha*? Aquel su artículo «¡A los soldados!», publicado en el batallador diario republicano, exacerbó el entusiasmo de las multitudes.

El «*Alea jacta est*» se pronunciaba por todas las bocas. El ambiente era denso, pesado, tormentoso.

(1) *El Peregrino Curioso*. Editorial Monclús. Tortosa, 1916.

«Un gesto bello y la revolución es un hecho»—, se decía jaleando a los políticos.

Los republicanos, los socialistas, hasta los reformistas nos decían convencidos:

—No os quepa duda, nuestros jefes están dispuestos al sacrificio esta vez por todas.

Muchos llegamos a creer un momento en los que en mil ocasiones nos habían engañado y traicionado.

En tales circunstancias, se llega a la fecha señalada para la celebración de la Asamblea de Parlamentarios.

La decisión de celebrar dicha Asamblea, fuera del Parlamento, justamente para enjuiciar al poder ejecutivo, y, acaso para algo más trascendente, entrañaba una enorme gravedad.

A la hora fijada para reunirse los diputados, el pueblo de Barcelona en masa se lanzó a la calle en actitud tranquila y serena, pero dispuesto a defender a los políticos contra cualquier atropello. La ansiedad en toda España es grandísima, y la expectación por lo que va a ocurrir se acrece con la orden del gobierno suspendiendo la Asamblea.

No ceden los parlamentarios ante el primer ataque, e intentan burlar la orden del gobierno, reuniéndose clandestinamente en otro lugar diferente del señalado.

Un policía de triste recordación — Brabo Portillo — descubre el sitio de la reunión, avisa al gobenador civil Matos, y éste, *un buen camarada* de los reunidos, les dispersa amistosamente con unas palmaditas en el hombro que también se han hecho famosas.

Los que esperaban que algún diputado se rebelase y se jugara lo que los hombres se acostumbran a jugar en tales casos, sufrieron una gran desilusión.

El ridículo fin de «las Cortes facciosas» de Barcelona nos hizo sonreir un tanto. También nos tornamos un poco excépticos.

El pueblo, el buen Juan Pueblo, regresó a su casa un algo mohino y un algo más desengañado.

Será preciso, cuando los políticos españoles escriban o digan — lo que hacen frecuentemente — que el pueblo es indiferente y despreocupado, será preciso, repetimos, gritarles al rostro el anatema de, ¡embusteros!

El pueblo nunca les negó su concurso en las horas solemnes de la historia; fueron ellos, los que, con sus cobardías y claudicaciones, asquearon y apartaron de sí a las multitudes.

* * *

Los hombres de la C. N. del T. hemos tenido casi siempre un grave defecto, un gran prejuicio: el de quedar bien en el cumplimiento de determinados compromisos.

Por eso nuestros pactos y alianzas han sido siempre otros tantos fracasos.

Yo opino que, después de la Asamblea de parlamentarios de Barcelona, en donde se dibujó de modo indubitable la incapacidad subversiva de sus componentes, la Confederación debió romper todas las alianzas que la ligaban a diferentes organismos.

Pero no lo hizo; quiso cumplir sus compromisos hasta el fin y los cumplió; ¿fué ello un bien, o un mal? Esto es lo que contestaremos brevemente un poco más adelante.

Hago caso omiso de las idas y venidas, de Madrid a Barcelona, de los elementos más destacados del socialismo español, para entrevistarse con nosotros.

«La Alianza Revolucionaria» — de algún modo hemos de calificar a aquel célebre comité de izquierdas, donde había izquierdistas tan de la derecha como Cambó, y derechistas tan reaccionarios como Lerroux—quiso *hacer algo* después de la fracasada Asamblea.

Ese algo consistía en una huelga general revolucionaria. Pero, ¿quién había de llevar a cabo el movimiento? ¿Los que lo proponían, acaso? No, por cuanto la mayoría eran burgueses. Querían, pues, la realización de un movimiento específicamente político, a cuenta, precisamente, de los que más odiamos la política.

Nosotros fuimos, por tanto — aunque ello resulta paradoja —, el factor principal de la huelga que la C. N. del T. y la U. G. de T. hicieron estallar el 13 de agosto.

El movimiento fué revolucionario, unánime y tan completo en toda España, que ignoro se haya producido otro igual en ningún país del mundo.

Las víctimas obreras se contaron por centenares en todas las provincias de la península.

Lerroux, a quien se suponía en posesión de armas y municiones, al ir a solicitárselas, dicen que preguntó desde su escondite :—«¿Pero es un hecho el paro en toda la nación?» Su interlocutor contestó afirmativamente, añadiendo que en Barcelona se habían levantado barricadas en diferentes puntos y que el pueblo había hecho frente a la fuerza armada, causando bastantes víctimas.

—¿Y piden armas aún? — dicen que objetó Lerroux.

A los tres días, el caudillo radical, sobornó a un comisario de policía — Martorell — muy influyente entonces y pasó la frontera.

Descubierto el caso por Brabo Portillo, que quería ocupar el puesto de Martorell, éste fué sometido

a un proceso en el que le pedían no pocos años de presidio.

No nos detendremos a detallar cuanto ocurrió en las demás regiones de España. El pueblo de Madrid respondió al movimiento muy dignamente; no queremos negarle este honor.

La huelga, iniciada sin fin concreto alguno, duró una semana. Los obreros de Asturias cuyo heroísmo rayó a gran altura, la prolongaron ocho días más. En Vizcaya fueron muchas las víctimas habidas.

La represión hizo estragos entre las filas obreras; el Comité de huelga de Madrid, fué detenido y sus componentes, Anguiano, Besteiro, Largo Caballero, Saborit, etc., fueron condenados a prisión perpetua. En Barcelona y las otras provincias, las condenas a presidio se contaron por centenares.

Una gran campaña en favor de las víctimas, que por cierto inició en España *Tierra y Libertad* con un mitin en el Cine Montaña, del Clot, fué coronada por una amnistía. En las elecciones legislativas del año siguiente, el pueblo, siempre sentimental y generoso, se decidió a votar por los socialistas presos, saliendo diputados la mayoría de los propuestos.

Barcelona, la ciudad antisocialista por excelencia, eligió a Largo Caballero, Valencia a Anguiano, Madrid a Besteiro, Vizcaya a Prieto, Asturias a Saborit.

El sentimentalismo del pueblo español tiene estos arranques.

Cuando en el Parlamento se discutió la huelga de agosto, en medio de las imprecaciones de la mayoría para los nuevos diputados socialistas, Indalecio Prieto pronunció un discurso del cual son las siguientes palabras:

—Es cierto que dimos armas al pueblo y que pudimos vencer en la contienda, pero no le dimos municiones. ¿De qué os quejáis, pues?

Si los trabajadores españoles hubieran sabido an-

tes esta gran verdad, tan paladinamente confesada por uno de sus representantes, ¡quién sabe si los diputados socialistas hubiesen llegado a serlo!

De todas las maneras, las declaraciones del diputado por Bilbao, abrieron los ojos a la gran masa de productores.

Con la defección de algunos de los políticos comprometidos en el movimiento y con las traiciones de los demás, el fracaso de los llamados partidos de oposición se evidenció notablemente.

Frente a todo y a todos, quedaba solamente un núcleo en el que el pueblo depositó desde ya toda su confianza y toda su fe en el porvenir. En ese núcleo, que representa el anarquismo y su hija mayor «La Confederación Nacional del Trabajo», se cobijaron las grandes falanges obreras.

De todo lo cual se deduce, que fué un gran bien para el pueblo el cumplimiento honesto de los compromisos contraídos por la Confederación.

Sin aquellos pactos y alianzas, que no supe combatir en su día — pero que más tarde califiqué de equivocaciones —, la Confederación no hubiese tenido, tal vez, ocasión de demostrar su poderío y su nobleza.

Ni los políticos la de traicionar al pueblo tan descaradamente como lo hicieron todos, salvo muy escasas y honrosas excepciones que no creemos oportuno especificar.

* * *

La revolución rusa vino a fortalecer aún más el espíritu subversivo, socialista y libertario de los trabajadores españoles.

¡Quién podía pensar que la gesta formidable del pueblo eslavo, tan libertaria, tan justiciera en sus

comienzos, había de sufrir la horrible y reaccionaria transformación que le condujera a su estado actual de tiranía y de opresión del partido gobernante sobre el pueblo!

Para muchos de nosotros — para la mayoría — el bolchevique ruso era un semidiós, portador de la libertad y de la felicidad comunes.

Han pasados los años y con ellos ha venido la rectificación de nuestro error, acerca del alcance social de la revolución rusa. Nuestra sinceridad oblíganos a declarar que el resplandor del incendio ruso nos cegó en vez de iluminarnos. Tomamos por antorchas inextingibles lo que sólo fué una llamarada, seguida de venganzas ruines y de ambiciones partidistas desmedidas.

¿Quién en España — siendo anarquista — desdeñó el motejarse a sí mismo de bolchevique? Hubo pocos a quienes no cegara el fogonazo de la gran explosión; pero es hora de que lo digamos: aquellos pocos fueron los únicos a quienes hoy debemos rendir justicia, declarando que su actitud fué la más digna y la más consecuente con las verdaderas ideas de emancipación humana.

El proceso de la revolución rusa, desde octubre de 1917 hasta la hora actual, es demasiado conocido para que pretendamos historiarlo aquí.

En otros lugares del libro, se hacen constar nuestras rectificaciones colectivas — las de la C. N. del T. — a propósito de la posición de la misma en relación con el hecho ruso.

Ahora pasemos a otra cosa.

* * *

Terminado el Congreso de Sans (Regional, junio-julio de 1918,) el Comité nacional provisorio, nombrado por la organización Barcelonesa, tomó carácter efectivo por acuerdo del Congreso referido y previa consulta a las organizaciones adheridas a la C. N. del T. en el resto de España.

El dicho Comité es integrado por los camaradas siguientes: Manuel Buenacasa, del Sindicato de la Madera, secretario general; Evelio Boal, de las Artes Gráficas, secretario primero; Vicente Gil de los Tintoreros, secretario de actas; José Ripoll, de los Cilindradores, contador; y Andrés Miguel, de los Carreteros, tesorero.

Los cinco individuos mencionados, se constituyen en grupo anarquista y, con arreglo a sus ideas, orientan a la Confederación hasta el Congreso de Madrid.

No soy yo el llamado a explicar lo que fué el movimiento obrero español — de tal suerte orientado — durante los quince meses que transcurren desde el otoño de 1918 hasta diciembre de 1919. Cuando alguien no cegado por la pasión y con capacidad y conocimientos para ello, se decida a completar la historia de la C. N. del T., se sabrá lo que fué la Confederación entonces y de qué modo por una orientación recta, libertaria y federalista, las organizaciones obreras de todo el país supieron seguir, sin mancillarse ni desviarse, el buen camino.

No importa que esta sencilla afirmación que acabo de hacer pretenda ser desmentida por algún envidioso.

Los hechos hablan por sí mismos. Concedamos, pues, la palabra a los sindicatos federados de entonces y ellos que digan si hemos o no dicho la verdad.

El cumplimiento del deber es siempre una obligación sagrada; nosotros cumplimos aquel deber tal

como nos lo dictó nuestra conciencia de libertarios y sin perseguir honores ni alabanzas; la prueba de ello está en que hasta el Congreso de Madrid eran muy pocos los camaradas españoles que sabían los nombres de los que formaron aquel Comité Nacional. Quince meses actuamos sin descanso y sin salir del anónimo. Si en el Congreso Nacional pusimos nuestros nombres al pie de dos mociones presentadas, fué a instancias de varios delegados. No quiero dejar de observar que el Comité nombrado en Barcelona en octubre de 1918 fué reforzado por cinco camaradas más, cuyos nombres constan en otro lugar, en la primavera del año siguiente.

* * *

En el invierno de 1918, celebróse en Barcelona una Conferencia Nacional Anarquista.

Los hombres más prestigiosos de nuestro campo—representando a todas las regiones españolas — asistieron a ella. Si la memoria no me es infiel recuerdo, que la región Levantina estaba representada por Eusebio Carbó, que a la sazón editaba en Valencia el periódico *La Guerra Social,* excelente publicación que luchó con mil inconvenientes y peligros para abrirse paso entre el ambiente político y cerril de la Comarca Valenciana.

Los asturianos enviaron a Eleuterio Quintanilla; Cataluña, a Tomás Herreros; los andaluces, al Doctor Vallina o a Sánchez Rosa; la región Norte, a Galo Díez; Galicia, creo que a José Suárez; no recuerdo quién representó a Castilla ni Aragón.

No detallaré la labor de aquella Conferencia; me limitaré a decir que el tema que más ampliamente se debatió, en presencia de un delegado del Comité

de la Confederación Nacional del Trabajo, fué el referente a la intervención de los anarquistas en el movimiento obrero.

Y la Asamblea, oídas las explicaciones y deseos de la Confederación, decidió recomendar a todos los obreros libertarios de España su ingreso y su participación inmediata y directa en las entidades de trabajadores. Hasta entonces habían sido muchos los anarquistas que se hallaban al margen de las organizaciones obreras, y muchos, también, los que, a pesar de pertenecer a ellas, estaban ausentes de las Juntas y cargos de responsabilidad.

Los resultados de la Conferencia de Barcelona no pudieron ser más halagadores. Meses más tarde las entidades de la C. N. del T. se encontraban perfectamente compenetradas todas del espíritu y la idea anarquista. Con este espíritu y esta idea, aceptada voluntariamente por cientos de miles de trabajadores, los Sindicatos obreros lucharon con dignidad y entereza no igualada hasta entonces, ni superada más tarde.

Si no existiesen mil motivos poderosos para defender la teoría de un movimiento obrero con tendencia francamene libertaria, lo que acabo de exponer bastaría a ello.

* * *

En octubre de 1918 lanzamos la idea de una excursión Nacional de propaganda, idea que fué acogida jubilosamente en toda España.

Las Comisiones salidas de Barcelona, fueron integradas por Antonio Martínez, Félix Monteagudo, Francisco Miranda, Andrés Miguel, Manuel Buenacasa y Emilio Mira ; los cuatro primeros dirigiéndose a Aragón, Centro, Norte, Galicia, Noroeste, habían

de ser secundados en las regiones nombradas por Zenón Canudo, Mauro Bajatierra, Galo Díez, Eleuterio Quintanilla y el profesor Constancio Romeo; los dos últimos delegados del Comité Nacional antes nombrados se dirigieron a Valencia, en donde se les uniría Carbó, recorriendo las regiones de Levante y Andalucía, acompañados respectivamente por José Ruiz, Pablo Mairal, José Almela, Roque García y José Sánchez Rosa. Al llegar a Sevilla Salvador Seguí reforzaría la comisión que había de recorrer el Este de la región, y Sebastián Oliva y Gallego Crespo se unirían a la comisión del Oeste andaluz.

Salimos de Barcelona el 22 de diciembre con mucho entusiasmo y poco dinero —; entonces no había cargos retribuídos, ni comisiones *fuertes* para cobrar cuotas.

El primer acto celebrado en Valencia el día de Navidad, coincidió con el Congreso de los campesinos españoles reunidos en la ciudad del Turia.

Nuetstra intervención en el Congreso y el Mitin del Cine Sogueros, decidieron a la Federación de Agricultores de España a ingresar en bloque en la Confederación. Treinta actos públicos más celebrados en otras tantas poblaciones de las Comarcas de Valencia y Castellón — Sueca, Cullera, Alcudía, Masanasa, Carlet, Picasent, Alginet, Vinaroz, San Jorge, etc., etc.—fueron otros tantos triunfos para nuestro ideal y nuestra organización.

La comisión de Zaragoza también comunicaba, con gran entusiasmo, los buenos resultados del Mitin de la Lonja y la expectación que en los pueblos había por escuchar la voz de los anarquistas.

Pero nuestro gozo en un pozo. Romanones, a quien los gobernadores civiles expusieron el peligro de aquella campaña, aprovechó una oportunidad y suspendió las garantías e hizo detener a los propa-

gandistas en ruta. Algunos lograron escapar, pero otros fuimos encarcelados.

Todos los redactores de *Solidaridad Obrera* menos Pestaña, escapado milagrosamente; el Comité de la Confederación de Cataluña y los miembros más destacados del movimiento obrero barcelonés, dimos con nuestros huesos en el acorazado *Pelayo*. Allí estuvimos varios días, hasta que se nos condujo a la cárcel, Seguí, Castellá, Herreros, Rueda, Negre, Jerez, Mestres; el gran escritor catalán Jaime Brosa, que murió a consecuencia del disgusto que le ocasionó detención tan arbitraria; «Salvadoret» y otros hasta veinticinco.

Detenidos a altas horas de la noche, el pueblo no se enteró de lo ocurrido hasta el día siguiente.

La indignación que el hecho produjo en Barcelona fué tan grande que costó no pocos esfuerzos a las juntas de la organización el impedir la huelga general.

Suspendido el órgano confederal, clausurados los centros y perseguidos los más activos militantes, los sindicatos en plena clandestinidad continuaron su obra organizadora y de combate.

Al margen de la ley, por obra y gracia de las determinaciones del poder público, la organización obrera funciona en pleno, como si tal cosa, dobla su acometividad y multiplica sus efectivos numéricos.

Tres semanas más tarde, estalla la gran huelga de «La Canadiense» y quince días después reaparece clandestinamente *Solidaridad Obrera* alcanzando una mayor tirada que antes de su suspensión.

Mi puesto en el Comité Nacional lo ocupa Boal, y Manuel Máñez es designado por el Sindicato de la Madera para sustituirme en la Confederación.

Resuelto el conflicto de «La Canadiense» y terminada la huelga regional que se produjo días des-

pués, el Comité Confederal lanza la idea de la celebración de un Congreso Nacional. La idea se acepta sin vacilaciones en toda España.

* * *

En el año que estamos historiando se llega al momento culminante en que puede decirse — tal es la potencia orgánica y combativa de la Confederación— que nuestro movimiento absorbe por completo todo el interés de la vida social y política de España.

Por todo el año de 1919 no se habla de otra cosa que de la Confederación, de sus luchas, de sus hombres. Los hombres de las demás escuelas y Partidos — incluso los Partidos colectivamente — quedan reducidos a la nada y eclipsados.

Llegamos, en Cataluña sobre todo, la apoteosis de la fuerza. Esto envalentona a los advenedizos, a los sin ideas, a los eternos pescadores en río revuelto.

Medio millón de cotizantes, solamente en Cataluña, llenan las cajas de los Sindicatos; los ambiciosos, las cabezas calientes —como dijera Mella — y los granujas ven llegado el momento de hacer de las suyas. Todos, todos nos vemos envueltos en el sucio torbellino e imposibilitados de reaccionar contra la ola gigantesca de matones y vividores que dominan en aquel ambiente.

Comienza en gran escala el asesinato de patronos, encargados, mayordomos, policías, esquiroles, sin que la organización encuentre el medio de impedir las violencias innecesarias elevadas ya a sistema.

De entre los mil atentados producidos, son muy pocos los que puedan calificarse de hechos revolucionarios; los Sindicatos no pueden desprenderse de aquellos pistoleros que acaban por exigir una sol-

dada por su *trabajo,* y en ciertos casos, aunque pocos, a adueñarse de la dirección de algunos organismos importantes.

Los procesos se suceden con rapidez vertiginosa contra los hombres más destacados y solventes del anarquismo y de la organización obrera a los que los tribunales tienen que absolver en la mayoría de casos. Esto se explica si se tiene en cuenta que la policía al desconocer a los verdaderos autores de los atentados detiene a los camaradas más conocidos por sus ideas avanzadas.

Por eso aquella organización que con un poco de valor, al principio, de sus componentes anarquistas, podía haber evitado a tiempo el terrible daño, enfrontándose con energía con los bandidos que la deshonraban, se veía luego obligada a defender las peores causas, precisamente, porque la mayoría de encartados en ellas eran inocentes.

No se hicieron esperar mucho los resultados desastrosos de aquel sistema.

En la primavera del 1919 ya habían caído — como represalias — dos de los nuestros ¡y de los mejores!: Pablo Sabater «El Tero» y José Castillo.

* * *

También en otros medios y ambientes cundía la inmoralidad y la desaprensión.

El caso que vamos a narrar, descubierto por *Solidaridad Obrera* en el verano de 1918, merece pasar a la historia. Se refiere al célebre asunto del espionaje alemán y al torpedeamiento de barcos mercantes durante la gran guerra.

Un hombre de triste recordación, enemigo encarnizado de la organización obrera, comisario de

policía, con gran influencia en las altas esferas, fué la cabeza visible y el causante acaso de algunas tragedias marítimas.

Era él Don Manuel Brabo Portillo.

Las cartas de Brabo publicadas en el facsímil de su puño y letra por el órgano confederal, vieron la luz el 9 de junio de 1918, según me comunica el entonces director de *Solidaridad Obrera,* Angel Pestaña. ¿Cómo se hizo Pestaña con aquellos documentos? Nunca intenté saberlo. Sé que el periodismo debe ser un sacerdocio y no gusto de querer descubrir lo que personalmente no me importa.

La primera de dichas cartas decía así:

Hay un membrete: «Delegación de Policía.—Distrito de Atarazanas.—Sección tercera.—Barcelona.»

«Querido Royo: El dador es el amigo que te dije; es de mi confianza; te facilitará datos del *Mumbrú* (1), que saldrá el 20 a las nueve; te ruego lo recomiendes a quien sabes.

»Gracias mil de tu amigo que te abraza.—*Brabo.*»

La segunda carta es como sigue:

Hay un membrete: «Brigada de servicios especiales. — Barcelona. — Particular. — Paseo de Isabel II, 3.»

«Querido amigo: El asunto se agrava; pida a mi pariente un pasaporte y márchese.

»Le abraza su amigo. — *Brabo Portillo.*»

La publicación de estas cartas ocasionaron el procesamiento y prisión de Brabo Portillo el día 20 de junio. No recuerdo si fué absuelto; lo que sé es que su prisión fué corta y que cuando le libertaron juró matar a Pestaña en donde le encontrara.

Este compañero hubo, pues, de tomar muchas pre-

(1) Vapor que hacía viajes a Francia o Inglaterra conduciendo víveres y acaso municiones, pues en Barcelona en los talleres Barret se fabricaban proyectiles para los aliados.—(*N. del A.*).

cauciones y suerte tuvo de ser detenido el día 3 de abril de 1919, pues de otro modo estoy cierto de que Brabo hubiese cumplido su amenaza.

La opinión pública señaló a Brabo y su banda como autores del asesinato de Sabater.

Tal vez por hallarse convencidos de ello, algunos hombres decidieron hacer justicia a su manera, matando a un tal Ferrer, íntimo de Brabo, en primer lugar.

Brabo fué muerto después — el 5 de septiembre de 1919 — en la calle de Santa Tecla, esquina a la de Buenavista, y algo más tarde un individuo llamado Soler, a quien apellidaban «el Mallorquín», fué muerto también, pero de una puñalada, a bordo de un trasatlántico en el que huía hacia América.

La noticia de la muerte de Brabo Portillo causó gran alegría entre los elementos liberales y sobre todo entre el proletariado español.

Miles de trabajadores barceloneses festejaron el acontecimiento con meriendas, canciones y discursos alusivos.

* * *

Fueron varios los delegados de Sindicatos que en el Congreso de Madrid primeramente, y luego en la Conferencia de Zaragoza, mostraron grandes deseos de saber dos cosas: la una, de qué manera se constituyó la «Comisión Mixta» de Barcelona, y la otra, qué intervención tuvo en el gran locaut catalán de noviembre de 1919 la Confederación Nacional.

Voy a complacer brevemente los deseos de aquellos camaradas.

La «Comisión Mixta» se constituyó contra la voluntad de la organización barcelonesa, a quien afectaba. La prueba de que esto es cierto la dieron los

trabajadores de Barcelona invitando enérgicamente a sus representantes a abandonar sus puestos en la Comisión.

El Gobierno Sánchez Toca había nombrado gobernador civil de la ciudad condal a Julio Amado, el cual se encontró al llegar a Barcelona con un sin fin de conflictos sociales planteados. Me parece recordar que los Sindicatos, que vivían en plena clandestinidad, tenían declarados a la burguesía más de trescientos boicots.

El gobernador, que creía que los conflictos sociales en curso eran dirigidos y orientados por los presos — más de cuatrocientos camaradas significados nos encontrábamos en la Cárcel Modelo—, envió un delegado suyo para entrevistarse con nosotros.

El delegado en cuestión se llamaba don Francisco Mira y vino a visitarnos acompañado de un conocido y buen amigo mío, Valentín de Pedro, excelente poeta a quien conocí a su llegada de la Argentina.

Al llamamiento del delegado del gobernador asistimos, representando a los presos, Angel Pestaña, «David Rey», yo, creo que Miguel Abós y algún otro.

El señor Mira nos saludó y nos dijo:

—Vengo en nombre del Gobierno a ofrecer a ustedes el ramo de olivo de la paz. Serán ustedes libertados, restableceremos la Constitución y levantaremos la clausura de los Centros obreros. ¿Desean ustedes algo más? — añadió el señor Mira.

Nosotros, considerando que el Gobierno nos concedía todo lo que entonces podíamos desear, nos limitamos a contestar:

—Somos simples condenados a presidio que no tenemos voto en las deliberaciones y acuerdos que la organización pueda adoptar, pues sólo ésta es la responsable para discutir y resolver lo que proceda.

—Así, pues — objetó el señor Mira—, existe una organización con responsabilidad; yo creía que no existía tal y que eran ustedes los que orientaban todos los conflictos existentes.

—Terminemos. Si usted quiere entrevistarse con la Confederación para proponerle lo que nos acaba de proponer a nosotros, no tenemos inconveniente en hacerle llegar hasta ella, mediante, claro está, la garantía por parte de usted de no proceder contra los representantes obreros a quienes visitará.

La entrevista quedó acordada y yo mismo, a presencia de mis compañeros, entregué al señor Mira una dirección y una contraseña con las que dicho señor pudo avistarse el mismo día con nuestros camaradas de la organización. De lo que el señor Mira y la organización trataron no sé personalmente más que lo que Seguí explicó en la Conferencia de Zaragoza.

Por lo que parece, el Gobierno insinuó a la organización el nombramiento de una «Comisión Mixta» que resolviese los innumerables conflictos planteados.

Así nos lo hizo saber a los presos una numerosa delegación de los Sindicatos que nos visitó al día siguiente.

Mentiría si no dijese que las tentadoras proposiciones que nos hiciera el delegado del Gobierno — la libertad de cientos de condenados a presidio, etc.— nos llevaron un tanto a aconsejar a los delegados de los Sindicatos un arreglo digno y rápido de la cuestión.

Pero Seguí nos objetó:

—Es que la solución de todas las proposiciones del Gobierno está supeditada al nombramiento de la «Comisión Mixta».

En contestar a Seguí no estuvimos de acuerdo todos los presos; unos deseaban la libertad por encima de todo, a costa de cualquier transacción;

otros, los menos, consideramos que nuestra libertad era bien poca cosa, si para alcanzarla se habían de vulnerar principios y tácticas de todos tan queridos.

Lo que ocurrió luego entre el alcalde, el gobernador, la patronal y los representantes obreros, lo ignoro; sólo sé que días después la «Comisión Mixta» entró en funciones y que los patronos intentaron imponer su criterio a todos. La «Comisión» resolvía conflictos; pero como los obreros interesados no aceptaban los fallos de aquélla, los conflictos, sobre no resolverse, empeoraban. Los acuerdos de tan impopular tribunal indignaban a los trabajadores, siendo cierto también que la desmoralización y el divorcio entre representados y representantes obreros cundieron. Aquellas fotografías de la prensa ilustrada en las que aparecían nuestros representantes arrellenados en cómodos butacones al lado de los enemigos seculares, colmó toda medida. Los obreros manifestaron su repulsa contra la Comisión y ésta hubo de disolverse.

Indudablemente nuestra unidad había sido seriamente quebrantada; muchos camaradas, asqueados, se fueron al retiro de sus casas.

La patronal, considerando la ocasión propicia, se atrevió a publicar su plan largo tiempo meditado; dos semanas más tarde declaraba el locaut a todos los trabajadores de la región catalana.

Pocos días antes, el Gobierno, para festejar el fin de la guerra, concedió un indulto que devolvió la libertad a la mayoría de nosotros.

* * *

Que no nos digan que soñamos. El locaut de noviembre de 1919 — interesando a más de doscientos mil trabajadores de Cataluña — es la primera y

más seria oportunidad para intentar una realización revolucionaria eminentemente social.

La patronal iniciaba un ataque a fondo; necesitaba de una vez recuperar su predominio, reducido a la nada por la acción constante de las organizaciones obreras; le era preciso también vengar de algún modo a los centenares de colegas suyos muertos anteriormente en la contienda; su odio contra los trabajadores de las vanguardias sindicales, contra la organización toda, y, por fin, su espíritu de conservación como clase y como hombres — que los patronos son hombres también — les llevaron a jugarse la última carta.

En tales condiciones — forzoso es confesarlo — la organización obrera de Cataluña debió negarse a la aceptación del locaut.

Pero la organización catalana no vió claro en aquella ocasión. Estaba demasiado segura de su fuerza y, como tal, pronunció su fallo:

«Venga el locaut. Los que supimos salir airosos en mil contiendas más difíciles y graves, también venceremos en esta ocasión. Dure el conflicto lo que dure, venceremos, y, si no, al tiempo.»

Este fué, en síntesis, el acuerdo de la Confederación de Cataluña reunida en sesión plenaria y secreta para deliberar sobre el pacto del hambre anunciado por la burguesía.

Pero no todos opinaron igual.

El más alto organismo de la nación — el Comité de la C. N. del T.—, por boca de uno de sus representantes, declaró que el locaut no debía aceptarse; que, a pesar del despido en masa acordado por los patronos, los obreros debían continuar produciendo, haciendo caso omiso de la orden de sus explotadores.

—Pero es que la fuerza armada nos echará de los talleres y fábricas — objetó alguien.

—No hay bastante fuerza armada en España para echar de tálleres y fábricas a más de doscientas mil personas que desean trabajar honradamente.

—Y si se intenta echarnos, ¿no habremos de resistir? Y, en tal caso, ¿no es esto un principio de revolución?

—Efectivamente, y a ella debemos ir.

—¿Y cuáles son actualmente las disponibilidades y la fuerza con qué cuenta la C. N. del T. en el resto del país?

El delegado del Comité Nacional hace una breve reseña de la situación en que se hallan las diferentes provincias españolas. Andalucía, región más extensa y más preparada para una empresa expropiadora que Cataluña misma, está en la mejor disposición de ánimo.

Otro tanto puede decirse de Levante en orden a entusiasmo y fuerza, si bien su capacidad socialista no puede compararse con la de Cataluña y Andalucía. Aragón y la Rioja harán un buen papel y las demás regiones donde existen fuertes núcleos organizados y dispuestos al sacrificio por nuestro ideal, no quedarán rezagadas cuando el grueso de sus primeras comarcas industriales y agrícolas inicien la tarea.

Las consideraciones del delegado nacional fueron oídas, pero no aceptadas, por creerlas excesivamente optimistas.

En consecuencia, se aceptó el locaut no sin que alguien pronunciase las siguientes frases:

—La resistencia pasiva nos llevará al fracaso; el hambre ha de causar más daño que los fusiles; contraatacando con energía podríamos triunfar; resistiendo con resignación seremos vencidos; hoy somos fuertes, mañana seremos débiles.

* * *

Siempre he creído que cuestiones tan graves y trascendentales debieran tratarlas y resolverlas las grandes asambleas; en las masas no existe ese espíritu de responsabilidad que muchas veces domina en el ánimo de los militantes.

El sentido de responsabilidad nos conduce muchas veces al fracaso, por considerar que fuera de nosotros, de los elegidos, no existe fuerza consciente, y esto es un error.

Estoy seguro de que si a los obreros catalanes se les hubiese propuesto rechazar el locaut, ellos hubieran ido, unidos y entusiasmados, a trabajar, prescindiendo de sus patronos.

Se les aconsejó la resistencia pasiva y hoy lo lamentan. A las diez semanas de locaut la organización obrera quedaba deshecha y desmoralizada. Los que dos meses antes se sentían capaces de todas las heroicidades, hoy se entregaban rendidos y sin condiciones al enemigo secular.

Y es que ayer estaban unidos y cohesionados, eran victoriosos y no sentían las punzadas del hambre.

Diez semanas de miseria y de privaciones son el vencimiento fatal.

Cuando la cohesión se rompe, es inútil intentar rehacerla; ha cundido el desengaño y el desaliento y la gente no cree posible reanudar el buen camino, abandonado, hasta que pase algún tiempo.

Un error que nos desmoraliza y una bella oportunidad revolucionaria que no sabemos aprovechar y que, por eso mismo, aniquila nuestra fuerza: la «Comisión Mixta» y el gran locaut de Cataluña.

Pero, frente al error, la rectificación no se hace esperar. Viene la lección que nos da el proletariado español en el Congreso de Madrid.

Vamos a hablar de él.

IV

El Congreso Nacional del Teatro de la Comedia.— Impresiones sobre el mismo. — Dictámenes y acuerdos. — Los hombres de la Confederación. — Comentarios.

Del Congreso de Madrid voy a hablar con alguna extensión, porque lo merece. Como demostración de fuerza y como acto de orientación ideológica y táctica, ningún Congreso obrero de los celebrados en España alcanza la trascendencia que éste. La audacia que suponía reunir en la capital de España un Congreso extraordinario de la Confederación Nacional del Trabajo desconcertó al Gobierno y a los socialistas, dueños del obrerismo madrileño.

Estos — ignoro si con la mala intención de negarnos medios de publicidad o por otras causas — habían declarado la huelga a los periódicos de Madrid aquellos días.

Ante la contrariedad que ello suponía, me puse al habla con Rodrigo Soriano, gerente de *España Nueva* y le recomendé que accediese a las demandas de los gráficos.

Aceptadas mis indicaciones, el señor mencionado

dió satisfacción al personal del diario y éste pudo reaparecer cinco días antes del Congreso.

Aquello constituyó un éxito para el Sindicato del Arte de Imprimir, puesto que los gerentes de los demás periódicos, al ver en la calle *España Nueva*, se apresuraron a romper su cohesión e imitar al gerente del popular diario republicano.

Señalemos, pues, que el personal de los periódicos de Madrid ganaron aquel conflicto debido a la intervención del organismo que más odian: la Confederación.

En mis tareas organizadoras me ayudaron numerosos camaradas madrileños, de entre los que sólo recuerdo el nombre de Bajatierra y Moisés López. Tres días tan sólo faltaban para dar por constituído el Congreso cuando recibí el siguiente telegrama de Barcelona:

«Situación locaut catalán se agrava. Comité Regional de Cataluña pregunta: ¿no podría suspenderse el Congreso? — *Salvador Seguí.*».

La Comisión organizadora se reunió en la calle de Pizarro, 15, domicilio del Ateneo Sindicalista Madrileño, se discutió la situación general y acordó contestar con el siguiente despacho:

«Imposible suspender Congreso, ni siquiera aplazarlo; numerosas comunicaciones de provincias anuncian salida delegados dirección Madrid. Regiones esperan que Cataluña asista en bloque a pesar locaut; lo contrario sería causa contento patronal catalana. Aquí gran entusiasmo, arreglado asunto taquígrafos; alquilado teatro Comedia; concedida autorización, comenzaremos día 10 a las 10. Saludos fraternales. — *Buenacasa.*»

En las circunstancias descritas, agravadas por la inquietud y la anormalidad de la situación en Cataluña, dimos cara al viento y proseguimos nuestra tarea.

En los momentos que precedieron a la apertura del Congreso se unieron a nosotros nutridos grupos de intelectuales, estimulándonos a nuestra labor. Muchos de ellos nos ayudaron con un desinterés digno de loa. Para glosar los acuerdos del gran Comicio, Alberto Ghiraldo hizo una edición extraordinaria de la antigua y popular revista argentina *Ideas y Figuras,* que ilustró el gran artista Barradas. Valentín de Pedro compuso la versión de las sesiones.

La trascendencia del Congreso la glosó Angel Samblancat con un precioso artículo que no puedo dejar de reproducir por el donaire con que está escrito y por lo bien que refleja el ambiente de la gran Asamblea el notable escritor:

«*CONGRESO ROJO*

»Las cosas no son del color del cristal o del ojo con que se miran, como dijo el poeta, sino del color con que ellas mismas se tiñen y se pintan. Lo mismo los hombres. El mundo, que a pesar de ser obra de Dios es completamente insubstancial, no tiene color. Abajo predomina el verde; arriba el gris, esto es, el color de rata, el color de panza de burro. En la tierra, sin duda, hizo el Creador que superabundara el verde, porque quiso que en ella prevalecieran las bestias. Los hombres tampoco tienen color e individualidad. Casi todos son multitud, reata, recua o ácroma. Casi todos son de color de tripa de rata o de forro de gorra. Casi todos nuestros semejantes no son más que un esperpento de sastrería: ni fu, ni fa; ni limoná, ni chicha; ni leche, ni café. Y más pardas y cenizosas son las Asambleas. Hay pocos hombres que conozcan las palabras áureas, las palabras sangrientas y que tallen y tajen al hablar. Y muchas veces sucede que esos hombres hachas, que esos hombres guillotinas devienen en las Asambleas

una pulvurencia más, una gota de la balsa más, un ojo del queso más. Pero en este Congreso Rojo de la Comedia no ha ocurrido nada de eso. Era lo que estaba allí, al sol, una ropa lavada muchas veces y ni una sola hilacha ha perdido su sólido tinte. Ninguna esencia se ha evaporado. Ninguna individualidad se ha achicado, ni ha disminuído su estatura. Antes ha habido muchas que se han agigantado.

»El Congreso Rojo, la Cámara de los Trabajadores, nada tiene que ver con el otro Congreso, chato, enano, con la otra Cámara de la vagancia, de la charlatanería, de la evanescencia y de los leones sarnosos. A este Congreso de los Sindicatos o de los Soviets, a este Senado de proletarios, nadie ha venido a borrarse ni a disolverse en la colectividad, ni a frotar su nariz con la del vecino para achatarse todos. El ideal no es hacer del individuo masa, sino dar a la masa personalidad. El Congreso Rojo de los Trabajadores ha puesto en ridículo al Congreso gris y chirle de los holgazanes. Cuando el uno se cerraba y moría de simpleza, de zoncera y ñoñez, el otro se abría y avivaba el mortecino rescoldo y amontonaba brasas y carbones encendidos sobre las consumidas cenizas. El Congreso Rojo ha celebrado sus sesiones entre sables y cascos de policías, entre dientes apretados y puños cerrados, entre crisis políticas, huelgas, locauts y amenazas de próximas represiones y estados de guerra asoladores. Pero el Soviet de Trabajadores no ha temblado ni se ha estremecido, ni ha respirado con dificultad alguna en el ambiente de intimidación. De los labios han fluído las palabras rojas y de los cerebros las ideas rojas.

»Y la bandera roja de la Confederación Nacional del Trabajo ha quedado clavada en el mismo riñón del Madrid cortesano, de las Castillas pardas.

»ANGEL SAMBLANCAT.»

* * *

El día anterior a la apertura del Congreso hallábanse ya en Madrid la inmensa mayoría de delegados.

Según nuestro deseo — y a pesar de la grave situación por que atraviesa—, Cataluña asiste en bloque.

La expectación que el anuncio del gran Comicio despierta en Madrid es enorme. Cien mil manifiestos editados por la Comisión organizadora, como acto de salutación al pueblo de Madrid, son rápida y ansiosamente agotados.

A las diez de la mañana del día 10 comienzan las sesiones. El teatro de la Comedia se halla atestado de un público heterogéneo, entre el que se destacan, junto a los trabajadores más significados de nuestra organización en toda España, numerosos grupos de intelectuales, artistas, poetas, escritores, catedráticos y no pocas mujeres. El aristocrático coliseo de la calle del Príncipe ofrece un aspecto imponente y a la vez pintoresco.

Los congresistas — cerca de 450 — ocupan la mayoría de palcos y butacas de la platea. En sillas de atrás, a la derecha, ocupan sitio los delegados del Norte, cubiertos con sus boinas típicas; al frente de aquéllos vemos a Bernardo Pascual, Juan Fernández, Galo Díez y Juan Ortega, cuatro elementos de excepcional valía; junto a éstos se encuentra la delegación gallega, de la que se destacan Cayetano Castriz, Germán Barreiro, José Suárez y Josefa López.

En el mismo lado derecho, pero más próximos al escenario, se encuentran la mayoría de representantes de Levante y Andalucía, en admirable mezcolanza; nótase junto al chambergo y la blusa de los agrarios de Murcia y de Valencia, el airoso sombrero cordobés y las cortas chaquetillas de los campesinos andaluces. Al frente de éstos notamos la

presencia de hombres de gran valía y prestigio, tales como Juan Guerrero, Sebastián Oliva, José Chacón, Antonio Jurado, Juan S. Carrión, Roque García, Armodio Garcés y el poeta Cordón.

La delegación de Levante la integran, entre otros, Eusebio Carbó, Juan Gallego Crespo, Juan Rueda, Diego Parra, José Miró, «Román Cortés», Emilio Molina y el bolchevique Hilario Arlandis.

Al lado izquierdo, ocupando la mayor parte de la platea, toman asiento numerosos elementos de la delegación catalana, entre los cuales recuerdo a José Canela, Saturnino Meca, Pedro Rico, Emilio Mira, Ricardo Fornells, «David Rey», Simón Piera, José Mascarell, Angel Pestaña, José Bertrán, Salvador Seguí, Félix Monteagudo, Juan Peiró, Francisco Martínez, Andrés Nin — actualmente en Moscou a sueldo del Gobierno ruso—, José Rovira y Antonio Amador.

Entre éstos se encuentran los representantes de Aragón, de los que debo consignar los nombres de Zenón Canudo, de Zaragoza; al profesor del Instituto de Huesca Ramón Acín, Antonio Domingo, Francisco Calleja, Ernesto Marcén y Jesús Cejuela, estos dos últimos socialistas de Estado.

A la cabecera izquierda y delante de todos — como queriéndose volcar sobre el escenario—, hállase la delegación asturiana, compacta y unida como una fortaleza inexpugnable, integrada, entre otros, por Eleuterio Quintanilla, José María Martínez, Avelino González, Aquilino Moral, Jesús Ibáñez y un delegado de la Asociación de capitanes y pilotos de Gijón cuyo nombre siento no recordar.

De entre los delegados de las Castillas destácanse Bajatierra, López, Pascual, Gámez, Ramos, Parera y Evaristo Sirvente.

Al frente de la delegación de la comarca riojana

hállase el campesino de Fuenmayor Manuel Anguiano muerto hace poco.

La Confederación General del Trabajo de Portugal está representada por su secretario, Joaquín de Sousa.

La Unione Sindicale Italiana, ante la imposibilidad de enviar una representación directa, remite su saludo y adhesión al Congreso.

El Comité ejecutivo de la Confederación hállase completo, a excepción de Andrés Miguel, que ha quedado en Barcelona para despachar los asuntos de trámite.

* * *

De los hombres de la Confederación mencionaré, en primer término, a Evelio Boal, un verdadero científico de la organización, ordenado, meticuloso y constante para llevar a término cuanto se proponía. Si como orador no era de gran fuerza, como escritor fué muy estimable, popularizándose con el seudónimo de «Chispazos».

A juicio mío, la Confederación no ha tenido todavía un secretario cuyas condiciones para dicho cargo hayan igualado a las que Boal poseía.

Entre los buenos oradores y escritores de nuestro movimiento citaré unos cuantos. Los que mayor popularidad alcanzaron fueron Salvador Seguí y Angel Pestaña.

Aquel hombre, grande entre las multitudes, de figura alto y corpulento, de recia y fuerte voz, las apasionaba y arrebataba con sus discursos en los grandes actos públicos. Seguí, a su manera, fué un orador grandilocuente, sobre todo para el mitin. Pestaña, de aspecto más sencillo, posee un gran don de gentes y es elemento que, como Seguí, habla

mejor que escribe. Sin embargo, Pestaña ha escrito mucho, pues ha dirigido durante ocho años *Solidaridad Obrera*. Seguí, en cambio, necesitaba un mes para redactar una cuartilla.

Al nombre de estos dos compañeros — uno de ellos desaparecido ya—añadiré el de Eusebio Carbó, hombre todo fuego, pasión y dinamismo; el mejor elemento que yo he conocido como polemista tanto en la tribuna como en la prensa, en la que ocupó el primer puesto como escritor de combate. Eleuterio Quintanilla, el orador más pulcro y elevado del anarquismo español; razonador y serio, es también un excelente escritor. Zenón Canudo, uno de nuestros primeros conferenciantes, cosa que él ignora; atrae grandemente por su modestia; si se propusiera darse a conocer, ocuparía el primer puesto entre los ídolos populares. Salvador Quemades, el primero de nuestros periodistas, y Felipe Alaíz, el mejor de nuestros escritores. Galo Díez, hombre de masas, buen orador de combate. José María Martínez lo hace todo y todo bien; organiza, ejecuta, habla y escribe con gran competencia. Juan Peiró, elemento muy valioso como hombre de organización, regular orador y buen escritor. Libertad Ródenas, muy instruída y capacitada para la tribuna. Francisco Martínez (Arín), buen orador de combate, igual que Sebastián Clará, Emilio Mira, Jesús Arenas, Paulino Díez, «Juan Expósito», Bruno Carreras y José Villaverde.

Entre los jóvenes y viejos periodistas obreros pueden mencionarse a los que editaron *El Productor* (Blanes, Barcelona, 1925-26); al editor de *Redención* de Alcoy y *Generación Consciente*, J. J. Pastor; a Manuel Suárez, a Hermoso Plaja, Fortunato Barthe, Julio Roig, V. Orobón Fernández, Adolfo Ballano, Tomás Cano Ruiz, F. García Birlan, Asmodio Garcés, «Román Cortés», Juan Usón, Tomás

Herreros, Jaime Aragó, Germinal Esgleas, el gran lírico Elías García, etc.

Al azar he cogido estos nombres entre los muchos que conozco. Como no se trata de una exposición de bombos mutuos, yo espero que los nombrados, que aun viven y militan, dispensarán mi atrevimiento y los que quedan por nombrar perdonarán el olvido involuntario en que les dejo.

* * *

Volvamos al Congreso de Madrid.

De las delegaciones en conjunto, la de Cataluña da la sensación de mayor fuerza; la Andaluza es la delegación anárquica por excelencia y la más nutrida después de la catalana; las delegaciones de Levante y Aragón las encuentro divididas en la mayoría de cuestiones; ni una ni otra me agradan en conjunto. Las provincias del Norte y la Rioja se hallan excelentemente orientadas y unidas en la defensa del ideal libertario; otro tanto puede decirse de la delegación gallega; los representantes de Castilla, salvo muy raras excepciones, no demuestran tener muy buen criterio; la mayoría los veo absorbidos por la tendencia unificadora.

La delegación que me causó mejor impresión fué la Asturiana, lo que declaro en honor de la verdad, aun cuando mi criterio discrepó del suyo durante casi todo el Congreso y en la mayoría de cuestiones.

No teniendo a mano las actas de las sesiones, no puedo dar la nota exacta del número de representados en Madrid, pero puede colegirse la cifra de éstos ateniéndonos al resultado de las dos únicas votaciones habidas: una con motivo de aceptar o no la fusión con la Unión General de Trabajadores y otra por o contra el Sindicato Unico.

La primera de dichas votaciones arroja los datos siguientes:

Contra la fusión	323,955	votos
En favor de la fusión	169,129	"
Abstenidos presentes (federados)	10,192	"
Abstenidos ausentes federados y no federados a quienes representaba el Comité Nacional que creyó prudente no votar	42,147	"
Abstenidos presentes (no federados)	14,694	"
Total de trabajadores	560,117	

Como se ve, en esta votación tomaron parte entidades no federadas y dejaron de votar otras que lo eran, como puede verse por las cifras que arroja la votación en pro y en contra del «Sindicato Unico» y que son las siguientes:

Por el Sindicato Unico	651,437	votos
Por las federaciones de oficios o industrias	14,008	"
Abstenidos presentes	22,131	"
Abstenidos ausentes representados por el Comité Nacional	26,452	"
Total de federados	714,028	

El número de delegados representando a las diferentes organizaciones ascendía a 437 contados por el siguiente orden de comarcas:

Cataluña	128	delegados
Andalucía y Extramadura	73	"
Las provincias de Levante	71	"
Aragón	30	"
Galicia	28	"
Las Vascongadas, Santander, Rioja y Navarra	24	"
Ambas Castillas incluso Madrid	55	"
Asturias, León y Palencia	19	"
El Comité Nacional	8	"
La C. G. T. Portuguesa	1	"
Total	437	"

Los precedentes datos han sido extraídos de *España Nueva* y de los órganos Confederales de Galicia, El Norte, Aragón, Andalucía y Levante. Aunque no todos los periódicos mencionados concuerdan en la expresión de cifras, se aproximan entre sí lo bastante para deducir, sin alterar la realidad, los resultados arriba expresados.

* * *

A la hora anunciada suena el timbre de la presidencia. Periodistas, taquígrafos y delegados gubernativos, se hallan acodados a varias mesas en derredor nuestro. Los individuos del Comité Nacional ocupamos la reservada al presidente y secretarios.

Todo el mundo vocifera y se entusiasma.

La figura endeble y raquítica de Boal en pie reclama a gritos el silencio; el siseo de la multitud espectante lo impone hasta el punto de devenir sepulcral breves minutos, los únicos en aquella sesión, en que se hace posible oir lo que dice el orador, que empieza su breve discurso con las siguientes palabras:

«¡Pueblo de Madrid! ¡Trabajadores de España! Después de ocho años de silencio impuesto por las castas reaccionarias, la Confederación ha logrado organizar este grandioso acto. El Comité Confederal aprovecha este momento solemne para saludar a los trabajadores madrileños, para dar la bienvenida a los representantes de los demás obreros de España y para proponer, antes que nada, la muestra de nuestra simpatía fraternal a las víctimas del terror capitalista y autoritario que yacen en las prisiones del mundo entero.

»Vamos ahora, sin perder tiempo, a empezar las tareas del Congreso, nombrando las comisiones revisoras de credenciales y las ponencias dictaminadoras.

»¿Estáis conformes con lo propuesto?»

Se contesta con un sí atronador y se reanuda el barullo, el griterío, el desconcierto. Cien delegados a la vez piden la palabra. Y entre la baraúnda y el desorden las comisiones y ponencias son nombradas.

El Comité tenía previsto cuanto había de ocurrir y tomado sus medidas para remediar el mal en lo posible.

Era presumible que aquellos 400 y pico de hombres que habían estado sometidos al silencio durante tantos años irían al Congreso con grandes ganas de hablar.

Y así fué en efecto.

Las tareas mecánicas del Congreso, procedimiento de votación por tarjetas, acoplamiento de temas, agrupación de cuestiones afines, etc, habían sido cuidadosamente arregladas de antemano por el Comité, simplificándose de tal suerte las tareas más ingratas.

Boal logró hacerse oir de nuevo para decir que: «todos los delegados presentes pertenezcan o no a la Confederación deben tener voz y voto, en la discusión del tema «Necesidad de la fusión del proletariado español en un solo organismo nacional» e igualmente en las cuestiones de orden general o internacional, la guerra, la revolución rusa, etc.»

En la discusión sobre los asuntos internos de la Confederación, el orador propone que tengan voz todos los presentes si bien el voto debe corresponder solamente a los federados.

El Congreso aprueba por unanimidad las anteriores manifestaciones.

La primera sesión terminó entre el barullo.

La segunda hizo honor a la primera; con decir que en media hora pasamos por la presidencia yo, Carbó y Gallego Crespo, queda dicho todo.

Hasta la tercera sesión, bien poco de provecho hizo el Congreso. Gracias a que las ponencias trabajaban silenciosamente fuera de aquel recinto caldeado por el entusiasmo y las pasiones.

Por fin encontramos el presidente modelo, el único que en aquellas jornadas supo imponer a todos con su sonrisa insinuante y bonachona.

Cortaba con admirable maestría los más enojosos incidentes y abreviaba o suprimía las discusiones estériles, a satisfacción de todos.

Aquel presidente fué José María Martínez, de la delegación asturiana.

Tan bien cumplió su cometido, que el concurso en pleno — delegados y público — le designó para presidir tres o cuatro sesiones seguidas.

El penúltimo presidente fué Seguí y el que clausuró el Congreso Galo Díez.

* * *

El Congreso de Madrid tuvo momentos de gran emoción, que no puedo resistir al deseo de explicar.

Fué uno de aquéllos el que se produjo cuando, después de discutir tres días consecutivos el tema sobre la «fusión», el Sindicato de la Construcción de Barcelona presentó la siguiente proposición incidental:

«Considerando que las tácticas y las ideas de la C. N. del T. y las de la U. G. de T. son diametralmente opuestas, y están ambas completamente definidas y por tanto no ignoradas de nadie, entiende el Sindicato que suscribe que no debe irse

a la fusión de los dos organismos sino a la absorción de los trabajadores que integran la Unión General:

»Primero: Porque la C. N. del T. representa un número de adheridos tres veces mayor que la U. G. de T., y segundo: porque siendo, como anteriormente se ha dicho, conocidas por todos las ideas y tácticas de la Confederación y habiendo sido invitados a este Congreso los elementos de la Unión General, al no asistir a él han demostrado no estar conformes con nuestras ideas y nuestros deseos de unificación, por lo que sería inútil la celebración de otro Congreso «pro fusión» (1) ya que ellos no habían de convencernos ni hacernos adoptar sus ideas.

»Por todo lo expuesto propongo y recabo del Congreso que la Confederación redacte un manifiesto dirigido a todos los trabajadores españoles concediéndoles un plazo de tres meses para su ingreso en ella, declarando amarillos y al margen del movimiento obrero a los que no lo hagan.

»Por el Sindicato del Ramo de Construcción de Barcelona y su radio. El delegado *Valero*».

La lectura de la anterior proposición escuchada con gran recogimiento causó sensación enorme.

Esta subió de punto cuando yo declaré:

—El Comité Nacional, que hasta el momento presente se ha inhibido en absoluto de tomar parte en las deliberaciones de la Asamblea, cree llegado el instante de exponer su opinión manifestando que *hace suya la anterior proposición en todas sus partes.*

Esta declaración del Comité Nacional es contestada por el público, y la mayoría de congresistas,

---

(1) La proposición de un nuevo y amplio Congreso de las dos centrales nacionales fué hecha y defendida por la delegación asturiana.

con vivas a la Confederación y a la Anarquía y mueras a los traidores socialistas.

Los camaradas asturianos y algunos delegados de otras regiones protestan de la intromisión del Comité Nacional en el debate. Como contestación a la dicha protesta, los organismos que se citan a continuación suscriben en el acto la propuesta del Ramo de Construcción de Barcelona, firmada por la Federación de Málaga y los Sindicatos del Transporte y Construcción de ídem, las Federaciones de Algeciras, Campamento, Los Barrios, Santa Cruz de Tenerife y Tarifa; el Sindicato del Hierro de Valladolid, Artes Gráficas de Barcelona, Ramo de Construcción de Vizcaya y los mineros de Bilbao y Zaramillo (ídem), la Federación de Badalona y los Sindicatos del Transporte, Higiene y Aseo, Vidrieros y el Vestido de Barcelona; las Federaciones comarcales y Sindicatos de Manresa, el Llobregat, Sierra Cardona, San Vicente de Castellet, Sampedor y la Federación Regional Obrera Andaluza.

El delegado Chacón declara que toda Andalucía suscribe la proposición. Boal le pregunta si está seguro de que todos sus codelegados opinan de igual suerte.

Los setenta y tres delegados andaluces, como movidos por un resorte, se ponen de pie para reafirmar unánimes lo expuesto por Chacón.

* * *

Acto seguido doy lectura a la siguiente declaración:

«AL CONGRESO

»Los nueve individuos del Comité Nacional manifiestan de nuevo que suscriben la anterior proposición y a la vez declaran:

»Que no sólo como representantes de los Sindicatos que les designaron para integrar el Comité, sino que también como simples federados, advierten a la Asamblea, sin que ello suponga coacción ni amenaza, que si el Comité que nos substituya — puesto que este Congreso nos debe dimitir automáticamente — no sigue las prácticas de acción anarquista por nosotros sustentadas hasta la fecha, lucharemos en el seno de nuestras organizaciones para imposibilitar toda labor de unión o fusión que no se asiente sobre las bases, ideas y tácticas expresadas.»

Firman Evelio Boal, por las Artes Gráficas de Barcelona; Vicente Gil, por el Ramo Textil; Domingo Martínez, por el Ramo del Vidrio; Manuel Buenacasa, por el Ramo de la Madera; José Casas, por el de la Construcción; Francisco Botella, por el de la Metalurgia; José Vernet, por el de Alimentación; Andrés Miguel, por el Sindicato del Transporte, y Francisco Puig, por el Ramo de la Piel.

Algunos delegados, considerando dogmática la declaración del Comité, protestan; pero la Asamblea replica con nuevos vivas a la Anarquía en medio del mayor entusiasmo. Este alcanza las mayores proporciones cuando la delegación asturiana—Quintanilla — lee un telegrama del Congreso de los metalúrgicos y siderúrgicos de Asturias, que acaban de tomar el acuerdo de ingresar en bloque en la Confederación.

También declara dicho delegado que, a pesar de que el Congreso ha rechazado por gran mayoría los puntos de vista sobre la «fusión» tan dignamente defendidos por él y sus amigos, no por eso dejarán de continuar su obra en defensa de las ideas y las tácticas de nuestro organismo nacional, tanto en su seno como al margen de él.

La Asamblea y el público coronan con grandes aplausos la declaración de los asturianos.

* * *

Siempre entre el entusiasmo creciente de todos, se lee la siguiente declaración de principios, tan discutida años más tarde por ciertos sindicalistas puros y por la minoría de oposición bolchevique.

La declaración, breve y sintética, dice así:

«AL CONGRESO

»Los delegados que suscriben, teniendo en cuenta que la tendencia que se manifiesta con más fuerza en el seno de las organizaciones obreras de todos los países es la que camina a la completa, total y absoluta liberación de la Humanidad en el orden moral, económico y político, y, considerando que este objetivo no podrá ser alcanzado mientras no sea socializada la tierra y los instrumentos de producción y de cambio y no desaparezca el poder absorbente del Estado, proponen al Congreso que, de acuerdo con la esencia de los postulados de la *Primera Internacional de los Trabajadores,* declare que la finalidad que persigue la Confederación Nacional del Trabajo de España es el Comunismo Anárquico.

La proposición, leída entre aplausos y aprobada por unanimidad, va firmada por los nueve individuos del Comité Nacional y por José Canela, Eusebio Carbó, Saturnino Meca, Paulino Díez, Antonio Jurado, Enrique Serralley, Simón Piera, Mateo Mariné, Enrique Aparicio, Diego Larrosa, Vicente Barco, Emilio Molina, Angel Pestaña, Juan José Carrión, Emilio Chivinello, «Román Cortés», Mauro Bajatierra y otros varios delegados cuyos nombres no recuerdo.

* * *

Creo haber explicado a grandes rasgos lo que más me emocionó de todo cuanto ocurriera, que no fué poco, en el famoso Congreso de Madrid.

Podría terminar mi trabajo aquí sobre aquella gran manifestación obrera y libertaria, ya que he relatado sus más importantes decisiones, pero creo que siempre será útil transcribir, aunque en extracto, los dictámenes y acuerdos más dignos de mención.

Queda hecha memoria de lo referente a los temas sobre la fusión del proletariado español en un solo organismo nacional y las declaraciones de principios.

* * *

—Temas sobre organización: «La ponencia dictaminadora propone la constitución de Sindicatos Unicos de Ramos o Industrias en las grandes aglomeraciones y Sindicatos Unicos de Trabajadores en las pequeñas localidades. Se sobreentiende que la formación de los Sindicatos Unicos anula las Federaciones de oficio o de industria existentes, para substituir a las cuales se formarán simples Comités de relación profesional.»

La delegación asturiana y otras estiman que deben de subsistir las dichas Federaciones, aunque se constituyan los Sindicatos Unicos.

Después de larga discusión el dictamen es aprobado.

— Constitución orgánica de la C. N. del T.: «La Confederación Nacional estará compuesta a base de las Federaciones Regionales, éstas por las locales y comarcales y éstas por los Sindicatos. El Comité ejecutivo y administrativo lo compondrán todos los Sindicatos de la población donde resida y

el Pleno se constituirá por una delegación del ejecutivo y otra de cada región confederada. Se acuerda asimismo la implantación del carnet confederal para todos los afiliados a la Confederación.»

— Cuestiones de prensa y propaganda: «Se acuerda que los trabajadores gráficos se nieguen a confeccionar la prensa burguesa siempre que el Poder público suspenda la nuestra.

»Se determina asimismo el ejercicio de la censura roja por parte de los Sindicatos de Artes Gráficas y Periodistas, en la misma proporción e intensidad que sea ejercida la censura gubernativa. En las poblaciones y casos que fuera imposible a los obreros gráficos la implantación de la censura roja, los demás Sindicatos o secciones locales apelarán a todos los medios para contrarrestar la influencia de la prensa burguesa.

»Se acuerda en principio la creación de un órgano diario, por lo menos, en cada región española, sin perjuicio de las demás publicaciones que los organismos locales se sientan capaces de sostener, siempre y cuando este sostenimiento no dificulte la difusión del órgano confederal o le cause quebranto.

»Elevar a los periodistas al nivel moral que se encuentran los trabajadores manuales y declarar el boicot a cuantos de aquéllos se sirvan de las columnas de los periódicos para conseguir lo que no pudieran por medios más honestos. Igualmente se boicoteará a quienes conviertan la profesión de escritor que ejercen, en bolsa de contratación de ideas y sentimientos, igual que a los que a sabiendas engañen al público en cuestiones que puedan causar perjuicio a la clase obrera.

»Dicho boicot lo harán efectivo los Sindicatos en cada localidad, negando toda clase de informes a dichos individuos; la misma medida deberá adoptarse contra los redactores o corresponsales de pe-

riódicos que no estuviesen afiliados al Sindicato de la localidad donde residen o prestan regularmente sus servicios.»

El anterior dictamen, extenso y documentadísimo en todas sus partes, fué unánimemente aprobado. Estaba suscrito por Antonio Amador, Armodio Garcés, Eusebio Carbó, Ramón Acín, José Romero, Cayetano Castriz y José Vidal.

— Sobre tácticas de acción: Declara el dictamen y el Congreso aprueba:

«Que la unión del proletariado debe hacerse a base de acción directa, desechando los sistemas arcaicos empleados anteriormente. Condena la formación de la «Comisión Mixta» de Barcelona, pero recomendando a todos que se den por satisfechos con la declaración hecha por el Comité Regional de Cataluña, en la cual confiesa el error cometido y se compromete a luchar siempre según los sistemas y procedimientos de acción preconizados por la Confederación.

»Se recomienda igualmente el rechazo de cuantos laudos o convenios hayan sido promulgados por el Gobierno para regularizar las condiciones de trabajo de los obreros del campo, *convenios que tienden a dividir a la clase trabajadora con pueriles entretenimientos que la alejan del recto camino de su emancipación.*

»La ponencia considera de gran necesidad el empleo del *sabotage* como arma de lucha contra el capital; pero recomienda que este procedimiento sea ejercido inteligentemente y sólo cuando se considere preciso, oportuno y eficaz su empleo.»

— Sobre el problema de la tierra y la vivienda: La ponencia presenta un bello estudio que el Congreso aprueba por unanimidad, acordando que se publique en folleto aparte la Memoria general de las sesiones. Desde luego que el dictamen sobre estos

temas se inspira en el principio de que ni el problema de la tierra ni el de la vivienda podrán ser resueltos con equidad mientras casas y campos no sean expropiados a sus actuales poseedores y entregados a la sociedad.

Con gran alteza de miras también discutió y dictaminó el Congreso a propósito de las campañas y ayuda a los presos sociales y en pro de los ferroviarios, telegrafistas y carteros despedidos en las huelgas de los años 1912-17.

* * *

La última sesión del Congreso fué dedicada, casi por entero, a la discusión de las cuestiones de índole internacional, la guerra, la Revolución Rusa, etcétera.

A pesar de que ni uno solo de los cuatrocientos anarquistas delegados en Madrid de la organización española estábamos dispuestos a ceder un ápice de nuestras convicciones ideológicas, es lo cierto que la inmensa mayoría nos condujimos como verdaderos bolcheviques.

Esto fué así pese al gran amor que demostramos sentir por el ideal libertario. Eso sí, todo ello—creo haberlo dicha ya — tenía una explicación : la Revolución Rusa nos había sugestionado hasta el extremo de ver en aquella gran gesta la revolución por nosotros soñada.

Para que los comunistas españoles de hoy, que entonces eran aliadófilos y enemigos de lo hecho por el pueblo ruso en octubre de 1917, se den cuenta de cómo estimaba la revolución rusa el Congreso de la C. N. del T., no tienen más que leer las resoluciones adoptadas al efecto. Véanse :

«A propuesta del Comité Nacional, el Congreso acuerda:

»Primero. Que en las fábricas de armas y municiones de España se nieguen los obreros a construir material destinado a combatir al ejército rojo, y

Segundo. Que la Confederación se comprometa a declarar la huelga general en cuanto el Gobierno intente el envío de tropas contra Rusia.

Las dos proposiciones fueron defendidas extensamente por Hilario Arlandis y aprobadas por aclamación.

Carbó habló con brevedad para ensalzar la revolución rusa y excitar a los trabajadores españoles a lanzarse también, sin demora, por el camino revolucionario.

Por último hablaron Seguí y Quintanilla, ambos en términos diferentes a los empleados por los otros oradores.

Del discurso del delegado asturiano entresaco las siguientes palabras:

«La Revolución Rusa no encarna nuestros ideales; se trata de una revolución de carácter socialista, común a todas las tendencias socialistas revolucionarias que se han iniciado en Europa.

»Su dirección y orientación no corresponde a las intervenciones de los trabajadores, sino a la de los partidos políticos.

»Bien que se procure impedir el que las naciones centrales y occidentales de Europa acordonen y extrangulen al pueblo ruso, para lo que precisa buscar una inteligencia con los demás trabajadores del mundo; pero porque estimo política la Tercera Internacional, opino y creo que la C. N. del T. no tiene por qué estar representada en ella.»

Pasados los años, he tenido que reconocer que el hombre que vió más claro en el futuro de la Revo-

lución Rusa y de las relaciones internacionales de la Confederación española fué Quintanilla.

¡Ojalá hubieran sido aceptados sus puntos de vista! ¡Quién sabe cuántos males no se hubiesen evitado a nuestra organización!

* * *

Como fin de la discusión del tema acerca de la Revolución Rusa y de nuestra adhesión a la Tercera Internacional, el Comité Confederal presentó al Congreso la proposición siguiente (1):

«El Comité Nacional, como resumen de las ideas expuestas acerca de los temas precedentes por los diferentes oradores que han hecho uso de la palabra en el día de hoy, propone:

»Primero. Que la C. N. del T. de España se declare firme defensora de los principios de la *Primera Internacional* sostenidos por Bakunine, y

Segundo. Declarar que se adhiere *provisionalmente* a la Internacional Comunista (la Internacional Sindical Roja no se había inventado aún) por el carácter revolucionario que la informa, *mientras y tanto la C. N. del T. de España organiza y convoca el Congreso obrero universal que acuerde y determine las bases por las que deberá regirse la verdadera Internacional de los trabajadores.*

»El Comité Confederal.

»Madrid 17 de diciembre de 1919.»

La proposición fué aprobada por aclamación.

* * *

(1) Fíjense bien los bolcheviques y sindicalistas puros en el contenido de la proposición y luego deduzcan si fué o no lógico el acuerdo de la conferencia de Zaragoza.

Al final de la sesión hizo uso de la palabra el delegado de Portugal, camarada Sousa, para saludar a los trabajadores españoles en nombre del organismo que representaba.

Ensalzó la obra en conjunto realizada por el Congreso y expuso la conveniencia de fusionar en una sola Confederación las dos grandes organizaciones obreras de tendencia anarquista existentes en la Península Ibérica.

Boal le contestó ofreciendo laborar por que el pensamiento expresado por el representante de los obreros portugueses sea pronta realidad.

Propuso asimismo — Boal — el envío de una delegación directa del Congreso al que la Unión Sindical Italiana celebrará en Milán los días 20 y siguientes del mes en curso, abriéndose al efecto entre los delegados una suscripción para allegar fondos con que sufragar los gastos de nuestro representante.

El Pleno Nacional, reunido secretamente durante la sesión plenaria del Congreso, designa para ir a Italia en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo de España a Eusebio Carbó.

Josefa López, en nombre de las mujeres obreras de Coruña, pronuncia un breve y cariñoso parlamento de salutación a los trabajadores españoles.

Y Galo Díez termina las tareas del gran Comicio con una alocución brillante para recomendar a todos que procuren que los acuerdos tomados no queden en el papel, sino que se lleven a la práctica.

Hace un llamamiento vehemente a la generosidad de los reunidos, exhortándoles a perseverar en la obra emancipadora y a estrechar los lazos de unión que nos lleven al trifunfo final por la revolución libertaria.

* * *

El Congreso de Madrid tuvo su epílogo sangriento.

Al expandirse los delegados para retornar a sus provincias respectivas, se organizaron numerosos actos públicos al paso de aquéllos para dar a conocer los acuerdos del Congreso. Fué aquélla una campaña rápida y completa que dió muy buenos frutos.

Los obreros de Calatayud — como los de cientos de pueblos más — organizaron también un mitin en el que debían tomar parte algunos delegados catalanes a su regreso a Barcelona.

Pero el alcalde de la importante ciudad aragonesa lo prohibió — según su misma expresión — porque la Constitución, en vigor, le importaba un bledo y «por sus riñones» en última instancia. (*Sic.*)

Los trabajadores, ante tamaña provocación, decidieron celebrar el mitin, desobediendo la orden del monterilla.

El pueblo de Calatayud acudió en masa al teatro Principal atendiendo el llamamiento del Sindicato de Trabajadores.

Nunca lo hubiese hecho. Antes de dar comienzo al acto, la fuerza armada intervino, por orden del alcalde, y suspendió el mitin a tiros.

Cinco muertos, veinte heridos y otros tantos presos fueron el balance de la trágica jornada.

Como si los obreros hubiesen sido culpables de la brutal prohibición alcalduna.

La sangre generosa del pueblo, tan en abundancia derramada, volvía a correr nuevamente para fecundar con su riego caliente la buena semilla rebelde y libertaria.

V

El período álgido de la C. N. del T. — Fin desastroso del locaut de Cataluña. — Las bandas de asesinos. — Procesos, atentados y víctimas. — El pacto con la U. G. de T. — La huelga general y la de Riotinto. — Hacia el precipicio.

El período más brillante de nuestro movimiento es el que sigue — un año — a la celebración del Congreso de Madrid. Los Sindicatos aumentan sus efectivos y su potencia en toda España, menos en Cataluña. Se multiplican los periódicos, las revistas, los manifiestos. Aparecen *Solidaridad Obrera* en Valencia, Sevilla, Madrid, Bilbao, Gijón, más tarde en Coruña, en Barcelona, y *El Comunista* en Zaragoza, como órganos regionales. Ven la luz igualmente buenas publicaciones, específicamente anarquistas, tales como *Tierra y Libertad,* en Barcelona; *Redención,* en Alcoy; *Nueva Senda* en Madrid y ¡*Tierra*! en Coruña.

En Santander, Logroño, Algeciras, Jerez, La Línea, Cádiz, Málaga, Alicante, Sabadell, Igualada,

Huesca, Lérida, Badalona y otros pueblos, aparecen periódicos locales como portavoces del proletariado.

* * *

El locaut catalán termina en un verdadero desastre; la desbandada es general; no hay salvación. ¡Tan posible y digno como hubiese sido evitar la catástrofe!

Ahora la patronal ya no habla de defenderse; organiza un nuevo ataque cuya ferocidad deja en mantillas al del locaut mismo. Paga y arma brazos mercenarios para que asesinen a mansalva a las vanguardias del movimiento obrero emancipador.

Toman su revancha y van derechos a nuestro exterminio.

No hay día en que no caigan uno o varios de los nuestros atravesados por el plomo homicida.

El Comité Nacional, que vuelve a residir en Barcelona, por acuerdo del Congreso de Madrid, pide iniciativas, busca medios y soluciones para contrarrestar la criminal ofensiva burguesa. Todo en vano. Al asesinato en la vía pública, sigue una persecución autoritaria sañuda y constante; lo mejor de lo mejor de nuestros cuadros está amenazado del dilema: morir, matar, huir o caer en prisión. Los violentos se defienden y matan; los estoicos mueren y también los bravos, a quienes se asesina a traición; los cobardes o prudentes huyen o se esconden; los despreocupados más activos dan con sus huesos en la cárcel.

Y por si todo esto fuera poco, un nuevo y pernicioso elemento entra en la liza.

Me refiero a los bolcheviques. Desconocidos aún por las autoridades, emboscados mucho tiempo,

aprovechan la ocasión que motiva los desastres apuntados para asaltar los cargos principales de la Confederación en Cataluña. Hay momentos en que el propio Comité Nacional se halla orientado por los agentes de Moscou. Y cuando consiguen adueñarse en tales circunsttancias de los cargos directivos de la Confederación, lanzan en su nombre, en *Acción Social Obrera,* de San Feliu de Guíxols, su célebre manifiesto contra los anarquistas, a quienes tachan de cobardes y dogmáticos. Los anarquistas de la Confederación en Cataluña no fueron cobardes, ni huyeron, dejando el campo libre, ni pronunciaron el «¡Sálvese quien pueda!». Si los comunistas de Estado pudieron escalar los puestos de la Confederación fué porque los que antes los ocuparon habían sido diezmados. Demostraremos esto dando solamente una corta lista de nombres de muertos y heridos.

Dar la lista completa de víctimas y de presos, procesados y condenados en los años 1920-21 solamente, sobre ser casi imposible, haría este capítulo interminable.

* * *

He dicho que al iniciarse la *razzia* de asesinatos en los comienzos de 1920, la Confederación intentó buscar — sin encontrarlo — el medio de contrarrestar o paralizar aquella ola de crímenes.

Ya entonces opiné que el Comité Nacional debía ser trasladado a otra parte y no seguir residiendo en Barcelona.

Cuando los comunistas llegaron a influir en él, mi opinión — que hice ya pública en varias ocasiones — fué compartida por numerosos camaradas y organi-

zaciones; pero los interesados en que el Comité siguiera residiendo en Cataluña — a más de los comunistas, algunos camaradas de buena fe — contestaron que el traslado del mismo sería considerado como una cobardía por parte de las autoridades. «El Comité Nacional — se nos dijo — debe residir en Barcelona, pase lo que pase.»

Y lo que pasó fué que sus componentes fueron diezmados poco a poco; tantos como ocupaban el puesto de los caídos, tantos caían a su vez; la relación se fué perdiendo con el resto de las regiones, cuya gran potencia contrastaba con la debilidad reinante en Cataluña. Hubo algún instante en que nuestro gran optimismo nos hizo vislumbrar la salvación anhelada, pero nos equivocamos.

Se estaba ya en la pendiente y cuando se llega al plano inclinado parece fatal la llegada al abismo.

* * *

Soluciones que acaben con el crimen, que detengan la ola de sangre que inútilmente se derrama.

¡Soluciones!

Las masas obreras proponen la suya: la revolución, que puede ser una catástrofe, pero que puede también salvarlo todo. La dignidad es seguro que quedará bien puesta.

El Comité Nacional opina igual que las masas, pero sus componentes, horrorizados por la tragedia que viven, pierden el tacto, la relación y, lo que es peor, la voluntad y la clarividencia.

En tales condiciones no es difícil *convencer* al Comité Nacional sobre algo que en principio le repugnaba.

Y entonces surge una iniciativa, descabellada, pero plena de buena intención.

—Si los trabajadores de España dieran la sensación de estar unidos, sin distinción de ideas — dijo alguien—, tal vez podríamos obligar al Gobierno a que terminasen los crímenes de Barcelona. ¿Por qué no hacer, pues, un pacto con la Unión General de Trabajadores, comprometiéndola y comprometiéndonos a ir hasta donde sea preciso en nuestro deseo de acabar con la horrible tragedia?

Y sin más consideraciones que las muy humanas que se desprenden de la proposición, ésta se llevó *ipso facto* a la práctica.

Dos miembros del Comité Regional de Cataluña —Seguí y Quemades — y uno del Comité Nacional — Boal — fueron a Madrid y propusieron su iniciativa a la Unión General de Trabajadores.

El mismo organismo a quien la Confederación Nacional declaraba amarillo y traidor ocho meses antes, es ahora requerido por ésta para que le ayude en su humana tarea de combatir el crimen.

La Unión General acepta el trato y se publican en sendos entrefiletes de prensa las cláusulas de la inteligencia obrera.

Pero nadie tiembla por eso. Ni el Gobierno, que conoce bien el alcance práctico del pacto de ambas centrales obreras, ni los asesinos, que no ignoran que la Confederación sola es más fuerte que unida con la Unión General.

Las masas de la Confederación, en cambio, se soliviantan al enterarse del «pastel» elaborado en Madrid.

La Federación Regional del Norte envía un comunicado al Comité Nacional diciéndole:

«Denunciaremos el pacto por medio del manifiesto cuya copia os acompañamos, si aquél no se justi-

fica únicamente por determinadas circunstantcias de índole internacional» (1).

Igual que la del Norte hicieron todas las demás regiones; pero el Comité Nacional encontró el medio de acallar la protesta enviando a cada una un delegado con la misión de hacer saber que, siendo ella sola (?) la región que protestaba, convenía no exteriorizar la protesta a fin de que no apareciese rota la unidad de la Confederación.

De tal suerte se impuso el pacto con la U. G. de T. Los hombres de la Confederación que lo firmaron estaban llenos de buena fe, y es sabido que, por regla general, a los hombres de buena fe se les hace muy difícil comprender que pueden existir otros hombres que, llamándose amigos, se cubran con la capa de tales para engañarles.

Los socialistas representantes de la U. G. de T. engañaron a sabiendas, y con toda la mala intención, a los que representaban en el pacto a la C. N. del T.

Cada región confederada que no se dió por satisfecha con las explicaciones del Comité Nacional exigió a éste la celebración de un Pleno para determinar la línea de conducta a seguir.

Y el Pleno se celebró a fines de octubre de 1920 en Barcelona.

* * *

Hallábase entonces en todo su apogeo la huelga de los mineros de Riotinto, una representación de los cuales concurrió también al Pleno de Barcelona.

---

(1) Aquellos díats habíase producido el levantamiento de los obreros italianos algunas de cuyas corporaciones, entre ellas la de metalúrgicos, se habían adueñado de las fábricas en todo el país.

Yo asistí igualmente, aunque a título particular. Todas las regiones se hallaban presentes en la reunión, la más nutrida de todas las celebradas por la Confederación, si se exceptúa el Congreso de Madrid y la Conferencia de Zaragoza.

Son curiosos los motivos por los cuales yo hube de asistir al Pleno mencionado. Los explicaré, porque así podré demostrar hasta qué punto había degenerado el criterio libertario del Comité Nacional.

Cuando se publicó la noticia del pacto yo me hallaba en Asturias al frente de *Solidaridad Obrera* de Gijón. Al enterarme de lo ocurrido por lo que leí en *España Nueva,* me apresuré a escribir un razonado artículo, que publiqué en el órgano de la Federación Asturiana, como de redacción, no sin antes haberlo sometido a la consideración de aquel Comité Regional, que lo aprobó con unas ligeras modificaciones.

Al leerse en Barcelona el artículo referido, el Comité Nacional envió un telegrama a los camaradas de Asturias en el que les decía:

«Negamos confianza al compañero Buenacasa para que nos represente en ésa. — *Evelio.*»

Cuando me dieron a leer el curioso despacho me limité a presentar la dimisión de mi cargo y a responder a Barcelona con el siguiente telefonema:

«Leído vuestro telegrama, me pongo al margen; pero os exijo explicaciones concretas. — *Manuel.*»

El Comité me contestó de urgencia, diciéndome por telégrafo:

«Ven aquí y te las daremos. — *Evelio.*»

Y, naturalmente, pedí unas pesetas al administrador de *Solidaridad Obrera* y me encaminé a Barcelona.

Como me detuve en Santander, Bilbao y Zaragoza, para visitar a los camaradas y a mis padres, tardé seis días en llegar a la capital de Cataluña.

Me orienté sobre dónde podría encontrar al Comité Nacional y el mismo dia me avisté en la calle de Guardia con Boal y Andrés Miguel.

Al verme quedaron sorprendidos. Les dije a que obedecía mi viaje pero ellos, sonrientes, se limitaron a preguntarme:

—¿Es tuyo el artículo publicado en *Solidaridad Obrera* de Gijón acerca del pacto?

Les contesté que yo era el autor del artículo, pero que podía demostrar que lo suscribía por completo la organización asturiana.

Entonces me respondieron:

—Eso lo sabremos mañana; al efecto, te invitamos al Pleno Nacional que se celebrará en... etc.

Entonces comprendí que el Pleno había sido convocado después de mi salida de Asturias.

* * *

Boal inauguró la sesión con muy breves palabras. Dijo:

—Este Pleno se convoca para saber si el Comité ha cumplido o no su deber al firmar el pacto con la U. G. de T.; la Asamblea, pues, tiene la palabra.

Las regiones, una por una y todas sin excepción, condenaron el pacto. El representante Asturiano — Quintanilla — fué más lejos al decir que no sólo condenaba el pacto por lo que suponía como acto informal de la Confederación, sino que consideraba que el Comité Confederal había obrado muy de ligero y contravenido los principios federalistas al no consultar si quiera previamente el caso con los organismos adheridos.

Las palabras de Quintanilla motivaron una nerviosa réplica de Seguí, el cual dijo:

—Es extraño que los camaradas de Asturias, que tanto empeño pusieron en el Congreso de Madrid porque la C. N. del T. y la U. G. de T. llegaran a fusionarse, se muestren hoy contrarios a este pacto.

Quintanilla contestó que los asturianos mantenían su criterio unionista, pero que en tanto otro Congreso no aceptase sus puntos de vista al respecto, venían obligados a cumplir los acuerdos de Madrid, a ser consecuentes, en una palabra.

Así, pues, el pacto fué condenado por la unanimidad de las regiones españolas y se hubiese llegado a denunciarlo públicamente, si el Pleno de Barcelona no hubiese encontrado circunstancias opuestas a ello.

Fueron éstas las que había creado el conflcto minero de Riotinto.

Convencidos nosotros de la mala fe de los dirigentes socialistas quisimos poner aquélla a prueba llevando a las cláusulas del pacto una más : la solución en común de la huelga de Riotinto.

Los representantes de aquella zona se opusieron a ello ; por lo menos querían que antes se discutiera si era factible o no, una solución digna, *de su caso,* por la Confederación solamente.

Los representantes de los empleados y obreros de la poderosa empresa expusieron su criterio *favorable a la ocupación, por ellos, de las minas, despachos, oficinas, etc., de la Compañía.*

No me hallo en condiciones para afirmar ni negar la fuerza con que aquellos trabajadores contaban para llevar a cabo sus proposiciones.

Creo sin embargo, que el ambiente creado en toda España, por el heroísmo de los obreros de Riotinto, llevó a éstos a concebir como cosa fácil la realización socialista que proponían.

Sea como sea, la proposición fué escuchada y discutida ; alguien hizo una objección parecida a la

que se hiciera ante la declaración del gran locaut de Cataluña en el año anterior:

—Lo que proponen los camaradas de Riotinto entraña excepcional gravedad; ello supone un ataque en regla a los intereses y privilegios de una Empresa extranjera; el Gobierno español habrá de defender aquellos intereses y privilegios y la inmediata será una lucha entre la fuerza armada y los trabajadores en las minas.

Iba a replicar la delegación de Ríotinto cuando el delegado de la Federación Regional obrera Andaluza contestó:

—Todos los obreros de Andalucía han previsto semejante contingencia y en el caso dado de que tal ocurra la región en peso se pondrá al lado revolucionariamente de los mineros.

Las palabras del delegado andaluz — Agustín Ramos — plantean el *casus belli* nacional.

Casi todas las regiones se ponen al tono subversivo de Andalucía. Todas están dispuestas a cumplir su deber. Pero Cataluña titubea. Reconoce el caso como demasiado grave para tomar una decisión tal como la plantea la delegación andaluza.

La verdad es que las regiones de España se encuentran en gran plétora de vida, organización y entusiasmo para las mayores realizaciones, en tanto que Cataluña se halla maltrecha por la pertinaz y sanguinaria represión de que está siendo objeto hace ya un año.

Y como que sin Cataluña se considera que no hay nada a hacer, se aprueba la proposición de que Seguí y Agapito González vayan a Madrid a proponer a la Unión General ciertas cláusulas más al pacto referentes a la huelga de Riotinto.

El Pleno de Barcelona había insinuado poner a prueba la buena fe de las gentes de la U. G. de T. proponiéndoles una huelga nacional de mineros, lue-

go la de ferroviarios y así sucesivamente llegar a una huelga Nacional ante cuyo anuncio era de prever que la Empresa de Riotinto cedería a las demandas de sus obreros.

Siendo los mineros y ferroviarios los únicos núcleos organizados entre los que la Unión tenía alguna influencia, nos interesaba que éstos se hicieran solidarios de los de Riotinto antes de emplear a fondo todas las reservas de nuestra organización.

Pero ni esto pudo lograrse. Seguí, González, y Núñez Tomás — si mal no recuerdo fué éste quien representó a la Unión General — fueron a Riotinto en donde acordaron, para que la huelga pudiera prolongarse, proponer una cotización extraordinaria de una peseta semanal a todos los obreros organizados de España. Mas, como éstos no vieron una solución en aquella propuesta acordaron no cotizar. Los mineros de Riotinto fueron, pues, derrotados después de una resistencia heroica de cuatro meses.

* * *

A los pocos días de mi regreso a Asturias, por mandato del Pleno Nacional, recibí la triste noticia del asesinato de José Canela. El acto de su entierro al que asistieron miles de trabajadores no intimidó a los asesinos que a los pocos días reproducían su actuación criminal en las personas de otros abnegados camaradas sin que los organismos del «Pacto» den fe de vida.

El 17 de noviembre del mismo año 192c, dos meses después de firmarse el pacto y un mes más tarde del Pleno Nacional que dejo reseñado, las ju-

ventudes sindicalistas de Barcelona (1) publican en *España Nueva* su célebre manifiesto: «Los misterios de Barcelona», «A la opinión pública española», en el que de una manera rayana en la temeridad más suicida, se dan a conocer los nombres de cuantas personas intervienen en los asesinatos que se cometen — los que pagan, los que cobran, los que ejecutan, con expresión de domicilios y otras circunstancias.

La publicación del mentado manifiesto es uno de los muchos errores a añadir a los ya cometidos.

Siendo cierto lo que el manifiesto denunciaba, no debió hacerse público porque ello era tanto como descubrir a quienes su interés tenían en permanecer en la sombra. Al ser descubiertos, ni que decir tiene que habían de recrudecer su acción suprimiendo las vidas de sus denunciadores.

Obvio es decir que si lo que se denunciaba no era cierto, tampoco debió publicarse, pues a nadie que no sea criminal le place pasar por tal.

* * *

Sea como sea los asesinatos se recrudecen. Los criminales no van ya sólo contra los obreros sino contra hombres de otra clase y condición.

El 30 de noviembre es muerto en Barcelona el abogado de los Sindicatos y popular diputado republicano Francisco Layret.

La muerte alevosa de este hombre indefenso, todo

(1) No conociendo yo la existencia de esas juventudes sindicalistas, es de presumir que el manifiesto es obra de la Federación Barcelonesa la que pretende ocultar su personalidad, bien para evitar represalias o bien por parecerle poco serio el suscribir un documento de tal naturaleza.—(*N. del A.*).

bondad y amor a los humildes, y la deportación al castillo de la Mola (Mahón) de treinta y seis camaradas de la organización Barcelonesa en la madrugada del día siguiente, colma la indignación de los trabajadores, los cuales saltando por encima de Comités y «pactos» declararon espontáneamente la huelga general en Barcelona.

El Comité Nacional envió urgentemente despachos y delegaciones a toda España informando de lo ocurrido y proponiendo que la acción de los obreros barceloneses sea secundada con toda energía.

El delegado que la Confederación envía, para entrevistarse con la Unión, a Madrid, desconocido de la policía y no teniendo noticia de su viaje más que el secretario del dicho organismo reformista — Largo Caballero — es detenido en ruta.

Apuntamos, sin comentarlo, este dato curioso.

La protesta iniciada en Barcelona se extiende rápidamente; en los primeros días de diciembre la huelga es general en toda España.

La Unión General de Trabajadores la traiciona descaradamente por lo cual no es posible llevarla a cabo en Madrid ni en Vizcaya. Nuestros organismos de Bilbao, creyendo de buena fe que el pacto debía obligar a algo a los socialistas y no teniendo buena amistad con los de Vizcaya destacan una Comisión para entrevistarse con los dirigentes de la Unión. Cuando éstos son interrogados del por qué sus correligionarios de Vizcaya no aconsejan y secundan la huelga nacional, Largo Caballero les contesta:

—Por que no estamos obligados a ella.

Entonces los camaradas de Bilbao al despedirse del conspicuo socialista le dicen en tono enérgico:

—Pues bien; a pesar de eso habrá huelga en Vizcaya.

Pero Largo Caballero, representante máximo y

eterno chupacuotas de los obreros de la Unión General, envía despachos a Bilbao diciendo a sus consortes que si los obreros anarquistas y sindicalistas pretenden paralizar el trabajo en factorías, minas etc., que los reciban a estacazos.

Por no llevar un día de luto a cientos de hogares proletarios en la industriosa región, la Federación del Norte desistió de llevar a cabo sus propósitos de huelga general. En Madrid hubo conatos serios de huelga por parte de los obreros en Madera y algunos gremios de la Construcción, pero la traición socialista los sofocó presto.

En el resto de España la Confederación cumplió dignamente con los dictados de humanidad que representaba el paro tan ignominiosamente traicionado por la Unión General de Trabajadores.

Días después la Confederación se resolvió a publicar en los periódicos la traición de los socialistas y a dar por deshecho el pacto en tan mala hora concertado con aquéllos.

El movimiento, por las condiciones en que se realiza, no logra alcanzar los fines que se había propuesto al declararse. El paro termina por consunción y la organización de España en general, sometida a nuevas y constantes persecuciones, sale del paso muy quebrantada.

Es ahora cuando puede decirse que el poderío de la Confederación comienza a eclipsarse. No puede ser de otra manera faltándole la aportación de su órgano principal que es Cataluña, sometida a una agonía tan cruel y sangrienta.

Se insiste, sin embargo, en que el Comité Nacional siga residiendo en Barcelona.

Los años 1920-21 se suceden en plena catástrofe. La paz de Varsovia ha sido impuesta.

El extremismo desordenado y arbitrario de los sistemáticos de la violencia; «La Comisión Mixta»;

el pacto con la Unión General y los otros mil errores y vacilaciones que se intenta rectificar para luego incurrir en ellos nuevamente; el estira y afloja de reformistas y positivistas síndico-libertarios y el morbo insignificante — pero no por eso inofensivo— de los socialistas de nuevo cuño llamados bolcheviques, adentrándose en nuestros medios y distrayendo con sus campañas injuriosas y calumniosas no pocas de las actividades más perentorias y otras causas y concausas prolijas e inumerables, creemos son suficientes no ya para abatir las más recias e inexpugnables fortalezas sino para llegar a la destrucción total de los mismos cimientos que las sostenían.

Si la Confederación Nacional del Trabajo de España no hubiese contado con la fuerte raigambre ideológica que siempre contó, no hubiera sido posible nunca más volverse a elevar, resurgir, del rescoldo de sus propias cenizas.

Los grandes ideales, donde radican las fuerzas imperecederas, nos ofrecieron siempre la ocasión de erguirnos después de cada catástrofe sufrida.

Y digámoslo de una vez: a pesar de todos los pesares, en España sólo hay, pública u oculta, una fuerza viva en la que el pueblo confía para sus fines de manumisión humana: la Conferencia Nacional del Trabajo, inspirada por las ideas de emancipación integral de todos los hombres.

* * *

Voy a dar una lista de compañeros muertos y heridos en los últimos años, anteriores al en que el Directorio Militar adviene al poder del Estado.

Cuento con documentación acerca de los procesos incoados contra los principales elementos de

nuestra organización—más de mil—cientos de ellos condenados a presidio, pero haríamos interminable nuestro trabajo si fuese a hacer mención de ellos.

* * *

Los que pagaron con sangre su amor y desvelos por una causa que consideraron justa fueron entre otros: Juan Alemany, Ramón Archs, José Aicart, José Aymerich, Benito Bailo, Ramón Batalla, Miguel Beltrán, Evelio Boal, Manuel Bermejo, José Calduch, Pablo Sabater, José Castillo, José Canela, Agustín Canet, Aurelio Cerderio, Emilio Cervera Canes, José Claramonte, Rafael Climent, Alberto y Antonio Coll, Angel Corominas, José Cristóbal, Jaime Crusat, Emilio Desplá, José Domínguez, José Duch, Jaime Espino, José Pérez, José Estrada que acompañaba el abogado y periodista señor Ulled cuando el atentado de que éste fué víctima, Gregorio Febes, Antonio Feliu, Jaime Figueras, Joaquín Fortuny, Juan Figuerola, José Gaspar, Rosendo Giménez (periodista), Rafael Gironés, Ramón Gomar, Miguel García, Hilario Helipe, Juan Yragarí, Francisco Jordán, Hermenegildo Latasa, Francisco Layret (abogado), Juan Llobet, Miguel Llopart, Ricardo Pi, Vicario Piferrer, Félix Lozano, Miguel Mas, José Meléndez, Benito Menacho, José Piqueras, Lorenzo Planas, José Planellas, José Prades, José Mestre, Enrique Miguel, Ramón Miró, Pedro Pueyo, Alfonso Peiró, Francisco Ráfols, Pedro Ramos, Domingo Rivas, José Monclús, José Montserrat, José Pagés, José Palau, José Riera, Bautista Roca, Armando Ródenas, Ramón Panella, Jaime Parra, Jesús Parrado, Jaime Rubinat, Jaime Molins, Antonio Samper, Francisco Sans, José Solano, Ramón Peris, José Soler, Diego Subirá, Agustín Subirás, Alberto Tolón, Jaime Torrescasana, Pedro

Vandellós, Evaristo Vilaplana, Juan Vilanueva, Andrés Ventura, Sebastián Vera, Felipe Vicente, José Rivero, Juan Rius, Jaime Carellar, Juan Solanas, Felipe Giménez, Salvador Seguí, Juan Pey, Francisco Comas, Moisés Gustamante, Rafael Guirau, Ramón Gil, Pedro Martí, José Guitart, Alfredo Gómez, Jaime Albericias y otros muchos que no puedo recordar y que no constan en las listas de donde yo extracto los nombres precedentes (1).

Todos los mencionados fueron muertos; los nombres de los que doy a continuación sufrieron graves heridas de las cuales murieron algunos de ellos: Gregorio Ambrosio, Gonzalo Barcelona, Antonio Bargués, Juan Barrachi, Jaime Bart, Francisco Bravo, Baudilio Burdoy, Andrés Cabré, Sebastián Canals, Agustín Flor, Emilio Fuertes, Jaime Gras, José Hermández, Ramón Llobera, Olegario Miró, Francisco Monturiol, Luis Oliveras, Julián de Pedro, Angel Pestaña, Magín Palau, Elías Quer, Antonio Elías, José Torres, Luis Tubaú, Joaquín Vilarasa, Francisco Vizcaíno, Juan Jaime Vinent, Antonio Bolea, León Portet, Juan Cusí, Jaime Ramón, Diego Parra, José Garrigós, Diego y Luisa Barranco, Ramón Salvador, Juan Cercelló, Manuel Salvador, Vicente Martínez, José Rivero, Jaime Foix, y otros muchos.

Las dos listas que acabamos de trascribir dan una idea, aunque pálida, del encarnizamiento conque son tratadas las vanguardias del movimiento obrero anarquista en los años 1919-1923.

¿Es posible que, después de lo ocurrido, pueda subsistir una organización por portente que sea, si se le arrebatan tantos elementos de valía?

Sólo organismos de la envergadura de la Confe-

---

(1) Del folleto «Ideas y tragedia» editado por la Confederación de Cataluña. (Manresa, 1922).

deración Nacional del Trabajo pueden resistir tamaños ataques sin hundirse para siempre en la nada.

Si nuestros Sindicatos de Cataluña y del resto de España, se hubiesen constituído y orientado al estilo de las otras organizaciones obreras y políticas, sobre bases de acatamiento y disciplina a las personas de los jefes y no a las ideas, nuestros organismos hubieran sucumbido al caer sus vanguardias.

Pero no ocurrió así, si bien pasará algún tiempo hasta que las energías perdidas por el continuo desangre puedan ser recobradas.

Ahora vamos a pasar una ojeada rápida sobre la Conferencia de Zaragoza y otros episodios, los más dignos de mencionar desde la primavera de 1922 hasta nuestros días.

A señalar el atentado y muerte del presidente del Consejo de Ministros don Eduardo Dato el ocho de marzo de 1921, hecho por el cual se hallan condenados a prisión perpetua los compañeros Matheu y Nicolau.

Otro suceso — éste debe avergonzarnos — es el Pleno (?) de abril del mismo año en Lérida, en donde son nombrados por sí mismos los individuos Andrés Nin, Jesús Ibánez, Joaquín Maurín e Hilario Arlandis los cuales van a Rusia diciendo representar a la C. N. del T. de España. Los gastos de la dicha delegación a la que acompaña, también, un anarquista — Gastón Leval — son sufragados en su mayor parte por el gobierno de los Soviets.

El pleno de Logroño (Agosto) organizado a instancias de la comarca Guipuzcoana y al que asiste la representación auténtica — en el anterior era amañada — de toda la organización española, desautoriza por unanimidad la reunión de Lérida, sus acuerdos y a la delegación que sin mandato de nadie se halla en Rusia. La Conferencia de Zaragoza ratifica enérgicamente la desautorización.

VI

La Conferencia de Zaragoza y su tesis política. — La Confederación se separa de Moscou. — Su ingreso en la A. I. T. — Resurgir de la organización. — El Directorio Militar. — Los «complots» político-sindicalistas. — Conclusión.

En abril de 1922 el gobierno español restablece las garantías constitucionales.

Como el ave Fénix, resurgen de sus cenizas las organizaciones de la Confederación, disueltas y maltrechas por las represiones anteriores.

El Comité Nacional desea someter al juicio de los Sindicatos y Federaciones determinados asuntos, pésimamente planteados por el Comité anterior. Se quiere probar de una vez si obraron bien o mal los que un año anterior fueron a Rusia y si los principios de la Confederación han sufrido quebranto.

Se consulta a la región aragonesa sobre la posibilidad de la celebración en Zaragoza — con carácter secreto, ya que el restablecimiento de la normalidad constitucional no ha devuelto a la Confederación su personalidad legal — de una Conferencia de todas las regiones.

El Comité de Aragón, Rioja y Navarra que integramos Jesús Aldanondo, José Abanto, Cesáreo González, Fermín Auría y yo, contestamos afirmativamente a Barcelona.

La Nacional cursa las invitaciones acompañadas del orden del día para la Conferencia, pero un incidente imprevisto nos lleva al punto de echarlo todo a rodar.

Solidaridad Obrera de Valencia — diario a la sazón — publica un artículo en el que se hace mención de la proyectada Asamblea Nacional en Zaragoza.

La iniciativa, que permanecía secreta, queda por tanto descubierta.

Ante dicha eventualidad el Comité Confederal vuelve a escribirnos al tenor siguiente :

—«Descubiertos nuestros propósitos os preguntamos : ¿Podrá celebrarse públicamente en ésa la anunciada Conferencia?».

Nosotros reunimos los Sindicatos de la capital a los que planteamos la cuestión, resolviéndose que la organización zaragozana se compromete a organizar la huelga general, caso de negarse el permiso para celebrarla por parte de las autoridades ; con dicho motivo la huelga general será prolongada mientras la Asamblea delibera en secreto.

De acuerdo con dichas decisiones comunicamos a Barcelona que los delegados de las Regiones pueden desde ya dirigirse a Zaragoza seguros de que la Conferencia se celebrará.

Yo mismo presenté la instancia al gobierno de la capital aragonesa, y a nombre de Juan Beraza, que la suscribía, cuidándonos de hacer saber, únicamente, *que se iba a celebrar una reunión de obreros de diferentes localidades para discutir el orden del día siguiente* : Se exponían los temas, pero de ma-

nera que la autoridad no viese que era la C. N. del T. la que se reunía.

La autorización fué, pues, otorgada.

La Conferencia se reunió el día 11 de junio por la mañana.

Las autoridades se dieron cuenta en seguida de la añagaza, cuando el presidente abrió la primera sesión concediendo la palabra al secretario Confederal — Peiró — el cual expuso a grandes rasgos los motivos de la Conferencia. Por si esto no fuese bastante — Peiró habló en nombre de la C. N. del T. — el delegado gubernativo pudo ver desde el primer momento que aquello no era una *reunión de obreros de diferentes localidades* sino una Asamblea plena de la Confederación a la que asistían los elementos más destacados del movimiento obrero español, tales como Seguí, Pestaña, Galo Díez, Salvador Quemades, Miguel Abós, Juan Rueda, Francisco Zabaraín, Cano Ruiz, Avelino González, Paulino Díez, Felipe Alaiz, José Viadín, Jesús Arenas, Manuel Anguiano, y otros más hasta el número de cuarenta y dos delegados de fuera de la región.

La autoridad pues, aprovechó un nimio incidente para suspender la Asamblea cuando ya terminaba la tercera sesión, pero la voz del representante de la organización zaragozana cuando pronunció las siguientes palabras: — «Trabajadores de España, esta tarde podréis continuar vuestras tareas, si no en éste, en otro lugar, porque los obreros de esta ciudad holgarán para conseguir que así sea» — hizo desistir al gobernador de sus propósitos.

Por lo tanto, la Asamblea pudo continuar y terminar su obra con un grandioso Mitin de clausura en la Plaza de toros.

* * *

De *Solidaridad Obrera* de Valencia (11 de junio) entresaco los siguientes párrafos:

—«Vamos a demostrar que somos hombres de lucha y hombres de ideas.

»La esencia de los principios de la C. N. del T. no ha sido maculada por ninguna traición alevosa. Aquí estamos todos, sino, para, con nuestro sacrificio velar por la intangibilidad de aquellos principios.

»Nada ni nadie nos venció. Ni Moscou con su dictadura, ni el gobierno español con sus represiones. En pie estamos y con la cabeza erguida. ¡Adelante!»

Además de las representaciones oficiales de cada Región y Comarca hallábanse presentes en la Asamblea representantes directos de varios Sindicatos de Levante.

La Asamblea de Zaragoza es la más importante de las celebradas por la C. N. del T. después del Congreso de Madrid.

Voy a dar cuenta de sus principales acuerdos.

* * *

Alrededor del dictamen sobre el tema: «Nuestra posición ante la política» se han hecho infinidad de comentarios desfavorables para la Asamblea que lo adoptó.

El dictamen dice textualmente así:

«Al Pleno: considerando que, a deducir por la historia, los partidos políticos sin excepción, no suponen valor moral alguno en ningún orden de sus actuaciones.

»Considerando que en la pasada represión, como

en todas, los partidos políticos han sido responsables directos de ellas, por acción u omisión, la ponencia expone su pensamiento de que entre unos y otros partidos políticos no cabe hacer excepciones de ninguna clase y que por lo tanto la conducta de la C. N. del T. debe ajustarse a la de los partidos en cuestión. Por otra parte, la ponencia declara: «Que considerando que por la misma razón que nos llamamos antipolíticos, la Confederación no debe inhibirse de ninguno de los problemas que en la vida nacional se plantean.

»Considerando que la interpretación dada a la política es arbitraria, ya que ella no debe ni puede interpretarse en el solo sentido de *arte de gobernar a los pueblos* sino que su acepción universal quiere expresar y expresa la denominación común de las actuaciones de todo orden en absoluto de los individuos y colectividades.

»Considerando que para ser lógicos con nosotros mismos, estamos obligados a aportar soluciones y a ser valores determinantes a todos y en todos los problemas morales, económicos, sociales y políticos, la ponencia propone que la C. N. del T. declare: Que siendo un organismo netamente revolucionario que rechaza franca y expresamente la acción parlamentaria y colaboracionista con los partidos políticos, es a la vez integral y absolutamente político puesto que su misión es la de conquistar sus derechos de revisión y fiscalización de todos los valores evolutivos de la vida nacional, y, a tal fin, su deber es el de ejercer la acción determinante por medio de la coacción derivada de los dispositivos y manifestaciones de fuerza de la C. N. del T.»

El dictamen fué aprobado por aclamación y estaba suscrito por Seguí, Peiró, Pestaña y Viadiu.

Días después de la Asamblea de Zaragoza la prensa anarquista comenzó a combatir con acritud el

acuerdo transcrito. Pocos asambleístas vieron peligro en la adopción de los puntos de vista arriba expresados. Ahora bien; lo único que por mi parte debo decir es que la Asamblea de Zaragoza hubiese hecho mejor no hablando de política en ningún sentido. Cosa sabida es que causa terror mentar la soga en casa del ahorcado.

La prensa liberal se alborozó y llegó a decir que la Confederación entraba, por fin, por el verdadero camino: el de la política. Aquella prensa no hubiese dicho tal si nosotros no le hubiésemos dado ocasión; esta es la verdad.

Yo no vi mala intención en los dictaminadores del tema; la mala intención la demostraron los periodistas burgueses al tergiversar en provecho de sus amos y particulares intereses de partido una cuestión que no decidía lo que ellos insinuaban.

De todos modos, el órgano confederal se vió obligado a hacer determinadas aclaraciones y a replicar a la prensa mercenaria con un artículo aparecido el día 21 de junio de 1922 con el título *No hay tales carneros* y que transcribo a continuación:

«Hay que insistir en la réplica, una vez tras otra.

»La prensa de la izquierda está de fiesta y es preciso que su fiesta quede deslucida por nuestras demostraciones.

»Canta, celebra, pondera con alegría, con regocijo, con ruidoso alborozo los incalculables beneficios que para el proletariado habían de derivarse de la supuesta rectificación de principios de Zaragoza.

»¿Se ha rectificado? No. Esto es una falsedad, una quimera, un artificio, una interpretación caprichosa y arbitraria, absurda de cosas que aparecen claras como la luz meridiana. La prensa de la izquierda, en su afán jamás disimulado, de atraernos a la órbita de la actuación sufragista, electorera,

confunde nuestras realidades, nuestro estado de ánimo y nuestros propósitos, con sus deseos.

»*La Voz* decía días pasados: «Ya estamos viendo diputados a Pestaña y a Seguí.» *Heraldo de Madrid* le ha dado una tremenda jabonadura a la Confederación, «por su buen sentido». *La Libertad,* en un editorial, ha dicho: «Con viva satisfacción hemos de acoger los acuerdos adoptados por la Asamblea de Zaragoza, que reintegran las masas obreras en la actuación de la política nacional.» Otros y otros periódicos han hablado en análogo sentido, dedicándonos todos los ditirambos de su extenso repertorio.

»¿Quién ignora que queremos intervenir en la vida pública? ¿Quién ignora que hemos intervenido siempre? ¿Quién ignora que hemos ejercido mayores influencias nosotros que las minorías del Congreso en las decisiones del Poder? ¿Acaso, dicho sea sin estúpida jactancia, no hemos pesado mucho más nosotros desde fuera que aquellas minorías desde dentro?

»Sí, queremos intervenir. Intervenimos. Pero desde nuestros medios. Desde nuestro campo. Desde nuestras organizaciones. Desde nuestra prensa. Sin intermediarios. Sin delegados. Sin representantes.

»De ninguna manera tomando parte en las elecciones. ¿Para asegurarnos la inmunidad? ¿Para hacer con menos peligro nuestra propaganda? Este oportunismo sería doblemente bajo. Nosotros queremos exponer la pasión por el ideal que nos comunica impulsos irrefrenables en todas partes, en todas las ocasiones y con todas las consecuencias.

»Lo hicimos siempre. Le defendimos sin vaguedades, sin velos, sin afeites, arrostrando los peligros consiguientes. Y no tenemos por qué rectificar ahora, buscando comodidades que, sobre ser un signo de cansancio, de pequeñez, de cobardía, reducirían la eficiencia de nuestro predicado.

»No. Nosotros no iremos al Municipio, a la Diputación, al Parlamento. La Confederación, ya lo dijimos antes de ahora, es incapaz de esta apostasía infamante, de esta claudicación afrentosa.

»El juego de la política al uso, es lo abyecto, lo estéril, lo podrido. Las pestilencias de esa charca no llegarán a nosotros. Ni nosotros nos acercaremos a ellas.

»Pero, ¿acaso no hay más política que esa? ¿Acaso para tomar parte en la acción política hay que tener por la fuerza diputados o concejales o ministros?

»¿Ignoran los intérpretes ingenuos o mal intencionados de los acuerdos de Zaragoza, que existen en la Historia — con enorme poder determinante de las acciones humanas — multitud de hechos de carácter ético que no pueden ser reducidos al común denominador económico?

»Elevar a planos superiores el nivel de la conciencia colectiva; educar a los individuos en el conocimiento de sus derechos; luchar contra el Poder público; reclamar que sea reparada una injusticia; velar por que se guarde respeto a las libertades conquistadas y pedir una amnistía, es de carácter político. Eminentemente político. Política es, igualmente, la acción de esos obreros de Zaragoza que hacen huelga para conseguir el despido de unos individuos que pertenecen al somatén.

»Y esa política la ha hecho siempre la Confederación. Y, por fortuna, seguirá haciéndola. Esto es lo que ha dicho Zaragoza.

»No la otra. La otra nos repugna.

»Den tregua a su alborozo los diarios de la izquierda.

»Ya ven... que no hay tales carneros.»

* * *

Pero si la Conferencia de Zaragoza cometió el error de hablar de política, en cambio tuvo el acierto — después de oir al bolchevique Hilario Arlandis, que dió cuenta de la gestión de la delegación a Rusia, de la que formó parte, en abril de 1921 — de descalificar una vez más y del modo más categórico y unánime a la delegación mencionada.

Gastón Leval envía también un escrito a la Asamblea en el que se expresa contra la gestión de sus codelegados.

Ultimamente Pestaña — el primer delegado reglamentariamente enviado a Rusia por la Confederación — da cuenta de su cometido. Los informes de Arlandis, Leval y Pestaña disienten, como es lógico, habida cuenta de la diferencia de ideas y de interpretación de los tres individuos entre sí.

La Asamblea se empeña en discutir dichos dictámenes presa del mayor apasionamiento, manifestándose todos asqueados contra la III Internacional.

Ante el giro que toma el debate, la organización de Aragón, Rioja y Navarra, por mí representada, propone a la Asamblea que ésta acuerde la separación absoluta, inmediata y radical de Moscou y el ingreso en principio en la A. I. T., con sede en Berlín. Propone asimismo el nombramiento de una delegación que concurra al Congreso internacional próximo a celebrarse en la capital de Alemania por la organización últimamente mencionada.

El último extremo es aprobado sin discusión, siendo nombrados para asistir a dicho Congreso los delegados del Norte y Asturias, respectivamente, compañeros Galo Díez y Avelino González.

Por lo que se refiere a la aprobación del primer extremo de la proposición, Pestaña presenta un dictamen que condensa el pensamiento de la Asamblea, contrario, desde luego, a Moscou y a sus hombres; pero considera que, habiéndose adoptado en un Con-

greso el acuerdo de adhesión a Rusia, sólo otro Congreso está facultado para revocar dicho acuerdo.

Algunos asambleístas replican a Pestaña diciendo que la presente Conferencia tiene toda la fuerza ejecutiva de un Congreso, además de que el de Madrid se adhirió a Rusia sólo provisionalmente.

Peiró propone el *referéndum* a todos los Sindicatos, los cuales se pronunciarán en el plazo de un mes.

La proposición de Peiró es aprobada juntamente con el dictamen que de su gestión presenta el compañero Pestaña.

Galo Díez finaliza la discusión proponiendo una protesta de la C. N. del T. contra la represión que el Gobierno ruso ejerce contra aquel pueblo. La proposición del delegado del Norte y la Rioja es aprobada por unanimidad.

De otros acuerdos de la memorable Asamblea de Zaragoza no creo oportuno hacer mención, si bien algunos la merecen, especialmente el dictamen de la ponencia encargada de emitir opinión sobre la situación de los presos y las campañas a realizar por su liberación más inmediata.

* * *

Después de la Asamblea de Zaragoza, multiplícanse de nuevo las actividades organizadoras. Surge la idea de un nuevo Congreso extraordinario de la C. N. del T., y como preparación del mismo se propone la celebración de Congresos regionales, los que se organizan y celebran en el decurso de la primavera y el verano de 1923. Todas las regiones ratifican el criterio libertario de la Confederación por acuerdos idénticos a los adoptados por el Congreso

de los Trabajadores de Aragón, Rioja y Navarra, del cual hacemos mención especial en otro lugar.

También se producen algunas huelgas importantes en diferentes capitales de España, tales como la de tranviarios de Zaragoza y las del Metropolitano y de los vidrieros en Barcelona. En esta última población, por una bravuconada de los patronos carreteros, surge también un grave conflicto que llega a comprender a todos los trabajadores del transporte en Cataluña y a muchos del resto de la nación.

Después de la huelga de «La Canadiense», es la del Transporte de Barcelona la más extensa y grave de las producidas en Cataluña en los últimos años, sobre todo por las derivaciones que la solidaridad de los demás trabajadores llegó a crear en un gran número de ciudades marítimas y del interior.

La huelga de los obreros del transporte, que estamos mencionando, amenazó un momento con subvertir el orden de cosas existente en España. Pero los patronos reclamaron la ayuda del Poder público y el conflicto — que todo lo hemos de decir — estuvo en ocasiones muy deficientemente orientado, terminó con el más triste de los fracasos, en el momento en que el Directorio Militar dió el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923.

En el transcurso de este año produjéronse dos atentados sociales de gran resonancia; uno, el cometido contra el ex gobernador de Vizcaya señor Regueral, en León, y el otro el perpetrado contra el cardenal-arzobispo de Zaragoza, señor Soldevila y Romero.

* * *

También tuvo lugar en Madrid, en el mes de abril, un Congreso Nacional Anarquista por la iniciativa

del grupo «Vía Libre», de Zaragoza. Adoptáronse en él importantes acuerdos y asistieron al mismo representantes de todas las regiones.

* * *

Con el advenimiento al Poder del Directorio Militar cesa la actividad organizadora de la Confederación ; esta actividad queda casi reducida a la nada en los años siguientes. De vez en vez vemos algún destello esperanzador, pero, por causas diversas, es fugaz y efímero.

Son notables las Asambleas celebradas en Granollers y Sabadell por los obreros catalanes. Cuando no pueden luchar por su mejoramiento, luchan por conservar su ideología y sus postulados de liberación. El buen sentido en mantener intacto el fuego de las ideas se manifiesta por la publicación de órganos doctrinales, como *El Productor,* que aparece para defender lo que siempre fué norma de la Confederación : un movimiento obrero de tendencia francamente libertaria.

Es seguro que si las tendencias defendidas tan bravamente por *El Productor* no hubiesen sido abandonadas en alguna ocasión — como ya lo hemos insinuado en algunos sitios de este libro—, la situación de nuestras organizaciones sería muy otra. Pero no insistamos sobre este punto. Las rectificaciones de muchos de los adversarios de nuestros puntos de vista ya comienzan a manifestarse espontánea y honradamente.

Día vendrá en que podremos entablar una razonada discusión en que la luz será hecha sobre todos los errores sufridos, y la rectificación, como conse-

cuencia, nos conducirá nuevamente a la ruta luminosa, recta, por donde habremos de llegar al venturoso porvenir.

* * *

No quiero terminar este trabajo sin hacer mención de los manejos habidos estos últimos tiempos entre políticos y determinados miembros del sindicalismo español con vistas a derrumbar el régimen político actual.

Demostrado hasta la saciedad que nuestros políticos carecen de fuerza y de honestidad — pues de otro modo no hubiese sido tan fácil al Directorio Militar el poderlos barrer, como lo hizo, el 13 de septiembre de 1923—, me parece pueril y pernicioso el tener con ellos la más leve ni mínima relación.

Y es más lamentable aun lo ocurrido, cuando, como consecuencia de ello, ha habido víctimas irresponsables, tales como los compañeros Llacer y Montejo en Barcelona y los sacrificados en Vera del Bidasoa y luego en Pamplona.

Los políticos—demostrado está—ni son honestos, ni merecen otra suerte que la que hoy están obligados a sufrir.

Hay, en cambio, una fuerza, plena de honestidad y de buenos propósitos de superación en la que el pueblo tiene confianza ilimitada. Esa fuerza, aunque desviada en alguna ocasión y demasiado dispersa actualmente, es la que representa el anarquismo y su gran obra, la C. N. del T. de España.

Por el salvamento de esta poderosa coalición, que — pese a los errores sufridos por muchos de sus miembros — es la única fuerza de posibilidades sal-

vadoras con que cuenta el país, hay que realizar los mayores y mejores esfuerzos.

El camino a recorrer es largo y espinoso. Tal vez, al reanudar nuestra marcha ascencional para acercarnos al perfeccionamiento anhelado, habremos de comenzar la tarea deshaciendo lo hecho y aportando hombres y materiales nuevos. De todo hay en la viña del Señor. No nos creamos únicos, ni imprescindibles los que un día tocamos las lindes del odiado liderismo. Abajo, entre esas falanges que muchas veces consideramos estúpidas porque no se avinieron a dar por buenas nuestras equivocaciones, existe un fondo ilimitado de inteligencia y de bondad.

Esos soldados desconocidos de nuestro gran ejército; esos seres anónimos que todo lo sacrifican, sin la esperanza de recompensa alguna, deben merecer nuestro más profundo cariño, nuestra estimación más grande.

Ningún pueblo ha demostrado ser tan bueno y generoso como el nuestro. Hagámonos dignos de él, que bien lo merece por sus bellas acciones. No hay en esto halago — que el pueblo no nos ha de leer—, sino verdad.

Si repasamos serenamente todos los grandes hechos de nuestra historia, veremos cómo esas masas, tan despreciadas por muchos, lo han dado siempre todo sin pedir nada para ellas. No nos referimos a los movimientos económicos realizados, sino a los otros movimientos, a los de alta significación espiritual y humana.

Y ahora termino: Yo he realizado, escribiendo este libro, una obra que considero meritoria. Es pobre, mal pergueñada y está plagada de errores; pero confío que los hombres de buena voluntad, capaces de ello, la mejorarán y completarán con nuevas aportaciones.

La historia ejemplar de nuestras luchas, la defensa de nuestro grande y sublime ideal bien lo requieren.

Manos, pues, a la obra. Nada más.

Ahora vamos a historiar la vida social particular de nuestras comarcas.

SEGUNDA PARTE

LAS REGIONES DE ESPAÑA

Monografías

Cada región o comarca de España tiene características que la distinguen de las demás. Podríamos, sin embargo, catalogar las diversas provincias españolas en tres grupos, contando que, a pesar de su heterogeneidad, son muy semejantes entre sí cada una de dichas agrupaciones.

Todo el Levante, con las provincias del reino de Valencia, Murcia y Albacete, las de Extremadura y las ocho de Andalucía, pueden formar el primer grupo.

Cataluña, las Baleares y Aragón, incluso la Rioja y Navarra, las catalogaría en el segundo.

Y en el tercero, las regiones del Norte y Noroeste, las Vascongadas, Asturias, Santander y Galicia.

Hay un cuarto grupo que socialmente no está catalogado ni definido; me refiero a las Castillas, a lo que se ha dando en llamar la meseta, el Centro, el riñón he España, geográficamente hablando. El proletariado de Castilla es pardo, como sus estepas,

como sus yermos, como sus jefes políticos metidos al oficio de gobernantes. Digno de mejor suerte, no ha tenido el valor ni el instinto de ese siervo de la gleba como él, pero que se rebela en todo instante y muestra cantando, maldiciendo u accionando su disconformidad con la injusticia y la desigualdad. Me refiero al proletario campesino de Andalucía.

Esta región, como las Castillas, es eminentemente agrícola. En una, como en otra, existen los grandes terratenientes, dueños, cada uno, de cientos de kilómetros cuadrados de terreno, verdaderos feudales de la época moderna cuyos manes reaccionarios envidiarían aún sus innobles antepasados. Y, como consecuencia de las grandes extensiones de terreno, del latifundio, en manos de unos pocos señores, el jornalero forma legión. ¿Cuántos miles de trabajadores del campo hay en ambas Castillas? ¿Cuántos en Andalucía? No es difícil saberlo, pero no es esto lo que más nos interesa, sino remarcar la diferencia enorme que existe entre la mentalidad del paria castellano, siempre esclavo voluntario, y la del siervo andaluz, siempre libre hasta cuando está en la cárcel.

* * *

Aunque hemos hablado de catalogar las regiones por grupos de afinidad, no es este nuestro propósito.

De cada una de ellas haremos una breve monografía según los datos con que contamos.

Y como todas son dignas de tener el verdadero libro de oro de sus luchas — cosa que nos veda hoy el espacio de que disponemos—, hacémonos el propósito de publicar en su día esos libros, dedicando uno a cada región. De este modo la verdadera his-

toria social de cada pueblo, de cada comarca, de cada provincia, será una realidad que nos servirá en todo instante de estímulo y de motivo para estudiar lo que fué y preparar el porvenir.

ANDALUCIA

«Esta tierra — dice Soledad Gustavo—, donde la Naturaleza ha derramado sus más preciados dones y donde el amor se siente como se aspira el aire...»

«Y la gente de allí — añade Ricardo Mella — es de suyo impresionable e imaginativa; sentimental e idealista en extremo, pronta para comprender y entusiasmarse y pronta para rendirse al desaliento; instintivamente es socialista y libertaria.

»¿Hay forma ideal capaz de seducir aquellos espíritus, clarividentes aun en la mayor ignorancia, libres aun en la mayor opresión, casi felices aun en la mayor penuria?

»Cada pueblo tiene su *tic* especial y Andalucía como ninguno. Será en vano pretender encauzarla por ribazos agrestes, duros, escuetos. Hay que poner belleza, algo de música, algo de poesía, algo de imaginación y de arte y de amor para conquistarla.»

Queda dicho por bocas bien autorizadas lo que es Andalucía y lo que necesita.

Andalucía, que es todo pasión y entusiasmo, se enroló prontamente, y en bloque, en las filas de la *Primera Asociación Internacional de Trabajadores*. Cuando la República española, los andaluces dieron ya pruebas de su poder y valer revolucionario. Son gentes que no suelen reparar mucho en las consecuencias de sus actos cuando se trata de jugarse

la vida. Por eso no hay región en España donde el heroísmo haya llegado a tan alto grado como en ésta, ni donde los mártires — quepa la expresión — hayan alcanzado como allí la categoría de santos laicos, de ídolos populares.

Internacionalistas o federalistas — para los andaluces esto era lo mismo en los primeros tiempos de la Internacional y la República española—, se sumaban los trabajadores a cuantas gestas revolucionarias se iniciasen. Andalucía estaba en revolución permanente hasta que el Gobierno se decidió a ahogar todo intento subversivo.

Fué entonces cuando se realizaron las célebres deportaciones a las islas Marianas, a Fernando Póo y a Filipinas. Al frente de aquellos movimientos populares que con tanto cinismo supieron traicionar los políticos de oficio, se hallaban hombres de la categoría de Cala, Salvochea, López, Córdoba, Rodríguez y otros. A pesar de la crueldad de los procedimientos gubernamentales, el proletariado andaluz se rehizo presto y cuando *los cincuenta militantes* de Barcelona convocaron el Congreso de 1881 para constituir la Federación Regional Española — organismo que había de formarse en substitución de la disuelta Internacional—, los principales núcleos obreros y campesinos de la región se aprestaron a formar parte de la Federación.

Un año más tarde se celebró el segundo Congreso de la Federación Regional, en Sevilla, al que asistieron cerca de 300 delegados.

La Federación alcanza en Andalucía tal potencialidad revolucionaria, a partir de este Congreso, que el Gobierno vuelve a iniciar una nueva represión más feroz que las precedentes. En el Comicio de que hablamos fué donde el movimiento obrero español proclamó sin ambajes su aspiración hacia la Anarquía.

Miguel Rubio, obrero zapatero, de Sevilla, fué el que inició la discusión en defensa del Comunismo, demostrando que como principio económico moral era muy superior al colectivismo. Fué Rubio, sin duda, el primero que habló en Andalucía de Comunismo Anárquico frente a la tendencia colectivista que era la dominante entonces. Contra la divisa «A cada uno el producto de su trabajo», Rubio y una minoría que luego se reunió en Cádiz y fué descalificada por la Federación, opusieron su credo: «De cada cual según sus fuerzas y a todos con arreglo a sus necesidades».

Poco después del Congreso de Sevilla las persecuciones llegaron a tal grado que, según estadísticas de periódicos de aquella época, no bajaban de ocho mil los obreros encarcelados en las diversas comarcas de España. Ello no impidió que los trabajadores — si bien forzados a la clandestinidad — siguieran luchando con todas sus fuerzas contra la tirania imperante, lo que les valió que en Jerez de la Frontera, en la plaza llamada del Mercado, se levantaran siete patíbulos.

Aquella organización que la burguesía bautizó con el nombre de la «Mano Negra», fué tratada como a una pandilla de criminales, por lo que los hermanos Corbachos y cinco camaradas más fueron ejecutados y muchos obreros campesinos enviados a presidio.

La inocencia de aquellas víctimas fué demostrada desde las columnas del diario *Tierra y Libertad* y ratificada por las comprobaciones hasta que el tribunal amnistió a cuantos estaban en presidio, la mayoría condenados a cadena perpetua.

La resolución de los jueces al devolver a sus hogares a aquellos trabajadores fué la prueba más evidente de la monstruosidad cometida contra los ejecutados.

Pero la idea de los «escarmientos» no sirvió de lección, puesto que un año más tarde los mismos hombres de la campiña jerezana retaron a la burguesía, exigiendo mejores condiciones de vida y declarándose en huelga a la hora de hacer la recolección de las cosechas.

El Gobierno liberal (?) de Sagasta vino en auxilio de los hacendistas, militarizando (*sic*) las campiñas, que llenó de soldados, pudiendo con dicha ayuda los señores feudales agenciarse numerosos esquirols y negando toda concesión a los obreros.

Desde este momento el proletariado andaluz decae ostensiblemente. Se halla fatigado después de tan encarnizadas peleas. Sigue fiel a las ideas de la Internacional, nutre las filas de la Federación Regional en una proporción del cincuenta por ciento casi del total de sus efectivos, aparece en el concierto nacional como el núcleo más potente, rebelde y audaz; pero se nota que ha reducido sus esfuerzos. Hasta 1886, que se produce la horrible tragedia de Chicago, no siente el proletariado andaluz la inquietud de la protesta ostensible. Bien es verdad que los tres años precedentes, las represiones, el cólera, la emigración, etc., eran causas que convidaban a una preparación conjunta para el momento oportuno, más que a realizar acciones aisladas y, por lo tanto, estériles.

Hasta el 1891 no se oye apenas el estruendo de la lucha, que resurge de nuevo en magnífico acto de solidaridad hacia los mártires de Norteamérica.

El 1.º de mayo de dicho año se declara una huelga general por tal causa, a la que concurren como un solo hombre todos los campesinos de Jerez y su comarca y no pocos pueblos de la serranía de Ronda y de las provincias de Sevilla, Cádiz y Málaga. Los latifundistas vuelven de nuevo a temblar por sus

privilegios cuando observan el desinteresado gesto solidario de sus siervos rebeldes.

En enero de 1892 se produce el famoso alzamiento de Jerez. Más de cuatro mil hombres de la campiña penetraron por la noche en la ciudad — de la que fueron dueños unas horas — al grito de «¡Viva la Anarquía!» La burguesía y las autoridades quedaron aterrorizadas ante aquella demostración de fuerza. Los revolucionarios intentaron abrir las puertas de la cárcel y libertar a los presos; pero cuando llegaron allí ya era tarde. Las guardias habían sido reforzadas y los campesinos, rebeldes, pero mal armados, tuvieron que sucumbir en una lucha desigual, no sin que el heroísmo rayase a gran altura.

Al entusiasmo de los primeros momentos siguió el desánimo, sobrevino la dispersión, y aquello quedó en una gesta magnífica, sí, pero de fatales consecuencias.

Por entonces se hallaba en España, en jira de propaganda, Enrique Malatesta, a quien acompañaba Pedro Esteve. ¿Estuvo Malatesta en Jerez en la memorable noche del 10 de enero de 1892?

Alguien asegura que sí; otros dicen que, enterado el querido camarada de lo que en Andalucía se tramaba, se dirigió apresuradamente hacia dicha región, pero llegó tarde. El hecho fatal se había consumado.

La represión que siguió al movimiento subversivo de Jerez dejó tamañas a las represiones anteriores. Se detuvo por cientos a los hombres más destacados por sus ideas radicales y por su amor a la organización obrera, incoándose un proceso monstruoso. Cuatro hombres, Burique, Lamela, Zarzuela y Lebrijano fueron ejecutados por el verdugo, y otro hombre, José Caro, murió misteriosamente. A cadena perpetua fueron condenados: Romeros Lomas, Grábalos, Bonilla y Antonio Maciá; a reclusión militar

perpetua, José Sánchez Rosa, Crespo Sánchez, Barrera, Maza, Juan Domínguez, Manuel Domínguez, Barca, Sánchez Santos y Caballeros; a veinte años de reclusión: Correa, Lozano y Manuel Gutiérrez; quince años, a Juan Díez y José Sobral, y ocho años —también de reclusión—, a Gaspar Domínguez.

Fermín Salvochea, considerado como inductor, fué condenado a doce años y un día de presidio.

La injusticia cometida con Salvochea no pudo ser más evidente por cuanto algunos meses antes de la insurrección se hallaba ya preso en Cádiz y procesado, por un delito del que no era autor, en compañía de Juan José García, y en cuyo proceso pedían para cada uno cincuenta y dos años de presidio.

Reconocida la inocencia de ambos, el tribunal les absolvió libremente.

De entre todos los hombres de nuestro campo en España, ninguno alcanzó tanta celebridad y se hizo querer tanto por los humildes como Salvochea.

Si los obreros y los anarquistas españoles, que cuentan con un extenso martirologio, contasen también con un santoral, Fermín Salvochea sería nuestro santo mayor, el de nuestra más grande devoción. Aunque hijo de familia acaudalada, no vaciló en ir hasta el pueblo a ofrendarle sus bienes, su libertad y su vida.

«Fermín Salvochea — dice Cano — fué un hombre de acción, todo bondad, héroe y mártir, insuflado de odio contra los enemigos del Bien, los adoradores del Mal; henchido su pecho de amor para los hijos del pueblo.

»Por las gañanías, cortijos, pueblos y ciudades de la Andalucía cenicienta fué él predicando sus santas rebeldías contra los amos económicos, políticos y religiosos y prodigando las ternuras de su corazón a las víctimas todas de las tiranías reinantes.»

De Salvochea se cuentan miles de anécdotas que

demuestran la fortaleza de su temple, la grandeza de su valor y la bondad de su carácter.

Sánchez Rosa, que le trató mucho, publicó en *El Productor* de Sevilla (septiembre de 1919) una extensa biografía de aquél, que ya en los movimientos revolucionarios del 68, en el cantonalista del 73 y en todos los que siguieron en la hermosa región andaluza, hasta su muerte, tomó parte activa. ¿Quién no conoce el caso, cien veces repetido por Salvochea, de quedarse sin capa y sin abrigo por haberlos entregado a los necesitados? ¿Y la suprema gentileza de regalar un piano a una muchacha que, habiéndolo deseado, lamentábase de no poderlo adquirir?

¿Y quién no ha oído referir de Salvochea el incidente que le ocurriera en la cárcel de Cádiz con el presidente de aquella Audiencia cuando, acompañado de otros magistrados, fué a hacer la acostumbrada visita formularia a los presos?

«Salvochea — dice Sánchez Rosa — estaba en fila con los demás de su galería cuando el presidente, al pasar frente a él, le preguntó:

»—¿Tiene usted alguna queja del establecimiento? ¿Es bueno el rancho? ¿Le tratan bien los empleados?

»Y Salvochea, con aquella serenidad en él característica, le contestó:

»—Lo que tenemos que decirle es que esta galería en donde estamos, por su humedad y otras causas, no reune condiciones para que la habiten seres humanos.

»El presidente replicó inmediatamente:

»—No haber delinquido y no la habitaríais.

»Pero Salvochea, siempre imperturbable, le objetó:

»—Pues entonces, ¿para qué preguntáis?

»—No sea usted osado — le replica el presidente.

»—El osado lo es usted—contesta nuestro amigo.

»Entonces el presidente, no pudiendo reprimir su ira y su soberbia, levanta su bastón, amenazando con descargar el golpe sobre Salvochea; pero éste, rápido, da un paso al frente, pone su puño cerrado cerca de la cara del presidente y, con la calma y sangre fría del más templado de los ingleses, le suelta estas frases:

»—¡Pega... anda...! ¡Pega si te atreves!»

Lo que ocurre luego el lector lo avidinará de cierto. Empleados, escribas, gentes que rodean y defienden al presidente.

Salvochea, por su audacia razonable, fué conducido a una celda de castigo. Pero el pueblo de Cádiz quiere demasiado a nuestro héroe; cuando se entera de lo ocurrido, miles de personas rodean el viejo caserón, albergue de la desgracia, y amenazan asaltarlo si a Salvochea no se le levanta el régimen de castigo que se le ha impuesto por defender simplemente su dignidad.

Y el pueblo obtiene pronta satisfacción...

* * *

A partir de los sucesos de Jerez se deja notar entre el proletariado andaluz una gran desmoralización. Las organizaciones obreras se quiebran por su base, faltas del sostén de aquellos abnegados luchadores que yacen sepultados en presidio.

La tragedia de Montjuich obra el milagro de despertar de nuevo las energías de los obreros andaluces. Resurge potente la propaganda — así en los campos como en las ciudades — en favor de los camaradas catalanes.

En Sevilla las casas de vecindad se convierten en centros de agitación idealista y solidaria, celebrán-

dose en los patios y en las habitaciones de los vecinos numerosos actos de propaganda y de protesta.

En aquellos brotes germina la floración rebelde e idealista que exegeta el anarquismo de nuestra época.

La liberación de las víctimas de Montjuich da motivo a reanudar la nueva campaña en favor de los presos de Jerez y otras partes.

Soledad Gustavo y otros buenos propagandistas recorren Andalucía en son de vindicación, celebrando actos públicos en Sevilla, Cádiz, Algeciras — incluso en Tánger — y otros muchos pueblos. La campaña de agitación adquiere tales proporciones, tanto en España como en el extranjero, que el Gobierno español acaba por conceder un indulto, primero para los condenados por los sucesos de 1892 y luego para los de la llamada «Mano Negra».

El 28 de febrero de 1901 fueron libertados los cautivos de Ceuta. Al desembarcar en Algeciras, el pueblo en masa, hombres, mujeres y niños, que habían abandonado el trabajo a tal efecto, hizo objeto a los libertados de las mayores demostraciones de júbilo, prodigándoles amor.

Siendo los capitalistas andaluces los más cerriles, soberbios e influyentes de España, no es de extrañar que las tragedias populares se desarrollen allí con la más horrible frecuencia ; tales las de Alcalá del Valle en la época a que nos referimos y las de Torreperejil y otras más recientemente. En uno y otro caso el proletariado español, sobre todo el andaluz, cumplió sus deberes solidarios hasta conseguir, ya que no la resurrección de las víctimas desaparecidas, la libertad de las que yacían en los presidios.

En las huelgas corporativas — igual que en los movimientos de solidaridad hacia los camaradas de otras regiones — los andaluces rayaron a gran altura en la defensa de los intereses del pueblo.

¿Quién no ha oído hablar de la famosa «huelga de los herreros» de Sevilla desarrollada en 1901? También este simple conflicto adquirió tonalidades de tragedia; intervino la fuerza pública, hubo heridos, presos a docenas y las cosas hubiesen llegado a mayores contra aquellos huelguistas sin la intervención rápida de los demás trabajadores que solidarizándose con los herreros, proclamaron la huelga general e impusieron el respeto al adversario.

Destacaron su actividad en aquel importante movimiento Antonio Ojeda, González Sola, Luis Sarreille y otros excelentes camaradas que luego se vieron por tal causa sañudamente perseguidos.

Teresa Claramunt, «Leopoldo Bonafulla» — fallecido en Barcelona hace dos años—, José Sánchez Rosa y Juan José García entre otros, realizaron una excursión en 1902 por todas aquellas provincias en favor de los de Alcalá del Valle. La *tournée* se vió enriquecida con la cooperación de Torralvo, Palmero, Miranda y Joaquín Rico, todos los cuales, además de Teresa Claramunt, «Bonafulla» y Sola, tomaron parte en el célebre mitin que tuvo lugar el 2c de octubre de dicho año en el huerto denominado de la «Divina Pastora», sitio extensísimo al que concurrieron muchos miles de espectadores.

Teresa Claramunt terminó su oración con las siguientes palabras:

«Soy anarquista y, por lo tanto, detesto las religiones todas, la propiedad individual, el capital y el Estado; desprecio «el que diráns» de las gentes, la crítica de los imbéciles y la calumnia de los villanos.»

Por entonces también se celebró en La Línea un mitin en «las Pedreras», que fué disuelto a tiros por la fuerza armada, la que causó varias víctimas, pero que tuvo la virtud de desencadenar las iras del pueblo que, declarado en huelga general, puso en

grave aprieto a las autoridades del Campo de Gibraltar y preocupó seriamente a las de la capital de España.

Al año siguiente (1903) fué organizada por el periódico *Tierra y Libertad,* que aparecía en Madrid, dirigido principalmente por Federico Urales y Soledad Gustavo, una excursión nacional a la que los propagandistas andaluces concurrieron en gran número.

Sola, Sánchez Rosa, un portugués llamado Ferreira, Ojeda y Abelardo Saavedra, se les unieron, en Murcia, Rodríguez Romero; en Madrid, los elementos de *Tierra y Libertad*; en Oviedo, José Marín Pérez; en Vizcaya, Aquilino Gómez y Mariano López; en Santander, Emilio Carral; en Vitoria, Juan Murga; en Aragón, Laborda y Domingo entre otros; en Alicante, Constancio Romeo, etc., etc.

Es indudable que la excursión referida ha sido la más trascendental y provechosa de cuantas se habían verificado en España hasta entonces. Inútil decir que en el transcurso de aquélla los incidentes y las encarcelaciones de los propagandistas fueron en gran número.

A principios del siglo, el grueso de la organización andaluza se destaca en las provincias del campo de Gibraltar. Aparece en La Línea *El Despertar del Campesino,* periódico fundado por Torralvo (José), obrero, buen periodista y buen orador. En Sevilla aparecía hacia el 1908 el semanario ¡*Al Paso*!, fundado por un trabajador de gran cultura e inteligencia, Antonio Moreno.

En los años del 1912 al 1913 se organiza otra campaña de justicia en pro del doctor Queraltó, de Barcelona, condenado por los tribunales de dicha capital por haber denunciado el caso de un desgraciado a quien en un hospital se le desolló la piel de un brazo para borrarle un tatuaje en que se leía

el simbólico grito de «¡Viva la Anarquía!». Los andaluces designaron a Sánchez Rosa para acompañar a Queraltó en su excursión por toda España. La sinceridad con que el delegado andaluz propagaba la anarquía le valió ser interrumpido muchas veces en las comarcas del Norte, donde los socialistas políticos le retaron a controversia. Nunca lo hubieran hecho y se hubiesen evitado la vergüenza de que el leader de los socialistas guipuzcoanos, Enrique de Francisco, que era el único capaz de controvertir con Sánchez Rosa, se viese anulado por éste en el célebre mitin de Eibar.

* * *

En el sur de la Península se han confundido de consuno, casi siempre, el movimiento industrial y agrícola de los trabajadores. Pero el movimiento campesino, por razón natural de su existencia, ha llevado principalmente la enseña de la emancipación humana.

Campesinos eran la mayoría de adherentes a la vieja Asociación Internacional de Trabajadores. Los baluartes de aquella organización fueron las provincias de Cádiz y Córdoba.

Las huelgas más importantes se han desarrollado en la comárca jerezana, cuya organización sirvió de modelo a las restantes localidades agrícolas de España. Propulsores del hermoso movimiento organizador campesino en los comienzos de este siglo son, entre otros, José Torralvo, Mateo Moscoso y Diego Martínez.

Hasta abril de 1913, que se celebra en Córdoba el primer Congreso Nacional de Agricultores, los campesinos españoles organizados no dieron pruebas

de una gran cohesión. Como consecuencia de este Congreso se constituyen las Federaciones agrícolas comarcales en Andalucía; la de Cádiz residía en Jerez, la de Sevilla en Dos Hermanas y la de Córdoba en Castro del Río.

En abril de 1914 celebra su Congreso en Jerez la Federación de Agricultores de Cádiz, asistiendo los pueblos de Lebrija, Los Barrios, El Bosque, Prado del Rey, Grazalema, Paterna de Rivera, Medina-Sidonia, Sanlúcar de Barrameda y Jerez.

La labor de propaganda realizada por estas organizaciones fué causa de que en el segundo Congreso comarcal celebrado en abril de 1915 la organización del mismo se viese reforzada por los campesinos de Trebujena, Casas Viejas, Ubrique, Cortes de la Frontera, Alcalá de los Gazules, Arcos de la Frontera, Algodonales y Puerto de Santa María.

La Federación Nacional, que también progresaba en otras regiones, había celebrado su segundo Congreso en Valencia en el mismo año 1914.

Y en mayo de 1915 se celebra el tercer Congreso nacional en Ubeda. No creemos del caso reseñar los acuerdos de aquellas magnas Asambleas; bástenos decir, sin temor a ser desmentidos, que los campesinos españoles, y en primer lugar los andaluces, han sabido imprimir a sus organizaciones tácticas e ideas de acuerdo con las expresadas por el anarquismo militante.

En 1916 (octubre) es trasladada a Jerez desde Valls y Sans (Cataluña) la sede de la Federación Nacional de Agricultores y su órgano en la prensa, *La Voz del Campesino,* periódico que pudo codearse con las mejores publicaciones anarquistas del proletariado industrial. En dicho año habíase celebrado en Villafranca del Panadés el IV Congreso Nacional. El director del periódico y alma de la Federación campesina, al ser trasladada a Jerez, es Se-

bastián Oliva, hijo de aquel otro Oliva que ya en tiempos de la Internacional fué gran entusiasta de nuestras ideas. Oliva, viejo ya, no desmaya por eso. Actualmente se dedica a la enseñanza por campos y cortijos ; recorre algunos kilómetros cada día para llevar el pan espiritual a los hijos de los labriegos jerezanos. Conozco a Oliva y no tengo inconveniente en declarar que es lo mejor de lo poco que nos queda — en la brecha—, con Sánchez Rosa, de aquella noble legión de luchadores que tan alto supieron colocar el estandarte de las reivindicaciones obreras y anarquistas.

Cuando, rehecha la C. N. del T., los obreros industriales de Andalucía intentan constituir la Federación Obrera Regional Andaluza (F. O. R. A.), en Sevilla (mayo de 1918), los campesinos se hallan ya representados en la esfera nacional y aportan al organismo regional andaluz sus bellas condiciones anárquicas.

En los años desde el 1917 hasta el 1922, sobre todo los de 1918-19, el campo andaluz se convierte en un verdadero centro de experiencias revolucionarias. A las negativas de los terratenientes, que no ceden a los obreros en ninguna de sus pretensiones y demandas justísimas, responden éstos incendiando las cosechas y realizando en Bornos, Espejo, Montilla, Doña Mencia, Baena y cien pueblos más, verdaderos experimentos de apropiación colectiva de las riquezas capitalistas.

El Gobierno *Nacional* de Maura sofoca aquella situación enviando a las campiñas andaluzas al general La Barrera, el cual logra sus propósitos, si bien no consigue — como no conseguirá nadie — extinguir el espíritu rebelde de aquel proletariado.

El V Congreso Nacional de Campesinos celebrado en Valencia en las Navidades del año 1918 — al cual asistí, con Emilio Mira, representando a la C. N.

del T., ha sido, a juicio mío, el de más trascendencia de los celebrados por el proletariado español — excepción hecha del Congreso Confederal de 1919 — desde los mejores tiempos de la Internacional.

El Congreso campesino de Valencia — y Carbó fué también testigo de ello — hubo de celebrarse por *riñones* y públicamente, contra la voluntatd del poncio valenciano, que suspendió las sesiones por dos veces.

¡Cuánto siento que Oliva no recuerde los nombres del delegado de Espejo y los de los representantes de Castro del Río, Baena, Montilla y otros pueblos, cuyos hombres tan bellas lecciones nos dieran en el memorable comicio que mencionamos! Ninguno de mis camaradas de la Confederación, ciertamente, se ha dado cuenta de que los principales motivos de la represión que comenzó entonces fueron debidos, más que a la situación de las luchas en Cataluña, a las probables gestas vindicativas y expropiadoras que se dibujaron ya antes y en el Congreso de los agricultores de España celebrado en la ciudad del Turia. Yo lo hago constar así, y estoy cierto de que los campesinos de Levante que asistieron el día de Navidad de 1918 al suspendido mitin del Cine de Sogueros me darán la razón.

La Federación Obrera Regional Andaluza envió al Congreso de la Confederación setenta y tres delegados, todos anarquistas, de los cuales la mitad campesinos, representando a más de ciento cuarenta mil organizados. El obrero andaluz, contra lo que muchos creen, no ha dejado nunca de preocuparse por los problemas de la cultura.

Ya la *Revista Social* despachaba en dicha región más de ocho mil ejemplares. ¡Lástima grande que no poseamos datos sobre el número de publicaciones aparecidas en aquella región! Ha habido épocas en que se publicaron periódicos obreros y anarquistas

en más de cincuenta pueblos andaluces a la vez. A más de los anteriormente mencionados hay que nombrar *El Socialismo,* del cual fué alma el gran Salvochea. En estos últimos tiempos Sánchez Rosa hace aparecer en Sevilla *El Productor* (septiembre de 1919); un año más tarde es substituído por *La Anarquía* a petición hecha por el Comité de relaciones de Barcelona, que pretende que pase a ser órgano de la Federación Anarquista, en preparación de un Congreso. *La Anarquía* fué suspendido por la autoridad gubernativa. Ambos periódicos llegaron a alcanzar la cifra de cuatro mil y siete mil ejemplares respectivamente.

En la misma época se publicaron en Cádiz *Rebelión* y *Bandera Libre,* redactados por Elías García y Diego Rodríguez. En Algeciras Salvador Cordón dirigía *Prometeo,* y en Linares, Diego Alonso redactaba *Nueva Humanidad.*

Del 1918 al 22 se publican en Sevilla *Acción Social* primero y *Solidaridad Obrera* después. La tendencia exclusivamente sindicalista que se pretende insuflar a este último periódico, órgano de la Federación Regional Obrera Andaluza, es causa de vivas discusiones hasta que los campesinos imponen su criterio libertario a la publicacion, bajo la amenaza de negarle su apoyo en caso contrario.

También apareció en Sevilla la notable revista «Páginas Libres» dirigida por el notable médico camarada Pedro Vallina.

La Biblioteca del obrero de Sánchez Rosa ha publicado, además de su Aritmética y «El Abogado del obrero», numerosos folletos entre los cuales pueden citarse: «El Evangelio obrero», de Nicolás Alonso; «Un grano de arena» de Angel Villalave; «¡Cómo nos diezman!» de Vicente March; «¡A la lucha!» por *Dyonisios*; «Mi único amor» por Higinio Noja; «Frente al Estado» por Salvador Cordón; «El culto

de los muertos» ; «Por qué he robado» y otros muchos.

También Aquilino Medina ha difundido en Andalucía gran cantidad de literatura social desde Pueblo Nuevo del Terrible primero y luego desde Puentegenil. Los veinte números de la revista, dirigida por Medina, *Renovación Proletaria,* alcanzan la cifra de 449,000 ejemplares.

La gran escritora Concha Espina ha inmortalizado los sufrimientos y las gestas de los heroicos mineros de Riotinto con su famosa obra «El metal de los muertos» ; e Higinio Noja Ruiz con su novela «Los Sombríos».

Haríamos interminable esta monografía si fuésemos a hacer mención de todo lo que lo merece. Pese al confusionismo de los tiempos en que el sindicalismo pretendía bastarse a sí mismo (?), lo que originó una serie de tristes y lamentables incidentes en las ciudades más importantes de Andalucía, en donde se llegó a expulsar de la organización, por los jóvenes sindicalistas, a hombres como Sánchez Rosa y a postergar a otros valiosos elementos del anarquismo, el ambiente libertario ha recobrado su equilibrio por doquier. En los centros industriales se ha vuelto al buen camino rectificando los jóvenes sus yerros de ayer.

En el campo, que no ocurrieron tales incidentes, a pesar de la frase célebre de Samblancat de que «en las campiñas andaluzas hay más sindicalistas que gorriones» — a los anarquistas se les llamó sindicalistas también por muchos escritores—las ideas del libre acuerdo y de la Federación han permanecido inalterables.

De los tiempos remotos y del ayer próximo, del estudio y de las luchas, se ha formado la legión inmensa de hombres que aguardan el día de llevar

al terreno de los hechos nuestras grandes ideas de redención humana.

Nuestros pensadores, nuestros hombres de hoy, han descendido ya de las regiones del ensueño y aquilatado y concretado las posibilidades ciertas de la convivencia libertaria.

Andalucía, sobre todo, es la región más dispuesta de España, ideal y prácticamente, para llegar a la transformación social, política y económica demandada por todos los hombres de espíritu libre, por los forjadores del bien, por los anarquistas y por el proletariado adicto a las banderas de la C. N. del T. hija legítima de la *Asociación Internacional de los Trabajadores.*

El tiempo ha de confirmar este vaticinio.

LAS PROVINCIAS DEL NORTE

Desde el punto de vista del movimiento obrero libertario, las provincias del Norte de España tienen una importancia muy relativa, sobre todo si se las compara con las del Sur o con las de Cataluña. Conviene manifestar, sin embargo, que en los años desde fines de 1918 hasta hoy, nuestra influencia allí puede muy bien compararse con la que tienen los políticos de oficio que fueron durante muchos años los verdaderos amos de aquella región.

Está fuera de toda duda que en Vizcaya, por ejemplo, dominaron en tiempos de la Internacional y de la Federación Regional los elementos libertarios. El tipo socialista electorero no había surgido aún de entre la masa obrera, y el republicano pimargallista

existente entonces, era muy afín a las huestes internacionalistas.

«Las provincias vascongadas — dice Galo Díez— tienen una gloriosa tradición liberal y de independencia que se refleja en toda su historia. Se cuenta a este respecto la siguiente anécdota: Había un obispo que se permitió — sin ser llamado — intervenir en las discusiones de las Juntas Administrativas y de gobierno provinciales. Las juntas susodichas, como para demostrar más francamente su enemiga contra la intromisión episcopal en sus asuntos, acordaron recoger la tierra señalada con las huellas de las pisadas del Obispo y luego de quemarla aventaron sus cenizas, manera única, según el parecer de aquellos liberales, de que desapareciese para siempre toda señal de intromisión».

Fué en estas provincias, corazón y eje de las famosas guerras carlistas, en donde los liberales dieron mayores pruebas de no conformismo ante las huestes del pretendiente.

El sitio de Bilbao fué famoso y sanguinario pero triunfaron los enemigos de la reacción.

Galdós en sus «Episodios Nacionales» y en el titulado «Luchana» pinta de mano maestra las hermosas gestas de los liberales vascongados.

Después de aquellas luchas fratricidas (como después de toda lucha en que se derrama en abundancia la sangre del pueblo) hay un lapsus de estancamiento y quietismo hasta que se reanudan, con mayores bríos que antes, las batallas políticas, surgiendo también los primeros chispazos de la lucha social.

Los contornos de Bilbao con sus numerosas minas de hierro, empezaron a tomar un auge inusitado después de la guerra carlista.

Los trabajadores inquietos, los audaces, los perseguidos o los simples buscadores del jornal, de las

provincias limítrofes, se desplazan hacia las minas de Vizcaya.

Con todo este ejército de inadaptados se forma el de los arrancadores de mineral. La explotación de las minas y de los mineros en aquella época es algo que escapa a lo corriente por su despotismo.

Los *Maketos*, como despectivamente llamaban los hijos del país a aquellos trabajadores forasteros, eran tratados peor que a latigazos.

Los capataces, encargados o jefes de equipo eran seleccionados de entre los más chulos y perdonavidas; la mayoría licenciados de presidio, etc.

Estos sujetos se colocaban en un saliente o montículo desde donde vigilaban, *cachava* en mano y pistolón al cinto, a los infelices parias que sudaban la gota gorda desde el amanecer hasta la noche.

Como entre aquellos obreros se encontraban también muchos, de los cuales todos eran el peor de cada casa y algunos muy hombres, no era extraño el que con una gran frecuencia se encontrase algún capataz despanzurrado de una puñalada o con los sesos deshechos de un balazo.

«Recuerdo — sigue diciendo Galo — que por entonces se explotaba el truco del regionalismo y la ignorancia de las gentes de las minas.

»Los capataces iban a los tajos donde trabajaban los gallegos — por ejemplo — y les decían:

«—Los asturianos valen más que vosotros; el tajo X. ha extraído tantas toneladas».

»Entonces los gallegos por no ser menos que los otros echaban el hígado a fin de dar mayor rendimiento, al propietario, que sus vecinos de Asturias».

Todas estas brutalidades, y las pésimas condiciones en que se habían de albergar y alimentar aquellos hombres, en lugares que, por no existir pueblos constituídos tenían que dormir en infectas barracas de madera y comer los desperdicios que

cantineros desaprensivos adquirían en la plaza de Bilbao, se tenía que terminar.

Aquellas refriegas que por prurito de valor bruto se armaban por el «más somos los aragoneses, los navarros o los riojanos que los asturianos o los burgaleses» etc, se acabaron un día para no producirse más.

Los exclavos se rebelaron contra su miserable modo de vivir y exigieron unidos, a los amos, mejores condiciones de existencia. Comprendieron que el burgués era el enemigo y contra él estallaron exclusivamente sus querellas, que llegaron en forma de huelgas generales.

Cualquier español de cuarenta años recuerda aquellas formidables batallas que los mineros entablaron contra sus tiranos de toda laya. En una de dichas luchas, las *gentes del monte* descendieron hasta Bilbao en número de muchos miles e hicieron paralizar todo el movimiento de la capital. Se llegó a tener que hacer *cola* para adquirir un pan, pero los mineros se excusaban de tal molestia tomando el que adquirían las criadas de los ricos de las cestas en que lo guardaban y diciéndolas:

—Si vuestros amos quieren pan, que vengan ellos por él.

Claro está que los señoritos lo que hicieron fué huir a otros lugares donde su tranquilidad personal no corriese tanto riesgo.

Puede decirse que los mineros fueron los dueños absolutos de toda la provincia durante algunos días, en los que no dejaron de incendiar las garitas de consumos, apedrear los escaparates de los comercios, prender fuego a las puertas de los conventos y arrastrar hasta Bilbao las vagonetas del mineral para luego echarlas a la ría. Hubo numerosas refriegas, detenidos, algún muerto y no pocos heridos; pero los mineros terminaban sus violencias con la

promesa de patronos y autoridades de concederles satisfacción a sus demandas, y así retornaban a las minas y reanudaban los trabajos. Pedían la supresión de las cantinas y la desaparición de las asquerosas barracas, entre otras mejoras menos importantes.

Pero como las promesas no se cumplían, al año siguiente volvían a la pelea en iguales condiciones y con idénticas fatales consecuencias. El estado de sitio y las subsiguientes tragedias se repetían, hasta que un general — árbitro y dueño de la provincia—, el señor Zapino, se encaró con los explotadores de las minas y dió amplias satisfacciones a los trabajadores.

Las vanguardias de aquellas legiones combatientes fueron compañeros simpatizantes con nuestras ideas y algunos socialistas que, por encontrarse orgánicamente en período embrionario, tenían más de socialistas y de revolucionarios que hoy, en que todos se dedican a políticos, taberneros o burócratas.

De entre los que más se distinguieron entonces por sus propagandas societarias, tanto en las minas como en la zona industrial, se pueden citar a Perezagua, Carretero, Merodio y Cerezo, ninguno de los cuales es ya obrero desde hace bastantes años.

Los conflictos sociales que se suceden en Vizcaya hasta los primeros años del presente siglo surgen casi espontáneamente; la desesperación y el descontento hacen más en este sentido que la organización, que no es muy numerosa.

De entre los anarquistas, que yo recuerde, sólo se destacan algunos pequeños núcleos y muy pocas individualidades; en Baracaldo es donde más numerosos eran nuestros elementos y donde mayor fué también su influencia en las famosas huelgas de los Altos Hornos de Vizcaya, en una de las cuales fué

el alma Aquilino Gómez, tomando también parte, en la agitación promovida por aquel conflicto, Angel Pestaña, que era entonces un mozuelo rebelde por instinto.

También en Santander se nota — hablamos de los primeros años de este siglo — la influencia de los anarquistas, entre los cuales sobresale la recia figura de un hombre cultísimo, Emilio Corral, autor de *El ocaso de los odios* y otras obras importantes.

En el resto de las provincias del Norte el núcleo libertario es muy escaso y poco influyente; la mayoría de trabajadores organizados se hallan afiliados a los centros republicanos hasta 1909.

A partir de dicho año, los que esperan una República, que nunca llega, y que sienten ansias de rebeldía y de acciones prácticas, aunque no bien determinadas, optan por adscribirse al socialismo, mientras los teóricos se deciden por marcharse a sus casas. Pero los más instintivamente rebeldes se ven empujados hacia el anarquismo, cuyos hombres realizan desde algunos periódicos que aparecen entonces una obstinada propaganda.

Así las cosas, y debido a la impopularidad de la guerra de Marruecos y la bella y heroica gesta de Cataluña, en el Norte se entra por el terreno de la acción directa. En todas sus capitales — sin excluir a la beatífica Vitoria — el pueblo se opone gallardamente al embarque de tropas.

En 1911 surge la famosa huelga de carreteros de Bilbao, que se declara contra la voluntad de los mangoneadores socialistas, y debido a la influencia de nuestros camaradas de los grupos libertarios, de los que recordamos el grupo «Vida», integrado por excelentes y jóvenes luchadores.

Los resultados de aquella lucha fueron moralmente provechosos, aunque muchos hombres de ideas tuvieron que trasponer las puertas de la prisión, entre

ellos el médico y socialista Medinaveitia, ya difunto.

La propaganda oral de nuestras ideas ha sido muy escasa en el Norte y nuestros periódicos, hasta 1911, han tenido vida efímera.

Entre 1911 y 1914 surgen nuevos grupos en todas las provincias de la región. En dicho tiempo, á impulsos de Aquilino Gómez, y con la ayuda de algunos buenos camaradas, aparece en Baracaldo *El Látigo,* en el cual dimos nuestros primeros pasos literarios.

Julio Roíz fué uno de los pocos colaboradores de dicho semanario, que casi se lo redactaba todo — por falta de condiciones en los demás—el amigo Avelino

El Látigo se distinguió tanto o más que por su labor doctrinal, por su posición de crítica y de ataque contra los políticos del obrerismo.

En esta misma época, y merced al esfuerzo realmente sobrehumano de los camaradas del Norte, se organiza por estas provincias una excursión de propaganda — que fué muy pródiga en incidentes—, a base de Aquilino Gómez y José Sánchez Rosa.

Los socialistas políticos, que veían en peligro sus posiciones particulares de chupacuotas, concejales, etcétera, opusieron todas las trabas posibles a nuestros propagandistas, sobre todo en Vizcaya.

En la Arboleda se dió el caso en un mitin de que un tal Beni, socialista, aprovechándose de que nuestros oradores concedían tribuna libre a todo el mundo, pidió la palabra a las diez de la noche y se estuvo hablando hasta las doce, hora en que el delegado de la autoridad suspendió el acto, aduciendo que el permiso solicitado para celebrarlo caducaba con el día que finía.

Esto dió motivo para que los socialistas que habían ido a la Arboleda desde Bilbao, cuando regresaron a la capital explicasen alborozados que

Sánchez Rosa había sido vencido por su contrincante (!).

Pero en un nuevo *encuentro* que se celebró en Eibar las cosas no fueron tan bien para los políticos del obrerismo. Los socialistas guipuzcoanos, deseosos *de vencer nuevamente* a Sánchez Rosa (1), eligieron a su jefe supremo Enrique de Francisco, el mejor orador del partido en la provincia.

De Francisco había ya controvertido al camarada Tomás Herreros en Vitoria a raíz de leer éste en dicha capital su conferencia *La política y los obreros*.

Como Herreros no estaba acostumbrado a las controversias orales — si bien su conferencia escrita era irrebatible—, se negó poco menos que a responder a de Francisco. Esto hizo que los socialistas, considerando triunfante a su ídolo, le nombrasen alborozados para contender en Eibar con Sánchez Rosa.

Pero éste, aleccionado por lo ocurrido en la Arboleda, comenzó su conferencia anunciando que la tribuna era libre; pero se estuvo hablando hasta las doce y cuarto de la noche con el único objeto de saber si la autoridad consentiría continuar a ambas partes después de dicha hora.

El delegado del gobernador fué tolerante; de Francisco pudo contestar a Sánchez Rosa y éste de nuevo a aquél, pero en forma tan convincente que a las tres de la mañana el leader socialista y sus partidarios salieron huyendo del local. También Vitoria celebró su «mitin anarquista», según rezaban los carteles, entre el asombro de las gentes de sotana, que hicieron los imposibles por que el gobernador desautorizase la celebración del acto, cosa que no

(1) Galo Díez o Sánchez Rosa sufren error de fechas, como se desprende, en el caso que se cita de la monografía presente y de la de Andalucía que también menciona dicho acto.—(*N. del A.*).

hizo por haberle ordenado el ministro que se limitase a cumplir la ley.

También la campaña del doctor Queraltó se celebra en el Norte en la época referida.

Tantos y tan buenos actos dan como resultado la formación de numerosas individualidades y la constitución de no pocos grupos anarquistas. En tales circunstancias se llega en el verano de 1914 a la celebración en Bilbao de una reunión regional de grupos en la que se discute el modo de hacer más efectivas las prácticas de propaganda y solidaridad y la creación de un Centro de Estudios Sociales. La Asamblea tuvo lugar en casa de un compañero en la calle de las Cortes y cuando la discusión se hallaba en su apogeo sorprendió a los reunidos la noticia de la declaración de guerra entre Francia y Alemania, prólogo de la horrorosa conflagración mundial. Uno de los acuerdos más importantes de la reunión que mencionamos fué la publicación de un semanario para la propaganda obrera y libertaria con el título *La Voz de la Anarquía.*

El prurito de algunos compañeros de imponer como secretario de relaciones y director del periódico a Valeriano Dueñas, individuo de dudosa moralidad y conducta, fué motivo de que el periódico viese la luz muy pocos números y que los demás acuerdos quedasen incumplidos.

Todo ello no fué óbice, sin embargo, para la distribución de la prensa de otras regiones. *Ecos de las Cárceles,* del camarada Marcelino Suárez, de Asturias, folleto en el que cientos de compañeros de toda España habían estampado su firma para hacerse responsables, como el autor, del proceso incoado contra él por las graves denuncias que hizo sobre el régimen de nuestros establecimientos penitenciarios, se distribuyó a miles en Vizcaya. Igualmente se expendían periódicamente cientos de ejem-

plares de *Tierra y Libertad,* de Barcelona; *El Libertario,* de Gijón; *La Voz del Obrero,* de Coruña; *La Voz del Cantero,* de Madrid, y otros periódicos de nuestra tendencia.

A señalar también el movimiento general de Vitoria, en el que por la influencia de nuestros camaradas de allí, se impidió el alza en el precio del pan y otros artículos. El pueblo siguió a los elementos libertarios en aquella gesta; se suspendieron a la fuerza varios festejos públicos, se asaltaron las tahonas y se demostró que... la acción directa de las masas consigue más en unas horas que los discursos de los políticos en muchos años.

Notable igualmente la jira de propaganda organizada en favor de los presos de Cenicero en 1915, los cuales se hallaban procesados—se les pedían penas gravísimas—por haber hecho frente a la fuerza armada, respondiendo, con motivo de una huelga, a las provocaciones del burgués Bujanda. En dicha excursión tomó parte don Eduardo Barriobero y el excelente camarada y gran orador Antonio Loredo, que murió en Logroño poco después de terminada aquélla.

Otro proceso famoso fué el de los camaradas Eleuterio Pérez y Marcelino Bartolomé, a los que se acusaba, en una huelga de papeleros habida en Tolosa, de pretender volar con dinamita una fábrica de papel.

Casimiro Díez, de San Sebastián, excelente camarada, todo bondad, fué el que más trabajó, ayudado por un reducido grupo de amigos, en la defensa y absolución de los dos procesados.

La división en dos bandos — perezaguistas y prietistas — del partido obrero en Vizcaya favorece grandemente nuestros propósitos de poder propagar en la propia Casa del Pueblo de Bilbao nuestras teorías.

Galo Díez, si no estoy mal informado, fué el primero que se dirigió en aquella Casa a los trabajadores bilbaínos, haciéndose aplaudir por ellos. En ocasiones sucesivas no le fué posible ocupar aquella tribuna.

Los socialistas, divididos en bandos, supieron permanecer unidos ante el peligro que para ellos suponían nuestras propagandas y formularon un reglamento especial por el que se prohibía ocupar la tribuna de la Casa del Pueblo a quien no perteneciese a la «Unión General de Trabajadores» y ostentase sus principios.

Pero como allí no faltaban afiliados camaradas nuestros, al efecto de evitar tragedias entre trabajadores, se convino organizar actos de propaganda oral en un buen local, fronterizo al de la Casa tantas veces mencionada. Dichos actos y los celebrados en el Centro de Mineros de Santuchu se vieron siempre concurridísimos de trabajadores y obtuvieron grandes éxitos.

Las Sociedades de peones y mineros de Bilbao, disconformes con las tácticas reformistas y políticas, deciden publicar *La Lucha,* de cuya redacción entró a formar parte un conocido compañero: Juan Ortega, y colaborando asiduamente Galo Díez. El periódico se editaba en una imprenta de la plaza de la Cantera, la misma en que más tarde se editó *Solidaridad Obrera.*

Las Provincias Vascongadas secundan admirablemente el movimiento nacional contra la carestía de las subsistencias, organizado por la C. N. del T. y la U. G. de T.

La propaganda contra la guerra — contra todas las guerras — toma también extensión en las provincias del Norte; los manifiestos, legales y clandestinos, circulan a millares. De una de estas hojas,

publicada en Eibar el 3 de junio de 1917, copio el final que dice:

«¡Trabajadores! Antes que la guerra, la revolución. Antes que las trincheras, las barricadas. Este es nuestro lema. Madres, esposas, hermanas, gritad con nosotros: ¡Abajo la guerra!»

Firman por el grupo antiguerrero: Antonio González, Federico Ayerbe, Antonio Echevarría, Florencio Acha, Galo Díez.

Cuando la huelga política de agosto de dicho año, Bilbao, Vizcaya entera, dió muestras de gran coraje; se luchó en las calles, siendo muchos los obreros muertos y heridos en aquellas refriegas; aun hay señales de impactos en los alrededores del puente de Cantalojas. Aunque parezca mentira, los socialistas, que dominaban sobre el pueblo en aquellas jornadas, arrastraron a los trabajadores a la *débâcle*, mientras aquéllos negociaban con el contrabando de armas. La frescura del leader y diputado por Bilbao Indalecio Prieto no tiene igual cuando al discutirse en el Parlamento español la tragedia de agosto en la industriosa villa, dice sobre poco más o menos:

«En Vizcaya pudimos batir al Poder público, representado por la fuerza armada, pero no quisimos; al pueblo le dimos armas, pero no había recibido municiones. ¿De qué nos acusáis, pues, señores?»

En estas breves palabras se condensan todas las traiciones que al proletariado han hecho muchos desaprensivos políticos llamados pomposamente izquierdistas.

Estos hechos desengañaron a muchos trabajadores de buena fe, que se decidieron, por fin, a abrazar nuestras ideas. Los amigos del Norte, ante circunstancias que tanto podían favorecer el desarrollo allí de los principios de la C. N. del T., se dirigieron repetidas veces el Comité Nacional, pidiéndole insistentemente el envío de compañeros propagandistas,

lo que no se pudo conseguir. Pero envió, aunque tarde—en la primavera de 1918—dos delegados de Barcelona con la misión de reforzar las agrupaciones libertarias, crear Sindicatos y constituir la Federación Regional del Trabajo del Norte, adherida a la C. N. del T. El optimismo y la decisión obtuvieron el triunfo y en muy pocas semanas se constituían los Sindicatos, alguno de los cuales el del Hierro, de Vizcaya, rebasó en seguida la cifra de dos mil asociados. Se creó en Bilbao un Centro Obrero—digámoslo claramente—contra la Casa del Pueblo, en la calle de la Torre. Al periódico *La Lucha* le substituyó *Solidaridad Obrera,* a cuyo frente se puso al compañero Antonio Pena, de Barcelona. Por entonces mismos llegó al Norte, huyendo de Levante y Cataluña, Emilio Mira (Antonio Valor). Usando este último nombre se dedicó por completo a la propaganda, dando ésta resultados excelentes.

De Mira se guardará en el Norte imborrable recuerdo.

La frase del gobernador Regueral cuando dice: «Vengo a Vizcaya a terminar con la plaga maldita del sindicalismo, si ella no termina conmigo...», tuvo gran resonancia y resultados contrarios a los calculados por aquel desgraciado, que cinco años más tarde era muerto a tiros en León. El caso es que el desafío del gobernador de Bilbao tuvo la virtud de multiplicar, si bien forzados a la clandestinidad, los efectivos de la Confederación del Norte.

* * *

En el Congreso de Madrid los delegados de la dicha región llevamos al convencimiento del compañero Buenacasa la conveniencia de que fuese a substituir a Pena, que había manifestado deseos de re-

gresar a Barcelona; llegado a Bilbao aquel camarada, lanzó la idea de ampliar el tamaño del órgano federativo y de adquirir imprenta propia, todo lo cual se realizó en muy poco tiempo. En mayo de 1920 *Solidaridad Obrera* alcanzó un tiraje de diez mil ejemplares.

La organización sindical, al amparo de las leyes en algunas provincias de la región, y en la clandestinidad en Vizcaya, crece considerablemente en calidad y en cantidad. Las fuerzas obreras de la Confederación del Norte pueden ya tutear, por su influencia sobre las masas, cada vez mayor, a las fuerzas socialistas. En algunas huelgas importantes declaradas en diferentes puntos de la región por los políticos del obrerismo, son por ellos traicionadas cuando advierten que las tácticas obreras que las masas emplean son las que informan a la C. N. del T.

La tirantez entre las fuerzas obreras, empleando procedimientos opuestos en la lucha social, toma— desgraciadamente — caracteres de violencia.

En las minas «Sílfide» y «San Luis», respectivamente, nuestros camaradas y los socialistas andan a tiros, resultando muertos y heridos. Se llega francamente por nosotros a arrebatar la hegemonía social que los socialistas detentaban. Sus periódicos carecen de ambiente y mueren al nacer. Los obreros metalúrgicos y siderúrgicos organizados son más numerosos ya en nuestros Sindicatos que en los de las Casas del Pueblo, y cuéntese — lo repetimos — que los Sindicatos Unicos de Vizcaya están sometidos a la clandestinidad y nuestros oradores imposibilitados de realizar propaganda públicamente. Si Regueral nos hubiese otorgado igual trato de igualdad que a los socialistas, es más que seguro que las organizaciones por ellos orientadas habrían acabado por desaparecer.

A pesar de las circunstancias adversas que nos

crea aquella autoridad, las huelgas de la Confederación son declaradas de modo frecuente y mantenidas con la máxima ejemplaridad táctica. Los socialistas, arrastrados a muchas de estas luchas por nuestras organizaciones, las traicionan descaradamente, lo que motiva hacia ellos la repulsa de sus mismos partidarios. La huelga en la fábrica de clavos de Echevarría da ocasión a que los traidores socialistas hayan de ser tratados como a tales traidores; muchos de ellos resultan heridos; pero los jefes, convirtiéndose, por despecho, en aliados de la autoridad, denuncian a nuestros camaradas más significados, siendo encarcelados más de cincuenta de éstos.

La huelga en los talleres de Corral se produce en iguales circunstancias.

Otra huelga que alcanza los honores más grandes es la de los tejedores de Zaramillo. Todas las argucias de Regueral y todas las traiciones de los obreristas políticos no logran deshacer la cohesión y la firmeza de aquellas mujeres y de aquellos hombres, todo desinterés y altruísmo.

A principios de 1921 la gerencia de los Altos Hornos de «La Vizcaya» se inteligenció con los socialistas a fin de destruir en dicha sección la prepotencia de nuestros federados; este hecho dió motivo a un sin fin de querellas entre las partes interesadas en la cuestión.

La efervescencia motivada por dicha inteligencia terminó trágicamente con la muerte del señor Gómez, gerente de la poderosa Empresa, y con la represión consiguiente contra todos nuestros camaradas de la provincia. Lo ocurrido como consecuencia del atentado contra el señor Gómez no es para descrito aquí.

En su día se denunciaron los atropellos de que se hizo víctima a los detenidos, los cuales fueron tan

brutalmente tratados, que algunos de ellos llegaron a perder la razón. Las deportaciones se realizaron en masa. Más de quinientos camaradas, que no tuvieron tiempo de huir ante la *razzia* de Regueral, fueron lanzados a las carreteras en conducción ordinaria (1). Muchos otros fueron procesados como presuntos autores de la muerte del gerente de «La Vizcaya».

Los Sindicatos se vieron obligados a desaparecer, igual que su órgano en la Prensa, mientras el Comité Regional era trasladado a Santander, con el encargo principal de defender a las víctimas de aquella represión sin precedentes. El nuevo Comité cumplió su misión tan dignamente, que a los pocos días de publicar con su firma un número extraordinario y clandestino de 25,000 ejemplares de *Solidaridad Obrera,* en el que se denunciaban los martirios de los presos de Vizcaya, fué detenido en pleno en Santander en el mismo día en que el Sindicato de la Madera de la capital montañesa declaraba la huelga general por un caso de dignidad.

Y ya que hablamos de Santander, bueno será señalar que en la citada población, como en algunos pueblos de su provincia, la hegemonía disfrutada por los socialistas durante algunos años fué arrebatada por las fuerzas de la Confederación de manera completa.

El pueblo, que fía más en los hechos que en las palabras, comprendió el valor y la entereza con que defendíamos sus intereses materiales y morales al margen de las monsergas políticas y reformistas, y

(1) Conozco el caso de un gran amigo mío (Santos Oxinaga, hombre serio y merecedor, por tanto, de ser considerado ageno al crimen cometido) que fué por carretera desde Bilbao a Jaén, a pesar de su delicado estado de salud. Más de seis meses por los caminos, a pie y entre la guardia civil.—(*N. del A.*).

se decidió por bandonar sus viejos y podridos baluartes para engrosar nuestras filas. En la capital, Torrelavega, Castro-Urdiales y Nueva-Montaña el grueso de las organizaciones sindicales se adscribió en bloque a la Confederación.

Las huelgas que se declararon, en su mayoría, fueron ganadas y en las que no se lograron ventajas materiales se mantuvo incólume la dignidad colectiva.

También Guipúzcoa entró en la Confederación por la puerta grande. La organización socialista de San Sebastián se vió casi aniquilada al constituirse allí el Sindicato Unico; otro tanto ocurrió en Beasain, Villafranca y en la misma Tolosa, feudo del cacique Enrique de Francisco (1). En Eibar mismo — el baluarte socialista más bien organizado de España—, con su casa propia (?), su gran cooperativa y un sin fin más de organismos con intereses creados y casi indestructibles, el Sindicato de la Confederación llegó a inquietar a los políticos seriamente.

Vitoria, igual que el resto de las provincias hermanas, también tuvo su auge revolucionario. En la capital llegó a contar nuestra organización con cerca de dos mil afiliados. Se declararon huelgas importantes, que fueron resueltas casi todas en nuestro favor. Los socialistas, tan influyentes antaño, no suponen nada. De los pueblos de la provincia, pocos por cierto, que más fielmente abrazaron el ideal emancipador, merece destacarse Alsasua, si bien geográficamente dicho pueblo es navarro, pero por su proximidad a la capital alavesa se le considera de esta provincia.

---

(1) Recuerdo que en Tolosa, cuando yo estuve allí, todos los trabajadores de la ciudad, menos un grupo de papeleros adheridos al sindicato Vasco Navarro del oficio, pertenecían a nuestra organización.—(*N. del A.*).

A la región Norte pertenecían también las provincias de Logroño y Navarra — hoy integrantes de la Federación Aragonesa—y las de Valladolid y Burgos, hasta que se constituyó la Federación de ambas Castillas.

En Navarra la lucha social ha carecido de importancia; ni los mismos socialistas, tan dados a meterse beatíficamente por los yermos incultos para sacar partido personal y político de sus acercamientos a las masas obreras, han logrado, salvo en Pamplona, influir en aquella región, feudo tradicionalista y religioso por excelencia. Sin embargo, nosotros logramos atraernos la simpatía de los núcleos que visitamos. Lodosa llegó a contar con un potente Sindicato; un hecho insignificante al que el cacique dió categoría social motivó un proceso, siendo condenado un hombre honrado a treinta años de presidio y perseguidos los camaradas más significados de la localidad. La capital contó asimismo con una organización muy bien orientada que, de haber sido más atendida por los Comités regionales, hubiese terminado con la menguada influencia y preponderancia que los socialistas disfrutan.

La Rioja — excepto la cuña Haro-Santo Domingo — es eminentemente anarquista; en la Federación del Norte primero y en la Aragonesa después, la dicha provincia ha sido siempre la mejor y más completamente organizada; predomina el elemento campesino; los trabajadores no campesinos son asimismo, en su mayoría, dependientes de las industrias agrícolas. Sin contar la capital, que siempre tuvo una fuerte y bien orientada organización, más de treinta pueblos estuvieron igualmente organizados. Cervera del Río Alhama, La Puebla, Elciego, San Vicente, Aldeanueva, Nájera, Navarrete, Fuenmayor, Cenicero, Briones, Haro — a pesar de sus concejales socialistas—, San Asensio, Calahorra, et-

cétera, han dado mucho que hacer a la burguesía. Las luchas de los trabajadores riojanos, su amor a las ideas y a la educación racional, pueden servir de ejemplo a la mayoría de los trabajadores de España. Logroño cuenta con una escuela racionalista; también Fuenmayor construyó su escuela en local propio, pero fué clausurado a raíz de los conflictos campesinos del verano de 1920, sin haberse vuelto a abrir.

De Burgos y Valladolid muy poco a decir. Sólo en esta última ciudad hemos contado con alguna fuerza de buena calidad, si bien en cantidad reducida. Tuvo su escuela racionalista y un buen profesor — Eusebio Carbó—, de la que salió un buen plantel de jóvenes anarquistas.

* * *

Vamos a resumir. La región Norte ha sido y es desde que se incorporó a la Confederación Nacional del Trabajo una de las que con más tesón y valentía han defendido los principios anarquistas y las tácticas de lucha por ella preconizadas. Nuestro movimiento obrero y libertario se confunden allí. La región Norte se elevó en todo instante contra las desviaciones que se dibujaron alguna vez en los altos estamentos confederales; antes que ninguna, esta región protestó contra el pastel confederal (otoño de 1920), cuando el Comité Nacional hizo el pacto con la «Unión General de Trabajadores», pacto que, como ya preveía en su denuncia la entidad protestataria, fué traicionado por los socialistas en la hora grave de hacer honor a él.

El manifiesto de los Sindicatos de Villafranca, Eibar y Tolosa, poniéndose frente a lo hecho en aquel

caso por la Confederación Nacional es un modelo de lógica.

Cuando el desdichado acuerdo de Lérida, en donde la Confederación pretende reconstruir su Comité en Zaragoza (1922), a base de las grandes figuras del sindicalismo español, Pestaña, Carbó, Seguí, Peiró, José María Martínez y Galo Díez entre otros, a los cuales se les asignaba un elevado sueldo, la región Norte, y muy especialmente el compañero últimamente mencionado, se negaron a acatar tan inmoral decisión.

También en el Pleno de la misma capital catalana (1921), en que se nombraron a sí mismos los cuatro bolcheviques de la Confederación para ir a Rusia, los delegados del Norte apuntaron el peligro de la intervención moscovita en nuestros medios.

Ya en el Congreso Nacional de Madrid en 1919 la naciente Confederación Norteña dió pruebas de firmeza y unanimidad en la defensa de nuestras ideas, e igualmente en todos los casos en que los principios fueron tergiversados. Por todo ello los camaradas del Norte son actualmente tan escuchados y tenidos en cuenta como los que más de las grandes regiones confederadas.

* * *

La tiranía del espacio nos veda transcribir numerosas e interesantes notas más que constan en el trabajo de Galo Díez. Quiero, pues, terminar esta monografía de la región del Norte con dos cuartillas de mi cosecha.

He vivido allí un año y he recorrido varias veces todas sus provincias. Pecaría de mal informador si a los preciosos detalles narrados por Galo no aña-

diese yo los nombres de los excelentes camaradas que conocí en aquella época. En fuerza de méritos y de actividad debo colocar en primer término la figura del autor de esta monografía. Escritor sencillo y orador de talla, Galo Díez ha sido el hombre que ha sembrado más ideas en el Norte. No hay pueblo que no conozca o donde no sea conocido, ni rincón donde su palabra rebelde haya dejado de ser oída. Los azares de de la vida le han obligado a transportar su numerosa prole de uno a otro confín de la región; vasco de nacimiento, sin conocer su idioma nativo, le he visto transplantarse en busca del pan o de la seguridad personal desde Vitoria a Eibar, de Eibar a San Sebastián, de San Sebastián a Bilbao, de Bilbao a Logroño y de allí a Tolosa, donde actualmente reside. Galo es de lo poco que nos queda de la numerosa legión de puritanos que siempre nutrió nuestras filas, hoy desmembradas por mil causas de todos conocidas.

En Bilbao conocí a Juan Fernández, mecánico, gran escritor y muy apreciado de todos; a Bernardo Pascual, uno de los hombres de mayor autoridad entre los metalúrgicos de Vizcaya; a Sacristán, procesado por lo de Altos Hornos; a Burgos, hombre honesto y consecuente; a Juan Expósito, maestro nacional, buen propagandista; a Juan Ortega, conocidísimo en toda la región por ser uno de los pocos — con Galo y Expósito — oradores y escritores con que allí se contaba; a mis particulares amigos Santos Oxinaga y a Timoteo J. Fernández; a Vicario, un muchacho de buena familia que prefirió el rudo trabajo de las factorías al parasitismo de las burocracias; a Joaquín Zarabain, uno de los elementos anarquistas más prestigiosos en el Norte; cómo Ortega, era burgalés; a Jesús Fernández, alma de la huelga de Zaramillo; a Maza, Vallejo y Antuñano, los tres también procesados por la muerte de Gó-

mez; a Eleuterio Pérez, lo mejor de lo mejor en Bilbao, y a muchos camaradas más cuyos nombres siento en el alma no recordar.

En Santander conocí al viejo Parra; este buen camarada tenía un hijo que, por cuestiones sociales, fué asesinado por un patrono. El burgués criminal fué absuelto por los tribunales en el acto del juicio oral.

Pero aquel padre, tan amante de la justicia como del propio hijo muerto, decidió ajusticiar por sí mismo al asesino, acto que realizó a las pocas horas de ser éste libertado. Parra fué condenado a diez y siete años de presidio, a pesar de cuanto se hizo en su defensa, y en presidio ha muerto hace dos años.

El veterano Carral ya no militaba, pero sí hombres como Julio Roíz, el mejor escritor obrero de la región y el mejor orador como conferenciante; Bruno Carreras, el elemento más activo de la capital montañesa y alma principal de aquella feliz evolución de la idealidad y la táctica obreras hacia nuestras tendencias; Manuel Barrio, Joaquín Sierra, Luis Ramos, etc., etc.

En San Sebastián hice relación con los hermanos Marculeta, independientes económicamente del salario, pero muy honestos y desinteresados en la defensa del ideal anarquista, sobre todo Martín; a Pedro Garrués, Santiago Arregui, Félix Martín, José Ochandino, Moisés Martín, José Ferrer, Viteri el mayor, Paulino García, Paulini, un francés muy activo en nuestras agrupaciones y muy instruído; en Eibar a Galo, Acha, Viteri el Menor y Delgado; en Tolosa a Bartolomé Manuel Tomás, Mencia y Galarreta, y en Beasain, a Eizaguirre y a Lezcano; en Pamplona a Enrique Melchor.

En Vitoria me fué grandemente simpático el viejo Murga, como asimismo sus hijos, y el poeta «Do-

nay», entre otros camaradas de cuyos nombres no hago memoria por no recordarlos, y en Alsasua a José Gorospe, gran elemento como organizador y muy culto.

Los nombres de los amigos de la Rioja son tantos y tan prestigiosos, que lamento vivamente el haber de mencionar sólo algunos; lo hago, sin embargo, porque no es en son de bombo que hilvanamos estos recuerdos; los preteridos me dispensarán. En la capital he conocido a Mariano Serra, el viejo Venancio Marín, Fermín Azagra, Salvador Cenzano, Marceliano Belloso y Francisco Muñoz, y en Fuenmayor a los hermanos Anguiano, uno de los cuales, Manuel, fué el orador campesino por excelencia; se le quería entrañablemente. Por noticias de Galo me entero de la muerte del buen camarada, como de la de Emilio Carral.

Los amigos de Valladolid son pocos, pero muy cultos y buenos; no sé si vive aún el veterano Pedro Salgado, padre espiritual de aquella estudiosa juventud que acudió a la escuela de Carbó, fundada por aquel y otros entusiastas.

En la segunda capitalidad castellana nació Evelio Boal y en ella, además de Salgado, hice buena amistad con Sócrates Serrano y con dos muchachos de diez y seis años entonces, Evaristo Sirvente y Victoriano Orobón Fernández; éste es hoy un hombre que al lado de Nettlau, donde se encuentra, reforzará sus ya grandes conocimientos del ideal; Sirvente, según me comunican—aquel niño aun que representó al Sindicato de Valladolid en el Congreso de la Comedia—se ha desinteresado de nuestras luchas por completo. Confieso que es una lástima, porque Sirvente prometía mucho.

De todos los camaradas mencionados, sólo de algunos tengo noticias. ¿Qué se ha hecho de los demás? No ignoro que las circunstancias por que atra-

viesa España hace cinco años convidan muy poco a reanudar determinadas actividades, cosa imposible, por otra parte, debido a la carencia de libertad para la propaganda, tanto escrita como oral, de nuestras ideas; pero supongo que, dentro de las posibilidades actuales, los hombres que he nombrado y los que dejo de nombrar sabrán permanecer en sus puestos de otras épocas, siempre decididos a la defensa de los intereses y de los ideales que nos son comunes.

ARAGON, RIOJA Y NAVARRA

Las provincias de Logroño y Pamplona forman parte, desde hace seis años, de la Confederación Aragonesa. De Navarra y Rioja ha hecho ya la monografía correspondiente Galo Díez al historiar la lucha en la región del Norte.

Nos limitaremos, por tanto, en esta rápida reseña a mencionar y estudiar nuestras contiendas en las diferentes comarcas de Aragón.

Aunque el autor de este libro haya nacido en la provincia de Zaragoza, no por eso ha de mostrarse parcial al historiar las luchas obreras de esta región.

Empezaremos por decir que Aragón, como Cataluña, va a remolque — cosa que no ocurre en Andalucía, por ejemplo — de la capital.

Siendo Zaragoza el baluarte principal del movimiento obrero y libertario, nada tiene de particular que sus grandes gestas como entidad revolucionaria repercutan en los pueblos de la región.

La educación del pueblo aragonés no ha sido anár-

quica — salvo en la capital — hasta hace pocos años.

Los aragoneses, como los vizcaínos, como los valencianos o como los catalanes, fueron educados en las doctrinas liberales y republicanas.

Que la Virgen del Pilar resida en Zaragoza no quiere decir que los zaragozanos no se hayan distinguido — tanto como los que más en España — en sus luchas contra la religión. De las gentes de Huesca y de Teruel puede decirse otro tanto, así como de los pueblos en general de la región.

¿Pero es que basta a un hombre, a un trabajador sobre todo, con ser liberal o republicano para poder asegurar que en tales condiciones cumple sus deberes para con la sociedad? No; no basta esto; ser liberal, republicano o socialista libertario inclusive no supone nada si al ideal que se sustenta no acompaña el espíritu práctico por su implantación.

En este sentido, pues, los trabajadores aragoneses son algo más que simples idealistas émulos de Platón.

No ha habido en España gesta alguna de importancia social que no haya sido secundada inmediatamente por el pueblo aragonés.

Es tradición histórica que cuantos políticos intentaron en la nación derribar los regímenes imperantes, contaron en sus cálculos, como condición precisa para el posible triunfo de sus intenciones, con la adhesión en principio de tres capitales: Barcelona, Valencia y Zaragoza. A Zaragoza se la halagó siempre mucho por no ignorar sus halagadores que el citado pueblo es capaz de todos los heroísmos cuando empeña su palabra de intervenir en no importa qué contienda de carácter revolucionario y avanzado.

He dicho que el pueblo aragonés no fué educado anárquicamente y debo probarlo de alguna manera.

Me interesó siempre saber cuál era el espíritu de los trabajadores de Aragón y qué ideas sustentaban en tiempos de «La Internacional».

Me chocó mucho la magnífica demostración de los obreros zaragozanos a raíz del Congreso celebrado en la capital aragonesa en abril de 1872 (1).

Aquel acto de fuerza y de entusiasmo significaba una de estas dos cosas: o los trabajadores de Zaragoza eran todos colectivistas ya entonces, o bien se manifestaban simple y revolucionariamente — como en aquella ocasión — por el solo instinto de la solidaridad y el espíritu de justicia.

Yo sabía que «La Internacional» contaba con pocos adheridos en la región; pero, ¿cómo enterarme de lo que me interesaba en el aspecto que trato ahora?

Una verdadera casualidad ha venido en mi ayuda. En mayo de 1926 hice un viaje a Barcelona por asuntos particulares, en donde me encontré con un anciano que me rogó le ayudase a pasar de una a otra acera de la Rambla, pues temía un atropello a causa de la enorme circulación en dicha vía.

Como me habló en el rudo castellano de los aragoneses, quise saber de dónde era y hasta le pregunté si no había presenciado la guerra carlista.

—Soy de Zaragoza — me contestó—, y de los carlistas créame que quisiera que todos estuviesen muertos.

—Yo también soy aragonés—le dije—, y, si usted no lo toma a mal, beberemos algo en cualquier bar.

El buen hombre aceptó el convite y, mientras tomábamos un café con leche, le hice una interviú en toda regla. Era republicano de toda su vida e idolatraba a Francisco Pi y Margall y a Joaquín Costa.

—Ser republicano en estos tiempos es no ser

(1) El «Proletariado Militante» págs 72-73.

nada. Yo soy internacionalista y libertario—le dije, interrumpiendo su narración.

—Yo también soy y he sido de los suyos—me objetó—; entre los primeros cincuenta hombres que nos metimos en la Internacional en Zaragoza yo hacía el número 15. ¡Qué tiempos aquellos!—suspiró—. Por entonces los republicanos lo éramos todo en todas partes y, como nos parecía que no era bastante la República, los que éramos obreros nos asociábamos con los de la Internacional.

—¿Se acuerda usted del Congreso de abril de 1872?

—¡Vaya si me acuerdo! — me contestó—. ¡Como que fuí de los que dije al delegado del gobernador, cuando suspendió la asamblea aquella, que era un canalla y un poca vergüenza!

—¿.....?

—Nosotros éramos republicanos la mayoría; los colectivistas eran pocos, pero cuando se trataba de enseñar los dientes y algo más a los atropelladores de la ley, en seguida nos poníamos de acuerdo y declarábamos la huelga general, como lo hicimos cuando aquel Congreso y levantábamos barricadas.

—¿Pero es cierto que los internacionalistas eran pocos en Zaragoza?

—Hombre, ya le he dicho que los afiliados eran pocos; pero, si tanto me apura, le diré que todos los obreros estábamos con ellos.

El anciano tenía prisa y además su memoria para recordar ciertas cosas comprendí que no le era muy fiel; sólo se acordaba de José López Montenegro. Me dió su nombre — Victoriano Trunllenque, de oficio albañil — y me invitó a ir a su casa, en la calle de Tallers, en donde vive con un hijo suyo y sus nietos; cuenta, si no ha muerto ya, con ochenta y dos años de edad.

Lo expuesto basta para hacer un retrato del ca-

rácter y de las condiciones del pueblo aragonés; las vanguardias, reducidas, pero tenaces, y las masas al lado de aquéllas en todos los momentos solemnes.

Aragón, mejor dicho, Zaragoza y Huesca, estuvieron adheridas a la Internacional y a la Federación Española de Trabajadores, y la región en bloque, más tarde, a la Confederación Nacional del Trabajo.

Los republicanos, hasta los primeros años de este siglo — pues últimamente han desaparecido ante el empuje arrollador del movimiento social con francas tendencias transformadoras—, lucharon por la República sin obstruccionar jamás la acción anarquista. Ha sido un gran bien que los políticos del obrerismo — vulgo socialistas — no hayan podido arraigar en los medios trabajadores; cuando lo intentaron el fracaso más rotundo colmó sus esfuerzos.

* * *

He aquí un breve calendario de las acciones que recordamos de aquel pueblo.

1891. — Huelga general de cuatro días por las ocho horas.

1901. — Las masas, atraídas por Basilio Paraíso, republicano, que quiere hacer frente al régimen financiero que el minstro Villaverde ha impuesto a la industria y al comercio español, asaltan el convento de los jesuítas, levantan barricadas y se sacrifican estérilmente por una causa que el caudillo traiciona en la hora en que el triunfo se halla más próximo.

1904. — Zaragoza, haciendo honor al pacto na-

cional de solidaridad en favor de los presos sociales de Cataluña, declara la huelga general que otras ciudades comprometidas no secundan.

1905. — Nuevo movimiento general por solidaridad con los carpinteros, estado de sitio y numerosas víctimas, presos y heridos; los carpinteros triunfan.

En dicho año, siendo aprendiz del oficio, ingresé en la sección de carpinteros de la Federación Zaragozana.

Conocí entonces a un antiguo miembro de la Internacional, que falleció en 1908, llamado Rosendo Arqué, y a compañeros como Angel Lacort, anarquista de mucho prestigio entonces; convertido actualmente al socialismo de Estado, se halla a sueldo de los metalúrgicos de Vizcaya; a Nicolás Guallarte, un buen escritor y orador; a Enrique Zuferri, escultor en madera; cuatro años más tarde marchó a La Habana; era un gran organizador y secretario de la Federación Local; a Antonio Aguado, que murió tuberculoso poco después de celebrado el Congreso constitutivo de la C. N. del T., al que asistió como delegado de los trabajadores de Zaragoza en compañía de Lacort, Guallarte y Jorge Gracia Mora, otro buen elemento, cuyo paradero ignoro; a los hermanos Angel y José Chueca, aquél muerto en los famosos sucesos del cuartel del Carmen en la noche del 9 de enero de 1920; José ha sido uno de nuestros mejores escritores, y digo ha sido porque falleció hace dos meses; a Nicasio Domingo y a sus hijos Juan y Antonio, los tres muy activos como militantes obreros y anarquistas; a Valero Serón, a Lorenzo Laguna y a su compañera Antonia Maymón, profesora racionalista; actualmente dirige la escuela de los trabajadores de San Feliu de Guíxols (Gerona); Laguna murió en Burdeos, a

donde tuvo que huir con su compañera a raíz de la huelga nacional de septiembre de 1911.

Algo más tarde conocí a Zenón Canudo, hombre de gran bondad, buen conferenciante y escritor y persona de autoridad y prestigio indiscutibles. Canudo, que ha sufrido muchas persecuciones y penalidades, como la mayoría de los camaradas antes mncionados, reside actualmente en Logroño.

También hice relación entonces con Teresa Claramunt y con el buen camarada Dalmau, catalán, en casa del cual se albergaba aquélla; a Valero Salas, joven de diez y nueve años, que fué muerto por la guardia civil, junto con Francisco Alvarez, en los sucesos de la calle del Perro, en Zaragoza, en septiembre de 1911.

No recuerdo más nombres, si bien puedo decir que eran muchos otros, a más de los mencionados, los que formaban el importante núcleo libertario de la capital.

En estos últimos años he conocido allí una legión numerosa de jóvenes camaradas de los cuales me ocuparé más adelante; sigamos ahora relatando los hechos más salientes acaecidos en la región aragonesa según las notas remitidas por el compañero Beraza:

1906. — Huelga general por solidaridad con los mineros de Bilbao.

1909 (julio). — Huelga general, secundando la Semana Trágica de Barcelona; este movimiento fracasa a las pocas horas de iniciado por ignorarse la situación cierta de Cataluña.

1910. — Nuevo movimiento general solidario que dura tres días en favor de los mineros vizcaínos.

1911 (septiembre). — Movimiento nacional contra la guerra de Marruecos, que es secundado por la región aragonesa; en Zaragoza se producen gravísimos sucesos, siendo muertos algunos guardias

civiles, así como los camaradas Valero Salas y Francisco Alvarez; otros más fueron heridos.

Se incoa un proceso en el que se encarta, entre otros, a Teresa Claramunt, Antonia Maymón, Nicolás Guallarte, Angel Lacort, Manuel Buenacasa, José Echegoyen y Antonia Trigo; esta mujer del pueblo tuvo el valor de cobijar en su casa a los camaradas que habían hecho frente a la fuerza armada en la calle del Perro, calle en la que, por no tener salida posible, aquellos hombres hubiesen perecido todos sin el arrojo de aquella valerosa mujer. Las condenas fueron atroces; pero dos años más tarde una amnistía devolvió la libertad a todos los detenidos; los procesados en rebeldía pudieron asimismo regresar a Zaragoza, en donde todos juntos reanudaron sus actividades organizadoras.

El Congreso constitutivo de la C. N. del T. había conferido a Zaragoza el encargo de formar el Comité Nacional. Los sucesos referidos ocasionan la disolución, por parte de Canalejas, de la Federación, por lo que se hace imposible cumplir el acuerdo de Barcelona.

En los años de la guerra, hasta 1917, Aragón, siguiendo el ejemplo de Cataluña, se organiza rápidamente y exige al capitalismo las mejoras a que los trabajadores tienen derecho. Las huelgas parciales o generales de oficios y hasta movimientos generales locales se declaran con inusitada frecuencia en la capital y el resto de la región, obteniendo los obreros no pocas ventajas de orden moral y material.

1916 (diciembre). — Aragón secunda unánimemente el movimiento de huelga general contra el alza de las subsistencias, organizado conjuntamente por la C. N. del T. y la U. G. de T.

En agosto de 1917 también esta región raya a gran altura en la huelga nacional revolucionaria

llevada a cabo por los dos organismos nacionales mencionados y por otros partidos políticos.

La traición alevosa de cuantos políticos intervinieron en aquel movimiento da pie a que los trabajadores inicien en masa su retirada de los partidos, produciéndose con ello un enorme crecimiento de la organización obrera y las agrupaciones libertarias. No hay pueblo, pequeño ni grande, en la región que no haya formado su Sindicato adherido a la Confederación. Solamente el Sindicato Regional de Azucareros cuenta con veinticuatro secciones en otros tantos pueblos de la provincia.

En el Congreso Nacional de Madrid la región aragonesa envía una nutrida representación.

En 1919 el gobernador de Zaragoza detiene a varios calificados camaradas, sacándolos deportados a otras provincias. El proletariado de la capital vuelve a esgrimir el arma de la huelga general, consiguiendo la destitución del gobernador y la vuelta de los deportados.

A partir de esta época en Aragón, por no ser menos que en Cataluña, se inicia la serie de los atentados llamados sociales.

El 4 de diciembre de 1920 es muerto a tiros el redactor jefe del *Heraldo,* Adolfo Gutiérrez, por lo que fueron procesados, aunque luego absueltos, los compañeros Francisco Morata y Alfredo Martínez.

En agosto del mismo año, y con motivo de la huelga del alumbrado público, son muertos los funcionarios municipales de Zaragoza José Yarza, arquitecto; César Boente, ingeniero, y Octavio de Toledo, oficial del Ayuntamiento. Por este triple atentado fué detenido y condenado a cadena perpetua el compañero Inocencio Domingo.

También el pistolerismo *libre* de Barcelona irrumpe en Zaragoza con ánimo de atemorizar a los trabajadores, lo que no pueden conseguir, pues Zara-

goza responde gallardamente a aquellas provocaciones; el atentado de que es víctima el compañero Juan Beraza hace cundir la indignación, que se manifiesta en forma de huelga general cuando los pistoleros asesinan al compañero Navarro.

Otra huelga general se declara en Zaragoza con motivo de la muerte en la capital de Cataluña del compañero Salvador Seguí.

Al asesinato de Seguí sucedió la muerte del cardenal arzobispo, don Juan Soldevila y Romero, ocurrida en el mes de junio de 1923, en la capital de Aragón, y por cuya muerte fueron procesados Francisco Ascaso, Francisco Salamero, Juliana López y José Torres Escartín, entre otros; los tres últimos fueron condenados a presidio; el primero se halla en rebeldía.

En la madrugada del día 9 de enero de 1920 tuvo lugar la famosa sublevación del cuartel del Carmen. La revista *Nuevo Mundo,* del 16 del mismo mes y año, relata los sucesos del siguiente modo:

«Cerca de las tres de la mañana del día 9 surgió en una de las calles principales de la ciudad un grupo de soldados de artillería armados de tercerolas y capitaneados por el agitador anarquista Angel Chueca.

»Dirigiéndose el grupo al cuartel del Carmen, donde debió penetrar en combinación con soldados que prestaban el servicio de guardia, dió muerte al oficial señor Bergés y al sargento señor Antón, que acudieron los primeros a reprimir la sedición, y trabó seguidamente lucha con las fuerzas leales, que, mandadas por los sargentos y cabos, lograron, con la cooperación de la guardia civil, llegada desde que sonaron los primeros disparos, al lugar donde se desarrollaban los trágicos sucesos, dar muerte al

anarquista que dirigía la sedición y sofocar el movimiento revolucionario.»

Las consecuencias de aquel intento fueron muy dolorosas; el cabo Godoy y cinco soldados más fueron juzgados en consejo sumarísimo y fusilados al siguiente día. El estado de sitio se había declarado en la capital, mientras eran detenidos numerosos camaradas, entre ellos todos los presidentes de la organización obrera.

El pueblo, en su instinto humanista, alejó de sí todo temor, y como para evitar que las condenas a la pena capital se multiplicasen, hizo ostensible su protesta declarando la huelga general para solicitar la libertad de sus representantes. El capitán general, que no esperaba tal demostración por parte del pueblo, hizo llegar la noticia a todos de que pondría en libertad a los detenidos no acusados de haber tomado participación en los sucesos, siempre y cuando los trabajadores diesen por terminado el paro general. El pueblo de Zaragoza desoyó el consejo y continuó en su actitud; al siguiente día circuló un manifiesto, suscrito por los presidentes detenidos, en el que se aconsejaba la vuelta al trabajo en la seguridad de que no habría más ejecuciones y que ellos serían libertados.

Los trabajadores desoyeron también el consejo de sus representantes, aduciendo una razón incontrovertible:

«Si la huelga la ha declarado el pueblo, sin que en ella hayan intervenido los elementos representativos de él, al pueblo solamente corresponde, sin la coacción de nadie, volver a la normalidad.»

Continuó, pues, el movimiento, sereno, enérgico, sin desplantes. Los presidentes de los Sindicatos fueron libertados horas después; sólo entonces los trabajadores, con la misma espontaneidad que habían ido a la humana gesta solidaria, determinaron

darla por finida. En realidad, no hubo más ejecuciones capitales; meses más tarde algunos de los encartados en el proceso incoado — militares y paisanos—, hasta una veintena, fueron condenados a largos años de presidio. Hemos esperado que los sucesivos indultos y amnistías otorgadas estos últimos años para los reos de delitos políticos alcanzarían a dichos camaradas. Para conseguirlo se han hecho grandes campañas, pero los Gobiernos han permanecido sordos al clamor popular.

* * *

Seguiríamos relatando hechos de trascendencia social ocurridos en la región aragonesa y no terminaríamos nunca. Vamos, pues, a dar fin a estas notas dando a conocer algo de lo que en el orden de la cultura y la propaganda de ideas se ha realizado en las provincias de Aragón.

He mencionado nombres de personas cuya gran valía moral e intelectual ha sido reconocida por todos los anarquistas españoles. Oradores, conferenciantes, escritores, ellos dedicaron sus actividades a la propaganda de las ideas entre el pueblo por todos los medios a su alcance.

Me olvidaba de señalar una gran figura de nuestro movimiento: Ramón Acín, catedrático del Instituto de Huesca.

Acín editó en los años 1919-1920 en la capital alto-aragonesa el periódico *Floreal,* de grata recordación. En los primeros años de mi ingreso en la organización obrera aparecía en Zaragoza *Aurora Social,* semanario órgano de la Federación, que alcanzó una tirada media de cinco mil ejemplares. Vi allí las firmas de Jorge Gracia Mora, Joaquín Zu-

ferri, Aguado y Anselmo Lorenzo, entre otros colaboradores. Hacia el 1910 el Centro de Estudios Sociales fundó *Cultura y Acción,* pequeña hoja quincenal, de la que fuí el director responsable; Canudo, Lacort, Guallarte, Domingo, Antonia Maymón y otros excelentes y cultos amigos formaban el grupo redactor. No puedo recordar los periódicos que aparecen en la región ni en la capital en los años que transcurren del 1911 al 1918, ni tampoco los que vieron la luz antes de empezar este siglo. En 1918, Zenón Canudo y otros camaradas hacen aparecer *El Comunista,* excelente publicación semanal que pudo codearse dignamente con los mejores órganos obreros y libertarios de la época.

Por hacer la defensa y la apología de las víctimas y los hechos ocurridos en el cuartel del Carmen, la Redacción de *El Comunista* fué procesada y su director, Canudo, condenado a ocho años de presidio.

En 1921 la Federación Zaragozana funda su órgano en la prensa *Cultura y Acción* — antes había salido *Voluntad,* dirigido por Torres Tribó—, que luego pasa a ser órgano regional. El primer director de periódico fuí yo mismo, luego Carbó y últimamente Arturo Parera.

Los actos culturales fueron siempre muy numerosos: mitines, conferencias, lecturas comentadas que para eso existió siempre algún organismo específicamente cultural adscrito a la organización obrera.

De entre los Sindicatos que más se distinguieron en sus afanes culturales en los últimos tiempos merecen citarse los de la Madera y Alimentación.

También los grupos anarquistas *Cultura, El Libertario* y *Vía Libre* hicieron mucho por la educación del pueblo. Este último grupo fué el iniciador

y organizador del Congreso celebrado en Madrid en la primavera de 1923.

En los últimos años que vengo mencionando he conocido en Zaragoza elementos jóvenes de excepcional valía; mencionaré los nombres de Jesús Aldanondo, Fermín Auria, José Abanto, Valeriano San Agustín y Victoriano Gracia — estos dos venidos al campo obrero del partido republicano—; Juan Abella, Felipe Alaiz, Justo Esparza, Francisco Mendoza, Cesáreo González, los hermanos Alfranca, los hermanos Sancho (curtidores) y Manuel Sancho, metalúrgico; Juan y Juliana López, los hermanos Auqué, José Sanmartín, condenado por los sucesos del cuartel del Carmen, y otros muchos cuyo nombre no recuerdo.

En Huesca, a más de Acín, he conocido a Santiago Muñoz y Lorenzo Castán; en Calatayud a Arturo Sanmartín, maestro de escuela, uno de los hombres más serios y capaces de nuestro movimiento, pero desconocido de la mayoría; en Alcañiz, a los hermanos Pascual; en Teruel, a Pedro Civera y José Sánchez, y así por este tenor otros valiosos elementos en todos los pueblos de la región.

Con tales hombres no es de extrañar que las organizaciones obreras llegasen a un grado superior de capacitación libertaria.

Las Asambleas y Congresos de la Federación Aragonesa — Aragón, Navarra y Rioja — han tenido excepcional importancia para nuestras ideas. Si en tiempos de La Internacional y la Federación Regional de Trabajadores, este pueblo simpatizó con las ideas colectivistas, a pesar de que muchos militantes pertenecían al partido republicano; en la época actual, las masas obreras organizadas se adscriben sin reparos al ideal de emancipación integral preconizado por los anarquistas.

Como prueba de esta aseveración transcribo dos

dictámenes aprobados unánimemente por todos los trabajadores de la región reunidos en Zaragoza en el verano de 1922. La organización regional cuenta en dicha fecha con 32,000 federados.

Uno de dichos acuerdos se refiere a las ideas que deben informar a la organización y el otro a las relaciones que la misma debe sostener con los partidos políticos. Cuéntese que en las provincias de Aragón, Rioja y Navarra no existe otra organización que la de la Confederación Nacional del Trabajo.

El dictamen sobre la primera cuestión dice así en síntesis:

«Al Congreso:

»Nada hay tan fácil de comprensión y de asimilación como las ideas anarquistas, que, dígase lo que se quiera en contrario, son la razón de ser de las organizaciones integrantes de la Confederación Nacional del Trabajo de España.

»Y, sin embargo, los propagandistas del sindicalismo parecen desconocer la mayor parte esas ideas o creen inoportuno el propagarlas entre las masas obreras organizadas. La delicadeza de muchos propagandistas obreros, conocedores del ideal anarquista, no nos la explicamos. Todo ideal superior debe ser abiertamente propagado; lo que interesa es que los ideales no se eleven a la categoría de dogmas intangibles o absolutos; por lo demás, ellos deben propagarse allá donde haya un ser humano oprimido u opresor. No olvidemos la frase de que «el sindicalismo es un cuerpo del cual la anarquía debe ser el alma».

Si se hubiese propagado abiertamente el anarquismo en el seno de la Confederación Nacional del Trabajo, sobre todo en los últimos años, no hubiésemos presenciado el triste espectáculo de ver cómo se desmoronaba estrepitosamente una fortaleza que casi

todos consideramos inexpugnable. Y es que nosotros, los propagandistas, habíamos olvidado que por encima de todos los materialismos de la época estaban y deben estar las idealidades superiores. La idea de una convivencia futura, justa e igualitaria, fué suplantada en nuestras propagandas por la idea de aumentar los salarios y disminuir la jornada de trabajo.

Se propagó más la idea de aumentar los salarios—que es tanto como dejar subsistente el régimen actual—que la idea de suprimir el salariado; esta es la gran verdad.

Y por eso nuestro ejército, educado algún tiempo para una lucha principalmente grosera y egoísta, no fué, en definitiva, ese ejército de combatientes de la revolución que planteara sus luchas en un plano elevado.

»Se gastó el tópico revolucionario por la propaganda de todos los odios más o menos concentrados; hemos presentado a la revolución vestida de andrajos, hecha una furia y cargada de todos los atributos de la destrucción sistemática; por eso ha llegado un instante en que ha repugnado al pueblo la concepción revolucionaria tan feamente expresada por la mayor parte de nuestros propagandistas.

»Opinamos que a la revolución debe pintársela en su justo colorido, material y espiritual; la revolución es bella y es altiva; ella sonríe siempre, y ninguno de sus esfuerzos, por estridentes y dolorosos que parezcan, deben ser motivo para poner nuestros nervios de punta; el brazo que se arma en el odio de la inconsciencia, formada al calor de propagandas violentas y sistemáticas, no será nunca ni podrá ser el brazo de la justicia.

En una palabra, un ejército, por más proletario que sea, educado en otros principios y otras ideas que no sean la expresión de la filosofía anarquista,

no podrá hacer más que obra de destrucción; después de todo, esa es la obra de todos los ejércitos que se sostienen al calor del privilegio.

»El ejército de la revolución deberá destruir lo inservible, lo inútil y lo perjudicial; pero su obra sería incompleta y estéril si al realizar la destrucción del sistema y la sociedad del privilegio, no estuviese preparado y capacitado para asentar las bases de la nueva vida.

»Para hacer las cosas en grande hay que propagar grandes ideales, y para propagar estos ideales es preciso que se sientan y que se conozcan profundamente.

»Afirmamos, por tanto, y proponemos: *que se propague abiertamente y sin eufemismos, en la organización obrera y por doquier, el ideal anarquista. Y que esta propaganda de ideas tenga preferencia sobre los mismos temas de organización y tácticas.*

»Porque ni la organización será lo que debe ser, ni las tácticas de lucha directa serán una realidad si los hombres que han de formar esas organizaciones y emplear esas tácticas no son hombres conscientes y educados para la obra superior de la comprensión revolucionaria. Rechazamos todas las utopías y nos adelantamos a contestar a los que nos crean excesivamente soñadores, que en este caso concreto de la propaganda y de la acción obrera, ésta hubiese sido más eficaz si aquélla se hubiese inspirado, en todo instante y por todos nuestros propagandistas, en los altos principios de la anarquía.»

El dictamen sobre el seguno extremo mencionado se expresa así:

«Que nuestras relaciones con los partidos políticos, conocidos sus propósitos y tomando como base las continuas traiciones a la verdadera causa del proletariado que se registran en la historia de los

acontecimientos políticos que existieron hasta nuestros días, la mejor manera de conseguir nuestros fines es no teniendo ninguna clase de relaciones con ellos y desatendiendo sus cantos de sirena partidistas.

»Convencidos en la práctica de que cuantas Internacionales existieron después de rota la primera además de que no superaron, ni siquiera igualaron los principios de ésta, que aun siguen en pie para su realización; que la que no ha fracasado de una manera rotunda en la hora más precisa de demostrar su internacionalismo y sus principios revolucionarios, se pretende cimentarla sobre bases descaradamente partidistas que excluyen a quien no piensa en determinada forma o, de lo contrario, le obligan a someterse, estimamos que la única Internacional admisible es aquella que, basada en los principios netamente revolucionarios dentro de la más estricta autonomía y federalismo, que eran la esencia de la primera, es la única que puede dar satisfacción a las aspiraciones de nuestra Confederación, y que entre las hoy existentes la única que por sus principios, determinaciones, orientación y aspiraciones puede ofrecernos esa garantía es la de Berlín; a ella entendemos debemos pertenecer.»

He aquí expuesto sintéticamente el pensamiento dominante entre los trabajadores de esta región. A través de todo cuanto se acaba de leer puede formarse juicio exacto de la evolución de las ideas del proletariado en el transcurso de los tiempos desde hace cuarenta años hasta hoy.

Por otra parte, hay que consignar que las demás regiones federadas de España se han conducido en los últimos tiempos de manera semejante a la región aragonesa en lo que afecta a la defensa de las ideas, principios y tácticas de lucha.

Si decimos también que los partidos políticos es-

tán realmente partidos (!), bien podemos asegurar que, pese a todo y a todos — mal que hayamos de sufrir la oprobiosa imposición del silencio de algunos años—, nuestras posiciones entre las masas obreras no peligran.

Ello no significa, sin embargo, que hayamos de dormir sobre el laurel de nuestras idealidades ni sobre el recuerdo de los buenos tiempos de lucha.

LAS PROVINCIAS DE LEVANTE

Para el mejor orden cronológico de las luchas societarias en la región levantina debemos hacer la clasificación histórica partiendo del período plástico de la innovación sindicalista, si es que queremos ceñirnos a los imperativos de la modernidad sindical.

La guerra mundial produjo tal vértigo materialista en todas las capas de la sociedad, que hasta en el proletariado militante maleó la idealidad que lo henchía, introduciendo en él el desequilibrio de las más locas apetencias económicas.

De consuno, la Rusia roja elevó a la quinta potencia el afán proletario de conquista material, de lo que se deducirá que lo moderno no es sinónimo de mejor y que sólo expresa un calificativo con arreglo al tiempo.

Ya antes de la erupción volcánica de la epopeya moscovita España ardía en llamas de indignación antiburguesa como consecuencia de la carestía de la vida motivada por la guerra. Fruto de esa indignación fué la huelga general de veinticuatro horas declarada en 1916 por las dos centrales obreras nacionales.

En Valencia tomáronse las resoluciones que condujeron a esa demostración de energía y sensibilidad que simboliza el paro. La C. N. del T. celebró aquí una Conferencia Nacional memorable con asistencia de sus más destacados elementos, principalmente los militantes de la región catalana. De los acuerdos tomados sobresalía, por su capital importancia, proponer a la U. G. de T. un pacto de inteligencia circunstancial con vistas a resolver la angustiosa situación que atravesaba la clase obrera española.

En el mitin de clausura, Andrés Ovejero — que tomó parte en él en calidad de representante «ugista» — abrazó a Francisco Miranda, orador también y delegado confederal, en simbólico abrazo de unión, ante la emoción del pueblo, de este proletariado valenciano tan emotivo y cordial.

Aquel abrazo saturónos a todos de fe y despertó las más risueñas esperanzas.

Puede decirse que al contorno de aquella Conferencia renace la Valencia obrera.

Hasta entonces el espíritu combativo estaba muy decaído. Pasados, idos los tiempos internacionalistas, llenos de impetuosidad y doctrinarismo, el Levante productor había caído en un sopor, una abulia poco menos que renunciadora y suicida.

Y cuando llegó el verano de 1916 estos obreros se incorporaron a la lucha nacional, uniéndose al resto de los trabajadores españoles en aquellos preludios de la revolución de agosto de 1917.

Tanto en el paro general del año antes—nuncio de rudo combate y solidaridad efectiva—, como en el supradicho movimiento revolucionario, aquí cumplióse con el deber y rayóse muy alto... El Levante productor, insumiso, inadaptado, inquieto por condición natural, hizo el alto que se le demandaba en sus actividades, primero, y coronó su obra de sa-

cras obligaciones solidarias y combatientes después, echándose a la calle generosamente dispuesto a dar sus vidas.

Pero... ¿cuándo dispuso su continente para ofrecer su colaboración en el hecho transformador que íbase a operar en España? ¡Antes que en parte alguna!

El pueblo valenciano, ni remiso ni pusilánime, irrumpió protestatariamente, arrolladoramente en julio, un mes antes que lo hicieran las demás regiones y ciudades.

Este adelantamiento, que más bien que arrojo y recia contextura insurreccionista, demuestra que hubo confusión y algo más... grave, está aún sin dilucidar, aunque virtualmente, *in mente,* ha caído todo el peso de las responsabilidades sobre los traidores de siempre... Los revolucionarios levantinos señalan con su índice a los jefes socialistas que dirigen la U. G. de T. con sede en Madrid.

La gran experiencia y provechosa lección que se desprende del «movimiento de agosto», abrieron sobremanera los ojos de la inteligencia racionalista al proletariado de esta región, lo que fundido en el fuego de la llamarada, mejor dicho incendio ruso, ha dado una singularísima enseñanza cualificativamente libertaria y ha aumentado, desmesuradamente, el número de los gladiadores del anarquismo de recia estirpe productora.

Preludios de nueva modalidad societaria, que parten de Barcelona, esparcen sus notas seductoras por Levante.

Ya en Cataluña habían sido bosquejadas las primeras introducciones orgánicas, y Valencia miraba ansiosa aquellas luminarias sindicalistas, máxime cuando se musitaba al oído de todos, como una canción queda de amores de gesta, que la orga-

nización a base de ramos e industrias era ya la extructura de la Sociedad Comunista...

Así, hasta que la C. N. del T. no dejó sentir su influencia por acá, apenas si existía organización obrera de verdadera transcendencia. Las sociedades de oficio eran muy pobres de espíritu y carecían de esa universalidad social que es característica del comunismo anárquico.

Estábamos en 1918, pues, y la renovación sindical se imponía por sino y curso fatal de los acontecimientos que estaban conmoviendo los cimientos mismos del caserón capitalista.

El punto de atracción del nuevo movimiento emempírico, era el Centro obrero de la calle de Los Angeles, y en él juega un gran rol la propaganda anarquista que por entonces realizóse por obreros mismos.

Comenzó dicho Centro por organizar series de Conferencias ideológicas, de Controversias sobre Socialismo, Republicanismo, Societarismo, Colectivismo, Sindicalismo, Comunismo y Anarquismo, que tuvieron la virtud de agitar mucho a la opinión y de formar un ambiente moral halagador, simpatiquísimo para el ideario de la C. N. del T.

De aquel medio ético y templadamente rebelde, surgió un plantel de jóvenes apasionados por el estudio de las ideas y ciencias más elevadas y humanistas, juventud convertida toda a la causa de la anarquía.

Aquellos bríos juveniles pronto condensáronse en un receptáculo ajustado, propio, quizá, quizá algo unilateral, un tanto dogmático : el Sindicalismo Revolucionario inficionado de caudillaje y estatismo.

Aparece, por aquel entonces, *Guerra Social,* semanario anarquista, editado y redactado por E. C. Carbó, inmejorablemente escrito, tanto por el estilo

como por la doctrina y táctica de sus cuatro páginas de verdadera prosa de combate.

Dicho periódico era enarbolado por los jóvenes obreros y anarquistas, cual si hubiera sido roja bandera de insurrecciones...

Más tarde, Valencia edita su *Solidaridad Obrera* bisemanal que llega a alcanzar vida larga, cuya labor es de preferencia, claro está, para los asuntos sindicales en embrión.

Al mismo tiempo que el obrero industrial renueva sus medios colectivos de defensa, convirtiéndolos de pasivos o mera resistencia, en activos o de ofensiva contra el capital, el campesino se apresta a la lucha antiburguesa, siguiendo el determinismo de aquella hora pasional.

La evolución del obrero agrícola valenciano, ha seguido igual ritmo que la progresión moral de la gran mayoría de labriegos españoles.

Cuando el llamado «cólera morbo asiático» invadió (1885) toda la Península, las provincias Levantinas cayeron en lastimoso atraso. Se veía a los pueblos anteponerse a las medidas de higiene determinadas por la ciencia, con procedimientos rutinarios y de fe.

Estas prácticas religiosas en masa, anularon el pensamiento y dieron preponderancia suma a la iglesia.

En Castellón de la Plana, Alicante y Valencia, se impuso el canto lúgubre y taumatúrgico del Rosario de la Aurora, a altas horas de la noche y de madrugada, atemorizando horrísonamente a las familias ateas o simplemente incrédulas.

Desde el noventa a primeros de siglo, la labor librepensadora de los heterodoxos regionales abre un poquitín el ventanal de la conciencia, y el espíritu progresista penetra en la mente del campesino.

Poco a poco se van dilatando los horizontes he-

réticos, no creyentes, hasta que logra restablecerse la inteligencia apta para la iniciativa popular en defensa de mayor libertad y respetos humanos.

En la mayoría de los pueblos de la región elabórase, entre los campesinos, por la fundación de sociedades de apoyo mutuo y de cooperativismo, en cuyos Centros lógranse transformar los conceptos teóricos y tácticos, hasta llegar a una exclusiva y única finalidad: la emancipación.

Aneja a esta evolución, la pasión por la enseñanza brota del noble pecho campesino, y dase aceptación a la educación racionalista patrocinada por la Escuela Moderna, entonces en vigor de innovación.

En los años 1910 hasta el 1914, los campesinos, entrados ya en la verdadera lucha social, celebran Congresos en Alfafar, Sueca, Benaguacil, Castellón, Valencia y algunos puntos más, cuyos esfuerzos tienden a la creación de un organismo federal que los una e identifique en la aspiración general del proletariado más consciente.

Logran crear la Federación de Sociedades Agrícolas de Levante, y la incorporan al seno de la madre amorosa que es la C. N. del T., cuyos consejos, cuyas costumbres y creencias... adoptan.

Dicha Federación estaba integrada, cuando el V Congreso Nacional de Agricultores, celebrado en Zaragoza (mayo, 1914), por 31 pueblos y un total de 10,000 federados.

En el año 1918 se celebra en Valencia el Congreso de los campesinos levantinos que tanto había de influir e influyó en la constitución de la Confederación Regional Levantina.

Un camarada labriego, lamentándose de la indiferencia con que el proletariado moderno ve los problemas agrícolas, decía:

—Ya que la ciudad no viene al campo, el campo vendrá a la ciudad.

Y vino, vaya si vino... ¡No había de venir!

A no mucho tardar, la F. S. A. de L. y la F. S. O. del Grao, constituían la C. N. del T. de Levante, célula regional de la C. N. del T. de España.

Por doquier circulaba la «Memoria del I Congreso de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña», celebrado en el verano del 1918, y en ella iba brillantemente impresa la fundación del Sindicato Unico, su extructura, fundamentos y sistemas de organización.

Levante, y muy particularmente Valencia proletaria palpitaba en anhelos de poder decir a su hermana Cataluña:

—Nosotros también hemos celebrado nuestro Congreso, y ved nuestra «Memoria». Estamos, pues, bien dispuestos a seguiros e imitar vuestras transformaciones sindicales, ya que son urgentes y justas.

Porque Barcelona siempre ha sido, es y será para Valencia y todo el país, una como linterna mágica, que pone a todos en movimiento ascendente, con el botón de fuego de sus rebeldías y concepciones inimitables...

Era el mes de diciembre (1, 2 y 3) de 1919 y la región, con Murcia y Albacete inclusive, se congregaba familiarmente en el I Congreso de la C. R. Levantina, previa *circular convocatoria* del Comité y al que vino un delegado de la C. N. del T.

Reseñar la labor de este Congreso obrero, sería arduo y no es éste el lugar adecuado para ello; dar una simple idea del mismo es lo que vamos a intentar, seguros de no complacer a nadie, pues la concisión y precisión, restaránle importancia.

En general, adoptáronse las mismas orientaciones sindicales y federales que poco más de un año antes se adoptaron en Barcelona (Congreso de Sans),

todas ellas pertinentes a la nueva organización única, la cual es obvio detallar.

Del fárrago de temas presentados a la deliberación de los congresistas, el tema 4.º—«¿Deben ser las organizaciones a base de acción directa o mixta?»—fué el que absorbió mayor atención del Congreso y suscitó discusión apasionadísima.

La incomprensión de lo que es «acción directa», por un lado, y por otro el viejo espíritu capillista dieron lugar a que se pusiera de relieve el ideal que inspira y mueve al proletariado revolucionario que se cobija en los pliegues anárquicos de la C. N. del T.

Dicho Congreso aprobó una moción en la que se afirmaba inconfundiblemente que la C. R. Levantina hacia suya, de mil amores, la acción revolucionaria neta con todas sus consecuencias, emergente de los principios libertarios que la informan...

Pero, diéronse sobradas pruebas de demasiada tolerancia... y respetuoso el Congreso con el criterio oportunista que jamás observa el imperativo categórico de una idealidad básica y que siempre se atiene a todas las trasgresiones *realistas*, remitióse al acuerdo fundamental que, al respecto, recayera en el II Congreso Nacional, llamado de «la Comedia», que muy pronto tendría lugar en la villa y corte.

Como lucecita rutilante que llameaba, pese a todos los pesares, es decir, a quienes hablan de prescindencia ideológica confederal, unidos por el economismo neomarxiano, allá, en el fondo obscuro, pero vital de la C. R. Levantina, ved el dictamen siguiente, dado a la Dependencia Mercantil de Valencia, tan ecléctica, tan anquilosada como la del resto de la nación:

«Considerando que los Sindicatos Unicos se rigen a base de acción directa, entiende la Ponencia (y

aprobó el Congreso) que son factibles todos aquellos medios que no estén en pugna con los *principios doctrinales, morales y filosóficos* que *informan* a la organización obrera, o sea a la Confederación Regional Levantina, dejando a potestad de los Comités locales y comarcales la aplicación de estos principios, según los casos».

Tratóse acerca de la emancipación económica de la mujer, y el Sindicato Femenino, de Guadasuar, presentó al Congreso una proposición, muy bien redactada y concebida, para que fuese liberada, nuestra hermana, de toda clase de trabajo agrícola e industrial, única manera de acabar la competencia de salarios con el sexo masculino.

Tras no poca deliberacion, fué sentado el criterio de equiparar la mujer con el hombre en las condiciones de trabajo.

En los asuntos delicados, graves, de excepcional significación, el Congreso que nos ocupa fué irresoluto y todo lo postergaba al «próximo Congreso Nacional», para que él resolviera.

Así sucedió con el tema primero de la segunda Ponencia: «¿Cómo fomentaremos la instrucción (y la educación, ¿no?) racionalista?».

La discusión del Congreso fué elevada al cubo, al tratarse el tema: «Cuestiones pavorosas de la competencia de brazos por «intromisión de elementos extraños» en un oficio cualquiera o pueblo». Defendíase tesoneramente, por unos, la reglamentación, y por otros, la libre concurrencia.

Allí se pusieron de manifiesto lo que son los egoísmos y lo que son las ideas.

Cosa rara, si se quiere: en la agria discusión que provocó dicho asunto, correspondió a los campesinos el tono más elevado, ecuánime y equitativo.

—Para que impere entre los trabajadores — de-

cía el delegado de Picasent — la debida fraternidad, el derecho al trabajo no debe ser un privilegio.

Acordada la reglamentación, el mismo delegado agrícola fulminaba a esta guisa:

—Tales acuerdos sólo sirven para crear odios de comarca a comarca, de pueblo a pueblo, de profesión a profesión. Es, además, un contrasentido. Implica un desconocimiento, o es una inconsciencia, de las orientaciones internacionalistas que informan la Confederación Regional Levantina.

Contra la carestía de las subsistencias y subida de los alquileres, el Congreso no dejó de tomar acuerdos muy serios.

No faltó una propuesta de fusión obrera nacional, mas, como venía haciéndose con cuantos temas merecían un dictamen *independiente, autónomo,* que marcara directrices a la C. N. del T. o a lo menos se patentizara ante sus ojos... el criterio sólido de esta C. R., como deben hacerlo todas las demás para demostrar su personalidad plena, insobornable... fué relegada a la ulterior resolución del «Congreso de la Comedia».

Es ese un viciamiento jerárquico que dice bien poco en favor de las orientaciones federativas, de abajo a arriba, de nuestro movimiento.

Cerremos ya estas notas, consignando las delegaciones al I Congreso de la C. R. Levantina, que fueron de 65 a 70, con un número de representados que alcanzó la cifra de 142,943 trabajadores regionales.

A poco, dos o tres semanas después de la clausura de dicho comicio, Valencia proletaria ciudad enviaba al II Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, que había de celebrarse en Madrid, los siguientes camaradas: Jaime Aragó, Enrique Colomer, Barca, José Amengual, Amelio Quilez, J. Estellés, R. Vidiella, José Marzo, Bou, Diego

Parra, Enrique Molina, José Miró, Alberto Espinosa, Gerardo Bernabeu, y algún otro que no recordamos.

Algunos de los nombres trascritos figuran, actualmente, en el libro de altas del Partido Comunista Español. Son los tránsfugas, que siempre los hubieron, del proletariado emancipador. Otros han devenido en un sindicalismo gris, incoloro, neutralista que es la negación, a medias, de las esencias y postulados que flamean nuestro ideario de Revolución Social y Anarquía.

Sólo los menos, pero los mejores, continúan, dignísimos, en la palestra de nuestras luchas ideales y redentoras.

* * *

La insensibilidad peculiar de la época postguerrera, trajo consigo el desprecio a la vida humana, aun en aquellos que pudieron, por razón de su magisterio moral, amarla más o si no, a lo menos respetarla en las personas de sus semejantes.

Insuflados, altos y bajos, todos, de odio, las luchas fratricidas entre obreros y patronos no tardaron en producirse, y la venganza desalojaba a la justicia de donde jamás, ¡jamás!, debe desplazarse: el sentimiento.

Una fauna exótica, pues, creció, más bien que nació—pues le es extraña, ya que tiene su origen en la misma moral burguesa — en los predios del nuevo movimiento obrero, con cuyas *fazañas* dejaba tamañitos, remedaba «los tiempos heroicos del Anarquismo».

El atentado se elevó a la categoría de *método* y fué tan sistemático, que cotidianamente caían víctimas, seres humanos sacrificados *inmisericordi* al

frago, no diré egoísmo miserable, de las luchas sociales.

Valencia también fué teatro de esas escenas trágicas, si bien la tragedia aquí tuvo aspecto de melodrama... ya que la virulencia dramático-social, por esa parte, apenas causó algunas víctimas, no por eso menos dolorosas...

De los primeros atentados sólo uno es digno de mención, no por la calidad de los sacrificados, sino porque en él se procesó virtualmente a la organización obrera valenciana; nos referimos al llamado «prócer» de la Unión Española.

Principio: una huelga de los obreros del Sindicato del Transporte contra dicha fábrica de superfosfatos y la consiguiente traición de unos pobres hombres.

Curso: diferentes agresiones de poca monta contra los esquiroles hasta que llégase a la consumación de la tragedia: asesinato de tres míseros parias, ocurrido el 5 de agosto de 1919 en los alrededores mismos del lugar donde trabajaban.

Acto continuo el procesamiento de la organización, como hemos dicho, representada en los siguientes camaradas: Miguel Cabo, Domingo Torres, Juan Rueda, Vicente Paredes, Pedro San Joaquín, Francisco Domínguez, Antonio Ortega, Joaquín Vidal, Emilio Zacarías, Miguel San Joaquín, Vicente Masip, Bernardo Medina, Vicente García, Andrés Casañ y Cándido Cabello, todos los cuales fueron envueltos en un proceso mucho más monstruoso que el mismo crimen cuya responsabilidad se les exigía.

Substanciado el sumario, el fiscal calificó de inductores a los tres primeros, activísimos militantes de la C. R. Levantina, y como autores materiales, a todos los restantes.

Sobre todo, el esfuerzo jurídico excedióse en gran manera en obtener pruebas de culpabilidad contra

nuestros camaradas, los tres primeramente consignados.

La petición fiscal fué horrorosa, como enorme había sido el llamado en la jerga jurídica «hecho de autos». Cadenas perpetuas para unos, penas capitales para otros, dobles cadenas a perpetuidad, dobles cadenas de muerte.

A los veinte meses (año 1921, días 23 al 30 de abril) vióse la vista-causa en la misma cárcel y aquellos quince hombres supuestos asesinos en las desgraciadas personillas — *grumiros* — de los llamados Jorge Herrans, Serafín Sanz García y José Pérez Briz, fueron completamente absueltos, reconocida la inocencia de todos...

Digo mal, pues no todos los quince fueron a juicio. En la enfermería de la prisión falleció Antonio Ortega, víctima de un cáncer en la garganta, y Cándido Cabello se arrojó desde una galería al pavimento, muriendo pocas horas después en la misma enfermería.

Este joven camarada se presentó voluntariamente a la justicia, sabedor de que le buscaban, con la conciencia tranquila de su irresponsabilidad criminal, ya que ignoraba aquel delito.

A pesar de los malos tratos que le infligieron, Cabello mantúvose digno y aureolado en todo momento por la majestad de su inocencia.

Su entierro fué una manifestación de duelo profunda del pueblo trabajador, que lo quería muy de veras. Llovía a cántaros aquel día (era por la tarde) y todos, mujeres, hombres y chicos de fábricas, de talleres, de obras, del transporte terrestre, pararon su labor para acompañar al cadáver a su última morada.

La protesta fué sintomática y singularmente expresiva.

* * *

En Sevilla primero y después en Barcelona, sin transición en el cambio, un hombre civil, elevado a la categoría de gobernador, habíase significado políticamente por su insensibilidad realizando represiones incalificables contra las fuerzas confederales de ambas provincias.

Destituído del cargo de gobernador civil de esta última provincia catalana, vínose a Valencia a descansar. Paseaba en coche por la ciudad, acompañado de su esposa y otra dama, su cuñada... Pero... al cruzar el carruaje la vía férrea de Valencia a Barcelona, en el Grao, sonaron unos disparos de pistola, los impactos se grabaron en el coche y el señor ex gobernador de Barcelona y Sevilla sintióse muy mal herido; más tarde murió...

Nos referimos a don José Maestre Laborde, conde de Salvatierra de Alava.

Su muerte ocurrió el 4 de agosto de 1920, igualmente la de su cuñada, la señora marquesa de Tejares, quedando gravemente herida y sanando después la señora condesa de Salvatierra.

Fueron encartados en el proceso incoado con motivo de este atentado los camaradas Diego Parra, Alejandro Esteve, Lorenzo Cantó, Ramón Buireu (Román Cortés) y Eusebio Carbó, estos dos redactor y director de *Solidaridad Obrera* a la sazón, respectivamente. La guardia civil persiguió durante mucho tiempo a José Conejos, considerándolo como uno de los ejecutores del delito, sin lograr su captura.

Cantó y Esteve obtuvieron, a no tardar mucho, la libertad y quedaron presos y procesados en calidad de supuestos autores Parra, Cortés y Carbó, cuyos dos últimos, por la significación social que ostentaban, cuando no por su depurada sentimentalidad, habían de ser los menos llamados a cometer tal delito.

Vista la causa en julio de 1922, a los dos años aproximadamente de prisión preventiva y bajo el peso aflictivo de una calificación horrorosa por parte del ministerio fiscal, nuestros compañeros obtuvieron la absolución total, siendo libertados.

Con el procesamiento de dichos militantes obreros se enjuició y procesó *in globo* a la organización sindical valenciana, clausurando judicialmente los locales o domicilios sociales de los trabajadores confederados, suspendiendo el diario y prohibiéndose toda clase de actos de naturaleza sindicalista.

* * *

El sindicalismo sobrepujaba de nuevo, después de próximo a tres años de vida clandestina y forzamientos gubernativos.

Restablecida la normalidad política del país, las fuerzas obreras confederales se aprestaban a la lucha pública y Valencia parecía un foco de actuación desplazado de la misma Barcelona, a juzgar por los compañeros catalanes que trasladáronse a ésta dispuestos a desplegar aquí sus mejores actividades.

Digamos, sin eufemismos ni términos ambiguos, que el movimiento sindical libertario levantino habíase elevado a potencia.

Como pretendido contrapeso obrerista, los elementos mercenarios del Sindicato Libre barcelonés expidieron para esta capital sus bandas asesinas, con mandato expreso de repetir aquí los crímenes que tan célebres les hicieron en la ciudad condal.

Amenazas, tanteos, simulacros, intentos de agresión frustrados, de todo, menos el crimen mismo

realizaron dichos elementos contra los más destacados militantes libertarios.

El peligro de una tragedia se cernía en el aire; un poco más de pasividad y el crimen hubiérase consumado, llevando anejo la consiguiente desmoralización.

Una noche, después de un año casi de indiferencia e interrogación, el peligro se desató y cayeron muertos los leaders de la susodicha organización amarilla a sueldo del capitalismo.

Era el 13 de julio de 1923. Aquella noche quedó constituído el Sindicato Libre de Banca y Bolsa, en cuya Asamblea constitutiva los delegados barceloneses Baltasar Domínguez y Francisco Cervera Padrós, profirieron serias amenazas contra los nuestros y Star en mano afirmaron, ante el asombro general:

—¡Con ésta y nuestros *bemoles* implantaremos el Sindicato Libre en Valencia!...

Terminada aquella Asamblea, dirigiéronse a la Central de Teléfonos y Telégrafos a cursar telegramas a Barcelona y Madrid, alboreando buenas primicias y asegurando triunfos para lo porvenir.

Expedidos quedaron esos augurios proféticos... y al regreso, en plena vía pública y en lo más céntrico de la populosa Plaza de E. Castelar, sonó una descarga cerrada. Domínguez, Cervera Padrós y García Sánchez rodaron por los suelos, mortalmente heridos los primeros, lesionado el último.

Con la muerte de dichos individuos, presidente y secretario, respectivamente de la Confederación de Sindicatos Libres de Barcelona, desapareció el Sindicato Libre en Valencia y acabáronse los desplantes, las majezas y las provocaciones de dichos elementos.

En el proceso instruído, las autoridades competentes encausaron a varios jóvenes componentes de la

organización sindical y, comprobada la más pura inocencia de los más, sólo quedaron procesados y consiguientemente encarcelados nuestros camaradas Cesáreo Cervera y Antonio Pla, éste alma preñada de romanticismo, de lirismo poético, a quien las musas de Apolo le inspiran versos regulares. A Pla fuéle sobreseída la causa el mismo día que cumplía tres años de prisionamiento... ¡por falta de pruebas para llevarlo a juicio!, y Cervera Pascual compareció ante el tribunal sentenciador en los días 19, 20, 21 y 22 de septiembre de 1927, ¡a los cuatro años y dos meses de hallarse encarcelado!, a quien el fiscal pedía dos penas de muerte y seis años de presidio correccional.

Pero, ante la carencia de pruebas materiales en su contra, la Sala lo absolvió en lo concerniente a su culpabilidad en el delito que se juzgaba y dictó sentencia condenatoria por un hecho accesorio, cuya pena quedó en seis años de prisión correctiva.

Con la terminación del antedicho proceso ciérrase en Valencia lo que pudiéramos llamar el calvario de las «causas sociales».

Empero esta organización obrera, estos militantes, no han sido muy castigados por los tribunales de justicia.

Verdad también que la sangre no se ha vertido ni ha manchado este suelo con la intensidad que en otras regiones.

De los procesos contra la organización, sólo ha recaído sentencia en tres: en el del director de los tranvías, señor Blanco, por cuya muerte condenaron a Rafael Marqués, camarada de edad avanzada, en concepto de autor — y que lo era, pues no lo negó jamás—, creo que a cincuenta meses de correccional; contra Vicente Valiente, por muerte de un encargado de fábrica, cuya condena fué de diez años

de presidio temporal, y contra Cervera Pascual, a seis años.

Marqués hace cuatro años que goza de libertad; Valiente, un año, y Cervera será libertado en el próximo mayo.

* * *

Ya antes del primer Congreso Regional, en la efervescente iniciación del sindicalismo moderno, cuando apenas si el Sindicato Unico estaba constituído en esta ciudad del Turia, las huelgas comenzaron a soliviantar a unos, zozobrar a los más interesados en el orden establecido de cosas y halagar a los «sedientos de pan y justicia».

La nueva época proletaria empezaba con verdaderos rasgos de espontaneidad y camaradería interregional.

Estábamos en marzo de 1919 y Barcelona se agitaba en una lucha gigante, peleando descomunal batalla contra sus parásitos... Huelga de la Canadiense; huelga general; rápido paréntesis y otra vez el paro absoluto de toda la inmensa población productora, con la censura roja establecida para la prensa falaz y embustera.

Valencia, este proletario tan emocional y efusivo, no podía contener sus ímpetus solidarios y luchó, luchó abnegadamente, henchido de quijotismo en favor de sus queridos hermanos barceloneses.

Aquí, pues, fué declarada la huelga general por solidaridad a Cataluña. Y este movimiento huelguístico fué de lo más sentido, noble y fraternal: todos los hombres de la organización obrera valenciana y la inmensa mayoría de los trabajadores, organizados o no, sintieron como cosa propia la causa defen-

dida por los productores catalanes y sus organismos de lucha.

Hay que decirlo, por ser de suma justicia: el espíritu bullicioso y osado del levantino se sobrepuso a toda mesura, desoyendo las voces de la prudencia, y cuando llegó la ansiada hora de las grandes, al parecer, vindictas sociales, lanzóse a la calle con arrojo.

Ante semejante gesto las clases privilegiadas sobrecogiéronse de pavura y el capitán general hubo de conferenciar con la representación obrera local, dándole completa satisfacción en las demandas hechas por la organización: reapertura de los Centros sociales y liberación inmediata de todos los presos de la Confederación.

Aquella, más que huelga, insurrección, tuvo el efecto de un poderoso reactivo y puso en tensión la voluntad proletaria.

Los Sindicatos multiplican el número de sus afiliados y en los aquí llamados poblados marítimos cuaja una potentísima organización sindical sin precedentes. El primer chispazo de esta fuerza colosal es la huelga parcial de La Unión Española.

Creado el importantísimo Sindicato del Transporte, domiciliado en el Grao, renova fundamentalmente las condiciones existentes entonces de trabajo en lo que respecta al tráfico en general.

Sólo el representante de la mencionada Compañía, el abogado don Juan Gálvez no quiso darse por enterado de la existencia de dicho Sindicato y de que, por consiguiente, los trabajadores entraban en franca vía de reivindicaciones económico-morales.

El gobernador civil don Rafael Durán (el Extremeño), se alió con el citado abogadillo, y de acuerdo ambos con la patronal superfosfática, provocaron la huelga de «La Unión Española» que puso en movimiento a catorce mil obreros.

He aquí el arreglo: Vuelta al trabajo sin ninguna represalia; libertad de todos los presos sociales y el retorno a Valencia de dos deportados a Cuenca; reanudación de *Solidaridad Obrera,* levantamiento de clausura de los Centros obreros, y respeto, [illegible]atamiento por la Patronal del boicot declarado a [illegible]a Unión Española de Superfosfatos».

Además accedióse a que tuviera lugar una Asamblea magna del pueblo, en la cual éste conociera y discutiese la solución anterior, dándole potestad para resolver, según sus inclinaciones y preferencias, tal conflicto obrero patronal.

Todo salió a pedir de boca, y la soberbia Compañía causante de tantísima inquietud, quedó aislada hasta por los burgueses. Sobre ella cayó la admonición revolucionaria, que la acusa de ser la culpable del hambre, el dolor y el luto que ensombreció a unos y a otros.

Consignemos también los movimientos huelguísticos que en 1919-1920 sostuvieron, con tesón admirable los panaderos, los ebanistas y los metalúrgicos, orientados, desenvueltos y solucionados a tenor de los principios de acción directa y neto antipolitinismo que impregnaba las contiendas de la época.

También cuando las deportaciones a Mahón de los camaradas catalanes esta región cumplió con su deber solidario.

Sucedía esto en noviembre de 1920.

Ante aquello que alcanzó carácter de tragedia alentó, en todos, propósitos de huelga general revolucionaria en toda España, que los nuestros llegaron a declarar. (Primeros días de diciembre).

Valencia no fué remolona, y esta vez, como otras anteriores, alzóse airada a cumplir con lo que le dictaba su propia conciencia.

Hubo luchas en plena calle, chocando los revolucionarios y la fuerza pública, amén de otros inci-

dentes de menor monta, propios de estos casos. Un grupo de audaces intentó tomar por asalto un retén de policía (el del Pilar) y en intento quedó... no sin fatales consecuencias físicas y morales para algunos de los conjurados.

Aquella gesta tuvo el fin que corrió el movimiento nacional en general.

(No hacemos mención al pacto de la C. N. del T. y la U. G. de T., con miras antirrepresivas, ni de la traición (una más) de los elementos socialistas que dirigen la central mixta, porque el Levante confederal no depositó en dicha alianza, ni un adarme de confianza, aleccionado por lo del 1917).

* * *

Flotaban, mejor diremos, corrían vientos de fronda. Fuertes y olorosas, a su modo y perfume... brisas sindicalistas-libertarias emanaban por doquiera, y las rojas amapolas de la C. N. del T. reventaban abiertas, coronadas de manera singular.

Barcelona (¡siempre Barcelona!), ese punto céntrico de las esferas confederales, había de poner en movimiento reivindicador a Valencia y condicionar el valor de la organización Levantina.

Así, en el verano del 1923 la imborrable huelga del Ramo del Transporte de la ciudad condal, proyectó sus naturales consecuencias sobre el puerto valenciano, y por solidaridad, por compañerismo, embargados por la Epifanía humanísima que es canto excelso de apoyo mutuo y hermandad productora universalmente libre, consciente, los trabajadores terrestres de este puerto abrazaron la causa *eminentemente moral* de los proletarios del puerto barcelonés. (No hay que olvidar, y por eso subrayamos, el origen de la trasiega huelga del Transporte, en Barcelona.

El Sindicato del Transporte de Valencia, superóse así mismo mucho, pues colocó bien alto la enhiesta bandera encarnada de idealismos productores.

* * *

Todo el 1921 hasta la primavera del 1922, es un período de persecución sistemática y de prisiones a granel, incluso aplícase aquí también la maldita y execrable ley de fuga.

Tres obreros, camaradas nuestros, los muy queridos Polet, Severa y otro, cuyo nombre no logramos extraer de la memoria, caen víctimas, casi a las puertas de la misma cárcel, del plomo homicida.

Detallar el cúmulo de sucesos sangrientos, narrar el vía crucis de los militantes obreros, sería cruel para nosotros mismos.

El canibalismo capitalista se ceba en nuestros hombres y tritura cuanto sus garras consiguen atrapar.

La C. R. Levantina, la F. L. de S. U., hasta las Federaciones Comarcales y los Sindicatos de los pueblos de la región, todo cuanto muestra vitalidad, exuberancia y valoración ideológica, merece los furores del Estado.

La organización obrera sindicalista en general, es sometida a dura prueba y atravesaba por momentos de aciaga dificultad.

A pesar de la cruel represión de que se era objeto, el proletariado, si bien ve reducida a la más forzosa y obscura clandestinidad su querida organización, contempla emocionado la consistencia moral, la reciedumbre rebelde, la firmeza, la fortaleza de sus cuadros revolucionarios, que se conservan, integérrimos, en pie de lucha y de amores ideales.

* * *

Redención, semanario anarquista que ve la luz en la heroica ciudad de Alcoy, viene alentando una labor de renacimiento obrero. La C. R. Levantina, previo acuerdo con la redacción, lo ha hecho su órgano oficial; todas las fuerzas sindicales, individuos y núcleos militantes de ramos e industrias, lo reciben y propagan cual si se tratase de las misma *Solidaridad Obrera.*

Al calor de dicho hebdomadario, las energías vanse reanimando, y el fuego vital de la vida no tardará en encender en el ánimo la pasión por el Ideal.

Amainada la política o el maquiavelismo represivo, el ambiente también estimula a la movilidad actuante.

Estábamos en los comienzos de 1922, la primavera mostrábase risueña, y con la floración de Natura brotan anhelos viriles de volver a trabajar el campo para, al poco, recolectar las ricas mieses del tiempo.

Corresponden al elemento anarquista, siempre tan activo y laborioso, las primigenias en esta obra de mutua confianza y desembarazo de inconvenientes rutinarios y apáticos, que se iniciaba en derredor del movimiento social desvinculado, perteneciente a la C. N. del T.

Son organizadas funciones teatrales «pro-presos», reuniones privadas de militantes, controversias con los bolcheviques, igualmente privadas, convirtiéndose el domingo en una fiesta de Ideas.

La C. R. Levantina, controlada por los anarquistas, tantea las posibilidades reorganizadoras en los pueblos de la región, y envía emisarios, tantos cuantos puede, por doquier en misiones de propaganda libertaria.

Por lo general, los delegados son gente joven, muy voluntariosa, muy atrevida, muy fervorosa, pero carentes de condiciones discursivas.

Aquella actitud gubernativa dió alientos, y desde

tal momento, comenzaron los actos públicos en general, después de dos años de sepulcral silencio...

En virtud del desdén que inspira el esporadismo, sea el que fuere, la organización sindical federativa decidió que se realizara una campaña oral por la región, con un fin determinado e inmediato; la liberación de los presos gubernativos y el restablecimiento de la normalidad.

El abogado don Pedro Vargas, hombre de convicciones pimargallistas, tomó parte en algunos de los mitines celebrados al efecto, acompañado de los muchachos abnegadísimos, pero *ininteligentes,* más arriba citados.

El levantamiento de la crónica suspensión de las garantías, les sorprendió en medio de tal tarea.

A partir de este instante, y debido a la excarcelación de los mejores elementos confederales, a la libertad de todos los «prisioneros de Estado», nuestro movimiento regional, como todos los demás del país, adquiere pujanza y llega a la plenitud más desbordante que se puede desear.

La F. L. de S. U. organiza mitines monstruos en el que dirigen su verbo elocuente al pueblo los más relevantes oradores sindicalistas y libertarios. A Valencia vienen Seguí, Pestaña, Viadín, Abos, Asín, etc., etc., cuya palabra, la de todos ellos, conmueve y arrebata.

Reaparece aquí *Solidaridad Obrera, diario,* y a su redacción vienen nuestros mejores periodistas: Alaiz, Quemades, Amador, para que salga inmejorablemente escrito, debido a la prosapia de sus plumas.

Sobre toda la organización pesa una clausura judicial que impide, a pesar del cambio político, el libre funcionamiento de los Sindicatos y Federaciones.

Cúmplele, pues, a la F. L. de S. U. reconquis-

tar, pulso a pulso, la reapertura jurídica de la organización que representa. Al efecto, el Comité local inicia en el diario una campaña de agitación : «Por el Derecho y la Justicia», secundada por el cuerpo de redacción.

Esto no basta, y organízanse mitines con igual objetivo, hasta que, por fin, las autoridades judiciales ceden, y los Centros obreros pueden abrir sus puertas, de par en par, a los productores.

En tan loable obra de reconstrucción sindical, no faltan los incidentes cómicos, y los bolcheviques y los sindicalistas «puros» son de ello los mayores responsables y más consumados autores ; todo por si es o no lógico, natural, que la C. N. del T. y, por ende la C. R. Levantina, esté saturada de fragancias anárquicas.

No es éste el lugar adecuado para la minuciosidad de tales antagonismos, los que a algunos camaradas, parecerán *peccata minuta* ; pero que a nosotros se nos presentan (los vivimos y fuimos actores) con la gravedad que, quiérase que no, encierran.

Allí se anunciaba un doble cisura : el comunista y el sindicalista con relación a la influencia poderosa del anarquismo en el movimiento obrero y a la cualidad libertaria de la C. N. del T.

El resurgimiento sindical llegó a su apogeo en 1922-1923, en cuyo bienio las comisiones de propaganda y agitación recorrían pueblos y ciudades sin parar, ufanas y orgullosas de lo que representaban. Valencia envió nutrida representación obrera a la Asamblea Nacional que tuvo lugar en Zaragoza (junio, 1922).

Por su parte, las organizaciones anarquistas específicas también se aprestan a la brega y vuelcan sus mejores actividades morales en el campo sin lí-

mites... de las multitudes desordenadas... organizadas o no.

Sánchez Rosa, David Díaz, José Alberola y otros, además de los ácratas regionales deambulan por la región, en gira de propaganda oral anarquista, erguidos, muy altivos contra los poderes del capitalismo y la corriente de desviación reformista que vence, vence cada vez más, al movimiento proletario español de gloriosa estirpe, de puro abolengo internacionalista y jurasiano.

* * *

El 7 de diciembre de 1922, celebra su II Congreso la C. R. Levantina, cuyas sesiones tienen lugar en el Centro obrero de Castellón de la Plana.

Hay en dicho comicio, un total de 70 delegados, con un número de 42,517 trabajadores representados.

Angel Pestaña concurre a él, representando a la C. N. del T.

El Congreso preocupóse, entre otros, del candente problema de la cultura y la enseñanza, y no dejó de aprobar sendos dictámenes al respecto. No obstante, entonces, antes y después, la enseñanza racionalista brilla por su ausencia, y si existe alguna escuela, lleva una vida vegetativa, como la Escuela Moderna de Valencia.

He aquí un dictamen curioso que evidencia cierta falta de convicciones:

«Considerando que para llegar a él (frente único) son indispensables determinadas condiciones ambientales que hoy no existen.

»Considerando además que esas condiciones no podrán ser creadas mientras no desaparezca el en-

cono con que luchan estre sí las fracciones que han de integrarlo, estima que no puede hacer otra cosa que señalar al Congreso la conveniencia de realizar esfuerzos tendientes a este fin, porque sería de resultados fecundos para la preparación revolucionaria de las multitudes, una inteligencia de todas las fracciones de izquierda que aceptan sin reservas la lucha de clases, siempre y cuando se profesen todos los respetos personales y colectivos, conservando, empero, cada una de ellas sus posiciones ideológicas.

»Consecuentes con este criterio, la ponencia considera (y el Congreso aprueba) indispensable para dar fe de su buen propósito, llevar una acción mancomunada con todos los organismos obreros en todas las luchas sociales y está dispuesta a inteligenciarse con los mismos».

Ved, para acabar estas notas, los perfiles que ofrecemos de la polémica, más que discusión, que desencadenó el eterno dualismo entre comunismo estatal y anárquico.

A consideraciones hechas por la representación metalúrgica valenciana, cuyos elementos dirigentes tiempo ha venían destacándose por su resistencia y oposición a las ideas anarquistas que vivifican, quiérase que no, a la C. N. del T., acerca de que no debe hablarse de anarquía en los periódicos confederales, un congresista pregúntale si tiene inconveniente, su Sindicato, de que se hable de comunismo libertario.

Aquella representación contesta que no.

He ahí manifiesta una miopía, una ceguera, una ignorancia incalificable acerca de lo que es Comunismo y Libertad. Por que el adjetivo «libertario» pondera y califica al sustantivo «comunismo» graduándolo, elevándolo a la Anarquía, esto es, la negación de toda autoridad, del principio autoritario mismo.

Intervienen otros delegados, tercia algún que otro bolchevique y la discusión se agria en extremo...

Y lo que comenzó contra el anarquismo, se trastrueca por capricho del destino...en un proceso de enjuiciamiento comunista, ya que, como hizo notar Carbó, «la batallona es la cuestión Rusia».

En medio de la baraúnda promovida, dase lectura a las proposiciones siguientes, una tras otra:

«Es una razón el derecho a exponer cada tendencia su ideal, respecto al modo de concebir la convivencia de los hombres en sociedad, en los órganos de prensa de la organización de la Confederación; considerando esto, nosotros proponemos que en nuestra prensa se abra una *tribuna libre* donde tenga cabida (aluden al bolcheviquismo) toda expresión del choque de las tendencias que en el organismo confederal se manifiesten.

»Fervientes partidarios del *libre examen,* consideramos de necesidad la creación de dicha tribuna, para demostrar nuestro ferviente amor a la libertad del pensamiento.—Firman los autores».

«Los delegados que suscriben, en nombre del sagrado derecho de defensa, proponen al Congreso acuerde abrir las columnas del diario a la fracción comunista, cada vez que desde ellas se dirijan ataques al régimen puro que, en el fondo, es la cuestión batallona entre ellos y los anarquistas.—Firman los autores».

La primera fué rechazada por 36 votos contra 5 y 120 abstenciones, y la segunda mereció unánime repudio.

Tan halagüeño ambiente de simpatía, de adhesión al anarquismo, nos seduce, nos congratula, nos alegra, nos reconforta.

* * *

El año 1923 hasta que llegó la dictadura militar es año de realidades, *Solidaridad Obrera, Redención, Alba Social, Realidad* y otros periódicos y publicaciones esparcen la buena semilla del ideal.

Después de todas estas actividades el silencio.

La situación creada por el golpe de Estado da la penosa sensación de ser eterna.

Bien a pesar de las astrigemia social percibimos bellas aumoradas, benéficas corrientes...

* * *

Cano Ruiz ha compuesto una hermosa monografía del Levante social moderno. Yo la he tenido que afear a fuerza de obligadas mutilaciones. Que perdone, el abnegado y buen camarada, mi osadía; las circunstancias mandan.

Ahora bien; en la monografía trascrita se nota la falta de aportaciones históricas anteriores a 1916 en que Cano comienza a militar. A Cano le han negado su concurso, precisamente quienes más obligados estaban a no regateárselo. Por ello mismo, en la monografía de Levante se generaliza sobre la única época que describe. Es una lástima que tal haya ocurrido con este trabajo. Ni Alcoy, ni Cullera, ni El Grao, ni Sueca, ni Alicante, ni las Sierras de Cartagena, ni La Unión, ni Cieza, ni Beniaján, ni tantas otras localidades dignas, por sus grandes hechos de contar con sus historias locales aparecen a nuestra vista aquí.

Estoy cierto de que si Cano hubiese disfrutado de libertad en la época en que ha tenido que realizar su tarea monográfica, ésta habría sido completa; él se hubiera agenciado datos allá donde están, cosa imposible en una celda carcelaria a menos que al-

mas generosas y activas no los transporten a la ergástula; cosa que no ha ocurrido en esta ocasión.

Pero no desmayemos. La historia completa; un gran libro dedicado al Levante productor y anarquista, será escrito algún día. Cuando Cano salga de la cárcel, él y yo nos pondremos de acuerdo para la mejor realización de la idea.

Y cuando nuestro trabajo esté terminado, lo ofreceremos a la Confederación Levantina, a sus Sindicatos, a sus hombres, a sus grupos; les haremos el regalo de nuestro esfuerzo y les diremos: «Ahí tenéis el libro de oro de las luchas de vuestros antecesores y de vosotros mismos; ya que no lo habéis querido escribir, editadlo al menos; que eso bien poco cuesta cuando la volutad no falta».

LAS CASTILLAS Y EXTREMADURA

Si a un hijo de Salamanca o Valladolid le decís que no es castellano, en el sentido más puro del concepto, se molestará de fijo.

Sólo los palentinos y los leoneses se sienten un tanto desglosados de Castilla y tiran a Asturias los primeros y a Galicia los segundos.

Convengamos, por tanto, en que las Castillas son tres y no dos, formando un conjunto de diez y seis provincias.

De éstas — y nos referimos a la geografía de la C. N. del T.—, León y Palencia pertenecen a la región asturiana, Santander a la del Norte y Logroño a la de Aragón.

Si las tres Castillas formasen una potente región obrera, las cuatro provincias mencionadas no per-

tenecerían a ella. Los luchadores de la Rioja y de Santander sienten rubor como tales en llamarse castellanos. Ellos, al igual que el resto de sus camaradas de las otras regiones españolas, tienen un pésimo concepto de Castilla como entidad de lucha social. Los leoneses— los mineros y un pequeño núcleo industrial — sienten la afinidad de sus vecinos asturianos y con ellos se entienden.

Las provincias castellanas quedan, por tanto, reducidas a trece, número que los supersticiosos sindicalistas hacen ondear como una bandera de tonos amarillos, casi blancos por lo borrosos.

¡El yermo social castellano! ¿Es Castilla realmente un yermo? Sí, lo es. Es difícil hallar en el mundo una región cuyas grandes extensiones sean tan esteparias y tan incultas, socialmente hablando.

Gabriel y Galán ha encumbrado en bellas estrofas el carácter de las gentes castellanas.

Ninguna región española ha tenido tan excelso cantor. Pero nosotros disentimos del gran vate.

También los hijos de la gleba rusa tuvieron sus poetas. Si las grandes llanuras de Rusia pueden asemejarse — respetando las naturales proporciones— a las áridas planicies castellanas, sus hijos, en cambio, no se parecen en nada.

En Castilla no existió nunca la inquietud colectiva en el buen sentido de transformar sus miserables condiciones de vida.

Los historiadores políticos de antaño nos hablarán de los bravos comuneros; los de hogaño pretenderán construir su historia social y política a base de los levantamientos del pueblo de Madrid y los motines de las cigarreras.

Sin negar importancia a estos hechos y otros muchos en Castilla realizados, mantenemos nuestro criterio: Castilla permaneció colectivamente alejada de las grandes inquietudes de la hora. Siendo el centro,

fué incapaz de irradiar, ni de percibir las irradiaciones de la periferia tumultuosa, audaz, rebelde. Y si percibió el ruido de las asonadas y su resplandor, no se asimiló nada ni le quedó nada.

Las minorías de la vanguardia política y social en Castilla — dignas de mejor suerte por su inteligencia y seriedad—, están condenadas a debatirse, a borrarse en el ambiente apático, incoloro, conformista de la plebe.

Socialmente hablando, Castilla cuenta sólo con tres reducidos focos de rebeldía obrera e idealista: la Mancha — Don Quijote dejó algo allí a su paso—, Madrid y Valladolid.

La capital de España recibió al primer emisario de la Internacional — Fanelli — y aquello fué un gran bien. Pero el internacionalismo no arraigó.

Barcelona, cuna de más fuertes arranques revolucionarios, absorbió presto al núcleo organizador madrileño.

El traspaso de las potencias activas y organizadoras, desde Castilla a Cataluña, se hizo sin que allí se avergonzasen por ello.

No he conocido ningún camarada madrileño que se sienta orgulloso de haber nacido en la metrópoli que albergó a Fanelli y echó los cimientos de la poderosa Asociación Internacional de los Trabajadores en España. Claro que si alguien se enorgulleciese por ello, presto tendría la réplica: ¿de qué sirvió el esfuerzo de aquella abnegada y reducida falange de luchadores? ¿Qué os quedó de aquella buena floración del nuevo ideal emancipador? Ni siquiera llegasteis a colectar el fruto de aquella siembra; lo dejasteis agostar en agraz.

Esto es lo cierto, y, si no, ahí está la historia de vuestro movimiento, abandonado a los arrivistas del proletariado, a los gañanes de la política, a los vivos y a los pillos de oficio.

La jornada de ocho horas, que tantas y tan cruentas luchas costó en otras regiones hasta que fué alcanzada, hace veinte y más años, a vosotros os la dió un Gobierno, poco ha, por real decreto.

Y es que en Madrid hasta nuestras minorías se hallan faltas de consecuencia. Mucho intelectualismo, mucho discurso en los lugares de recreo, mucho defender las bellas teorías, muy buena fe, pero la práctica, ¡oh, la práctica!

Echad la vista sobre el haber de vuestra influencia en la colectividad obrera y veréis qué escaso es.

Los hechos son más elocuentes que las palabras.

Y no se diga que el pueblo madrileño es apático. Podemos decir esto del resto de los lugares de Castilla, excepto Valladolid y Puertollano, pero de Madrid, no. Madrid tiene un proletariado cuya cifra entre intelectuales y manuales no baja de 200,000; cuenta también con el núcleo anarquista más numeroso de España, actualmente, después de Barcelona y sin embargo...

Que la corruptela política neutraliza el esfuerzo creador de los oprimidos; que el chiste y el retruécano dominan sobre el ambiente de rebeldía de las masas y, que por todo esto las minorías se ven forzadas a una lucha estéril, etc., etc. No hay tal lucha, en serio, a cuenta de esas minorías. ¡Ah, si esas minorías quisieran! ¡Con qué gran Ateneo obrero contaría Madrid, con qué gran periódico, con qué gran influencia, en fin!

Pero repitamos la triste cantata. Ni Ateneo, ni periódico, ni influencia. Y es que lo que interesa a nuestros hombres de Madrid es conquistar rápidamente la hegemonía del movimiento social, como si ignorasen que esa hegemonía no puede conquistarse sino después de un esfuerzo perseverante y prolongado.

* * *

Valladolid difiere mucho de la capital de España. Tiempos hubo en que el anarquismo dominó el ambiente de la hermosa ciudad. Valladolid ha publicado periódicos como *El Cosmopolita,* ha contado con alguna buena escuela de enseñanza racional y ha tenido su Sindicato de Trabajadores con gran influencia sobre el pueblo. Valladolid tiene su historia, su buena historia anarquista y societaria.

Yo soy joven, pero algún camarada viejo residente allí, me habló encomiásticamente de los *buenos tiempos* en que en Valladolid se hacía buena labor combativa y educadora. Yo mismo conozco y he conocido elementos vallisoletanos de la valía de Salgado, Orobón Fernández, Evaristo Sirvente, Sócrates Serrano, Evelio Boal, Garcés, Bernal, y otros.

Si los camaradas de Valladolid se lo propusieran, los campesinos de las dos márgenes del Duero vendrían a engrosar las filas del proletariado emancipador.

* * *

Del resto de las Castillas sólo conozco un pueblo adscrito espiritualmente a nuestros postulados: Puertollano.

Las otras diez provincias no existen en el mapa social español. Unos cuantos señores, verdaderos feudales, mandan en ellas sobre los hombres y las conciencias.

El pueblo vota cuando le dicen que vote y por quien le aconsejan votar. Y lo hace automáticamente, pacientemente, resignadamente.

Un extranjero o un español de Levante, del Sur o del Norte, que visite los pueblos castellanos, quedará encantado de la hospitalidad generosa y de las buenas atenciones que le otorgarán estos lugareños.

En la tertulia de la posada pueblerina, hallaréis arrieros, campesinos y gente del lugar que van a charlar un rato en las noches invernales, en derredor de la fogata que chisporrotea.

La conversación girará sobre los temas más variados, pero nunca veréis que se ponga a debate ningún asunto de trascendencia social. De las huelgas de Barcelona se hablará por accidente, más nadie pronunciará la exclamación: ¡Por qué no hemos de hacer como los catalanes!

Si en esto llega el señor, cuando dé las buenas noches y mande imperativo a los labriegos: ¡A regar!, ellos harán una reverencia y con la horrible escarcha bajo sus pies irán al trabajo. Si les mandasen a dormir obedecerían igualmente, con idéntica sumisión.

Y, sin embargo, aquellas gentes son buenas, tan buenas como el que más.

Ellos no han de leerme, pero yo les pido perdón si lo dicho les ha ofendido.

Los amigos de Valladolid, Puertollano y Madrid, deberían formar un grupo compacto entre todos y arbitrar elementos y recursos para propagar entre los obreros y campesinos de las tres Castillas los grandes ideales redentores y la necesidad de organizarse para la defensa de sus intereses legítimos.

Con un poco de buena voluntad se conseguiría gran provecho, y de ese gran yermo que es Castilla, a quien muchos tratan con desdén, surgiría una Federación de pueblos incorporada al movimiento social español.

¿Quién no siente deseos de que esto se consiga?

¿Quién no tiene ansias de ver a los nobles castellanos, luchar al lado de sus hermanos de las otras regiones?

* * *

Extremadura es una continuación de Castilla. Sus otros vecinos son los andaluces, pero sólo en muy contadas ocasiones han logrado imitarles.

Un gran centro en la provincia de Badajoz—Azuaga—ha intentado repetidas veces organizar a la clase trabajadora sobre bases federalistas y antipolíticas, lográndolo algunas, pero presto la apatía y la dejadez han invadido los ánimos y el esfuerzo organizador ha resultado estéril.

El intento de organización más serio que conozco en la región Extremeña se realizó en 1904 hallándome en Fuente del Maestre. Aunque ignorante de las cuestiones sociales, pues era yo muy joven, recuerdo que entre los grandes terratenientes y ganaderos de cerdas había gran pánico a causa de las continuas exigencias de los jornaleros. No recuerdo más.

Pero luego leí en *Solidaridad Obrera* de Barcelona (1907), que en Extremadura existía una Federación Regional con las ideas y las aspiraciones de la vieja Federación Regional Española.

A la dicha Federación Extremeña pertenecían sociedades de obreros, campesinos y oficios varios de muchos pueblos de Badajoz y Cáceres entre los cuales se contaban Fegenal, don Benito, Mérida, Fuentes, Villafranca, Montijo, Higuera, Zahínos, Jerez de los Caballeros, Almendral, Llerena, Arroyo, Encinasola, Barcarrota, Fuente del Mestre, Torre de Miguel Sesmero y Azuaga.

Aunque en esta época ya comenzaron a interesarme las cuestiones obreras, no supe más de la existencia de estas organizaciones que, por lo que luego deduje, acabaron casi todas por desaparecer.

Cuando años después se constituyó la C. N. del T. no tuve noticia de que pertenecieran a ella más núcleos extremeños que el de Azuaga, de donde fué a Barcelona, si mal no recuerdo, el profesor «Zoais».

Más tarde he sabido que Extremadura es un feudo

político donde los socialistas cuentan o contaron algunos años con gran número de concejales en los Ayuntamientos de varios pueblos; pero la organización de los trabajadores, es casi nula y sin orientación fija.

Los extremeños fluctúan entre el carácter de los castellanos y el de los andaluces.

A esta región hay que aplicarle la receta propuesta para Castilla: mucha propaganda; sólo que ésta debería llevarse a cabo por los camaradas y organismos de Andalucía. Es más; considero que Extremadura y Andalucía podrían formar una sola región obrera dividida en dos comarcas—por su gran extensión territorial—como en los tiempos de la Federación Regional Española.

ASTURIAS

He aquí una región de la que guardo los más gratos recuerdos. El organismo regional de la C. N. del T. comprende las provincias de Asturias, León y Palencia.

Hay una capitalidad política: Oviedo; y otra capitalidad revolucionaria y consciente: Gijón.

Como en España, Madrid y Barcelona.

Otro pueblo asturiano de abolengo libertario es La Felguera, con su gran Centro Obrero «La Justicia».

Alrededor de La Fuelguera y Gijón gira todo nuestro movimiento en la importante región asturiana.

Al hacer reseña del Congreso Nacional de Madrid (1919) y en otros lugares de este libro, he dicho lo bastante para que los lectores formen juicio cabal del valer de los elementos asturianos.

No tiene el anarquismo la hegemonía completa sobre el movimiento general obrero de la región, pero su influencia en las grandes campañas de agitación, es mayor de la que ejercen los leaders socialistas dueños de una buena parte de la zona minera.

Aceptado que la influencia libertaria es absoluta en los dos grandes centros industriales asturianos, es de lamentar que esa influencia no haya ganado el espíritu de los trabajadores de las minas, que forman un contingente de cerca de 25,000, muchos de ellos campesinos en ciertas épocas del año.

Y es más sensible ello, por cuanto nuestros camaradas militantes son más numerosos y más inteligentes que los que forman en las filas del socialismo político reformista.

Hubo una buena época en que los mineros, en número no inferior a 3,000, se desgajaron del anquilosado organismo de Llaneza para constituir un baluarte propio inspirado en los principios, ideas y tácticas de la C. N. del T.

Estoy seguro de que si la actitud que los camaradas de Gijón, La Felguera, Sama, Mieres, Turón y otros pueblos desplegaron en el transcurso de 1920, hubiese sido continuada, el famoso Sindicato Minero asturiano hubiese ya fenecido y sus leaders obligados a bajar de nuevo a las minas o a emigrar. Pero no fué así.

El obrero asturiano es organicista y es rebelde, y si los mineros en general no han abandonado ya el vetusto organismo social demócrata (?) y formado una nueva y poderosa asociación que lo sustituya, ha sido por la incuria de nuestros camaradas más capacitados y solventes.

Eleuterio Quintanilla y José María Martínez, han tenido—y supongo que aun lo conservan—mayor ascendiente en los centros de Asturias que todos los socialistas reunidos. Yo sé que en más de una oca-

sión, los mencionados compañeros, invitados por los grupos afines a celebrar actos de propaganda en los centros mineros, han sido recibidos en todas partes y escuchados con simpatía y entusiasmo. Pero vueltos a Gijón las cosas quedaron como antes. No quisieron llegar, al menos Quintanilla, a provocar el derrumbe del feudo socialista, proponiendo la expulsión de él de los jefes retribuídos y la formación de un organismo minero en donde la dirección y la influencia nos correspondiera por entero. Y a fe que los mineros lo desean.

—¿Por qué, pues, tanta delicadeza, tanta tolerancia, tanta transigencia?

Estas mis opiniones, lo reconozco, son hijas de mi temperamento, discorde con el de aquellos buenos camaradas, al apreciar el problema de nuestra organización en Asturias.

—¿Por qué no es nuestra toda la organización asturiana cuando merece y pudiera serlo?

¿Qué el socialismo tiene arraigo en ciertos lugares?

No lo creo; al menos ese arraigo puede desarraigar y desaparecer; todo es cuestión de perseverancia, ya que la inteligencia no falta.

* * *

Asturias tiene un brillante historial obrero y libertario. No dispongo del calendario social de aquella región, que me precio de conocer por haber residido en ella algún tiempo. Pero bien puedo concretar la anterior afirmación manifestando, que si los asturianos son a veces excesivamente ordenados, y un poco lentos, hasta que llegan a la realización de los actos colectivos, una vez puestos en la brecha

son capaces de todos los heroísmos para alcanzar el propósito que los guía. Los mismos mineros, que no son una excepción a pesar de lo mal que se les orienta en sus luchas, han demostrado mil veces, poseer el mejor temple como luchadores.

Las individualidades son robustas y se forman a fuerza de estudio.

Tanto la prensa obrera y anarquista como las colectividades de nuestra tendencia en Asturias, se han distinguido por su seriedad y su buena orientación en todos los problemas que han tenido que discutir y resolver.

La propaganda se realizó, como la acción, con plena conciencia de responsabilidad.

Las luchas más famosas de la región han sido las sostenidas por los obreros de las minas y los metalúrgicos, los dos ramos, con el de la Construcción, que predominan en los medios productores. Aunque también existe un fuerte núcleo campesino, éste, como organización, carece de vitalidad por las condiciones especiales en que vive, pues trabaja, el jornalero, ora en el campo, ora en la mina.

* * *

La obra educacionista de los trabajadores anarquistas asturianos no ha sido igualada, que yo sepa, por los de ninguna otra región. Obra de ellos es el Ateneo Obrero de Gijón, una de las entidades culturales más importantes de España.

De nuestra prensa he conocido de allí *El Libertario, Acción Libertaria y Solidaridad Obrera* que a fines de 1920 estuvo a punto de convertirse en diario, editándose en imprenta propia.

Conocí asimismo, durante mi estancia en aquella

región, hombres de excepcional valía tales como Pedro Sierra, José María Martínez, Marcelino Suárez, Eleuterio Quintanilla, Niceto de la Iglesia, Jesús Rodríguez, Jesús Fernández y otros, menos destacados, pero elementos con muy buenas condiciones para la organización como Aquilino Moral, Paulino y Juan Fernández, Avelino González, Manuel Alvarez, Vega Cueto, Carlos Senert, Santos Rubiera, Francisco Fernández y otros muchos que siento no recordar.

También he conocido una organización que puede servir de modelo entre las de su clase: la agrupación libertaria de Gijón.

Con su socialismo adormidera y todo, ya quisiera yo que otras regiones españolas, consideradas como del primer grupo entre las mejores, igualasen a la región asturiana en la seriedad de sus luchas y en la reciedumbre de sus hombres.

Soy enemigo del elogio inmerecido, por manera que si en estos renglones existe, será como acto de justicia y culto a la verdad.

LA REGION GALAICA

La única que no conozco de todas las regiones españolas. A punto de entrar en máquina el libro, compuesto casi todo, y la monografía de Galicia sin llegar. ¡Cuánto he molestado al buen camarada Fandiño! ¡Y cuánto no habrá molestado él a otros amigos en su deseo de enviarme, de los pueblos gallegos, una historia social completa!

Yo sé que, a Fandiño, le ha ocurrido como a Cano; ni uno ni otro han tenido la ayuda que necesitaban.

Los camaradas duermen en la inercia la mayoría, mientras los activos, en este ambiente abúlico, se estrellan contra todo y contra todos. Ellos no cejan por ello en sus nobles empeños y solos, o acompañados, terminan las obras que comienzan. Tal Fandiño con su historia social de Galicia. Más de cincuenta cuartillas llenas de notas y datos del más alto interés, ideal e histórico, llegan a mi poder cuando ya el libro está a punto de ver la luz.

De todas ellas haré una síntesis; no puede ser de otro modo; y, más tarde, Fandiño, la organización gallega y yo, nos pondremos de acuerdo, y si lo creemos del caso y oportuno, editaremos, como ya lo pienso de Andalucía y Cataluña, un libro exclusivo para Galicia.

Ella merece como la región que más, contar con su libro de oro.

En los diversos datos biógrafos que constan en el envío de Fandiño hay un precioso trabajo de Pedro Sierra sobre la recia personalidad de Ricardo Mella. Este trabajo lo transcribiremos íntegro.

Fandiño hace un pequeño introito a su obra de historiador, lamentando que los que se comprometieron a proporcionarle datos no hayan cumplido la palabra empeñada. Y luego añade:

«Acuciado fraternalmente por el camarada Buenacasa, y dándome cuenta exacta del valor y del vacío que viene a llenar este libro en los gloriosos anales del movimiento obrero y libertario español, solo, o casi solo, tras mucho buscar y escudriñar, he conseguido recopilar lo que sirve de base a mi labor histórica.

¡Galicia! He aquí una región que, guiada espiritualmente por La Coruña, recuerda gestas heroicas en las luchas sindicales, abnegados sacrificios por la

propaganda y dignificadoras campañas por el ideal anarquista.

Mi relativa juventud en las lides ideológicas y obreristas no me permiten remontarme a lejanas fechas. Historia este libro desde 1886, precisamente diez años antes de mi nacimiento. Mi actuación no empieza hasta 1911, desde cuya fecha he seguido con constancia nunca interrumpida los movimientos e impulsos de la clase trabajadora, y, por lo tanto, mis impresiones son propias y sujetas al más riguroso examen. Las anteriores he procurado recogerlas de las fuentes más autorizadas.

Decidámonos a relatar hechos, separadamente, por orden de poblaciones, empezando por la ciudad herculina.

* * *

Los síntomas de la moderna organización, orientada por los anarquistas, en la capital de Galicia, datan del 1880.

La Coruña puede ostentar con noble satisfacción el haber sido la encarnación de la más alta solidaridad por los perseguidos o atropellados de la sociedad. Sus luchas, plenas siempre de la más elevada espiritualidad, la rodean de una brillante aureola de simpatía.

En 1890 ve la luz *El Corsario,* excelente publicación anarquista que deja de publicarse en 1896 para ser substituída por *El Productor,* con la misma orientación ideológica. Poco después publicáronse también *La Emancipación* y *Bandera Roja.*

La prensa burguesa de Galicia no ha dejado de señalar el gran fervor de los obreros coruñeses por las ideas libertarias, según consta en numerosas reseñas de aquella prensa que tenemos a la vista,

principalmente las que se refieren a los actos celebrados en 1904 con motivo de la jira de propaganda organizada por *Tierra y Libertad*.

La Coruña es una de las primeras ciudades del mundo en donde se trabajaron las ocho horas.

* * *

En 1901, el 30 de mayo, la muerte de un consumero huelguista produjo serios disturbios, declarándose la huelga general.

La imponente manifestación realizada con motivo del entierro de la víctima dió pie a las autoridades para la declaración de la ley marcial. La fuerza pública hizo fuego, resultando muertas dos mujeres y varios hombres, entre ellos el conserje de la Sociedad de Carpinteros. Por tan sangrientos sucesos fué sometido a tribunal de honor el oficial que mandaba la fuerza, recayendo sobre él la pena de expulsión.

Ricardo Cotelo, un buen camarada, al encontrarse con el citado oficial diez días más tarde, le disparó dos tiros de revólver sin lograr herirle, por lo que fué condenado a presidio, de donde salió en abril de 1904.

La Coruña tomó parte activísima en la campaña en favor de los condenados de Jerez, alentando a los demás pueblos de la región a proseguirla y engrandecerla.

Igualmente se distinguió en 1903 contra la ley de huelgas y en favor de los presos de Alcalá del Valle. De igual modo trazó su protesta eficaz por los sucesos de Barcelona (julio de 1909) y contra el fusilamiento de Francisco Ferrer.

* * *

Dos hombres, ya fallecidos, se destacaron por su laboriosidad e inteligencia en la propaganda de las ideas libertarias : el profesor Constancio Romeo y el obrero tipógrafo Juan No.

De este último dijo el diario burgués *La Voz de* Galicia, con motivo de su muerte, lo que sigue :

«Víctima de la tuberculosis, que venía depauperando lentamente su organismo, ha fallecido Juan No, uno de los *leaders* del obrerismo coruñés.

»Era No un hombre simpático y culto, muy laborioso, que sentía honradamente el ansia de reivindicaciones para el proletariado...

»Como tipógrafo trabajó en las imprentas de varios periódicos locales y últimamente regentaba la Tipográfica Obrera hasta que la terrible dolencia le obligó a prescindir de toda labor. Al acto de su entierro concurrió ayer todo el elemento obrero, formando numeroso cortejo. Los barcos pesqueros tuvieron sus banderas a media hasta.

»Al recibir sepultura el cadáver, el presidente de la Federación Obrera, Jesús Arenas, habló a los proletarios recordando, ensalzándola, la labor societaria del finado y excitando a todos para que presten a su familia el auxilio que necesita.

»Sinceramente lamentamos el fallecimiento del inteligente Juan No, a cuya familia enviamos nuestro pésame.»

Lucha Social, el órgano de los trabajadores de Santiago, publicó una extensa biografía sobre Juan No en la que se demuestra la entereza, las persecuciones y la virtud acrisolada del camarada desaparecido.

* * *

Las huelgas obreras en Coruña han revestido siempre una extraordinaria gravedad. Cuando se habla del espíritu de intrasigencia de los patronos catala-

nes, convendría no olvidar que los gallegos no les van a la zaga.

En el invierno de 1920 la Asociación patronal provoca una serie de conflictos gravísimos. Los trabajadores recogen el reto de los patronos, pero la autoridad inicia una represión jamás conocida en Galicia. La explosión de unos petardos ocasiona la clausura de los Centros obreros, la suspensión del órgano de la Federación Coruñesa *La Voz del Obrero* y la detención de numerosos militantes, muchos de los cuales son deportados con rumbo desconocido.

Las primeras víctimas de la represión son Jesús Arenas, Benito Díaz, Juan A. Ripol, Eduardo Suárez, Germán Barreiro, Enrique Vidal, José Rey, Venancio Rodríguez, Juan Sanjuán, Rafael Rey, Antonio Vázquez, José Torres, Marcelino Fadrique, Ramón Sánchez, Andrés Cocheiro, Juan Alvarez, Ricardo Cotelo, Cayetano Castriz, Benito Cuceiro, Manuel Paradela, Juan Rodríguez, Manuel Saavedra y Eduardo Blanco.

El órgano en la prensa de los obreros de Santiago toma la defensa de los camaradas coruñeses, los cuales, sometidos a la clandestinidad, arrecian en sus luchas contra los explotadores.

Como era de esperar, dada la tenacidad con que lucharon los obreros de Coruña, éstos acaban por obtener señalados triunfos parciales y, lo que es más importante para ellos, el retorno de los deportados y la libertad de los presos.

Pero, por lo visto, los patronos no se conforman con su derrota y reproducen sus ataques contra la organización obrera.

Se vuelve al régimen de excepción, se reproducen numerosos conflictos y lo que era de esperar sobreviene, desgraciadamente. Las provocaciones de la patronal precipitan la tragedia.

En la tercera semana de julio de 1920, a pesar de

que los Sindicatos permanecen clausurados desde enero, el de Estivadores presenta una demanda a la patronal del gremio. No siendo aquélla atendida se declara la huelga. Con la recluta de algunos esquiroles y la intervención de la autoridad para garantizar la libertad del trabajo se produce una gran indignación entre el elemento obrero consciente, al cual se le impide incluso salir de casa. Esta indignación sube de punto al ser atropellados algunos trabajadores por la fuerza pública. El hecho tiene derivaciones sangrientas, produciéndose entre obreros y policías varios choques de los que resultan muertos un policía y un cabo de seguridad y heridos dos estivadores.

* * *

La huelga de estivadores de Coruña, enérgica, unánime y serena a pesar de todos los atropellos, continúa en pie semanas y meses. Es preciso conocer a fondo la historia social de España. La lucha de los estivadores coruñeses es, a juicio mío, dentro de sus proporciones, la más heroica de todas las desarrolladas en nuestro país. Se hablaba de los Sindicatos catalanes, pero ¿y los gallegos? Nadie supo resistir como ellos, tan tesonera y gallardamente, en iguales críticas circunstancias.

La tenaz resistencia de aquellos bravos luchadores fué acompañada de la simpatía de todo el proletariado regional.

La organización coruñesa en pleno decidióse, finalmente, a exteriorizar su admiración por un acto solidario de la máxima trascendencia: la huelga general. Esta fué declarada de modo unánime en los primeros días de octubre, gesto que desconcertó a las autoridades y a los patronos.

También los obreros de Santiago, compenetrados con el espíritu de sus hermanos de la capital, se decidieron a secundar aquella actitud solidaria.

Idéntico acuerdo adoptaron los trabajadores de Villagarcía, Pontevedra, Marín y Orense; pero estos pueblos no secundaron el movimiento por la descarada coacción y traición de los «directores» de la organización de Vigo, los cuales, por no simpatizar con las tácticas de lucha empleadas por los estivadores, se obstinaron, engañando a los demás, en su legendario proceder de no prestar solidaridad a nadie.

Tres semanas duró la huelga general en Coruña. La resistencia obrera había llegado a su límite extremo y cedió. ¿Fueron vencidos por ello los obreros coruñeses? De ninguna manera. Ni vencidos, ni humillados.

Algún tiempo más tarde, como si nada hubiese ocurrido, las demandas obreras eran impuestas sencillamente, dignamente, enérgicamente, al patronato.

* * *

En substitución de *La Voz del Obrero* se publicó *Solidaridad Obrera*. El 7 de enero de 1922 apareció también en Coruña ¡*Tierra*!, periódico anarquista de combate fundado por el grupo del mismo nombre, publicándose sesenta y nueve números.

Al frente de *Solidaridad Obrera*, desde su fundación, hallábase José Suárez Duque, sucediéndole a su muerte Ricardo García, que continuó dirigiéndolo hasta el número 87 y fecha 17 de enero de 1925, en que se trasladó a Santiago conjuntamente con el Comité de la Regional Galaica.

Es digno de mencionarse el Centro de Estudios

Sociales «Germinal», cuya copiosa labor de cultura ha rendido grandes servicios a nuestras ideas, sosteniendo una estimable y bien surtida biblioteca y estando adscritos a él los trabajadores más significados de Coruña.

De allí han salido los camaradas que más tarde, en sus continuos viajes al continente americano, realizaron el intercambio de nuestras ideas entre aquellos países y el nuestro.

La fuerza y la influencia de la organización de Coruña entre el pueblo es tal desde tiempos ya muy lejanos, que ningún otro organismo supone nada en la vida pública de la capital. Los reaccionarios y tránsfugas de la política que han intentado dirigir su verbo al pueblo coruñés, han tenido que contar previamente con la aquiescencia de la Federación Local de los Sindicatos de Coruña. Quien así no lo haya hecho ha salido defraudado en sus propósitos. Díganlo si no el clerical Cierva, el socialista Cordero —éste ya difunto— y el republicano Lerroux, los cuales tuvieron que abandonar la tribuna ante la repulsa de los trabajadores coruñeses.

* * *

El último acto de mayor resonancia realizado por el pueblo de Coruña es la huelga general de agosto de 1923 en favor del cabo José Sánchez Barroso. Habiéndose éste y un grupo de soldados más sublevado en Málaga y negándose a embarcar para Marruecos, cuya guerra se hizo siempre impopular, fué condenado a muerte.

El pueblo de Coruña, con un gesto humanista y solidario, logró arrancar de la muerte al infeliz soldado. La Federación Local asumió la dirección del

movimiento y bajo su égida la población en masa permaneció constantemente en la calle hasta que recibió la noticia telegráfica del Gobierno otorgando el indulto.

* * *

La Confederación Regional Galaica no fué constituída hasta agosto de 1923 a pesar de que todos los Sindicatos de Coruña y no pocos de otras poblaciones, pertenecían de tiempo a la C. N. del T.

El Primer Congreso Regional tuvo lugar en Vigo el 21 del mes y año mencionados, quedando constituída la deseada Confederación. Fué su primer secretario José Suárez Duque, hombre de gran capacidad anárquica y acérrimo defensor de los principios federalistas. Al morir éste el 17 de semtiembre de 1923 fué substituído por Ricardo García en la dirección de *Solidaridad Obrera* y en la secretaría que aquél desempeñaba. El 27 de enero de 1924 fué este compañero confirmado en su cargo en un pleno regional celebrado en la Coruña.

Un año más tarde otro pleno celebrado en la misma ciudad acuerda el traslado del Comité Regional y de *Solidaridad Obrera* a Santiago, designándose a Manuel Fandiño como secretario de aquél y a Ezequiel Rey como director del periódico.

La Confederación Galaica la integran actualmente todas las organizaciones de La Coruña, Santiago, Villagarcía, Tuy y parte de las del Ferrol y Vigo.

Galicia, pero sobre todo su capital, ha secundado siempre con absoluta fidelidad y buen temple todas las luchas espirituales y solidarias iniciadas por las demás regiones.

* * *

Santiago sigue en importancia orgánica a La Coruña.

La organización de la ciudad compostelana nace en 1890, no teniendo vida oficial hasta cuatro años más tarde, en que se constituyen legalmente las Sociedades de canteros y carpinteros.

La primera huelga importante se declaró en 1898 en las obras de la Universidad literaria. La llegada de esquirols portugueses fué acogida en la estación ferroviaria con una pedrea formidable en la que tomaron parte muchas mujeres, resultando heridos dos patronos y algunos esquirols, falleciendo otro de aquéllos a consecuencia de las lesiones recibidas. Hubo las consiguientes detenciones y fueron procesados los compañeros José Lareo, ebanista; José Lamarca, tapicero; Manuel Díaz, cantero; Eusebio Alonso, tipógrafo; Constante Nogueira Vieites y Carmen López y Carmen Foutenla, que fueron absueltos más tarde por el tribunal que los juzgó.

* * *

Para contener la avalancha de los que venían a traicionar huelgas de la nación vecina, se organizó, por la sección de Oficios Varios, un Congreso galaico-portugués, que se celebró en Tuy los días 17 al 19 de enero de 1901, quedando constituída la «Unión Galaico-Portuguesa»; en dicho Congreso, Constante Nogueira, activo organizador, representó a los obreros compostelanos. La misma representación ostentó en el segundo Congreso celebrado en Viana do Castelho. Al tercer Congreso, celebrado en Braga (Portugal también), del 20 al 26 de abril de 1903, los obreros compostelanos enviaron a Enrique Jiménez.

El presente siglo se inicia en Santiago predominando los ideales libertarios. Ya en 1899 la Sociedad de Carpinteros había conferido a Malatesta su representación para el Congreso de Londres. Y en Santiago escribió José Prat *El proceso del gran crimen.*

Los años 1901 hasta 1904 se realizaron las campañas en favor de los condenados de Jerez la gran agitación anticlerical de la que fué alma el inolvidable Alfredo Vilas.

También tomó parte en dos actos de propaganda Concepción Miranda, de Valladolid, la que fué anatematizada en los sermones de Cuaresma. Y en la campaña de propaganda nacional organizada por *Tierra y Libertad* en 1904 tomaron parte Francisco González Solá y Antonio Ojeda.

En 1909 revistió gran importancia la campaña de protesta por el fusilamiento de Ferrer.

* * *

También la galicia campesina tiene sus páginas de sangre. En el Puerto del Son (aldea de Cans) corrió a raudales; el día 12 de octubre de 1916 fueron ametrallados los campesinos que se resistían a pagar los impuestos del Municipio. Al Hospital de Santiago fueron conducidos los heridos y moribundos.

Encargada la Federación de dirigir el movimiento en favor de las víctimas del Puerto del Son, desplegó la máxima actividad, convocando, por medio de una enérgica circular en la que se combatía acremente al caciquismo agrario de Galicia, a una Asamblea, a la que la región en peso compareció el 16 de noviembre. Los resultados de la enérgica pro-

testa de los trabajadores gallegos, reunidos en el teatro Principal de Santiago, no se hicieron esperar. Los procesados que se hallaban bajo la jurisdicción militar fueron libertados y destituída la camarilla que componía la corporación municipal.

También la Coruña celebró actos importantes y publicó manifiestos de agitación, de uno de los cuales entresacamos los siguientes párrafos:

«Hermanados sólidamente los hombres del campo y la ciudad, emprenderán con bizarría la santa cruzada de liberación. El cacique es el enemigo, el lobo. Unos y otros no daremos tregua ni cuartel en nuestra lucha hasta poder clamar un día, victoriosamente, como el vengador Manelic de *Tierra Baja*: «¡Paso! ¡Paso! ¡El lobo ha muerto!».

* * *

Uno de los conflictos más graves que se han planteado en Santiago tuvo lugar en el mes de julio de 1917.

El día 10 del mes citado caía asesinado traidoramente el infortunado campesino Cándido Vilariño, miembro de la directiva de la Sociedad de Agricultores. Este episodio trágico causó una gran indignación. El pueblo en masa se echó a la calle con ánimo de manifestarse en el acto del entierro. Pero las autoridades, temerosas por lo que pudiera ocurrir, habían ya trasladado el cadáver a hurtadillas. Este proceder de la autoridad colmó la medida. La imponente manifestación popular, reunida en la plaza de Alfonso XII, fué disuelta por la fuerza pública por orden del alcalde. Esto dió motivo a la declaración de una huelga general, que duró varios días, durante la cual la paralización fué completa

en toda la comarca, faltando la luz, el pan, la leche, la carne y demás artículos alimenticios.

La ley marcial fué declarada, pero los huelguistas cobraron con ello nuevos ánimos.

El gobernador militar de La Coruña, cuya Federación estuvo al lado de la de Santiago desde el primer momento, acabó por tener una entrevista con los representantes de las Sociedades en huelga, conviniéndose en celebrar una Asamblea para que decidiese lo que fuera más conveniente.

Presidió Manuel Fandiño, hablando éste, Ramón Gómez y los delegados de La Coruña.

Las conclusiones aprobadas unánimemente, según constan en el acta que tenemos a la vista, fueron las siguientes:

Primera. — Libertad de todos los detenidos con motivo de la huelga y que cesen las persecuciones de que son objeto varios compañeros.

Segunda. — Que se instruya expediente a fin de depurar la responsabilidad en que pudiera haber incurrido el oficial de seguridad señor Méndez en los sucesos desarrollados en la plaza de Alfonso XII el 10 de julio, sucesos que originaron el actual estado de cosas, y

Tercera. — Que el alcalde no permanezca un momento más al frente de la dirección del pueblo de Santiago, por haber sido uno de los principales factores de los sucesos con sus reiteradas órdenes a la fuerza pública para que cargase sobre la multitud indefensa.

La autoridad correspondiente promete cumplir estas demandas, como así lo hizo, dándose, por tanto, fin a un conflicto que por su dignificadora rebeldía y su admirable organización fué el asombro de propios y extraños.

Reciente aun el movimiento que acabamos de reseñar, los obreros de Santiago secundaron también

con singular entereza la huelga nacional de agosto de 1917.

Otro paro general digno de mencionarse fué el que tuvo lugar en La Coruña y Santiago a primeros de 1919 como protesta contra los atropellos del Gobierno de Romanones con los obreros de Barcelona.

En el Congreso de la C. N. del T. celebrado en Madrid en diciembre de 1919, la organización compostelana estuvo directamente representada por Ezequiel Rey.

* * *

Revistieron extraordinaria gravedad los sucesos desarrollados en la Mahía el 15 de octubre de 1915, donde fueron gravemente heridos por la guardia civil el presidente y un vocal de la Sociedad de Oficios Varios con motivo de una huelga en pro de las ocho horas. Los presos se contaron por docenas, pero la organización, a pesar de los atropellos de que se hizo víctimas a la mayoría de sus miembros, consiguió, al fin, ver satisfechas sus demandas.

* * *

El acto público más importante de los celebrados en Santiago fué el que tuvo lugar el 26 de marzo de 1922 en el teatro Royalty con el fin de protestar contra los Gobiernos, que mantienen en suspenso años y años las garantías constitucionales. La Asamblea tuvo carácter regional y de su importancia dan fe las numerosas representaciones asistentes, de entre las cuales hicieron uso de la palabra Ramón Cobas, de Santiago; Manuel Lourido, de Villagarcía:

Luis Garza, de Orense; Ricardo García, de La Coruña; Rogelio Ferreira, del Ferrol; José García Ossorio, de Vigo; Severino Estévez, de Tuy; José Villaverde, por los trabajadores del transporte de Vigo; Eduardo Collado y Jesús Arenas.

* * *

Los periódicos obreros publicados en Santiago fueron, en 1900, *El Sol*; en 1919, *Lucha Social,* y en 1925, *Solidaridad Obrera,* redactada por Ezequiel Rey y Manuel Fandiño. A fuerza de multas murió *El Sol. Lucha Social,* que fué redactada por tan excelentes amigos nuestros como Rey, Fandiño, José Silva, Jesús Pose y José Pasín, murió a manos de la «señora Anastasia» (vulgo censura). Igual honrosa muerte cupo a *Solidaridad Obrera,* el órgano de la Confederación Galaica.

* * *

Vigo sigue en importancia social a La Coruña y Santiago. La segunda capital de Galicia contó con una respetable organización obrera influenciada por los anarquistas. Esto era a principios de este siglo. El domicilio de las Sociedades estaba en la calle de López de Neira, y como éstas iban en crecimiento, hubieron de buscar local más espacioso, trasladándose a la Puerta del Sol, al antiguo domicilio del Centro Republicano.

Los socialistas, que veían con temor las nuevas tendencias que abrazaban los trabajadores vigueses, decidieron constituir minúsculas Sociedades frente a las ya organizadas, traicionando así a los trabajadores.

Hasta 1918 los camaradas de Vigo apenas dieron fe de vida. Es en dicho año cuando éstos comienzan a agruparse en un Ateneo Sindicalista, que se constituye al efecto y al de neutralizar la nefasta labor de la Federación Local de Sociedades Obreras.

Los camaradas del Ateneo Sindicalista continuaron su labor de educación y crítica, haciendo aparecer un nuevo vocero, en cuya cabecera, después del título *Solidaridad Obrera,* se leía: «Organo del Ateneo Sindicalista de Vigo, de la Federación Local de Tuy, y portavoz de la C. N. del T. de España.»

Sus principales redactores fueron Villaverde, Estévez, Pose y Carril. Por dicha época (1920) llegó a Vigo, procedente de Barcelona, uno de los elementos más capacitados del anarquismo español: Mariano Costa Y'scar, que ayudó mucho a los redactores del nuevo periódico.

* * *

En el mismo año celebró un Congreso la Federación Local, en el cual se presentó una proposición del Sindicato de la Construcción Naval, tendiente a terminar con el centralismo autoritario de los socialistas. Este hecho, considerado por éstos como cosa insólita, provocó apasionados comentarios y las sesiones en que se discutió tan lógica propuesta fueron memorables. El criterio de los sindicalistas fué aceptado por la mayoría de Sociedades federadas y el Consejo directivo de la Federación obligado a dimitir, siendo nombrados para substituir a los dimitidos Villaverde, Pose y Carril, como secretarios, y Regueira como contador depositario de fondos.

Al entregar el Comité saliente al entrante la do-

cumenación federal, tuvieron aquéllos buen cuidado de manifestar que los papeles de hipoteca de la Casa se habían perdido (!).

Despechados por el fracaso sufrido, los socialistas vigueses multiplicaron sus actividades para hacer imposible la vida del nuevo Comité, empezando por oponerse a la huelga general declarada en Galicia por solidaridad con los deportados de La Coruña. Esta traición alevosa a los más sagrados principios motivó el que Villaverde publicara en *Solidaridad Obrera* un vibrante artículo descubriendo a los traidores y dimitiendo su cargo de secretario de la Federación viguesa por incompatibilidad con aquellos elementos.

En enero de 1922 el grupo libertario «¡Despertad!» funda el periódico de este título redactado por Eduardo Collado y Villaverde, y en mayo del mismo año vuelve a convertirse en *Solidaridad Obrera,* órgano de los Sindicatos de la provincia adheridos a la C. N. del T.

En diciembre de 1926 ve la luz *El Despertar Marítimo,* órgano también de la Federación Marítima Gallega, afecta a la Confederación. Bien orientado y escrito, ha dejado de publicarse poco ha por orden gubernativa.

El esfuerzo realizado por los valientes camaradas de Vigo no ha sido vano, habiendo constituído el Sindicato General de Trabajadores, que con la importantísima Sección de la Flota Pesquera y Escabecheros, Boteros y Lancheros del Puerto y la Sección Varia, forman un sólido baluarte adherido a la Confederación Regional Galaica y, por ende, a la C. N. del T.

* * *

Vamos a terminar estas breves notas sobre Galicia haciendo relación somera de lo que El Ferrol significa en la lucha obrera libertaria.

En abril de 1913 constituyóse el Ateneo Obrero Sindicalista, que tuvo una primera época de actuación felicísima.

Bajo su égida se constituyeron potentes Sindicatos, como el de Metalúrgicos, Construcción, Madera y Transporte, que conquistaron la simpatía de los trabajadores en general, asqueados de la labor raquítica e ineficaz de la peor orientada Federación Local, mangoneada por los socialistas.

Fundáronse semanarios, tales como *La Batalla Sindicalista* y *Acción Sindicalista* y más tarde *Cultura Proletaria, El Sindicalista* y *La Protesta,* que fué en 1921 el órgano de los Sindicatos y portavoz de la Confederación Nacional.

En agosto de 1926 vió la luz *El Despertar,* que fué suprimido por la autoridad antes de aparecer el segundo número.

* * *

En 1915 los camaradas de El Ferrol organizaron el Congreso Internacional de la Paz, del cual nos ocupamos — si no con la extensión que merece — en otro lugar.

Las huelgas en El Ferrol no han sido muchas.

* * *

Terminaremos, finalmente, estas notas reproduciendo la biografía que del gran hombre nuestro, Ricardo Mella, ha escrito otro hombre de excepcional valía, Pedro Sierra, antiguo camarada de Gijón, a quien me fué dable tratar y conocer cuando residí en Asturias.

* * *

El 7 de agosto de 1925 dejó de existir en Vigo Ricardo Mella, el escritor de más valía que tuvo el movimiento anarquista español.

Aunque apartado voluntariamente de la lucha desde hacía más de diez años, ¿quién de entre los que continúan fieles podrá ser tan mezquino de sentimientos para no llorar sinceramente la muerte del gran pensador? Además, no hay que olvidar que Mella continuó siendo, hasta morir, lo que antes había sido: un hombre libre. Y luego que su obra de propagandista, tan enorme y brillante, aun es y será aprovechada para nutrir las páginas de las publicaciones de la causa y atraer a ella nuevos adeptos...

Pero Ricardo Mella no es sólo acreedor a nuestro duelo por lo que valía intelectualmente y por la obra que hizo con todo desinterés. También lo es por su vida misma, casi consagrada al ideal, y siempre sencilla y digna, aun ocupando puestos de cierto relieve como el que ocupaba al morir, de director de la Compañía de Tranvías de Vigo.

Nació Mella en esta ciudad de Galicia, en septiembre de 1861. «Niño aun — según confesión propia de él (1)—, en el agitado período del 73 mi buen padre, federal *enragé*, dábame a leer todos los días revistas y libros que entonces prodigaba el triunfante federalismo.» «Caída la República, vino una época — datos que tomamos de *El Pueblo Gallego*, de Vigo—, en que la juventud viguesa sentía con calor y entusiasmo los ideales de libertad y de progreso y se consagraba a su propaganda y defensa aun a costa de no pocos sacrificios. De un florido plantel de esa juventud fué Mella la figura más saliente, aunque por su modestia y sus vicisitudes no

(1) Artículo «La muerte de Pi y Margall», en el número 84 de *La Revista Blanca*, Madrid, 15 diciembre 1901.

alcanzó todo el relieve que merecía y al que sin duda alguna estaba llamado.

«En Vigo — seguimos copiando del mismo diario — escribió Mella en no pocos periódicos, fundó algunos y dirigió otros. Merece citarse especialmente entre ellos *La Propaganda,* semanario defensor de la clase obrera, que fundó en compañía de tres amigos, como él, republicanos federales, y en el que inició Mella los avances que no tardaron en llevarle más allá de las fronteras ideológicas de este partido.

»Otro periódico que entre nosotros dirigió Mella fué *La Verdad,* bisemanario, que no había sido fundado por él, pero que pasó a sus manos. Por una noticia publicada en él, que había sido tomada de otro periódico y que aludía a Elduayen, se promovió una querella que terminó con una sentencia de destierro.»

Mella se fué entonces a vivir a Madrid. En contacto con Serrano Oteiza, director de *La Revista Social* y padre de la que después había de ser la buena compañera de Mella durante el resto de su vida, completó la ya iniciada evolución hasta el anarquismo. El mismo nos informa de este paso importante de su vida en el número 102 de *La Revista Blanca* de 15 de septiembre de 1902, contestando a una consulta que le había hecho esta publicación acerca de los autores que más habían influído en la formación de su pensamiento.

Decía así Mella:

«Era federal a los veintiún años; *La Revista Social* me decidió por el anarquismo y el 82 fuí a Sevilla — al Congreso de la Federación Regional Española — como tal. Proudhon influyó entonces grandemente sobre mis ideas. Más tarde Spencer. Conservo siempre cariño a los escritos de Pi y Margall. Actualmente leo lo que puedo y estudio; de

modo que no acertaría a determinar una influencia dada.»

En *La Revista Social* dióse pronto a conocer Mella como escritor de raras cualidades. En aquel mozo de poco más de veinte años apuntaba ya el publicista, el pensador profundo y elegante que más tarde habían de admirar todos cuantos le conocían.

Acudió Mella con dos trabajos al Primer Certamen Socialista que se celebró en Reus el 14 de julio de 1885, y ambos fueron premiados. Se titulaba uno «El problema de la emigración en Galicia», estudio muy extenso y documentadísimo acerca de esta cuestión; el otro, «Diferencias entre el Comunismo y el Colectivismo», tema que preocupaba grandemente a los anarquistas de aquella época. Estos trabajos y los demás que obtuvieron igual distinción en el Certamen, fueron publicados en un libro, en seguida agotado. Ahora lo reedita *Revista Nueva,* de Barcelona.

Escribió luego Mella en la revista *Acracia,* de Barcelona, y en el periódico *El Productor,* algún tiempo diario, también de la ciudad condal.

Convocado en esta misma ciudad, para tener efecto el 10 de noviembre de 1889, un nuevo Certamen Socialista—el que se conoce con el nombre de Segundo, que es el mejor, intelectualmente, de todos los celebrados—, a él acudió Mella con distintos trabajos, a cuál más meritorio. Son por orden de publicación: «La anarquía: su pasado, su presente y su porvenir», «Breves apuntes sobre las pasiones humanas» (1), «La Nueva Utopía» (novela imaginaria), «El colectivismo: sus fundamentos científicos», «Organización, Agitación, Revolución» y, por

(1) Fué reeditado por Sempere en el libro de Mella *Cuestiones sociales.* Valencia, 1912.

último, «El crimen de Chicago» (2). Estos trabajos, todos premiados, juntos con los demás de otros autores que obtuvieron la misma distinción, se editaron en libro, habiéndose agotado la primera y segunda edición.

A partir de este Certamen, Mella brilló ya en el campo social como figura de primera magnitud. El mismo Pi y Margall fué sorprendido por la profundidad de pensamiento que encerraban los trabajos premiados de Mella y por la elegancia de estilo con que exponía sus ideas. Así, la colaboración de Ricardo Mella comenzó a ser solicitadísima por publicaciones numerosas de España y del extranjero.

Mella no vivía de su pluma, como vivían y viven otros muchos con menos valer que él; tenía que ganar el sustento suyo y de la familia, que acababa de crear, con su profesión de topógrafo. Pero, no obstante, atendía solícita y desinteresadamente a todas las peticiones de colaboración que se le hacían; porque su pluma era fácil, poseía abundantes ideas en su cerebro y estaba también, en el período de 1890 a 1900, animado de una fuerza de pasión revolucionaria que necesitaba manifestar del modo para él más factible: en el periódico y en la revista, en el folleto y en el libro.

En esta década de años colaboró asiduamente en los periódicos *La Anarquía y La Idea Libre,* de Madrid; *El Corsario,* de La Coruña, y *El Despertar,* de Nueva York; en las revistas *Ciencia Social,* de Barcelona y Buenos Aires (1895-96 y 1897-900, respectivamente); en *La Questione Sociale,* también de la capital argentina, (1894-96), y en *L'Humanité Nouvelle,* que dirigía A. Hamon en París.

De esta época es su famoso libro *Lombroso y los*

(2) Este trabajo figura igualmente en el libro de Mella, ya citado, *Cuestiones sociales.*

Anarquistas, (Barcelona, 1896), en el que refuta las teorías antropológicas de aquel escritor italiano, y sus folletos «Los sucesos de Jérez» (Barcelona, 1893), «La barbarie gubernamental en España (Brooklyn, 1897) y «La ley del número», (Vigo, 1899).

En septiembre de 1900, representando a varios grupos libertarios, asistió al Congreso Revolucionario Internacional de París, presentando su hermosa memoria «La cooperación libre y los sistemas de comunidad», donde fija, puede decirse que definitivamente, su criterio sobre la base económica de la sociedad del porvenir. De este mismo año son sus folletos «Del amor : modo de acción y finalidad social», editado en Barcelona por la Biblioteca «Geopolita», y «Táctica Socialista», imprenta del *Progreso,* Madrid.

«La coacción moral», uno de sus más bellos trabajos de pensador y de artista del lenguaje, es de 1901. Agotada la primera edición, se reeditó más tarde en el tomo «Cuestiones sociales».

Durante los primeros años del siglo actual colaboró algo en distintas publicaciones, *La Revista Blanca* y *Tierra y Libertad,* de Madrid ; *Juventud,* de Valencia ; más asiduamente en *Natura,* magnífica revista que salió en Barcelona en 1903-1904. En la colección de esta revista, con hermosos artículos que aun sigue reproduciendo la prensa libertaria mundial, figura también el texto de una conferencia que explicó Mella en el Instituto de Jovellanos de Gijón, el 2 de abril de 1903, acerca de «Las grandes obras de la civilización», conferencia que más tarde, en 1915, apareció en folleto editado por la Biblioteca «Cultura Obrera», de Jérez.

Desaparecida *Natura* y habiendo surgido por entonces grandes divisiones entre los anarquistas españoles, Ricardo Mella, que por temperamento y

educación estaba siempre por encima de pequeñeces de capilla y de bajas pasiones, decidió recluirse en el silencio, estudiar más, meditar, pensar en los suyos. Que yo sepa, en estos años de depresión moral sólo escribió algún que otro trabajo para la revista *Il Pensiero,* de Roma y para *La Protesta,* de Buenos Aires.

Se reanimó de nuevo su pasión por el ideal después de los sucesos de julio de 1909 en Cataluña. Aquella rebelión y los hechos posteriores le habían galvanizado. Pero, aunque colaboraba algo en el diario madrileño *El País,* tenía necesidad de una tribuna periodística más propia y que no guardase relación con el pasado, causa de su silencio, en España. Expuso su objeto a buenos amigos de distintas poblaciones, y habiendo recibido la ayuda necesaria para los primeros números de un periódico, pronto vió la luz *Acción Libertaria.*

En este semanario, Gijón y Vigo, 1910-11, en el que le sucedió, *El Libertario,* Gijón, 1912-13, y en *Acción Libertaria,* segunda época, Madrid, 1913-14, está, sin duda, lo mejor que Ricardo Mella produjo con su pluma; lo creía él también así, sugún cartas suyas que conservo. Los anteriores años de apartamiento de las lides periodísticas, consagrado al estudio y a la reflexión, habían elevado sobremanera el pensamiento de Mella. Estaba entonces en esa edad en que las inteligencias superiores se hacen completamente maduras. Su estilo, siempre tan claro y galano, había también ganado en riquezas de expresión, como si para Mella no tuviese ya secretos el idioma. Ahí están, para atestiguarlo, sus soberbios artículos de esos años: «Los cotos cerrados», «La gran mentira», «Diálogo acerca del escepticismo», «Los grandes resortes», «Más allá del ideal», «Las viejas rutinas» y mil más, pues Mella, fecundo como nunca, escribía

en ese período con verdadera prodigalidad, firmando con su nombre, con dos iniciales, con una sola, con sus seudónimos: Raul, Mario, Dr. Alem, sin firma también. En esas publicaciones cultivó Mella todos los géneros posibles del periodismo de ideas: el artículo de fondo, consagrado generalmente al comentario de la actualidad política y social; la exposición de teorías, siempre original y sugerente; la réplica apabullante al adversario; ensayos literarios, educativos y llenos de emoción, de calor; la crítica de libros.... Pero todo escrito de modo superior, sin una nota de mal gusto, porque Mella era un aristócrata de la inteligencia. Muchos de estos trabajos, que habían de ser los últimos de él, dejan en el ánimo esa impresión de serenidad que sólo saben provocar los escritores de selección.

Después no escribió más para el público, no obstante lo mucho que se le solicitó, sobre todo durante la guerra mundial, para conocer su opinión valiosa acerca de tan extraordinario problema. Alimentaba yo la esperanza de que no se iría Mella de la vida sin dejar alguna obra definitiva, recordando siempre dos detalles: uno, que en 1911 me había dicho que pensaba refutar en un libro las teorías de *Le Dantec* sobre el egoísmo y el ateísmo, que le habían inquietado, como se ve apuntar al final del hermoso prólogo que Mella puso a «La ciencia moderna y el anarquismo», de Kropotkin, que tradujo por encargo de Sempere, prólogo que tiene tantas ideas y sabrosidades como el mismo libro que lo inspira; otro, que en años más tarde, en carta que guardo todavía, me comunicó también que no quería morir sin haber antes escrito una obra que llamaría acaso «Libro del incrédulo». Desgraciadamente para los que le admirábamos y para su mayor gloria al mismo tiempo, me entero ahora que ninguno de esos propósitos

llevó a cabo. La familia de Mella me informa que no quedó inédito el menor escrito de él.

En los últimos años de su vida, aun sin dejar de ser profundamente libertario, había evolucionado Mella hacia una comprensión de las ideas por encima de todos los dogmas, una suerte de escepticismo filosófico con gran fondo idealista. Terminaba así Mella, lógicamente, de recorrrer el camino que apuntaba seguir con su ruidoso artículo «La bancarrota de las creencias», que apareció en el número 107 de *La Revista Blanca,* Madrid, 1 de diciembre de 1902, ruta que años después emprendió resueltamente en «Diálogo acerca del escepticismo», «Los cotos cerrados», «Más allá del ideal», etc. Se había curado ya del infantilismo revolucionario que en su juventud estaba mezclado con su obra de pensador. Formar conciencias independientes, emancipadas, he aquí lo que parecía esencial para él. Mella no era nietzscheano ; sé que no podía leer al filósofo de Roecken porque encontraba su estilo indigesto y crueles, «de casta», sus teorías ; pero ¡qué coincidencia para mí entre el espíritu de los trabajos con que Mella termina su vida de publicista y el que Zarathustra quería dejar a sus discípulos al despedirse de ellos !... Quizá en su soñado «Libro del incrédulo» pensó Mella tratar de tan interesantes cuestiones. ¿Y quién mejor que él, inconoclasta, enemigo encarnizado de las tiranías sobre el cuerpo y el espíritu, para hacer un a modo de Evangelio del hombre libre?

Tales son los rasgos más salientes, a mi entender, de la fuerte figura intelectual de Mella, claro que muy someramente trazados. Examinar su vida y su obra con mayor detenimiento, nos llevaría más lejos de lo que requiere un trabajo como el presente, dado lo que representaba Mella dentro de la ideología anarquista. Porque los que quieran cono-

cer a fondo estas doctrinas habrán de estudiar la forma original en que las intrepretaba Mella, principalmente en lo que se refiere al concepto que tenía de los límites de la libertad individual, que le llevó a defender durante muchos años el colectivismo por oposición al comunismo, guardando en esto gran afinidad con Tucker. Pues éste y los demás aspectos de la personalidad de Mella deberían ser destacados en un trabajo más detenido y completo.

Pero antes sería preciso recoger y editar ordenadamente su obra de publicista que conserva valor de perennidad, que no es corta. Esta obra, rica en ideas y contenido, varia en los temas, escrita con pluma de artífice, está por ahí dispersa en periódicos y revistas que hoy se consiguen mal, o en folletos casi agotados ya. Para los que fuimos amimos, admiradores o discípulos del muerto, ¿no es un deber publicar unos tomos que contengan toda su brillante labor? (1).

Sería el mejor homenaje que podríamos hacer a Mella, sin profanar así nada la memoria de este hombre grande por el pensamiento, pero sencillo en su vida e iconoclasta siempre.

CATALUÑA

Se ha dicho — y ello es una gran verdad — que Barcelona, cerebro y alma del movimiento social de la región catalana, ha sido y es el termómetro y mo-

(1) Este deseo del amigo Sierra ya ha sido satisfecho en parte. Acaso a su propia intervención personal — aunque lo ignoro — débese la publicación del primer volumen del maestro: *Ideario*. — (*N. del A.*)

delo en el que se inspiran las demás comarcas españolas.

Es muy raro que haya luchas sociales en España si en Barcelona no las hay. Su actividad o su quietismo se producen automáticamente en el resto del país.

Los trabajadores — los militantes obreros — en general, consideran bueno, aunque sea malo, todo lo que se gesta y desarrolla en Barcelona.

Veamos lo que Ricardo Mella opinaba de la bella región catalana en 1911.

«Así como Andalucía fué el sentimiento, la pasión y el entusiasmo en el despertar de España a las ideas sociales, Cataluña fué el pensamiento y la reflexión. Lo había sido cuando la Internacional. Lo fué de 1881 en adelante.

»¡Con cuánta admiración recuerdo a los bravos luchadores del tiempo viejo! Serios, enteros; de una moralidad a toda prueba; capaces de todos los arrestos sin ridículos desplantes; reflexivos hasta el punto de no comprometer jamás los intereses del proletariado, laboraban por las ideas con un tesón firme y sin flaquezas; propagaban continuamente sin desmayos, pero también sin botaratadas; y cuando llegaban los momentos de lucha, no volvían la cara y si caían vencidos no imploraban favor ni aceptaban merced del poderoso...

»Es inseparable del movimiento obrero, en Cataluña, el movimiento anarquista. Los éxitos y las derrotas del uno, lo han sido del otro. Difícil será que llegue la hora de divorciarse. Correrán igual suerte por mucho tiempo.

»Nadie desconoce la gran fuerza que el anarquismo ha tenido y todavía tiene en Cataluña. Pero de la época en que organizaba certámenes, mitines resonantes, asambleas de innegable trascendencia, y sostenía periódicos y revistas muy notables y edi-

taba con profusión folletos y libros, a la época presente en que languidece, mal sostenido por una prensa que difícilmente vive y no edita apenas literatura ni celebra reuniones, la distancia es enorme. Nos engañaríamos tristemente forjándonos ilusiones. El anarquismo se ha difundido, es cierto, pero también lo es que se ha debilitado.

. . . . . .

»En cuanto al proletariado catalán, en general, habrá de reponerse volviendo a la perseverancia de mejores tiempos, procediendo con mesura y tino, poniendo la vista más en lo remoto que en lo próximo, pagándose más de la labor continua de cada día que de los fuegos artificiales de un momento de exaltación. No hablo a nombre de un espíritu de moderación meticulosa, de una tendencia posibilista, de un deseo de legalismo y de orden. Hablo a nombre del buen sentido. El revolucionarismo no es charlatanismo.

»¿Qué duda cabe que hay en Cataluña elementos capaces de esta resurrección? ¿Qué duda cabe que puede recobrar su hegemonía societaria?

»Querer es poder. Pero si no hay quien quiera, el movimiento social de Cataluña perecerá a manos de los ambiciosos políticos y de los truchimanes socialistas. Los dos elementos se dan la mano.

»En estos instantes de descomposición de los partidos en Cataluña; en estos momentos en que parece agotarse el espíritu particularista de la región, sería oportuno y cuerdo poner manos a la obra y emprender la campaña de renovación que preconizo.

»Piensen en ello los camaradas catalanes».

He aquí unas cuantas opiniones que no tienen desperdicio;

Ahora vamos a limitarnos a narrar lo que consideramos que, por su interés, merece ser conocido o recordado.

* * *

Comenzaremos por hacer mención de los periódicos que ven la luz desde 1881 a 1893.

He visto *La Tramontana,* fundada por José Llunas y Pujals, que aparece, redactado en catalán, el 16 de febrero de 1881. Obtuvo larga vida, pues sale sin interrupción hasta noviembre de 1893. Colaboraban en él Conrado Roure, Federico Soler (Pitarra), el gran dramaturgo catalán ; José de Lasarte, Rosendo Arús, Jaime Guanyabens, Antonio Farigola, el doctor Crudells, Luis Carreras, Ferrán, Serrabé y Tonijuán. Observo que la especialidad del periódico es el anticlericalismo y que la mayor parte de colaboradores mencionados no son anarquistas ; pero, aun así, la influencia de Llunas se nota muy sensiblemente y la publicación adquiere un marcado matiz libertario.

De 1881 a 1885 aparecieron *La Federación Igualadina* en Igualada y en Barcelona *El Esclavo Moderno, El Grito del Pueblo* y *Los Parias.*

En julio de 1884 ve la luz en Sabadell *Los Desheredados,* dirigido por José López Montenegro, que usaba también el seudónimo «Yo» en muchos de sus escritos. López Montenegro fué detenido en marzo de 1885. En el periódico mencionado colaboraban, entre otros, José Nakens, «Orfeo», León Tochis, Federico Oliver y Antonio García.

El primer día de noviembre de 1885 sale en Barcelona el periódico librepensador *La Luz,* cuyo fundador director es Rosendo Arús Arderius, colaborando en él C. M. Serrail, J. Solé Piqué, Cristóbal Litrán, López Montenegro, «Pitarra», José de Diego, Torrents Ros y Montserrat Arnau.

En 1881 había aparecido en Madrid *La Revista Social.*

En 1886 aparece, hasta 1888, en Barcelona, *Acracia,* fundada por Farga Pellicer y Anselmo Lorenzo; se cuentan entre sus colaboradores Fernando Tarrida del Mármol y Teobaldo Nieva. Con tan valiosos elementos nada era de extrañar que dicha revista, igual que la que en Madrid hiciera aparecer Oteiza, llegase a mejorar y superar por su fondo y por su presentación gráfica a la mayoría de las publicaciones similares burguesas.

Juan Bautista Ollé, uno de los camaradas que más se distinguieron por su cariño a dichas publicaciones, decíame por carta hace poco:

«Aquí en Cataluña éramos muchos los que nos absteníamos de fumar y tomar café para subvenir a las necesidades materiales de tan hermosas revistas.»

El mismo año que *Acracia,* aparece en Barcelona el primer diario obrero que ha visto la luz en España, con el título *El Condenado*; también ve la luz *La Justicia Humana,* el primer periódico fundado para defender las teorías comunistas anárquicas.

En febrero de 1887 otra gran publicación sale diariamente en la capital de Cataluña, *El Productor,* de grata recordación, que vivió lleno de bríos y de arrestos por la buena causa hasta 1893.

El Productor estuvo redactado por las plumas más brillantes del anarquismo español, tales como las del doctor Gaspar Sentiñón (1), Pedro Esteve, Anselmo Lorenzo, «Federico Urales», Farga Pellicer, José Llunas, Pellicer Paraire, Celso Gomis, Adrián del Valle, Torrents, Boix, etc.

Y en 1888 sale *Tierra y Libertad,* también en Bar-

(1) Este gran hombre de ciencia había señalado ya su gran simpatía por nuestras ideas en el primer Congreso de la Internacional de Basilea en donde representó a los trabajadores catalanes junto con Farga Pellicer.—(*N. del A.*).

celona. Trasplantada a Madrid la dicha publicación años más tarde, fué diario en la capital de España. Formaron su Redacción Soledad Gustavo, A. Apolo y Juan Montseny (Federico Urales).

Desde 1890 a 1893 ven la luz igualmente en Barcelona, respectivamente, *La Revolución Social, El Porvenir Anarquista, El Eco de Ravachol* (en catalán), *La Revancha* y *La Conquista del Pan.*

La actividad, la inteligencia y el espíritu de sacrificio de nuestros hombres de la Federación Regional en Cataluña, en los años referidos, quedan plenamente patentizados por el esfuerzo que representa dar vida a tantas y tan notables publicaciones como las que acabamos de mencionar.

Tanto ellos, los nombrados y los que quedan sin nombrar, como las masas obreras, cuya generosidad alimentó con sus recursos materiales y sus estímulos espirituales toda la prensa obrera y libertaria de entonces, merecen nuestra más profunda admiración y el mayor de nuestros recuerdos.

* * *

Sucesos salientes en esta brillante época no mencionaremos muchos. El movimiento obrero va plenamente emparejado con el movimiento anarquista, cuya prensa refleja el espíritu de aquél. Las luchas sociales se suceden serena y pausadamente; la acción obrera, inteligente como los hombres que la inspiran, se desarrolla en un ambiente de entusiasmo por la ilustración y la cultura. No faltan por eso las demandas de mejoramiento material. Véase, si no, lo que nos cuentan aquellos periódicos.

El 10 de junio de 1881 los carpinteros de Barcelona y su radio, en número de 3,200, celebran un

mitin para reclamar la jornada de ocho horas; trabajaban diez.

También los Constructores de Edificios de Cataluña se reunen el 12 del mismo mes y año, y con el mismo fin, en el teatro Odeón, en número de 4,200, pues en el local no cabía más gente. Asisten a la Asamblea los delegados de los albañiles de Sans, Gracia, San Andrés, San Martín, Badalona, Alella, Masnou, Tiana, Vilasar de Munt y Vilasar de Dalt, más los ladrilleros de Sans, Horta, Granollers, Barcelona, Gracia, San Martín, San Andrés y las sociedades de alfareros.

Los ladrilleros, según expone el delegado regional del oficio, trabajaban entonces ya la jornada de ocho horas y media, pagándose su labor a 32 reales el millar, mientras que los de Madrid trabajaban diez horas y sólo cobraban 17 reales por la misma faena o número de piezas elaboradas.

En enero de 1883 fúndanse en Tarrasa varias escuelas laicas.

Recuerda *La Tramontana* que en marzo de 1884 el tipógrafo Vives Mora, delegado al primer Congreso de la Federación Regional de Trabajadores, es el único traidor a la huelga de impresores de la casa Alufré.

En enero de 1883 los tipógrafos barceloneses se ven obligados a declarar la huelga por haber sido despedidos — por el delito de ser asociados — varios compañeros de los periódicos *El Diluvio, La Gaceta* y *La Esquella.*

En 1884 se inicia una gran crisis de trabajo que se prolonga hasta 1891.

Como consecuencia de esta crisis, que repercute sobremanera en las industrias textiles, son despedidos numerosos trabajadores del ramo en toda la región. «La España Industrial» despide a la mayoría de los estampadores y la fábrica del señor Sedó, de

Esparraguera, echa a la calle a la mayor parte de sus obreros.

Según cálculos de las Sociedades de tejedores, en Barcelona huelgan 2,000 estampadores, trabajando solamente 300; los parados, que tiene la Sociedad «Las Tres Clases de Vapor», ascienden a más de cuatro mil.

La protesta obrera y anarquista arrecia contra la burguesía y las autoridades, por su incompetencia para resolver el problema del paro forzoso.

El cólera desencadenado en 1885 hace verdaderos estragos, hasta el extremo que en algunas grandes fábricas, tales como «La España Industrial», se tienen que construir hospitales provisionales para atender a los atacados; esto da idea del crecido número de víctimas que la epidemia ocasiona.

El 1.º de Mayo de 1887 *El Productor* dedica un número especial a la tragedia de Chicago.

El 15 de abril de 1887 Anselmo Lorenzo pronuncia un discurso en el Ateneo Barcelonés, contrastando las ideas anarquistas con las de los demás sectores de la docta y burguesa institución. Fué calurosamente aplaudido por el pueblo y muchos intelectuales que llenaban el local.

El 1.º de Mayo de 1890 los trabajadores barceloneses inician una manifestación monstruo en un mitin en el teatro Tívoli. Terminado éste, los manifestantes, en número de muchos miles, se dirigen por las Ramblas y el Paseo de Colón hasta el Gobierno civil, en donde entregan al gobernador, señor Antúnez, unas conclusiones.

Al siguiente día el paro es general, habiendo choques entre el pueblo y la fuerza pública y declarándose el estado de guerra en toda la región, muchos de cuyos pueblos han seguido el ejemplo de la capital.

El día 4 por la tarde hace explosión una bomba

en la calle de la Canuda, frente al Fomento, y el día 5 se da por vencido el paro por la traición de algunas entidades reformistas hostiles, dando esto ocasión para que las autoridades comiencen a encarcelar a los miembros más destacados de la organización obrera.

En los meses de julio y agosto de 1891-1892 se producen varias huelgas de tranviarios y del gas Lebón, las que ocasionan 372 detenciones.

Se declaran varios conflictos más, tales como los de los sombrereros, metalúrgicos, carpinteros y albañiles.

El último acto importante de los años 1881 a 1893 es la Conferencia de los trabajadores del campo de Cataluña, celebrada en Barcelona en mayo de dicho último año, con la asistencia de gran número de delegados de toda la región.

* * *

En 1893 Pallás, después de haber intentado matar a Alfonso XII, arroja una bomba contra Martínez Campos, por cuyo acto fué ejecutado.

La propaganda por el hecho sucede a la obra doctrinal de nuestras publicaciones y propagandistas, que son suprimidas aquéllas y perseguidos éstos con gran encarnizamiento. La labor educadora, consciente y pública vese substituída por la conspiración.

La ejecución de Pallás ocasiona, en venganza, los célebres atentados del Gran Teatro del Liceo y Cambios Nuevos. Por el primero de dichos atentados fué ejecutado Manuel Salvador. Por el de Cambios Nuevos se incoó el fantástico proceso que se hizo famoso en el mundo entero: el proceso de Montjuich.

No hemos de mencionar nombres de víctimas ni

victimarios. Pedro Corominas publicó a su tiempo un gran volumen en el que constan todos los detalles y encartados, y la campaña realizada en favor de éstos, con expresión de fechas, datos y nombres por *El Progreso,* con la cooperación exclusiva de Urales y Soledad Gustavo, también se coleccionó en un libro.

Yo sólo recogeré la idea, muy extendida entonces y después, de que el famoso proceso de Montjuich fué obra de los clericales y de la policía, empeñados en atajar el creciente avance del anarquismo español.

Los primeros clamores de la conciencia universal —en España se ejercía la censura con inusitado rigor — contra las atrocidades de Montjuich los publicó *L'Intransigeant,* de París, dirigido por el comunalista Rochefort, según el apoyo y los datos que le proporcionaba personalmente Fernando Tárrida del Mármol, escapado por milagro de aquel suceso. Luego *Freedom,* el órgano anarquista inglés, y después ya *El Nuevo Régimen,* de Pi y Margall; *El País, El Progreso* y, por fin, la prensa y los hombres libres de todos los países.

Un anarquista italiano, Angiolillo, creyó terminar con todas aquellas atrocidades matando a Cánovas del Castillo en el Balneario de Santa Agueda el 8 de de agosto de 1898.

* * *

La actividad social en Cataluña después de los tristes hechos que acabamos de narrar vuelve a resurgir pujante y arrolladora.

En 1901 Barcelona ve aparecer nuevas publicaciones para substituir a las que el Poder público había suprimido a raíz del atentado de Cambios. Los trabajadores se reorganizan y retornan a sus

puestos de combate. Todo vuelve a marchar como si la gran tragedia no hubiese existido. A muchos de los camaradas expatriados o desaparecidos por causa de la represión suceden otros jóvenes, menos expertos, menos inteligentes, si se quiere, pero, igual que aquéllos, voluntariosos y esforzados.

Así vemos, junto a los conflictos obreros que se desarrollan en 1901, aparecer sus órganos de orientación ideológica y combativa. Uno tras otro van apareciendo: *El Productor*—ahora dirigido por Leopoldo Bonafulla—, que no es ni sombra de lo que fué; le faltan los mejores elementos con que contara en su primera época; *La Huelga General*, excelente publicación fundada por Francisco Ferrer Guardia, colaborando Eliseo Reclus; *El Libre Concurso, La Guerra Social, Salud y Fuerza, Nuevo Espartaco, El Libertario, El Nuevo Malthusiano* y *Buena Semilla.*

Los periódicos mencionados son el mejor exponente de la situación social en 1901-1902.

Se nota como un afán de revancha contra la forzosa inactividad que en los años precedentes impusiera la represión. Las luchas se suceden, pero ahora de manera menos seria y ordenada que en la anterior época. Obsérvase la falta de muchos viejos y prestigiosos luchadores y, por lo tanto, cunden la inexperiencia y los fracasos. La idea de huelga general toma cuerpo en los medios obreros, que parecen inclinarse hacia la modalidad sindicalista implantada en Francia.

Las teorías acerca de la huelga general se convierten en hecho el año 1902, en que todos los trabajadores de Barcelona se hacen solidarios con los metalúrgicos en lucha. Este gran conflicto alcanzó caracteres de extrema gravedad y graves consecuencias, víctimas y detenciones a granel, y, para mayor

desgracia, los metalúrgicos no triunfan en todas sus demandas.

Hasta 1906 no encuentro grandes cosas que contar, como no sea que la acción obrera se manifiesta falta, en general, de aquella cohesión que la distinguiera y capacitara tres lustros antes. Diluída la organización Pacto de Solidaridad y Resistencia, que fué la continuadora de la antigua Federación Regional, los trabajadores catalanes carecen de todo centro de relaciones hasta 1907, en que se constituye Solidaridad Obrera, que tal es el título del nuevo organismo fundado en Barcelona el día 3 de agosto.

El primer Consejo directivo lo componen Antonio Colomé, A. Badía Matamala, Jaime Bisbe, Ramón Lostau, Avelino Sánchez, Enrique Farrés y Martín Martí.

Se forman dos Comisiones, una de propaganda y otra de enseñanza. De la primera forman parte Emilio Villagonga, José Palau, Francisco Bonafont, Pedro Sánchez, José Román, Antonio Sayos y Arturo Gas.

La Comisión de enseñanza estaba compuesta por José Casasola, maestro racionalista y gran amigo de Ferrer Guardia; José María Carreras, Eduardo Calvo, Francisco Carreras y José Cugues.

«Afirmamos y queremos, como fin de nuestras aspiraciones económicas, la emancipación total de los trabajadores del sistema capitalista, substituyéndolo por la organización obrera transformada en régimen social del trabajo.»

Esta declaración no puede ser más vaga e inconcreta; la idealidad anárquica brilla por su ausencia.

El 19 de octubre del mismo año aparece el periódico *Solidaridad Obrera* como órgano de la Federación.

En el segundo número de este semanario encuentro un artículo de Bisbe — *Definiendo*—, en el que dice:

«Se deduce de cuanto dejamos dicho que tampoco debemos esperar nada del Estado.»

Algo más tarde ya aparecen entre los colaboradores de *Solidaridad Obrera* los nombres de Anselmo Lorenzo, José Prat, E. Pouget y otros.

No me extrañan las desviaciones ideológicas que observo en el proletariado catalán en los diez primeros años de este siglo.

El terrorismo de Tresols, «Memento», Rull y compañía había motivado las más sañudas persecuciones contra los anarquistas de la región, por lo cual las masas obreras, a partir del movimiento de 1902, quedan a merced de los políticos y reformistas del obrerismo.

Sin embargo, la conciencia libertaria del proletariado resurge espontánea cuando el Gobierno de Maura (1908) formula su famoso «proyecto de ley contra el terrorismo».

Toma la protesta obrera tal cariz, que el proyecto de ley tiene que ser retirado cuando lo habían dado ya por bueno los legisladores de la Alta Cámara.

El primer acto de aquella protesta lo inicia *Solidaridad Obrera* con un hermoso manifiesto, suscrito por toda la organización de Cataluña, y en el cual leo su final:

«Compañeros:

»Las voluntades humanas, como las aptitudes, se equivalen. Que nuestra acción colectiva glose el conocido «Nos valemos tanto como vos y todos juntos más que vos» y diga al Gobierno de la burguesía y su malhadado proyecto que nos place aceptarlo, ni resignados ni obedientes...

»Que cada uno de nosotros se convierta en pregonero de esta firme voluntad y la lleve de hogar en

hogar, de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, hasta juntar todas las fuerzas dispersas y oponerlas como bloque formidable contra el cual se estrelle la testarudez y la estulticia de los privilegiados.

»Que nuestras Sociedades de resistencia sean focos de entusiasmo y de propaganda y baluartes defensores de nuestras justas aspiraciones. Por la convicción a la unión, por la unión a la fuerza, por la voluntad de esta fuerza a la victoria.

»El guante está echado. Recojámoslo.

»Barcelona y mayo de 1908.»

El Congreso ya regional de *Solidaridad Obrera* se celebra los días 5, 6 y 7 de septiembre de 1908, con asistencia de 200 delegados, representando a 130 entidades. La mayoría de representantes son anarquistas; pero, dominando en ellos las tendencias unificadoras, abstiénense de propagar sus ideas. El mismo Tomás Herreros propone, al final de las deliberaciones, que en el mitin de clausura hablen representantes de las tres fracciones que componen la Asamblea, haciéndolo Fabra Ribas por los socialistas, José Anglés por los republicanos y Rodríguez Romero por los anarquistas.

El Congreso, por tanto, no acepta resolución alguna contra el Estado.

El Consejo federal nombrado el 29 de diciembre de 1908 lo integran José Mas Gomerí, Tomás Herreros, José Castillo, Juan Coll y Pedro Closas.

Por entonces se declara la huelga contra el órgano de Lerroux, *El Progreso,* con cuyo motivo el grueso de la organización catalana se divorcia definitivamente del partido radical, lanzándose la idea de la celebración de un Congreso nacional sindicalista.

El último número de *Solidaridad Obrera* que obra en nuestro poder lleva fecha del 9 de julio de 1909.

Diez y seis días más tarde estalla la huelga ge-

neral en Cataluña contra la guerra de Marruecos. La «Semana Trágica» es la gesta más formidable y espontánea realizada por el proletariado catalán.

En un volumen publicado por «Leopoldo Bonafulla» con el título *La Revolución de Julio* (1909), y en el libro de Georges Normandy, *Ferrer y su obra*, podrá encontrar el lector cuanto le interese saber acerca de aquella generosa demostración popular que el Gobierno de Maura ahogó en sangre.

* * *

Hasta principios de la gran guerra (octubre de 1914) las actividades del proletariado catalán son muy escasas.

En esta época llegué yo a Barcelona. Poco tiempo después hice conocimiento y relación con el grupo de los «americanos», como llamábamos a los recién desembarcados procedentes de América. Recuerdo los nombres de Antonio Loredo, el mejor escritor y orador, a mi juicio, que por entonces había en Cataluña; a Francisco Noriega, Jorge Gallart y Joaquín Cortés, buenos elementos los tres para la tribuna; Francisco Salamero, Antonio Vieytes y Jesús Vega; este último compañero atentó contra el comisario de policía Martorell en su propio despacho.

Poco antes había también llegado a Barcelona, procedente de Orán, según creo, Angel Pestaña.

En el mes de octubre hice conocimiento — desgraciadamente en dos ocasiones nada más—con el hombre a quien más deseaba conocer por la gran simpatía que siempre me inspiró: con Anselmo Lorenzo, que nos abandonaba para siempre el día 30 de noviembre. El acto de su entierro fué una gran

demostración de duelo del proletariado barcelonés. Lorenzo había nacido en Toledo el 21 de abril de 1841.

Más tarde ya conocí a Tomás Herreros, Andrés Cuadros, Jaime Aragó, Manuel Andreu, el electricista, y Manuel Andreu, el barbero, hombre a quien profeso especial estimación; al viejo Boix, gran amigo de Lorenzo; a José Viadin, a Pablo Sabater (el «Tero»), asesinado por la banda de Brabo Portillo en 1919; los hermanos Segura, Juan Pey, uno de los hombres más puros del movimiento obrero anarquista en Cataluña; a Viñas «Gonzalvi», Francisco Miranda, Antonio Borobio, a los hermanos Rico, a José Prat, el gran internacionalista, con el cual he conversado dos veces; a José Negre, uno de los principales organizadores de la C. N. del T.; a José Roig Torner, Francisco Escofet, José Canela, José Climent, que se mató examinando una pistola en el Centro obrero de la calle de la Luna; Evelio Boal, Eladio Bernal, Francisco España, Elías García, Miguel Andrés, Costa Iscar, Miguel Alós, Fortunato Barthe, Gastón Leval, José Puig, el barbero, persona a quien admiro por su gran bondad; a José Ginés, a Manuel Grau («Gran Bohemio»), a Juan Pedro Esteve, Manuel Máñez, al viejo Baldomero García, uno de los supervivientes de la tragedia de Montjuich; a «Roman Cortés» (Boireu), a Sayan, que fué asesinado por los socialistas traidores en una huelga de Tipógrafos; a Víctor Sergie (Kibaltchiche) actual comisario bolchevique en Rusia; a los hermanos Vandellós; a Boada, Banera y el contramaestre García; a Pablo Ullod y su hermano; Antonio Martínez, el ferroviario, muy buen orador; a José Ysern; el escultor Barba, José Casasola, Manuel Badía, «Zoaís» y Martorell profesores racionalistas; a Salvador Quemades, Enrique Rueda, José Arauz, José Mas Gomeri, Juan

Uson (Juanonus) y José Rovira (Galfe); Francisco Jordán, Dolores Ferrer, los hermanos Roca, Francisco Martínez (Arín), Silvio González, Saturnino Meca, Andrés González, Jaime Mariné, Ricardo Fornells, Félix Monteagudo, Rosario Dolcet, los hermanos Solé, «Federico Fructidor» y su padre, Francisco Ciurana; Manuel Salvador (Salvadoret) José Cubells, José Salvat, «Dyonisios», José Ripoll, Francisco Gil, Emilio Mira, Paulino Díez, Francisco Comas (Paronas), José Valero, Francisco Joanxich, a la familia Ródenas, Francisco Baldequi, Castellá, Salvador Seguí, Jaime Rubinat, el viejo Blanch y sus hijos, etc.

Cada uno de los nombrados y otros más, cuya lista sería interminable, merecen una biografía especial.

La mayoría de ellos han sido asesinados y algunos más han muerto; pero los otros, los que aun quedan, con pocas excepciones, siguen fieles a los ideales de redención.

También en otras localidades de Cataluña he conocido elementos de gran valía tales como Bruno Lladó, José Beltrán, José Isgleas y Germinal Esgleas, Juan Peiró, Eusebio C. Carbó, Sebastián Clará, Juan Gené, José Ferrer, Hermoso Plaja, Juan García, Martín Bruno, José Grau, Jaime Espinalt, los hermanos Francisco y Fidel Martí, y otros muchos, todos anarquistas.

Una entidad de grata memoria — que yo he comparado más tarde con el célebre «Club du Fauburg» de París — fué el Ateneo Sindicalista de Barcelona.

* * *

Es obvio decir que la guerra terminó con la crisis del trabajo en España y que en Cataluña la demanda de producción, para los países aliados, fué

tan grande, que los obreros encontraron así el modo de arrancar a la burguesía una parte de lo mucho que ella ganaba o robaba. Surgieron pues las grandes huelgas y los grandes triunfos obreros.

A primeros de 1915 se hallan en huelga los metalúrgicos, los albañiles, los panaderos, los marinos, etc.

Para informar sobre tales conflictos la organización decide publicar un suplemento diario de *Solidaridad Obrera,* cuya primera redacción forman entre otros, Manuel Andreu y José Negre.

La huelga corporativa más ejemplar, de todas las habidas en Cataluña en este siglo, fué la de los ebanistas de Barcelona (octubre de 1915-febrero 1916).

También la de los fideeros es digna de mención al respecto, igual que la del Ramo de Construcción a raíz del conflicto surgido en la Planza Monumental.

La defección de los carpinteros de San Martín en este conflicto fué causa de la constitución del llamado Sindicato Unico cuya forma de organización propagó, inició y adoptó en primer lugar un grupo de diferentes gremios del ramo de la madera.

El pequeño suplemento de *Solidaridad Obrera* conviértese en flamante diario, en mayo de 1915.

La redacción fué compuesta por Borobio, Andreu, Negre, Viñas y Castellá. En la administración estaban, Doménech, Miranda y, más tarde, Pestaña.

Los grupos específicos del anarquismo vuelcan sus actividades en la organización obrera. Las viejas eternas querellas desaparecen en el fragor de la lucha social que cada día alcanza caracteres de mayor magnitud.

Y llegamos a diciembre de 1916 con una huelga general nacional, declarada por la C. N. del T. y la U. G. de T., contra la carestia de las subsistencias.

Luego la gran semana de agosto de 1917.

La revolución rusa acrecienta el espíritu subversivo de nuestras masas trabajadoras.

* * *

Este comicio es el más grande de los celebrados por los obreros catalanes desde que su organización existe. Se constituyó en el Ateneo Racionalista de Sans, calle de Vallespir, los días 28, 29 y 30 de junio y el 1.° de julio de 1918.

Conviene hacer honor al Comité organizador que cumplió admirablemente su cometido; formaban dicho Comité: Salvador Seguí, Enrique Rueda, Camilo Piñón, Juan Pey y Salvador Quemades.

Se hallaban representaciones directas de 27 Federaciones locales, comprendiendo 198 sociedades y Sindicatos y 164 delegados representando a más de 75,000 federados.

Recuerdo los nombres de Grau, Navarro, Escandell, Monteagudo, Botella, Rubinat, Rueda, Escofet, España, Buenacasa, Ullod, Satorra, Abós, Arín, Solsona, Pestaña, Rovira, Pey, Vendrell, Seguí, Bonet, Barberá, Soler, Piera, Mas, Ramón, Quemades, Vives, Mira, Lleonart, Fornells, Viadín, Busot, Marsal, Peiró, Martí, Cono, Borrás, Robert, Vilanova, Ferrer, Damián, Fabregat, Busqué, Mateu, Claramunt, Arnó, Comas, Sala, Surinach, Jouret, Catalá, Pich, Badía, Bertrán, Lladó, Barthe, Casas, Prin, Serrate, Bruno y Pallejá; y los significados socialistas: Mestres, de Reus; Llavería, de Tarragona, y el cacique de Sitges, Durán.

Aunque anarquistas las diez y nueve vigésimas partes de la Asamblea, el Congreso no se decidió por una franca declaración de los principios libertarios, si bien fueron muchos los que hablaron contra el Estado.

Sobre las mismas tácticas de acción las resoluciones adoptadas no fueron todo lo concretas que cabía esperar. Véase si no la adición al dictamen—una y otra aprobados — que proponía la acción directa como procedimiento de lucha: «En los conflictos entre el capital y el trabajo, los Sindicatos adheridos a la Confederación — el dictamen dice que no pueden pertenecer a ella los que no acepten la acción directa (?) — vienen obligados a ejercer de modo preferente el sistema de acción directa, mientras circunstancias de verdadera fuerza mayor, debidamente justificadas, no exijan el empleo de fórmulas distintas». (?).

Debo confesar que, tan contradictoria resolución fué adoptada, más que por otra cosa, por conciliar el espíritu unificador demostrado por los pocos socialistas del Congreso.

Después de dos días de discusión apasionada, el Congreso acuerda «*aceptar y recomendar, como base de organización para el futuro, los Sindicatos Unicos de ramos o industrias*».

Sea como sea, el Congreso de Sans fué el estimulante más poderoso de las actividades organizadoras.

En él se habló poco de ideas, pero como éstas se propagaron luego sin descanso, los organismos obreros con marcada tendencia libertaria, multiplican sus efectivos. A fines de 1918 la organización catalana cuenta con 345,000 afiliados.

«*LA CANADIENSE*»

Este gran conflicto declarado a la poderosa empresa del alumbrado público, no tiene par en la historia de las luchas modernas del proletariado.

La bella ciudad del Mediterráneo, careció de luz

durante algunas semanas, faltó el agua, y si no se dejó de enterrar a los muertos y se evitó que los médicos cumpliesen su sagrada misión, fué porque las organizaciones de trabajadores comprometidas en aquella formidable huelga que acabó por comprender a todos los servicios públicos, supieron comprender acertadamente los grandes postulados humanos.

Pretendiendo el Estado intervenir en el conflicto y no tolerándolo los trabajadores, el poder público recurrió a una estratagema: se apropió de las fábricas y, entonces, el Estado patrón vino a nosotros y accedió a nuestras demandas. Se produjeron numerosos actos de verdadero heroísmo.

Los presos sociales, muchos cientos, que habían sido arrestados antes y durante de la gran lucha, fueron también libertados todos, menos..., menos cinco, entre ellos el que escribe estas líneas.

Resuelto con una victoria sin precedentes para la clase obrera aquel conflicto, normalizada ya la vida de la población y vuelto las empresas a ocupar sus fábricas, a los cinco días, las organizaciones obreras de la región que se habían juramentado para alcanzar la libertad de los cinco presos — los cinco sometidos a proceso—declaran pacíficamente el paro general de toda la producción en las cuatro provincias catalanas. El gobierno que preveía lo que ocurrió, declaró nuevamente el Estado de guerra y encarceló a más de 6,000 trabajadores en la región. Las cárceles y los buques del puerto habilitados para ergástulas fueron insuficientes para albergar a tantos detenidos, por lo cual se utilizaron como prisiones las plazas de toros.

Aquel paro general, que pudo haberse evitado con sólo prolongarse unas horas la huelga de los servicios públicos, ya que de tal suerte se hubiese conseguido la libertad de los cinco presos aludidos,

fué el mayor error táctico que se pudo cometer y cuyas consecuencias fueron desastrosas.

La organización, victoriosa hasta unos días antes, se vió desmoralizarse con la nueva represión.

Sometidos nuevamente a la clandestinidad y diezmados sus efectivos, las organizaciones obreras pierden la anterior cohesión y por actos aislados y esporádicos de violencia se reproduce la acción terrorista que ya se dibujara el año anterior.

El terrorismo llega, esta es la verdad lisa y llana, para suplantar a la acción colectiva reposada y serena, realizada anteriormente.

Corramos un velo sobre lo ocurrido al respecto en los años 1918-al 1921.

De la prensa burguesa entresacamos datos y estadísticas que arrojan la cifra de más de 400 patronos, encargados, policías o esquiroles muertos en dicho tiempo.

Acerca del terrorismo y sus consecuencias hablo brevemente en otro lugar del libro.

La violencia deviene sistemática durante tres años.

Sin embargo, la organización catalana demuestra aún su gran potencia imponiendo condiciones al Estado y a la burguesía.

El gobierno Sánchez Toca restablece la constitución y otorga un amplio indulto general. La patronal catalana también cede ante los numerosos boicots declarados, pero astuta y maligna impone, para resolver definitivamente aquéllos y los locauts en curso, la «Comisión Mixta» de triste memoria.

El fracaso de aquella Comisión trae como consecuencia el gran locaut regional, el primer ataque a fondo de la clase patronal contra la organización obrera.

En tal ambiente se celebra el Congreso Nacional al que asiste Cataluña en bloque.

A partir de este momento la organización catala-

na no vuelve a dar fe de existencia colectiva hasta la primavera de 1922 en que normalizada la vida constitucional de España, se rehace un tanto enviando una nutrida representación a la Conferencia de Zaragoza.

En el transcurso de dicho año, decláranse algunas huelgas que por falta de ambiente, terminaron sin pena ni gloria.

El verano de 1923 es más pródigo en conflictos de mayor magnitud. Recordemos la huelga de vidrieros, la del metropolitano y, por fin, la del transporte cuya gravedad fué extraordinaria alcanzando verdadero carácter nacional.

Después de estos grandes conflictos en que los trabajadores fueron derrotados, adviene al poder el directorio militar.

Aunque con muchas y grandes restricciones la Confederación de Cataluña procura conservar sus fuerzas organizadas; y, ¡cosa extraña!, lo que en otras mil ocasiones no se hizo, realízase ahora del modo más digno y enérgico. Los principios, esos principios que para sindicalistas puros, marxistas o bolcheviques no tienen importancia alguna, son defendidos en todas partes y en todo momento con gran tesón.

Tal vez en épocas anteriores, los trabajadores anarquistas catalanes consideraban una redundancia hablar de principios y de ideas en una organización cuyos componentes se hallaban con ellas identificados.

Si la organización obrera libertaria de Cataluña—nos han dicho muchos — no tenía enemigos en su seno, ¿para qué insistir sobre nuestros postulados y finalidades de los cuales las masas siempre hicieron prácticas?

Pero ahora ya es otra cosa—hablo de los últimos meses de 1923 y de los años 1924-1925, época

en que parece dibujarse en el seno de algunos sindicatos catalanes una pequeña oposición a cuenta de los asalariados del gobierno ruso.

La clase trabajadora en general se dió cuenta del peligro bolchevique — no hablo del peligro bolchevique en el sentido que lo haría un burgués timorato o un gobernante reaccionario, sino en el aspecto que el bolcheviquismo supone como obstrucción al ideal libertario en el seno de los sindicatos obreros—, y la clase trabajadora supo dar su repulsa adecuada a los discípulos de Moscou.

El 30 de diciembre de 1923 celebra la Confederación de Cataluña su gran Asamblea de Granollers y el 4 de mayo de 1924 el comicio extraordinario de Sabadell.

¡Con qué placer recuerdo estas dos grandes — las últimas — manifestaciones del proletariado catalán!

A una y otra de las dos magnas Asambleas asistieron, a más de los delegados enviados regularmente por las organizaciones respectivas, centenares de trabajadores de Barcelona que pagaron de sus bolsillos particulares todos los gastos que estos desplazamientos ocasionan.

En la Asamblea de Granollers, perturbada un instante por algunos infelices, enemigos del anarquismo, hube de tomar la palabra por mandato de mi organización y declarar en nombre de ella que los Sindicatos de Cataluña, venían obligados en momento tan solemne a ratificar los acuerdos del Congreso Nacional de Madrid, esto es: «La Confederación camina hacia la anarquía».

No hubo votación al respecto; los alborotadores decían que semejante acuerdo — el de declarar que la Confederación va hacia el comunismo anárquico— sólo los sindicatos reunidos en Asambleas podían adoptarlo.

—«Vamos, pues, a los sindicatos».

Y a ellos fuimos. Y las masas, los sindicatos, sin una sola excepción, reunidos en Asambleas extraordinarias, ratificaron unánimemente los acuerdos del segundo Congreso Nacional.

La Asamblea de Sabadell fué aún más enérgica. Al único delegado entre 237 — que luego resultó que no representaba a nadie — conocido como bolchevique, se le negó el uso de la palabra por acuerdo unánime de todos los representantes de la región.

* * *

La muerte violenta del verdugo de la Audiencia de Barcelona ocurrida el día de la Ascensión (1924) da pie a las autoridades para clausurar los centros obreros y suprimir su órgano en la prensa.

Desde entonces, los trabajadores catalanes — los barceloneses principalmente — han preferido estar desorganizados que sometidos a las pragmáticas que en materia de organización ha impuesto el nuevo gobierno.

Parece que en tales condiciones y circunstancias, los pocos comunistas o socialistas, etc., que existen por aquí hubiesen intentado atraer hacia sí a las masas dispersas; ni a intentarlo se atrevieron; unos leves tanteos realizados les convencieron de lo inútiles que sus esfuerzos resultarían al respecto.

Y es que medio siglo de propaganda y acción anárquica en los medios del pueblo catalán ha prendido en él con fuerte raigambre la idea de su plena soberanía, de su ser independiente, indomable y enemigo de monsergas, paliativos y reformas que a fin de cuentas nada resuelven.

Conviene, antes de terminar estas notas, que yo

rectifique algunos de los juicios emitidos por Mella hace quince años y que transcribimos al comienzo de esta desgarbada y pobre monografía.

Refiérome al carácter exclusivista que el gran pensador libertario atribuye al proletariado catalán.

Es cierto cuanto aquel opinara en los tiempos de que hace mención.

Pero, por lo que hace referencia a los últimos diez años, los trabajadores catalanes no se han encerrado de sus fronteras adentro; salieron de ellas y entregaron cuanto tenían, hombres y medios con tal prodigalidad que, como yo mismo escribiera en *Solidaridad Obrera* de Gijón en 1921, «los camaradas de Cataluña por haberlo dado casi todo quedaron casi sin nada».

Y no digo que se quedaron sin nada porque las reservas de que dispone este pueblo son inagotables.

Sobre la hegemonía social que la región catalana detentó y detentará, ello se explica si tenemos en cuenta que Cataluña es la población más industriosa y densa de España y que Barcelona que es su cabeza, cerebro y brazo, está integrada, su clase laboriosa e inteligente, a más de por los hijos del país, por miles de descontentos, inadaptados y rebeldes del resto de las regiones.

De tales condiciones, circunstancias y cruzamientos, surge indestructible un cosmopolitismo cuyas variedades no alteran el espíritu y la idea de emancipación integral que a todos domina.

De aquí su hegemonía que a veces no debería tener, pero que tiene sobre las demás regiones españolas.

INDICE

Páginas

PRÓLOGO 7

PRIMERA PARTE

Expliaciones preliminares. — El por qué de este libro. — Quiénes han colaborado en él. — Notas, consideraciones y advertencias necesarias. . 15

CAPÍTULO I. — Breves notas sobre la Federación Regional de Trabajadores. — El «Pacto de Solidaridad y Asistencia». — «Solidaridad Obrera». —Certámenes, Asambleas, Congresos, Prensa y Certámenes, Asambleas, Congresos, Prensa y campañas de propaganda y agitación 1881-1909. 33

CAPÍTULO II. — La «Confederación Nacional del Trabajo». — La Semana trágica. — El Congreso de Bellas Artes. — La huelga nacional (septiembre de 1911). — La represión y la muerte de Canalejas. — La Guerra. 47

CAPÍTULO III. — La asamblea de parlamentarios. La huelga general de agosto de 1917. — La represión Dato-Sánchez Guerra. — La revolución rusa. — La Conferencia nacional anarquista. — La reconstitución de la C. N. del T. — La excursión nacional de propaganda. — La «Comisión Mixta» y el gran «locaut» catalán (noviembre 1919) 65

Páginas

Capítulo IV. — El Congreso nacional del Teatro de la Comedia. — Impresiones sobre el mismo. Dictámenes y acuerdos. — Los hombres de la Confederación. — Comentarios. 89

Capítulo V. — El período álgido de la C. N. del T. — Fin desastroso del «locaut» de Cataluña. — Las bandas de asesinos. — Procesos, atentados y víctimas. — El pacto con la U. G. de T. — La huelga general y la de Riotinto. — Hacia el precipicio 115

Capítulo VI. — La Conferencia de Zaragoza y su tesis política. — La Confederación se separa de Moscou. — Su ingreso en la A. I. T. — Resurgir de la organización. — El Directorio Militar. — Los «complots» político-sindicalistas. Conclusión 133

SEGUNDA PARTE

Las regiones de España. Monografías. 149
Andalucía 151
Las provincias del Norte. 168
Aragón, Rioja y Navarra 191
Las provincias de Levante. 209
Las Castillas y Extremadura. 238
Asturias. 245
La región Galaica. 249
Cataluña 277

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 067861036